

ALYS CLARE

LA NOCHE DEL HEREJE



LOS MISTERIOS DE LA ABADÍA VI

Un relato de suspense en la Inglaterra medieval



Lectulandia

Mientras a Inglaterra llegan noticias sobre la captura de Ricardo Corazón de León, una mujer desconocida, también cautiva en tierras extranjeras, yace en una oscura y sucia celda de Tonbridge. Con su frente marcada con hierro candente y su espalda cubierta de brutales señales de azotes, no espera otra cosa más que su ejecución.

La abadesa Helewise, mientras tanto, se enfrenta a otros problemas. Un nuevo párroco, muy severo, ha llegado para administrar la iglesia de la Abadía de Hawkenlye. Nadie está a salvo del fanatismo y la misoginia del padre Micah, y su cuerpo pronto aparecerá sin vida... En su investigación, Josse descubre que el padre solía tomarse la justicia por su mano y era aficionado al látigo. Sus enemigos siguen cerca, y no son precisamente amigos de la Iglesia.

¿Qué relación tiene el padre Micah y la mujer que va a ser ejecutada?
¿Podrán Josse d'Acquin y Helewise desentrañar el misterio que se esconde detrás de estos enigmáticos hechos?

Lectulandia

Alys Clare

La noche del hereje

Los misterios de la abadía - 6

ePub r1.0

Titivillus 07.11.16

Título original: *A Dark Night Hidden*

Alys Clare, 2003

Traducción: Mar Vidal

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

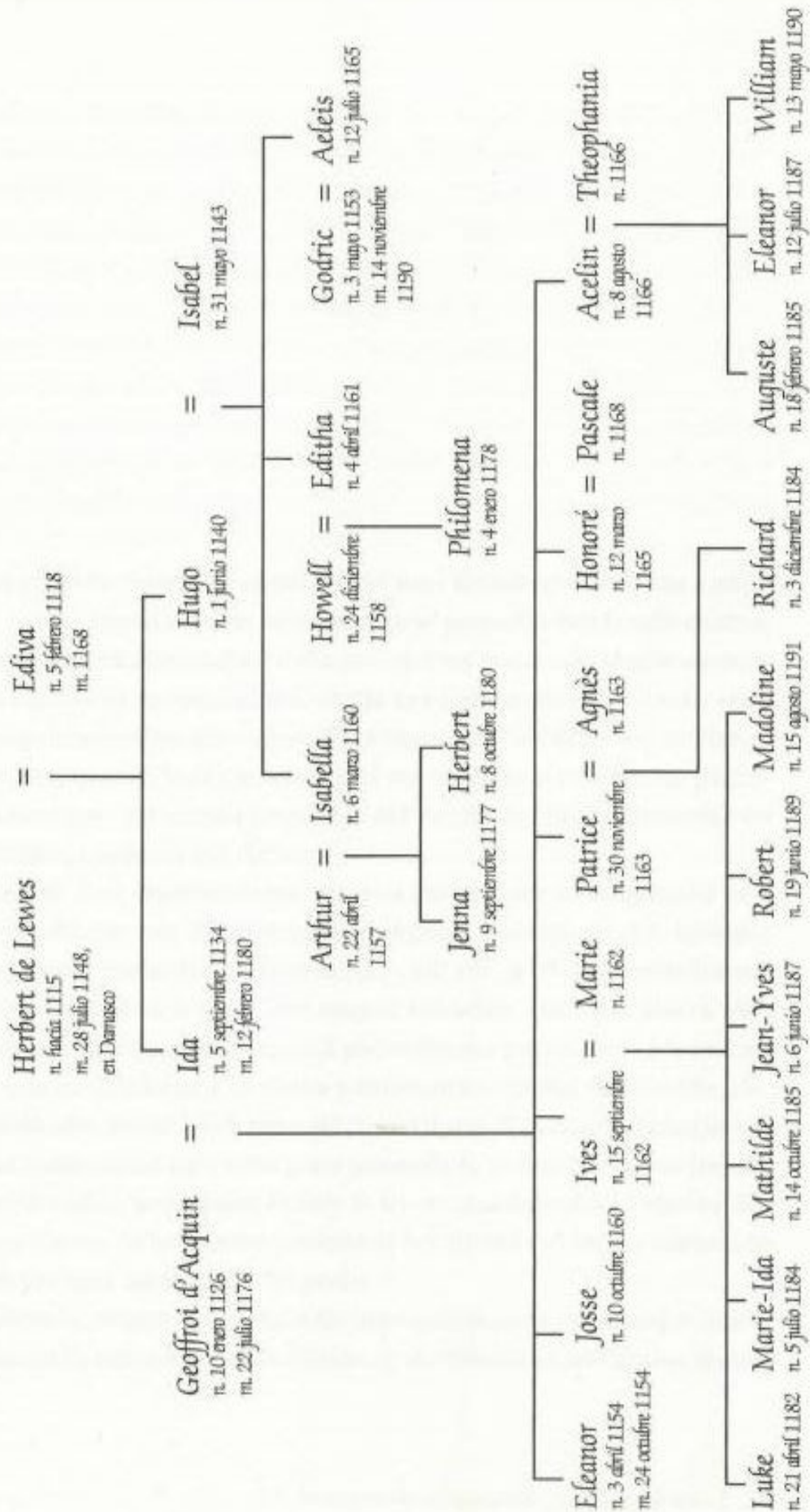
más libros en lectulandia.com

Para Joel, mi madre, y en memoria de su madre,
Mabel, y de todas las mujeres sabias

*Siqua sine socio,
caret ovni gaudio;
tenet noctis infima
sub intimo
cordis in custodia^[1].*

Carmina Burana: cantiones profanae
(a partir de la traducción de la autora).

Árbol genealógico de Josse d'Acquin por línea materna



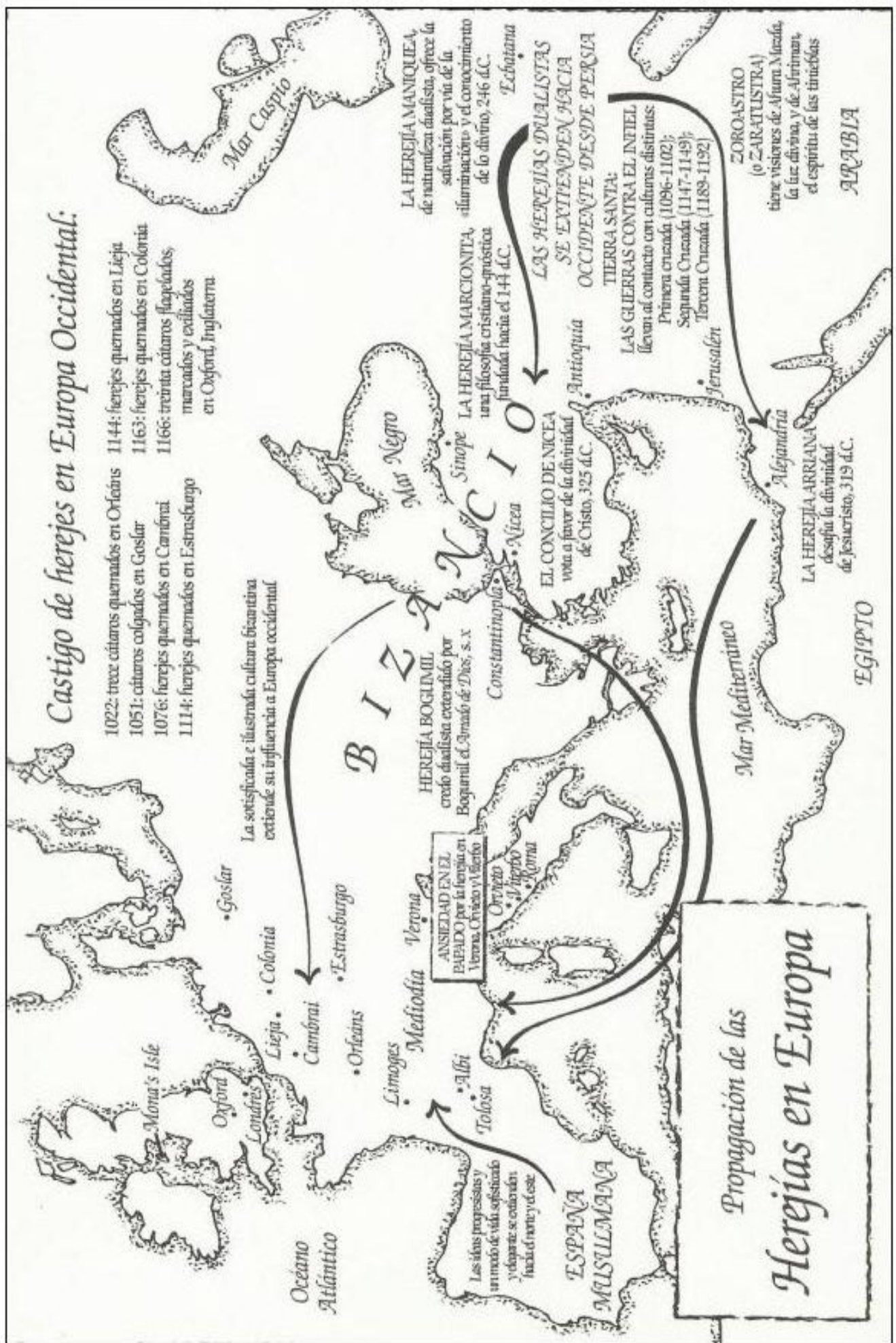
Castigo de herejes en Europa Occidental:

- 1022: trece cataros quemados en Orleáns
- 1051: cataros colgados en Goslar
- 1076: herejes quemados en Cambrai
- 1114: herejes quemados en Estrasburgo
- 1144: herejes quemados en Lieja
- 1163: herejes quemados en Colonia
- 1166: treinta cataros quemados, marcados y exiliados en Oxford, Inglaterra

La sofisticada e ilustrada cultura bizantina ejerció su influencia a Europa occidental

Las ideas progresistas y un modo de vida sofisticado y elegante se extendieron hacia el norte y el este.

ANSIEDAD EN EL PAPA DO por la herejía en Verona, Orvieto y Florencia



Propagación de las Herejías en Europa

LA HEREJÍA MANIQUEA, de naturaleza dualista, ofrece la salvación por vía de la «iluminación» y el conocimiento de lo divino. 246 d.C. *Escatona*

LAS HEREJÍAS DUALISTAS SE EXTENDEN HACIA OCCIDENTE DESDE PERSIA

TIERRA SANTA:
LAS GUERRAS CONTRA EL INFIEL llevaron al contacto con culturas distintas:
Primera Cruzada (1096-1102);
Segunda Cruzada (1147-1149);
Tercera Cruzada (1189-1192)

ZOROASTRO (o ZARATUSTRA) tiene visiones de Afura, Muzda, la luz divina, y de Afriman, el espíritu de las tinieblas

ARABIA

EL CONCILIO DE NICEA vota a favor de la divinidad de Cristo. 325 d.C.

LA HEREJÍA MARCONITA, una filosofía cristiano-apóstata fundada hacia el 144 d.C.

Constantinopla • Nicaea

Antioquia

Jerusalén

Alejadría

LA HEREJÍA ARIANA desafia la divinidad de Jesucristo. 319 d.C.

EGIPTO

BIZANCIO

HEREJÍA BOGUMIL creó dualista extendido por Bogumil el Amado de Dios, s. x

Constantinopla

Nicea

Antioquia

Jerusalén

Alejadría

LA HEREJÍA ARIANA desafia la divinidad de Jesucristo. 319 d.C.

EGIPTO

Mar Negro

Mar Caspio

Océano Atlántico

Verona

Orvieto

Florencia

Corona

Albi

Tolosa

Limoges

Mediodía

Verona

Verona

Verona

Verona

Prólogo

El terrible viento de aquel crudo mes de febrero cargaba ráfagas sobre el sendero enlodado y el pequeño núcleo de casitas, como si odiara el mundo y todo lo que éste contenía. Había nevado unas horas antes, pero ahora el día era demasiado frío como para que siguieran cayendo copos. Y aunque hubiera sido así, el viento habría arrastrado los copos hasta el mar helado antes de que pudieran asentarse. El viento procedía del nordeste, probablemente de los gélidos páramos del Ártico.

Una de las construcciones era una cárcel, y en el mugriento suelo de piedra de una de sus tres celdas yacía una muchacha. Llevaba varias horas tratando de determinar cuál era la parte menos húmeda de la fría piedra, pero ese magro esfuerzo quedaba ahora más allá de sus fuerzas. La humedad procedía, en parte, de la nieve fundida que se colaba por la única y diminuta ventana de la celda, demasiado alta como para permitir un vistazo al olvidado mundo exterior, demasiado pequeña para permitir la entrada de aire fresco, tan sólo válida para dejar entrar la nieve que sacudía el viento. De alguna forma, la humedad parecía el resultado del llanto sostenido de los propios adoquines del suelo.

Además, estaba la cuestión de los excrementos de la mujer, puesto que en la celda no había letrina, y su debilidad era ahora demasiado intensa como para hacer otra cosa que orinarse en el mismo lugar en el que se encontraba.

Tenía fiebre. Sabía, en lo más recóndito de su mente, que las heridas horribles que había sufrido se habían infectado. Aunque el propio látigo no hubiera envenenado sus carnes, lo habría hecho aquella celda asquerosa, probablemente en el mismo instante en que la encerraron en ella.

Cavilando para sus adentros, pensó que le sorprendía el hecho de que le doliera mucho más la espalda que la frente, puesto que en la espalda sólo le habían pegado veinticinco latigazos, —una pena más leve por ser mujer— mientras que en la frente la habían marcado a fuego.

Una letra, le dijeron. Sólo eso, una sola letra. Quemada sobre la suave piel de su frente con un hierro incandescente. Un momento de terrible agonía —todavía podía oír el eco de sus propios gritos— pero ahora, nada. Era como si, fuera lo que fuese lo que transmitía el dolor al cuerpo, ahora se hubiera apagado. Suponía que era una bendición. O una especie de...

Sus ojos se cerraron. La realidad se desvaneció —otra bendición—, y quedó sumida en algún lugar situado entre el sueño y la inconsciencia. Su mente, liberada de su desesperada situación, echó a volar. Y sus sentidos se llenaron del pasado.

Vio a sus queridos compañeros. Vio sus sonrisas, el amor que sentían por ella, el amor que compartían entre ellos. Sintió la calidez de sus brazos cuando la rodeaban. Olió la lavanda, el aroma asociado desde siempre con los recién llegados procedentes del sur con las buenas nuevas. Y oyó el sonido alegre de sus voces unidas en una canción.

La alucinación era tan real que pensó que estaban con ella. Que, contra toda razón, contra toda esperanza, habían venido a buscarla.

Levantó la cabeza del infecto barro del suelo y gritó:

—¡Estoy aquí! ¡Aquí!

Creyó que estaba gritando, pero su voz surgía como un graznido apenas audible.

—¡Aquí estoy! —repitió—. ¡Oh, no os vayáis sin mí! ¡No me abandonéis!

Entonces quiso ponerse en pie y cayó hacia delante, contra el muro de la celda. Mirando a la ventana, tan arriba, soltó unos débiles puñetazos contra las paredes empapadas.

—¡Estoy aquí! Oh, ¿por qué no vienen?

¡Tal vez ya no la quisieran! Aterrada, se cubrió la boca con una mano llena de sangre y suciedad como para detener aquella idea terrible. Pero, de hecho, ¿por qué tenían que quererla, a ella, si los había traicionado?; a ella que, con su pasión y su debilidad, había abierto la brecha en sus defensas que tan rápida y terriblemente condujo a la caída de todos ellos.

No.

Se hundió de nuevo en el suelo. No, se considerarán afortunados de haberse librado de mí. Estoy sola. Muy sola.

Intentó rezar por ellos, una plegaria de súplica: Por favor, oh, gran Dios misericordioso, protégelos. Mantenlos a salvo. De su interior brotó un suave sollozo, pero ella no lo reconoció como propio. Levantó la cabeza y sus sentidos se pusieron en guardia.

«¡Hay alguien ahí! —pensó, alarmada—. ¡Hay alguien... tal vez varias personas, en alguna de las celdas! Oh, son... ¿podrían ser... ellos?».»

Se puso de rodillas, apoyándose con fuerza en la pared. Se agarró a la bisagra de la sólida puerta y empezó a golpearla con el puño.

—¿Estáis ahí? —gritó—. ¡Oh, por favor, respondedme! ¡Perdonadme! ¡No me dejéis ahora, cuando os necesito tanto!

No hubo respuesta.

Buscó con fuerza en su interior y encontró una voz más fuerte. Y algo de fuerza con que golpear la puerta.

—¡Por favor! —volvió a gritar.

Después de largos momentos de esfuerzos obtuvo una respuesta, aunque no la que había esperado con tanto fervor.

Se oyeron unos pasos en el pasillo; pasos fuertes, de pies grandes en botas de suela gruesa. Su corazón se llenó de esperanza y la mujer se levantó, de modo que su rostro casi alcanzaba la pequeña y mezquina reja encasquetada en la madera de la puerta.

—¡Estoy aquí! Oh, gracias, gracias...

De pronto, la llama brillante de una antorcha le abrasó los ojos, acostumbrados a la penumbra. Mientras se los cubría con las manos, fue empujada brutalmente hacia

el interior de la celda, después de que se hubo soltado el cerrojo y la puerta se hubo abierto.

Con la esperanza desvanecida, levantó la cabeza.

Ante ella no había ninguno de sus compañeros, sino su carcelero. Todavía sentía el escalofrío de la desesperación más terrible cuando él le propinó un puñetazo en la cabeza que la hizo tambalearse.

—¡Basta ya de dar alaridos o te daré algún motivo por el que protestar! —le gritó, con una voz ronca que retumbaba dentro de la celda y le hería los oídos.

—¡Oh, por favor! —sollozó ella—. ¿No podéis dejármelos ver? ¿No les diréis al menos que estoy aquí?

Sus palabras parecieron confundir al hombre. La mayoría de las cosas parecían causarle este efecto, tan poco acostumbrado como estaba a guiarse por la fuerza de la razón, y a hacerlo por la de su fuerza bruta.

—¡Venga, ya basta! —exclamó—. ¡Sólo Dios sabe de qué estás despotricando, yo no lo sé! No entiendo una palabra de lo que dices. —Hizo un gesto como si fuera a salir de la celda. Pero entonces, al verla allí tumbada a sus pies, advirtió un atisbo de su piel pálida y suave. El montículo de un pecho, blanco y redondo...

A la mujer le habían rasgado la túnica por detrás para la flagelación. Ella había intentado volver a atarse los jirones, pero no lo consiguió, de modo que no le cubrían demasiado la parte superior del cuerpo.

Y ésa sería su perdición.

El carcelero colgó la antorcha en un gancho de la pared. Luego se arrodilló pesadamente y agarró a la mujer.

Consciente de lo que se le venía encima, ella hizo un último esfuerzo. Se deslizó a un lado, hábil como una serpiente, y se deshizo de sus garras. Se puso en pie de un salto —era pequeña y ligera, y ahora tenía la fuerza que aporta la adrenalina—, lo evitó y se lanzó hacia la puerta. Casi la alcanzó.

Pero el carcelero tenía los brazos muy largos —el más cruel de sus compañeros decía que sus nudillos rozaban el suelo cuando andaba—, y le agarró el tobillo. Entonces, con una sonrisa lujuriosa, fue subiendo la mano por la pantorrilla, por el muslo, hasta que sus fuertes dedos se aferraron a sus nalgas.

—¿Adónde crees que vas, pequeña? —le canturreó—. ¿Quieres salir al frío de la noche en vez de estar aquí calentita, divirtiéndote con el viejo Forin?

Con la otra mano tiraba de su túnica por delante, sobándole los pechos. Luchando por sacar sus últimas fuerzas, la mujer intentó apartarlo y le escupió en la cara, fea y tosca, lo que hizo enfurecer al carcelero.

—¡Furcia! ¡Putas! —La sacudió con tanta fuerza que hizo que sus dientes repicaran entre sí y se mordiera dolorosamente la lengua—. ¡No vuelvas a escupirme, ¿lo has entendido?!

La hizo caer y la cabeza de la muchacha golpeó contra el suelo con un fuerte crujido.

Pero el carcelero ni siquiera se dio cuenta. Estaba encegado por la lujuria, y al cabo de pocos segundos ya le había arrancado la poca ropa que le quedaba y él se había bajado los pantalones. Excitado por la lucha que acababa de librar, tenía una fuerte erección y estaba más que listo. Le separó las piernas violentamente y la penetró con fuertes embestidas que la desgarraron; el tipo tenía la complexión de un toro, y las prostitutas del pueblo lo evitaban, a menos que no tuvieran elección.

El hombre llegó rápidamente al clímax, puesto que no tenía ninguna noción del autocontrol. Resoplando, se desplomó encima de la mujer.

—Bueno —logró decir al cabo de un rato— no ha estado nada mal, ¿eh? —Y, pensando que tal vez tendría ocasión de repetir gratuitamente lo que normalmente hacía a cambio de dinero, le espetó—. Podríamos volver a hacerlo, ¿eh? Puede que el viejo Forin vuelva a visitarte; tal vez te traiga...

Pero, fuera lo que fuese lo que su mente tan poco imaginativa pudiera haber ideado como regalo adecuado para una mujer a la que acababa de violar, nunca llegó a expresarlo, puesto que, aunque tarde, advirtió la extraña rigidez de su prisionera.

Se levantó —estaba arrodillado entre las piernas separadas de la muchacha— y la observó. Tenía sangre en los muslos, y él se preguntó si acababa de desflorar a una virgen. Qué lástima si había sido así; habría disfrutado más del momento de haberlo sabido. La muy tonta tendría que habérselo dicho.

Luego vio la otra sangre, brotando del cráneo, donde había golpeado el suelo.

Pasó una mano por su pelo largo y oscuro y le ladeó ligeramente la cabeza. Sintió algo cálido y húmedo y, al retirar la mano, vio que la tenía cubierta de sangre.

Miró sus pequeños pechos blancos. Suaves y de una redondez perfecta. Puso la mano encima de uno de ellos y pellizcó con fuerza el pezón; eso la haría reaccionar, si fingía.

Pero la muchacha no se movió lo más mínimo.

Observó su rostro, los ojos abiertos de par en par, fijos; no pudo soportar mirarlos. Se inclinó sobre ella y escuchó para ver si respiraba, si había algún movimiento en su pecho. Nada.

Se puso en pie y, mientras se subía los pantalones y se colocaba bien el blusón, dijo, en un tono bajo y algo triunfante:

—Así, está muerta. Sí, muerta.

Levantó un brazo hacia la antorcha y la soltó del gancho. Luego, dejando abierta la puerta de la celda —era obvio que la muchacha ya no iría a ninguna parte—, se marchó por el largo pasillo.

Muerta. En fin, eso le ahorraría trabajo al verdugo.

Primera parte:
LEWES Y ABADÍA DE HAWKENLYE
INVIERNO DE 1192 – 1193



Capítulo 1

—¿El rey Ricardo, prisionero? Bobadas... No puede ser. ¡Debe de tratarse de una broma de mal gusto!

Josse d'Acquin, huésped en casa del hermano de su difunta madre, Hugo de Lewes, oyó sus acaloradas palabras y recordó sus modales tras haberlas pronunciado.

—Os pido disculpas, tío —musitó—. Pero, aun así, estoy seguro de que esta terrible historia no puede ser cierta. ¡El rey lidera un ejército magnífico!

«O al menos así era tres años atrás —añadió Josse para sus adentros— cuando partió con tanto orgullo y pompa a la cabeza de la inmensa fuerza de cruzados». Desde entonces, el rey Ricardo había sufrido algunos altibajos. Además, últimamente, las escasas noticias que traían los cruzados que regresaban de ultramar eran más bien deprimentes.

Y, por muchas historias que loaran la valentía, las proezas y las hazañas de extraordinario valor del rey, estaban también los rumores silenciados que hablaban de enfermedad. De fiebre recurrente. De una herida. De conspiración entre el propio hermano de Ricardo, Juan, y el rey de Francia, enemigo declarado del primero. Incluso había —¡Dios no lo quisiera!—, rumores que apuntaban que el rey Ricardo había muerto.

Josse intentó no recrearse en ese horrible pensamiento y siguió exclamando:

—¿Cómo es posible que aquellos que en su día juraron proteger al rey ahora permitan que caiga prisionero?

Hugo había silenciado su disculpa con un gesto de la mano.

—Oh, Josse, comprendo tu emoción; también yo, al oír la terrible noticia, tuve la misma reacción: debía de tratarse de una broma perversa. —Su mirada de asombro se encontró con la de Josse—. Pero no es así. Lamento decirte que las informaciones que han circulado por la corte son absolutamente ciertas. —Miró atrás por encima de su hombro para asegurarse de que no los oía nadie, luego acercó los labios al oído de su sobrino y susurró—: Editha lo ha sabido por Howell, quien, como creo que ya te contamos, es pariente de uno de los secretarios de Walter de Coutances. —El susurro se volvió todavía más bajo cuando Hugo añadió—: ¡Y fue el propio Walter quien le llevó la noticia a la reina Leonor!

—Cierto —asintió Josse distraídamente—. Cierto, habéis hablado del importante e influyente primo de Howell. —Estuvo tentado de añadir que le parecía extraño que Howell, casado con la hija mediana de Hugo, Editha, pudiera tener relaciones tan distinguidas, a pesar de ser una persona de lo más aburrido e insignificante, pero logró reprimirse—. Pero ¿cómo le llegó la noticia al propio Walter de Coutances? ¿No queda todavía la esperanza de que el informe, venga de donde venga, sea falso?

—No lo sé, Josse —dijo Hugo con un sonoro suspiro—. Ojalá estés en lo cierto, pero en el fondo de mi corazón... —No terminó el comentario. Pero luego, de pronto, estalló—: ¡Temo por Inglaterra si el príncipe Juan llegara a reinar!

Josse también tenía sus dudas con respecto al príncipe. Se había entrevistado con él algunos meses atrás y sabía mejor que nadie con qué estrechez de miras, incluso entonces, la ávida ambición del príncipe Juan estaba fijada en el trono de Inglaterra.

Aunque, en realidad, una vez apartado del trono Ricardo, ¿quién quedaba? Pero Hugo hablaba de nuevo; Josse dejó a un lado su desesperación y lo escuchó:

—Editha y Howell volverán en cualquier momento —declaró Hugo—. Entonces tendremos noticias frescas, puesto que han ido a visitar a la familia de Howell. Dios quiera que traigan buenas nuevas.

—Amén.

—Hasta entonces —añadió Hugo con otro suspiro— será mejor que dediquemos nuestros pensamientos a asuntos más felices. —Su rostro se iluminó y consiguió sonreír—. ¿Una partida de ajedrez, quizá? Tengo entendido que te gusta jugar.

—Eh... han pasado muchos años desde mi última partida, y me temo que mis habilidades me habrán abandonado. Pero acepto el reto, tío, si viene de vos.

Ahora la risa de Hugo fue más fuerte.

—Sí viene de mí, sobrino, aunque de parte de otro. Puesto que, si el invitado al que esperamos esta tarde puede dedicar tiempo a hacernos una visita, estoy seguro de que no querrá desaprovechar la oportunidad de medir sus fuerzas con un nuevo contrincante.

Con el corazón encogido —en realidad, el ajedrez no había sido nunca su fuerte —, Josse dijo, tratando de dar una nota de cortés indagación a su voz:

—¿Y quién es ese invitado, tío?

—Pues el padre Edgar —respondió Hugo, como si esperara que Josse ya lo supiera—. ¿Te acuerdas? ¡Nuestro párroco!

—Ah.

Hugo rodeó cariñosamente los hombros de Josse con el brazo, golpeando con el puño de la otra mano el ancho pecho de su sobrino.

—El padre Edgar es un buen tipo, Josse, de mentalidad abierta y con una inteligencia muy despierta. Todavía no has tenido oportunidad de valorarlo en toda su magnitud. —Advirtiendo la expresión de Josse, que seguía siendo de escepticismo a pesar de sus esfuerzos, Hugo rió de nuevo y dijo—: ¡Tú espera! ¡Sólo espera!

Josse había pasado en casa de sus tíos la Navidad y todo el mes de enero. Consciente de que los había descuidado demasiado tiempo, no sabía qué tipo de bienvenida le dedicarían. Los parientes de su padre procedían del norte de Francia, donde los cuatro hermanos de Josse vivían con sus esposas y sus hijos en la finca familiar de los D'Acquin. Pero el padre de Josse, Geoffroi, se había casado con una inglesa, Ida, hija de Herbert de Lewes, junto al que había luchado en la segunda cruzada. De niño, Josse fue enviado por su madre a visitar a sus parientes ingleses, y conservaba un recuerdo cálido, aunque lejano, de su tío Hugo, su tía Isabel y sus tres primas, Isabella, la mayor, de su misma edad, Editha y Aeleis. Sin embargo, hasta aquella Navidad, no había vuelto a ver a ninguna de ellas en los últimos veinte años.

Cualquier duda que Josse hubiera podido tener sobre cómo iban a recibir a un pariente que se había mantenido alejado tanto tiempo quedó disipada tan pronto hubo cruzado el umbral de su casa. Hay que decir que se presentó tres días antes de la Navidad y el hogar ya estaba lleno de la alegría que suele traer Santa Claus, pero, fuera cual fuese la razón, Josse fue acogido como si fuera precisamente el miembro de la familia que faltaba para hacer que aquellas fiestas fueran perfectas.

En la casa se había reunido un grupo bastante numeroso. Los mayores eran Hugo, ahora un hombre fuerte y calvo de más de cincuenta años, y su esposa Isabel; en oposición a su marido, ruidoso y extrovertido, Isabel era sosegada y paciente, y llevaba, claramente, las riendas del hogar. Aunque ahora estaba regordeta y parecía cansada, los restos de su antigua belleza permanecían en ella para todo aquel que tuviera ojos para apreciarla. Por otro lado, estaban Isabella, Editha y Aeles; las dos mayores iban acompañadas de sus esposos, Arthur y el soso de Howell, así como por las hijas de Isabella y Editha. Isabella tenía también un hijo, llamado Herbert, como su abuelo, y al que la familia siempre llamaba el Joven Herbert. Pero él no estaba presente, puesto que, como ya había cumplido doce años, servía como escudero en el hogar de otro caballero. Aeles, la más joven de las hermanas, hacía dos años que se había quedado viuda y no tenía hijos. Al parecer, le dolía más eso último —Josse no estaba seguro— pues no daba señales de echar de menos a su marido. El hombre tenía doce años más que Aeles y, según Editha, parecía que tuviera veinte, incluso treinta años más que su jovial esposa. «Es mejor para los dos que el hombre esté reposando tranquilamente en su tumba —le murmuró Editha a Josse en privado— así, él ya no ha de verse limitado a ser una sombra agobiante y molesta para ella, y Aeles puede respirar de nuevo».

No había nada, pensó Josse, que hubiera podido responder ante una declaración de tamaña magnitud, en especial teniendo en cuenta lo poco que se conocían, así que se limitó a musitar un astuto «hum» y a intentar poner cara de interesado. Pero pareció que Editha no se creía su actuación, porque corrió entre risas a hablar con su hermana viuda, y las risas de ambas alcanzaron los rincones del amplio salón.

Además de la familia inmediata estaban también algunos primos, parientes de los hijos políticos, amigos de los nietos, y todo tipo de conocidos que, al parecer, se habían presentado en casa de Hugo y se aprovechaban de su generosidad sin mejor excusa que haber pasado por allí casualmente. A nadie parecía importarle; había comida y bebida de sobras, y a la familia entera, concluyó Josse, nada le gustaba más que estar cómodamente sentados ante un buen fuego y pasar los cortos días y las noches largas y oscuras de diciembre chismorreando.

Pero enero trajo un nuevo año y, pasados doce días, las fiestas de Navidad tocaron a su fin con la celebración de la Epifanía. Los juerguistas se calmaron, los invitados empezaron a pensar en marcharse, los hijos y las hijas mayores abandonaron la casa de sus padres para dirigirse a las suyas propias, y sólo Josse, que seguía disfrutando de la compañía de su tío y no tenía prisa por marcharse, permaneció allí mientras las

semanas de enero se agotaban y llegaba el mes de febrero. Pero entonces, en un principio sólo para aquellos que tenían acceso a los círculos internos de la corte, llegaron las terribles noticias sobre el rey.

Las oyeron los parientes de Howell, el marido de Editha. De hecho, él fue de los primeros en enterarse, puesto que trabajaba en casa del gran Walter de Coutances. Partidario del rey hasta la médula, Walter encabezaba el Consejo de Regencia nombrado para actuar en ausencia de Ricardo mientras el rey estaba en las cruzadas. Durante el otoño de 1192, terriblemente preocupado por la falta de noticias referentes al monarca, Walter había enviado a sus espías por todo el continente para ver si podían conseguir información. Uno de sus hombres se infiltró en la corte del rey Felipe de Francia, y fue éste quien mandó a su jefe Walter una copia de la misma carta que anunciaba a Felipe la captura de su enemigo, el rey Ricardo.

Por el momento, lo único que se sabía fuera de los círculos más íntimos de la corte era que el rey estaba preso. «Y a decir verdad —pensaba ahora Josse mientras intentaba agudizar sus sentidos para su partida de ajedrez con un cura desconocido—, esa noticia ya era suficientemente grave...».

Estaba perdiendo la partida contra el padre Edgar cuando se oyó el ruido de un jinete en el patio de la casa. Era tarde —Josse pensaba que los movimientos adecuados se le ocurrirían de forma milagrosa si se tomaba el tiempo necesario y, por tanto, él y el cura llevaban horas jugando—, y Hugo acudió a la puerta un poco sorprendido. Pero entonces, cuando un criado la abrió y Hugo pudo ver quién había llegado, exclamó en voz alta:

—¡Howell! ¡Ya te dábamos por perdido! Pasa y ven junto a la chimenea, a ver si entras en calor. Mis criados se ocuparán del caballo. Veo que Editha no te acompaña...

Howell, mientras trataba de deshacerse de su pesada capa de viaje, se frotaba las manos con vehemencia y abrazaba a su suegro al mismo tiempo, se mostró dispuesto a dejarse llevar hasta la chimenea. Josse y el padre Edgar se hicieron a un lado para dejarle sitio, y el cura le ofreció su tazón de vino caliente para que se calentara las manos.

—Ah, eso está mejor —dijo Howell, agradeciéndoles la acogida—. Dios mío, con este frío se te hielan las piernas encima del caballo.

—Desde luego —murmuró el cura.

—Me sorprende que llegues tan tarde —señaló Hugo—. Como te he dicho antes, hoy ya no esperábamos verte. Pensábamos que habías decidido posponer el viaje hasta mañana.

—Editha insistió —explicó Howell, con el leve tono de resignación del hombre acostumbrado a hacer lo que le dice su mujer—. Os manda recuerdos; dice que para ella hace demasiado frío para viajar y, de todos modos, Filomena se ha resfriado y Editha la está cuidando. —Una vez hubo cumplido con su deber y hubo dado el recado de su esposa, Howell se entregó al vino caliente que tenía entre las manos.

Sólo cuando hubo vaciado el contenido del tazón, Hugo le dijo:

—Howell, ¿por qué Editha ha insistido en que vinieras esta noche? ¿Hay alguna...? Oh, mi corazón me hace dudar, pero ¿hay noticias del rey?

Howell se sentó en el banco en el que había estado Josse hasta entonces, y acercó sus piernas fuertes y robustas al fuego.

—Hay noticias, sí. Y Editha ha dicho que os habíamos prometido comunicároslas tan pronto las hubiera. Acabamos de tener el honor de acoger a mi primo William en casa —la fatiga lo abandonó milagrosamente por efecto del orgullo de estar emparentado con un hombre elevado a la categoría de importante, aunque fuera sólo de manera temporal— y nos ha contado todo lo que está autorizado a revelar. Es secreto, ¿sabéis?

—Por supuesto —dijo Hugo, a la vez que Josse exclamaba un «naturalmente» y el padre Edgar suspiraba un «¡ya!».

Una vez satisfecho con estas garantías —Josse pensó que se habría conformado con bastante menos, teniendo en cuenta las ganas que tenía de deleitarlos con las nuevas—, Howell suspiró profundamente, se inclinó confiado hacia delante y declaró:

—Son los austríacos; lo tienen retenido. Los hombres del duque Leopoldo se lo llevaron cuando cayó enfermo y se ocultó en un pequeño pueblo a escasas millas de Viena, ¿era Viena? —susurró con el ceño arrugado—, y ahora está cautivo en algún castillo de ese gran río.

—¿Qué gran río? —lo apremió Hugo.

—Eh... no lo sé.

—¿El Rin? —aventuró Josse. Sus conocimientos de geografía europea no eran más confusos que los de cualquiera, pero tenía la vaga idea de que Austria y el Rin caían por el centro.

—No, no era el Rin —repuso Howell, mientras se rascaba la cabeza en obvio esfuerzo por refrescar la memoria—. ¿Qué río era?

—El Danubio —dijo el padre Edgar tranquilamente—. Si contáis correctamente lo que os dijeron y es cierto que el rey Ricardo fue apresado cerca de Viena, entonces el río al que os referís es sin duda el Danubio.

Todos asintieron con satisfacción, rápidamente frustrados al darse cuenta de que saber dónde estaba el rey no contribuía mucho a la posibilidad de liberarlo.

—¿Qué quieren de él? —preguntó Hugo—. Quiero decir, sé que circularon historias de que el rey Ricardo no siempre estaba de acuerdo con los demás dirigentes occidentales en ultramar, pero de ahí a tomarlo prisionero... ¿Por qué? ¿Con qué objetivo?

—Dinero —señaló el padre Edgar—. Puede que me equivoque, Howell, pero imagino que hay, o habrá, una petición de rescate.

—Yo no sé nada de un rescate —replicó Howell, cortante y mirando al cura con una expresión ofendida, como si la repugnante idea del rescate hubiera partido de él.

—Pero habrá algún tipo de petición, de eso estoy seguro —dijo Josse, envalentonado—. Eso será lo que buscan esos villanos, ¡eso y la terrible humillación que le imponen al rey de Inglaterra, encerrándolo en una de sus asquerosas mazmorras!

—¡Oh, no podemos tolerarlo! —gritó Hugo—. Dios todo poderoso, ¿qué tenemos que hacer? ¿Qué tiene que hacer Inglaterra?

Josse, Hugo y el padre Edgar miraron a Howell, quien se encogió de hombros y, ruborizado, musitó:

—¡A mí no me lo preguntéis!

Se hizo un breve silencio mientras los cuatro hombres reflexionaban sobre la suerte del rey. Luego, volviéndose hacia el padre Edgar, Josse dijo:

—Tengo la sensación, padre, de que esta terrible acción es una violación de la tregua divina.

El cura asintió.

—Yo he llegado a la misma conclusión —dijo—. ¿Es que no se van a detener ante nada, esos desgraciados?

—¿Qué es esa tregua de la que habláis? —preguntó Howell.

—Básicamente, la tregua divina protege a la persona y a las propiedades de un hombre mientras está ausente en una cruzada —explicó el sacerdote—, y todo aquel que la viola corre el riesgo de ser excomulgado.

—¡Excomulgado! —alguien, Howell o Hugo, Josse no estaba seguro, suspiró resignadamente. Luego se hizo un silencio horrorizado, mientras los hombres reflexionaban sobre el significado de todo aquello.

Al cabo de un rato, Hugo se aclaró la garganta y declaró:

—Eso será un trago amargo para la reina, Dios la bendiga.

—Cierto.

—Ya no es tan joven como antes —dijo Howell con ternura—. Pensar que pasó la Navidad sola en Westminster, con todos sus seres queridos tan lejos, me llena el corazón de tristeza. Y me da mucha pena que tenga que cargar con todo este peso.

—Puede que esté un poco mayor —intervino el cura—, pero conserva su fuerza.

—La necesitará —musitó Hugo.

Josse pensó que había algo interesante en aquella conversación: todos supieron, sin necesidad de preguntar, que cuando Hugo se refería a la reina, quería decir la reina Leonor, madre del rey, y no Berenguela, su esposa. La verdad es que Berenguela no había puesto todavía el pie en el reino en el que había de reinar junto a Ricardo, de modo que no era extraño que el pueblo ni se fijara en ella. Leonor, decidida a encontrar una novia adecuada para su hijo favorito, se había llevado a Berenguela de su Navarra natal, y había corrido al Mediterráneo a buscar al novio cruzado. Dio con él en Sicilia, donde Berenguela fue entregada ceremoniosamente, y la boda de la pareja real se celebró seguidamente en Chipre. Desde entonces, Berenguela había estado en ultramar con Ricardo; su paradero exacto era incierto,

pero era seguro que no estaba en Inglaterra.

Resultaba poco sorprendente que Leonor siguiera siendo la reina de los ingleses; la conocían y la amaban desde hacía casi cuarenta años.

—Debe de estar sufriendo, es cierto; no cabe ninguna duda —suspiró Hugo.

—Se consolará, como siempre, con la ayuda y el fuerte apoyo de Dios —dijo el padre Edgar con delicadeza—. La ha acompañado durante muchas vicisitudes, y en ésta no va a dejarla sola.

—Amen —murmuraron todos.

«Pero sabe qué es ser prisionero —pensó Josse—. Y conociendo a Ricardo como lo conoce, comprenderá totalmente su sufrimiento».

Pobre mujer.

Leonor, recordó Josse, también había soportado la dura carga del confinamiento. En su caso, su captor había sido su propio esposo, Enrique II de Inglaterra. Cuando se cansó de la tendencia de su esposa a conspirar contra él con sus propios hijos, el difunto monarca la hizo encerrar bajo una fuerte vigilancia, principalmente en Winchester, de manera intermitente a lo largo de quince años.

Sí, era muy probable que la reina Leonor sufriera por cualquiera injustamente encarcelado. Lo que debía de sentir por la suerte de su amado hijo era casi insoportable de imaginar.

Josse salió de su ensimismamiento y se dio cuenta de que Howell estaba hablando de nuevo:

—...dijo que quería ir a buscarlo de inmediato, pero su sentido del deber es tan fuerte que sabía que no podía hacerlo. ¿Quién guardaría Inglaterra y el trono de Ricardo, estando él prisionero, si ella se marchara a buscarlo?

—Gracias a Dios que tenemos una reina consciente de su deber —dijo Hugo piadosamente.

Y, de nuevo, todos los demás repitieron:

—Amen.

Aquella noche no se habló mucho más. Howell acabó de contar todo lo que sabía con bastante rapidez; lo que siguió fueron principalmente conjeturas y especulaciones, cada vez más descabelladas a medida que avanzaba la noche.

Al final, el cura sugirió con mucho tacto que los demás se sumaran a su plegaria, y luego todos fueron a acostarse a sus respectivos aposentos.

Cuando Josse se despertó hacía un día espléndido, con un débil pero decidido sol de febrero que hacía brillar la escarcha.

Aquel día supo adónde iría. Había soñado con la reina Leonor, y le pareció ser testigo de su aflicción. Luego fue consciente de otra figura, aunque permanecía en la sombra y no pudo identificarla.

Al despertarse, en cambio, supo quién era.

Ahora pensó en esa persona, en cómo su bondadoso corazón y su prohibido orgullo lo llevaban a amar y apreciar en mucho su especial relación con la reina.

Pensaba en cómo recibiría a la reina cuando la visitara, cómo la cuidaría y la escucharía, y cómo, indecisa y discreta, le ofrecería el consuelo que creyera que la reina estaría dispuesta a aceptar.

Sí, ahora era alguien muy necesario. Puesto que, si Leonor podía encontrar el momento, ése era el lugar adonde sin duda debía ir.

Mientras desayunaba con Hugo y el resto de la familia, Josse anunció que se marchaba aquel mismo día. Cuando Isabel le preguntó si regresaba a Nuevo Winnowlands, su casa de Kent, dijo que no, que todavía no.

—Me dirijo a la abadía de Hawkenlye —explicó.

«Donde —añadió en silencio para sus adentros— buscaré a la abadesa Helewise y disfrutaré de una larga conversación con ella».

Capítulo 2

La abadía de Hawkenlye, serena y silenciosa bajo un cielo pálido y frío, no parecía a primera vista un lugar por el que las emociones fuertes y destructivas circularan libremente. Sus muros de piedra se levantaban macizos, protegiendo a sus habitantes como un fuerte abrazo; no obstante, al menos de día, sus portones de madera estaban siempre abiertos, y se admitía a todo aquel que iba a compartir sus cargas, sus enfermedades de la mente, del cuerpo o del alma, con los pacientes y bondadosos religiosos de la abadía.

Era pleno invierno y los árboles que protegían la abadía con sus ramas estaban ahora desnudos. La naturaleza parecía dormida, y nada en ella crecía; hasta las plantas que tan bien se desarrollaban en el jardín aromático, bajo las manos expertas de sor Tiphaine, eran ahora poco más que ramitas secas.

Detrás de la abadía, su perpetuo fondo oscuro, la perturbadora presencia del bosque de Wealden. Allí también los árboles estaban esqueléticos, con la mayoría de los especímenes caducifolios sin hojas, intercalados con una cantidad menor de tejos, enebros y acebos que rompían la uniformidad gris de las ramas desnudas con salpicaduras de verde oscuro. El bosque era el lugar prohibido, un mundo secreto de mitos y rumores; algunos decían que los senderos apenas perceptibles que lo recorrían, enroscándose por sus vericuetos, habían sido diseñados por los romanos, que buscaban minerales de hierro. Otros contaban que los habían trazado pueblos mucho más antiguos, pueblos que, se susurraba, fueron apenas humanos...

Aquellos que vivían entre los muros protectores de la abadía prácticamente no pensaban en su silencioso vecino. La vida de servicio y plegaria era dura, y las monjas, que empezaban su jornada antes del amanecer y la terminaban al cabo de muchas horas agotadoras con un bienvenido descanso sobre un colchón de heno, contaban con pocos ratos libres como para dedicarlos a reflexionar sobre la naturaleza de quién, o qué, podía esconderse en las profundidades del bosque. La mayor parte de las monjas y los frailes de Hawkenlye se conformaban con aceptar simplemente que el bosque estaba ahí.

La mayor parte...

Las escasas excepciones tenían el buen sentido de guardarse su opinión y sus dudas para sí mismos.

Totalmente identificada con el ambiente de serenidad de la abadía estaba la figura absorta de sor Phillipa. A pesar del frío permanecía en el escaso abrigo que le proporcionaba una esquina apartada del claustro en la que, con unos mitones, estaba enfrascada en la pintura de un manuscrito ilustrado.

Para ser precisos, estaba trabajando en un borrador. Había preparado un viejo recorte de pergamino, un trozo sobrante del trabajo anterior de alguien, en el que ese mismo alguien había probado distintos pigmentos y estilos de caligrafía. Sor Phillipa estaba haciendo su mejor esfuerzo, con letras muy marcadas, estilizadas y regulares,

y con una diminuta ilustración —de una zarzamora, mostrando la hoja, el brote, la baya y la espina— delicada pero de colores vivos. Sabía que estaba a prueba, y que, si lo conseguía, era muy probable que le concedieran el honor de confeccionar un herbario.

Más que eso no le habían contado, y ella tampoco había osado preguntar. No estaba en posición (teniendo en cuenta que hacía tan sólo seis meses que había tomado sus votos perpetuos y, por tanto, era una de las más jóvenes de las monjas profesas) de cuestionar nada de lo que la abadesa Helewise dijera. O, en este caso, no dijera. De todos modos, ¿qué importancia tenía? Lo maravilloso para sor Phillipa era que, después de tanto tiempo —sólo tres años, tal vez, aunque le parecía una eternidad— estaba de nuevo enfrascada en el trabajo que le gustaba. Y para el cual —aunque asumirlo era jactancioso, orgulloso y debería confesarse y hacer penitencia—, tenía un talento especial.

Era consciente de su talento desde una edad temprana, o tal vez la habían hecho ser consciente de él, puesto que, al haberse criado sola, Phillipa asumía que todos los niños dibujaban y pintaban con la misma destreza que ella. Fue su padre —el delicado, culto y despistado Gwydo—, quien la sacó cariñosamente de su error:

—Eres una artista, Philly, sin lugar a dudas. Has heredado mis dones, pero a ellos has añadido algo muy especial que te pertenece sólo a ti.

Le enseñó todo lo que sabía. Viudo —la madre de Phillipa había muerto a causa de las terribles fiebres puerperales un mes después de dar a luz a su única hija—, la niña había sido el único destinatario de su amor. Habían vivido juntos en su pequeña cabaña, padre e hija, ambos contentos de su compañía y dedicados al trabajo para el que tenían tanto talento. Gwydo, artista y visionario, intentaba plasmar sus ensoñaciones diurnas y sus pesadillas nocturnas en sus pinturas. Cuando el pigmento y el pergamino se demostraban demasiado escasos para contener su desbordante imaginación, a veces sufría ataques de furia que lo dejaban temporalmente fuera de órbita. Cuando la angustia lo desbordaba así, Phillipa sufría sólo por él, puesto que, consciente del profundo amor que le profesaba, lo sabía incapaz de hacerle ningún daño.

Con creciente preocupación, Phillipa observó cómo la salud de Gwydo empezaba a deteriorarse. Una existencia de pobreza —sus obras eran de una belleza extrema, pero ¿de qué servían si nadie las conocía ni nadie se las cambiaba por bolsas llenas de oro?— y tantos años de permanecer encorvado y pasando frío sobre su obra, mientras el estómago se le retorció de hambre, habían acabado perjudicándole la salud. Cuando la enfermedad llegó a su aldea, Gwydo cuidó de su hija enfebrecida con una ternura que reflejaba su profundo amor por ella. Pero él sucumbió justo cuando la muchacha empezaba a recuperar la fuerza y la salud, y entonces ya le quedaban muy pocas reservas con las que combatir la enfermedad.

Murió al cabo de dos días.

Phillipa, conmovida, llorosa y temblorosa, no tenía a nadie más en el mundo

que la protegiera. Gwydo había sido su vida y, siempre que había pensado en el futuro, se había imaginado trabajando a su lado y ocupándose de sus obras cuando él ya no pudiera seguir. Ahora se había ido, no había ni dinero ni nada, aparte de sus materiales de pintura, para vender. Puesto que en la aldea no había nadie que tuviera interés en usarlos, parecía que Phillipa estaba condenada a morir de hambre.

Le dijeron que fuera a Hawkenlye. Y, poseída todavía por una profunda tristeza, obedeció. Al principio, las monjas la recibieron solamente como paciente, y con perseverancia hicieron que recuperara su cordura mientras curaban su débil y hambriento cuerpo. El impulso de convertirse en una de ellas, de entrar en la abadía de Hawkenlye como postulante, empezó a aflorar en Phillipa. Al principio no quiso tomarlo en serio, puesto que consideraba que era una respuesta emocional fruto de la gratitud que sentía. Pero luego, a medida que empezó a rezar con las hermanas, viendo el amor y los cuidados que día a día le ofrecían, empezó a pensar que tal vez fuera algo más. Comprendió, o creyó comprender, que la devoción sin límites de aquellas mujeres, que no parecían agotar nunca, provenía de una fuente: manaba de Dios. Al cabo de seis meses había tomado una decisión, y a la semana siguiente ingresó en el convento.

A las postulantes y a las novicias no se les permitía hacer trabajos especializados; antes de plantearse tales actividades, debían aprender lo que era ser monja. Phillipa hacía las tareas que le encomendaban: fregar cacharros, lavar vendajes, hacer la colada, recoger plantas aromáticas, arrancar las malas hierbas, lavar las verduras y cocinar. También rezaba, con mayor frecuencia y durante más rato que antes, y a medida que lo hacía aprendió a gozar de la paz de la iglesia de la abadía y de la presencia del Señor en ella.

Tomó el primero de sus votos al cabo de un año, y los votos perpetuos dos años después de éste. Luego, en la entrevista con la abadesa Helewise que todos los recién profesados debían mantener, se le hizo la sorprendente pregunta:

—¿Qué es lo mejor que sabéis hacer, sor Phillipa? ¿Dónde diríais que reside vuestro talento?

Phillipa cerró la boca, tragó saliva, respiró hondo y decidió decir la verdad:

—Me encantan la pintura y la caligrafía. Sé que suena poco modesto por mi parte, pero mi padre era un gran artista y me enseñó bien. —Luego cruzó las manos sobre su regazo, bajó la vista y aguardó.

—Una pintora —murmuró la abadesa Helewise. Luego añadió, o a Phillipa le pareció oír—: Qué original.

Mirando atrás, seguramente lo había entendido mal. La abadesa no era del tipo de personas que hacían un comentario como ése, expresando una especie de alivio por tener a alguien con talento artístico en la comunidad. El arte no era ni de lejos tan valioso como, por ejemplo, ser capaz de limpiar las heridas de los enfermos, o poseer la amabilidad infinita de tratar a los ancianos que han perdido el raciocinio, o la paciencia de enseñar a niños mugrientos y mocosos que no deben beber agua sucia, ni

hurgarse las narices, ni darse de bastonazos los unos a los otros. No, Phillipa debía haberlo entendido mal.

Volvió a la labor en la que estaba enfrascada: ayudar a una de las enfermeras a limpiar una zona de la enfermería tapada con cortinas en la que había muerto hacía poco un enfermo aquejado de forúnculos llenos de pus y de sangre. Con esto apartó por completo de su mente la conversación con la abadesa.

Pero luego, unas semanas después de Navidad, la abadesa Helewise mandó a buscarla. Y, maravilla de las maravillas, le encargó una obra: una pintura con unas frases. Cuando Phillipa le preguntó, dubitativa, qué debía pintar, la abadesa le contestó: «Algo que uno pueda encontrar en las páginas de un herbario».

Y ahora, sin saber ni importarle el porqué, eso era precisamente lo que sor Phillipa estaba haciendo.

Se incorporó ligeramente y, contemplando su obra y tratando de ver qué aspecto tendría para otro, leyó lo que había escrito:

La flor de la zarzamora es beneficiosa para las heridas abiertas.

Aplicar directamente sobre la herida y las flores la harán cicatrizar.

Mojó el pincel en el pigmento y añadió un matiz rosado al pétalo blanco de la flor de zarzamora. Entonces, al oír en su cabeza la voz de Gwydo, que le repetía su cantinela de siempre acerca de que un buen artista ha de saber cuándo dar por terminada su obra, limpió el pincel y lo guardó. «Lo he hecho lo mejor que sé —se dijo—. Ahora es la abadesa quien debe decidir cómo utiliza mis conocimientos. Si es que quiere utilizarlos», añadió, cruzando los dedos supersticiosamente contra la desagradable posibilidad de que la abadesa Helewise declinara hacerlo.

Allí sentada, en aquella fría esquina, se le ocurrió una idea. Cruzó los dedos lentamente y musitó una rápida disculpa a Dios. Luego se levantó, cubrió su trabajo cuidadosamente y se dirigió a la iglesia de la abadía. Sabía que pasar un rato de rodillas era una forma mucho más adecuada de pedir lo que quería que cruzar los dedos muchas veces.

Mientras, en otra parte de la abadía, la abadesa Helewise le estaba mostrando a su visitante un comportamiento tan sereno como el de sor Phillipa mientras acababa su obra. Sin embargo, en el caso de Helewise, la sonrisa y las manos cruzadas tranquilamente sobre el regazo ocultaban una irritación que estaba convirtiéndose rápidamente en ira.

Había estado de rodillas en la salita reservada para su uso exclusivo, desde la que dirigía buena parte de los asuntos cotidianos de la abadía, sumida en sus pensamientos y a punto de iniciar una fervorosa plegaria. El objeto de sus pensamientos había sido una visita previa, la visita de alguien que era siempre bienvenido y que Helewise deseaba que dedicara más tiempo de su atareada vida a descansar en la paz de Hawkenlye.

La reina Leonor estaba, y había estado siempre, muy involucrada en la vida de la abadía. Su fundación tuvo lugar en un momento en el que Leonor, recién casada con

Enrique, tenía el poder de influir sobre el diseño de su construcción, y apremió para que se inspirara en el modelo de su amada Fontevraud, la gran abadía de la región del Loira en la que monjas y frailes servían en la misma comunidad bajo la dirección de una abadesa. Leonor había visto cómo Hawkenlye crecía, había contratado a constructores y a un arquitecto franceses para levantarla, y se rumoreaba que había regalado a la abadía la pieza más preciada de su tesoro: una talla inglesa de Jesús muerto, sujetado por José de Arimatea, hecha en marfil de morsa. Su relación no cesó una vez la abadía estuvo en pleno funcionamiento. Como mínimo, trataba de estar presente cada vez que se elegía una nueva abadesa, y procuraba pasar una noche o dos en la abadía, o al menos unas cuantas horas, siempre que tenía ocasión.

Tenía un vínculo muy estrecho con la abadesa Helewise. No era raro que la reina comentara con ella asuntos de índole sentimental, de modo que Helewise se quedó encantada, aunque en absoluto sorprendida, cuando vio llegar a Leonor, algunas semanas después de Año Nuevo, y en la intimidad de la pequeña estancia de Helewise le confesó sus angustias por la cautividad de su hijo.

Helewise ya había oído rumores sobre la suerte de Ricardo. Hawkenlye quedaba cerca de la ruta que unía Londres con la costa, y los viajeros que visitaban la abadía solían llevar noticias de la capital. Pero nunca habría escuchado una versión detallada del asunto de no ser por la visita de la reina.

Leonor regresaba a Westminster desde Robertsbridge. Agotada y con evidentes signos de cansancio en el rostro, por primera vez la reina aparentaba los setenta años que tenía. Helewise pidió comida y bebida y, mientras Leonor se tomaba el refrigerio, la abadesa permaneció sentada a sus pies y escuchó lo que contaba.

—Helewise, sabía que algo ocurría —suspiró Leonor—. Debería haber tenido noticias, ¿sabéis...? Sabíamos que zarpó en octubre pasado, y había informes de que el *Franch-Nef* había llegado a Chipre y a Corfú. La nave fue vista cerca de Brindisi y entendimos que navegaba rumbo a Marsella. Parecía que su regreso era sólo cuestión de semanas... de hecho, toda Normandía se preparaba para darle la bienvenida. Pero luego, nada. —Tomó su vasito de vino y dio un buen trago. Luego añadió—: Temo por su reinado. —No necesitaba ser más explícita; Helewise sabía perfectamente de lo que le hablaba—. He ordenado que se refuercen las fronteras de Normandía; nunca se es demasiado precavido.

—No, mi señora —musitó Helewise.

—Luego recibí la carta. —La voz de Leonor sonaba apagada, casi sin expresión—. El bueno de Walter de Coutances cumplió su misión, con creces, debo decir, y logró obtener una copia de la carta del emperador Enrique a ese vil cobarde, Felipe de Francia. Según la carta, el 21 de diciembre, el rey de Inglaterra (¡oh, Helewise, cómo lo menospreciaban, llamándolo «enemigo de nuestro imperio y agitador de vuestro reino»!) fue capturado por el duque Leopoldo de Austria. Walter sabía perfectamente cómo me iba a afectar esa horrible noticia, puesto que incluyó una carta de su puño y letra exhortándome a aguantar y a ser valiente.

—Es un hombre —dijo Helewise—, y no sabe cómo sufre una madre.

Sintió la breve presión de la mano de la reina en su hombro. Aunque Leonor no dijo nada, Helewise sabía que, en aquel momento, ambas estaban pensando lo mismo.

—¿Qué ocurrirá ahora, mi señora? —preguntó Helewise después de un momento.

—He mandado al abad de Robertsbridge a buscar al rey; irá acompañado del abad de Boxley. Son hombres responsables y sé que harán todo lo que puedan. Pero... ¡oh, cómo me gustaría poder acompañarlos! ¡Yo lo encontraría, lo sé, y luego dejaría al mísero duque Leopoldo y a su insidioso amo, el emperador, cuidando de sus defensas! ¡No comprenderían a qué enemigo se enfrentaban hasta que me vieran llegar!

La estancia retumbaba con los gritos de la reina. Luego guardó unos instantes de silencio y acto seguido añadió:

—En fin, soy una mujer anciana y puedo hacer más bien aquí en Inglaterra.

—Nos animáis, como siempre, con vuestra presencia y vuestro valiente ejemplo —declaró Helewise. Sus palabras no eran halagos vacíos, hablaba con el corazón en la mano.

La reina, al parecer, lo sabía.

—Gracias —dijo.

—¿Qué podemos hacer, mi señora? —preguntó Helewise—. Cualquier cosa que esté en nuestras manos, sólo tenéis que ordenarlo y lo haremos.

—¿Rezaréis por nosotros, por mi pobre cautivo y su triste madre?

—¡Claro! ¡Sí, por supuesto que lo haremos!

La reina sonrió.

—Si ponéis tanto fervor en vuestras plegarias, abadesa Helewise, entonces estoy segura de que Dios no podrá evitar escucharos.

Helewise le devolvió la sonrisa. Luego le preguntó:

—¿Os gustaría rezar con nosotras antes de marcharos, mi señora?

—Sí, me gustaría mucho.

La reina rezó aquella noche, y de nuevo por la mañana. Antes de marcharse, acompañada de sus ayudantes y ansiosa por volver a Westminster por si había noticias, llevó a Helewise a un lado.

—También les he pedido a mis monjas de Fontevraud y Amesbury que recen por nosotros —dijo en voz baja—. Al igual que vos, han prometido cumplirlo.

—Estoy segura... —empezó a decir Helewise.

La reina levantó una mano.

—Lo sé. Lo que quiero deciros, abadesa Helewise, es que la reina Leonor no pide nunca un favor sin dar algo a cambio.

—Pero no hay ninguna necesidad...

De nuevo, la reina la hizo callar con un gesto imperativo.

—Tengo una bolsa de oro para Hawkenlye —dijo—. Haced lo que os parezca más adecuado con ella. Lo único que os pido es que, hagáis lo que hagáis, sea en

nombre del rey y de su madre.

Helewise hizo una profunda reverencia.

—Como siempre, nos hacéis un honor demasiado grande —dijo.

Leonor puso las manos sobre los hombros de Helewise y la instó para que se alzara.

—No es cierto. En Hawkenlye me ofrecéis apoyo y un alivio que no es fácil de encontrar. ¿Por qué no debería entregar a la comunidad un poco de lo que yo tengo en abundancia?

Entonces, para sorpresa de Helewise, la reina se inclinó hacia delante y le dio un abrazo y un beso.

Mientras veía alejarse al séquito real, con la bolsa de oro en las manos, Helewise tenía lágrimas en los ojos.

Hacía ya varios días de aquella visita y Helewise ya había dado los primeros pasos para utilizar el inesperado obsequio de la reina. «Un herbario de Hawkenlye —pensó—, qué mejor, puesto que serviría tanto como tributo permanente al rey Ricardo y a su madre como también, por su contenido, para beneficiar a los sanadores que actualmente trabajaban en la enfermería y a los que vendrían en un futuro». Además, sor Phillipa estaba enfrascada en la preparación de una prueba de sus habilidades, y Helewise había pedido ya por escrito pigmentos, tinta, pinceles y plumas.

Se retiró a su habitación para repasar mentalmente la reciente entrevista con la reina y para rezar por ella. Justo cuando acababa de arrodillarse, sonó la llamada en la puerta. Y sor Ursel, la portera, le anunció que el padre Micah estaba fuera y deseaba hablar con ella.

—Le he dicho que tal vez no os iba bien, pero...

—Pero yo he insistido —interrumpió el padre Micah mientras apartaba a un lado a sor Ursel y entraba en la estancia—. Vuestras plegarias deben esperar, mi señora, puesto que necesito hablaros con urgencia.

Helewise se levantó, tragándose la contrariedad y, con una sonrisa, invitó al padre Micah a sentarse.

De pie frente a él —el padre ignoró el taburete que tenía Helewise para las visitas y se sentó en la butaca de la abadesa, tipo trono—, escuchó con creciente incredulidad cómo el padre Micah divulgaba la naturaleza de su asunto urgente. Ahora, disimulando su enojo, cada vez más intenso, a Helewise le costaba más esfuerzo mantener la sonrisa en los labios, puesto que la descortés interrupción del padre Micah había sido, nada más y nada menos, que para informarla de que necesitaba una limpiadora.

—Una de vuestras monjas me servirá —dijo, gesticulando con su mano larga y huesuda—. Que acuda una o dos veces al día. Hay limpieza por hacer y, aunque mi aspecto llame a engaño, soy un hombre de buen apetito y necesito una mujer que sea buena cocinera.

Helewise se quedó muda. Mordiéndose la lengua —respondió, cortés, que todas

sus hermanas tenían cosas que hacer, y que era cosa del padre Micah ocuparse de sus asuntos domésticos—, pensó lo mucho que la entristecía que el pobre padre Gilbert se hubiera roto el tobillo y hubiera mandado a aquel terrible sustituto a la comunidad de Hawkenlye. Por un momento, la amable expresión del padre Gilbert le vino a la cabeza: se había metido en el pequeño estanque que había junto a su casa para romper el hielo y que los pájaros pudieran así beber. Luego, al volver para entrar en casa, resbaló y cayó en el suelo de piedra, y no sólo se rompió el tobillo, sino que también sufrió una grave conmoción.

Su imagen bondadosa la ayudó a responder educadamente:

—Mis monjas están muy ocupadas, padre Micah, pero tal vez podamos encontrar a alguien en el vecindario que pueda limpiar y cocinar para vos.

—¡No voy a conformarme con cualquier fulana de uña sucias y corazón vicioso!

—No recomendaría a una chica así, aunque la conociera —Helewise mantuvo el tono templado.

El padre Micah la miraba con desconfianza.

—Tampoco quiero a ninguna de esas rameritas que mantenéis en vuestro hogar de mujeres en desgracia —prosiguió, como si no la hubiera oído.

Helewise estuvo a punto de echarse a reír.

—Cierto, padre Micah —murmuró—, eso no sería en absoluto apropiado.

—Son diablos ante los ojos de Dios —declamó el cura—, y con su comportamiento asqueroso y contra natura inducen a los hombres a pecar.

Helewise, que siempre había considerado que era más bien al contrario, tuvo el acierto de guardar silencio. No era momento de recordarle al padre que muchas mujeres acababan prostituyéndose para no morir de hambre. Lo cual, aunque podía llegar a ser aceptable para una mujer sola, desde luego no era una opción cuando tenían uno o dos hijos que alimentar.

Y, de todos modos, ¿no se enseñaba a la humanidad que su dios era un dios bondadoso que perdonaba a todos los que se arrepentían de sus pecados?

Mientras escuchaba al padre Micah —que se había enfrascado en una desagradable diatriba contra las mujeres que hacen desviar las miradas y los corazones de los hombres de su supuesto lugar, la contemplación del Señor—, Helewise no pudo evitar pensar lo mucho que le desagradaba aquel hombre.

Y sabía bien que eso iba a ser un problema, puesto que, durante todo el tiempo que el padre Gilbert permaneciera inmovilizado en la cama, el padre Micah iba a ser su confesor.

«Oh, querido padre Gilbert —suplicó en silencio—, ¡volved pronto! ¿Cómo me las arreglaré con este frío sustituto, que me mira como si me odiara y que parece tan incapaz de comprender mis problemas como el gato del establo?».

Con los años, Helewise y el padre Gilbert habían establecido una relación excelente. Era evidente que se apreciaban el uno al otro y que eran buenos amigos. Aunque el padre Gilbert se tomaba su responsabilidad sobre el alma de Helewise con

excesiva seriedad como para que surgiera ninguna sospecha de indulgencia hacia ella, sin embargo, una vez escuchada su confesión y asignada la penitencia, a menudo intentaba dar un giro a la conversación posterior para tratar los asuntos que le provocaban ansiedad. En una ocasión, por ejemplo, sor Eufemia, la enfermera, informó a Helewise de que la hija de un rico e influyente comerciante no sufría, como el padre creía, un trastorno en el estómago, sino que en realidad estaba embarazada. La chica perdió el hijo sin decir nada, y Helewise no quiso corregir al padre cuando éste afirmó sentirse muy aliviado al ver que su hija se había recuperado de su enfermedad sin sufrir secuelas.

Cuando el padre Gilbert la oyó confesar aquella mentira y le asignó su penitencia, le apuntó amablemente que es razonable plantearse, antes de responder a una pregunta difícil: ¿Es verdad mi respuesta?, ¿es necesaria?, ¿es bondadosa?

—¿Y qué hay que hacer si sólo algunas de estas respuestas son afirmativas? —le preguntó Helewise.

El padre Gilbert le sonrió con ternura.

—Abadesa Helewise, yo suelo aplicar el principio siguiente: tres de tres, doy la respuesta, por muy difícil que sea; dos de tres, puedo o no darla, según las circunstancias; una de tres, mantengo la boca cerrada.

«Imagina —pensó ahora Helewise— la misma conversación con este hombre tan enjuto». Se preguntó distraídamente cuánto tiempo pensaba seguir sermoneándola el padre Micah; parecía que llevaba horas así. Entonces se puso a rezar silenciosamente para que hubiera alguna interrupción.

Y si plegaria fue respondida bastante pronto. Alguien volvió a llamar a la puerta y, tan pronto como Helewise hubo dicho «¡adelante!», sor Ursel anunció que *sir Josse d'Acquin* acababa de cruzar cabalgando las puertas de la abadía y había solicitado, si no era mucha molestia, ver a la abadesa.

«¡*Sir Josse, sir Josse*, cuánto os quiero!», pensó la abadesa. Y con una cortés inclinación ante el padre Micah, dijo:

—Es una lástima que no podamos continuar nuestra conversación, padre, pero sé lo atareado que estáis y no quiero entreteneros más. —Luego se volvió hacia la portera y añadió—: Por favor, sor Ursel, haced pasar a *sir Josse*.

Capítulo 3

—Son una abominación a los ojos de Dios. Deberían echarlos a las llamas purificadoras, hasta el último hombre, mujer y niño.

Los ojitos del cura, que miraban a Josse fijamente, eran oscuros e impenetrables. Negros como la tela de su sotana, reflejaban la misma poca luz, la misma poca vida. Resultaba difícil creer que un corazón humano latía dentro de aquel pecho tan estrecho, que un cerebro humano pensaba dentro de aquel cráneo blanco y afeitado.

Josse, acogido en la abadía, esperó a ver si la abadesa decía algo. Pero, aunque su rostro enrojecido parecía reflejar cierta indignación, permaneció en silencio. Josse estaba ansioso por saber qué ocurría. Al ser acompañado por una apresurada sor Ursel a la habitación de la abadesa, descubrió que no estaba sola, como esperaba, sino que se mantenía rígida y tensa ante un cura enjuto y pálido que parecía haber ocupado para siempre su butaca.

Y, de alguna manera, la conversación había dado un giro hacia el tema de la herejía. Al parecer, el padre estaba en plena explosión cuando Josse entró en la estancia; Josse había oído algún comentario acerca de que aquellos que abandonan el camino de la corrección no merecen ser tenidos en cuenta, y al parecer el cura mencionaba a los herejes como ejemplo principal.

Con una mirada de disculpa a la abadesa, Josse intervino:

—¿No son los herejes también hijos de Dios, padre?

Los ojillos hundidos del padre Micah parecieron incendiarse de furia. Entonces declaró, con la rotundidad de quien pesa las almas el día del Juicio Final:

—Ellos renuncian a ese derecho bendito cuando ponen los pies en los senderos del pecado.

—Parece que no tenéis en cuenta el perdón —insistió Josse—. ¿No nos ordenó el Señor que perdonáramos a aquellos que pecan contra nosotros?

La expresión en el rostro de la abadesa debería haberlo prevenido; tenía el ceño tan arrugado que casi se le juntaban las cejas. Y con razón, reflexionó Josse: intentar mantener un debate sobre filosofía eclesiástica con un clérigo fanático era absurdo.

—Pero el pecado no es contra nosotros, ¿no, *sir* Josse? —Las mejillas hundidas y pálidas del padre Micah habían adquirido cierto rubor—. ¡El pecado es contra el propio Dios, de quien esos desdichados se alejan con su locura! —Hizo una pausa, respirando con esfuerzo, y pareció esperar a calmarse antes de proseguir—. Cualquier hombre, mujer o niño que se desvía de la única Iglesia verdadera y del conocimiento de Dios comete una traición —dijo finalmente, con voz templada y distante—. Y el castigo de la traición todos sabemos cuál es.

—La muerte —suspiró Josse.

—Exacto. —El padre Micah, cuya boca casi sin labios se había retorcido para dibujar una sonrisa sardónica, le dedicó un fugaz gesto de asentimiento, como si premiara a un pobre niño que finalmente y contra toda expectativa hubiera dado con

la respuesta acertada—. La muerte en la hoguera.

Josse, paralizado momentáneamente ante el horror de esa imagen, se dio cuenta de que no tenía nada que decir. La abadesa intervino al instante, como si hubiera estado esperando su oportunidad.

—Padre Micah, os hemos entretenido demasiado —dijo en tono sereno mientras se levantaba para abrir la puerta—. Estoy segura de que desearéis retomar vuestros quehaceres, pues sabemos que sois un hombre muy ocupado.

Al principio, Josse creyó que estaba bromeando y esperó que el cura abandonara su furia y relajara su expresión con una sonrisa.

Pero no sucedió así. El padre Micah se levantó con un frufú de la larga sotana oscura —que desprendía, advirtió Josse, un ligero hedor de pescado poco fresco—, y le hizo una cortés reverencia. Luego miró con cierto aire de desprecio a la abadesa y abandonó precipitadamente la estancia.

La abadesa cruzó la habitación y se hundió en su butaca. Después de cerrar la puerta con firmeza, Josse apoyó su ancha espalda contra ella, como si quisiera evitar que el padre volviera a entrar con un último sermón.

—Y este hombre ¿quién es, exactamente? —preguntó.

La abadesa había apoyado la cabeza en el respaldo de la butaca con los ojos cerrados. Josse la observó con ansiedad, preocupado por la desesperación que reflejaba su rostro. Pero luego empezó a sonreír lentamente, abrió los ojos, miró a Josse y dijo:

—Ése, mi querido *sir* Josse, amigo y salvador, es el cura de nuestra parroquia, el sustituto del padre Gilbert.

—¿El padre Gilbert ha...? —Josse no se sintió capaz de acabar la pregunta.

—¡Oh, no, no, el padre Gilbert está bien! Bueno, se rompió el tobillo y se dio un buen golpe en la cabeza, pero se repondrá. ¡Y rezo por que lo haga de prisa!

—¿Así que os ha tocado este tipo tan desagradable? —susurró Josse. Os compadezco, mi señora.

Hablaba con total sinceridad, pero, para su sorpresa, la abadesa se echó a reír.

—*Sir* Josse, os ruego que me perdonéis —dijo, al cabo de un momento, con la alegría todavía reflejada en el rostro—, pero me divierte que, después de tan breve encuentro con ese tipo, os hayáis dado cuenta con tanta claridad de que él y yo no vamos a ser amigos.

—Por decirlo con suavidad —musitó Josse.

—¡Ah, me alegro de veros! —dijo ella, todavía con una amplia sonrisa.

—Eso veo. ¿Vuestro salvador, habéis dicho? ¿Qué queríais decir?

—Estaba deseando que alguien viniera a rescatarme antes de que el padre Micah me indujera al suicidio —bromeó Helewise. Luego intentó sin conseguirlo, ponerse seria—. Llevaba un buen rato sermoneándome sobre los pecados irredimibles cometidos por las mujeres en desgracia y, creedme, al pasar al pecado todavía mayor de la herejía, confieso que he dejado de escucharlo. Luego habéis llegado vos, y ¿qué

mejor salvador podría haber que vos?

Estuvieron hablando largo rato. Eran muy buenos amigos y llevaban sin verse desde el otoño anterior, por lo que tenían muchas cosas que contarse. Una vez discutidas las minucias tanto de la abadía como del día a día de Josse —con profusión de detalles, puesto que cada uno conocía bien las particularidades del otro—, finalmente la conversación llegó al asunto que los había reunido.

Josse se sentía muy satisfecho por haber supuesto acertadamente que la reina Leonor encontraría el tiempo necesario para visitar la abadía de Hawkenlye. Escuchó con atención el relato de la abadesa sobre lo que había sucedido entre la reina Leonor y ella, y se alegró mucho, puesto que sabía que la reina había encontrado en Hawkenlye un corazón amable y generoso.

Cuando la abadesa le contó lo del regalo de Leonor y le dijo a lo que tenía pensado dedicarlo, reconoció que el concepto de un herbario de Hawkenlye era una excelente idea.

—¿Tenéis a alguien con el talento adecuado para hacer justicia a un libro así? —preguntó.

—Eso creo, *sir* Josse. Una monja joven, a quien me parece que no conocéis, me ha informado de que es artista. Está preparando una prueba de su trabajo para que pueda juzgarlo por mí misma. De hecho —se levantó mientras hablaba—, creo que ya habrá terminado. ¿Queréis acompañarme a verla?

—Encantado.

Josse siguió a la abadesa y ambos cruzaron el claustro, doblaron una esquina y llegaron a un rincón privado que él creía no haber visitado antes. Allí no había nadie, tan sólo un pupitre alto y un taburete indicaban dónde se había sentado la artista. Encima del pupitre se veían varios objetos cuidadosamente protegidos con un trapo. Bajo la mirada de Josse, la abadesa levantó el trapo para descubrir botes, pinturas, pinceles, tinta y un pequeño trozo de pergamino.

La abadesa cogió el pergamino. Josse esperó. Al cabo de un momento, Helewise dijo, antes de pasarle la prueba:

—*Sir* Josse, creo que el éxito de mi proyecto está asegurado.

Él comprobó de inmediato que tenía razón. La hermana desconocida había capturado la esencia misma de su objeto; las moras parecían tan llenas de vida que casi lograron abrirle el apetito. Y el texto estaba escrito con una caligrafía firme y fluida que era a la vez atractiva y fácil de leer, aunque Josse, que no era muy ducho en el arte de la lectura, tuvo que esforzarse un poco con algunas palabras.

—Me parece exquisito, mi señora —dijo mientras le devolvía el pergamino.

—¿Creéis que sería correcto encargarlo y pedir los materiales? —Lo miró con ansiedad—. Es mucho dinero.

—Sí, creo que vale la pena —dijo él con firmeza—. La reina Leonor, decíais, ¿desea un homenaje permanente al rey?

—Sí, eso es lo que dijo. Al rey y a su madre, como reconocimiento de su angustia

y su dolor en estos terribles momentos de confinamiento del rey.

—Cierto —suspiró. Las condiciones en las que se encontraba el rey en el presente eran un hecho que parecía haberse instalado en su mente en todo momento, a veces a un lado, y otras veces, como ahora, en el centro. Volviendo no sin esfuerzo, al tema que los ocupaba, Josse dijo—: Bueno, en vuestra propuesta de herbario, al parecer, tenéis algo a la vez útil y decorativo, ¿qué mejor que esto?

La abadesa parecía estar madurando la idea. Luego, con expresión más relajada, respondió:

—Gracias. Entonces haré que el pedido se envíe sin más demora.

—Eh... ¿Puedo pedir que se me permita conocer a la artista? —aventuró.

—¡*Sir* Josse, por supuesto! Mandaré a buscarla, y estaréis presente cuando le comunique el papel que desempeñará en nuestro gran proyecto. Pero la reunión deberá esperar hasta después de la hora nona... ¿vendréis a rezar con la comunidad?

Josse contestó que no había nada que deseara más en ese momento, y la acompañó, a través del claustro, hasta la iglesia de la abadía.

De regreso en su habitación, Josse se apoyó en la pared mientras ella se acomodaba en su butaca. Le había pedido a una novicia que fuera a buscar a sor Phillipa y le dijera que deseaban verla en la estancia de la abadesa; al cabo de una breve espera se oyeron unos suaves golpecitos en la puerta.

En respuesta al sereno «adelante» de la abadesa, una joven monja con el velo y el hábito negros de las hermanas profesas abrió la puerta y se adentró en la habitación. Josse advirtió que estaba muy nerviosa; su rostro ovalado de pómulos prominentes mostraba cierto rubor, y los ojos azules le brillaban con fuerza. Hasta con el severo y almidonado griñón que le cubría la mandíbula y el cuello, y la toca en la frente que le tapaba el pelo, era evidente que aquella muchacha era una belleza. A Josse le complació observar sus movimientos gráciles cuando, después de dedicar una profunda reverencia a la abadesa, con la cabeza gacha y las manos unidas delante, esperaba que su superiora hablara.

—Sor Phillipa, éste es *sir* Josse d'Acquin, un buen hombre y un buen amigo de nuestra comunidad. —La abadesa se volvió hacia Josse, y sor Phillipa se volvió también y le dedicó una sonrisa radiante. Fugazmente vencido por tanta intensidad, Josse decidió rápidamente que aquello era más fruto de los nervios de la joven que de ningún repentino ataque de emoción hacia él. Al fin y al cabo, eran unos absolutos desconocidos—. Hemos estado viendo el ejemplo de vuestro trabajo —prosiguió la abadesa—, y estamos de acuerdo en que nos parece bien que se os asigne el proyecto que tengo en mente. —Hizo una pausa y Josse adivinó que estaba midiendo sus palabras—. Como a otras instituciones, a la abadía de Hawkenlye se nos ha pedido que recemos por nuestro gran rey Ricardo, pues necesita nuestras plegarias. Su señora madre, la reina Leonor, ha sido muy generosa y nos ha hecho un obsequio como muestra de agradecimiento por nuestra intercesión por el rey y por ella misma. Con este regalo, Hawkenlye preparará un herbario con los nombres del rey y de su madre.

Josse advirtió que sor Phillipa temblaba. Enternecido por el hecho de que la elaboración del herbario significara tanto para ella, deseó ver su expresión. Pero ella estaba de espaldas, mirando a la abadesa.

—Sor Phillipa, ¿haréis el herbario? —le pidió la abadesa, amablemente.

Y con lo que parecía un sollozo, la monja respondió:

—Sí. ¡Oh, claro que sí!

La breve luz del día de febrero estaba a punto de marchitarse cuando Josse abandonó la abadía. Helewise y él habían compartido un rato feliz después de que la extasiada sor Phillipa se hubo marchado; como la abadesa le comentó, era un placer excepcional encargar a alguien de su comunidad algo que la llenara de tanta felicidad.

Josse se dio cuenta de que se le había hecho demasiado tarde para volver a Nuevo Winnowlands, de modo que, después de comprobar con sor Marta que su caballo estaría bien atendido —no era necesario hacerlo, pero le gustaba hablar con aquella monja robusta que se ocupaba de los establos—, tomó el sendero que salía de la parte trasera de la abadía y conducía hasta el valle.

En el valle se ubicaba el manantial milagroso del Agua Bendita, que había sido la razón inicial por la cual la abadía se había construido donde estaba. El manantial estaba dentro de un sencillo santuario, dos de cuyas paredes eran de la misma roca por la que bajaba el agua curativa. Junto al santuario se levantaba un refugio construido apresuradamente donde los peregrinos que acudían a tomar las aguas podían comer y, si era necesario, pasar la noche. Un poco más abajo del camino se hallaba la morada de los monjes y hermanos legos de Hawkenlye. Era también una construcción rudimentaria, con pocas comodidades aparte de un techo, cuatro paredes más bien básicas y unas cuantas mantas y colchones más bien finos.

La escasa comodidad era compensada con la calidez con que los monjes daban la bienvenida a los visitantes. En especial, los dos hermanos legos, fray Saúl y el joven fray Augusto, que eran amigos de Josse. Cuando Josse asomó la cabeza por la puerta abierta, fray Saúl lo vio, se levantó y se acercó a darle un abrazo, mientras exclamaba:

—¡*Sir* Josse! ¡Qué alegría veros! Entrad, entrad y acercad los pies al fuego.

—¡Un fuego! ¡Santo cielo, Saúl, con la edad os estáis volviendo comodón!

Saúl no tenía más de treinta años, como mucho.

—Pues sí, estamos de suerte, *sir* Josse, y es cierto que es un lujo especial. Pero es que ha hecho tanto frío estas últimas noches, y... —bajó la voz con diplomacia— algunos de los hermanos más ancianos sufren, así que la abadesa, Dios la bendiga, dijo que podíamos encender la chimenea al caer la noche.

Josse sonrió y le dio a fray Saúl una palmada amistosa en el hombro.

—¡Es un lujo que voy a disfrutar al máximo! —declaró.

Se dejó guiar hasta un banco junto al fuego, saludó a los monjes que conocía e intercambió unas palabras también con Augusto y con el viejo fray Fermín. En seguida le ofrecieron un cuenco de caldo y un trozo de pan, lo cual se zampó con

ganas. El suave rumor de voces masculinas conversando a su alrededor lo sumió de inmediato en una especie de modorra y, antes de que la noche fuera demasiado avanzada, Saúl le preparó una cama en un rincón, en la que se acostó y pronto se quedó dormido.

Se despertó con un martilleo.

Se levantó —parecía ser el único que quedaba durmiendo en la casa—, y salió a ver qué ocurría.

En seguida advirtió que hacía bastante más frío que el día anterior. El cielo tenía un aspecto... como diluido, pensó, y el viento ya no soplaba. Sin embargo, el aire era gélido.

Un grupo de monjes formaban un semicírculo frente a la puerta del refugio de los peregrinos. Una rama muy grande de uno de los castaños del bosquecillo que albergaba las edificaciones del valle había caído encima de una esquina del tejado del refugio. La endeble construcción no estaba diseñada para soportar el impacto de ramas tan pesadas y el techo se había hundido parcialmente.

Saúl y Augusto intentaban quitar la rama de encima del tejado antes de que provocara daños mayores. Fray Erse, el carpintero de Hawkenlye, tenía un buen puñado de clavos y un martillo en la mano, y parecía tratar de levantar con un soporte de refuerzo el tejado hundido. Era obvio que ninguno de los tres lograba mejorar la situación.

Lo que necesitaban era otro par de manos. Josse se apresuró a ayudarlos y añadió su fuerza a la de Saúl y Augusto. Con los tres empujando, la rama cedió un poco. Luego un poco más. Al final consiguieron que bajara rodando del tejado y cayera al suelo helado con un fuerte crujido.

Los monjes comenzaron a aplaudir. Josse al volverse, sonriente, se dio cuenta de lo helados que parecían. Con compasión, advirtió que la mayoría eran mayores, flacos y temblorosos. Fray Fermín llevaba los delgados pies prácticamente descalzos, embutidos en unas sandalias rotas, y estaban empezando a ponérseles azules.

Entonces se volvió hacia fray Saúl, a quien siempre había considerado el más razonable y sabio de los hermanos de Hawkenlye.

—¿No deberían estar dentro los chicos mayores? —le susurró.

—¡Llevo diciéndoselo toda la mañana, *sir* Josse! —protestó Saúl—. Pero fray Fermín, bendito sea, dijo que querían ayudar. —Se rió con simpatía—. ¡Ayudar! Tiene gracia, ¿no?

—¿Queréis que lo intente yo? —sugirió Josse.

—Oh, *sir* Josse, ¡os ruego que lo hagáis!

El poder de persuasión de Josse era claramente superior al de fray Saúl, o tal vez los viejos monjes estaban ya demasiado helados como para protestar; fuera como fuese, obedecieron sin rechistar, y entraron en la morada mansamente.

Saúl los observó con una sonrisa, luego se volvió otra vez hacia el refugio de los peregrinos y, abriendo los ojos de par en par, exclamó:

—Oh, Dios mío, ¡pero si está destrozado!

Desde dentro, fray Erse llamó:

—No está tan mal, Saúl. No tanto.

Y Augusto, desde el tejado, gritó:

—¡Bastante mal!

Los cuatro se reunieron frente a la pequeña edificación. El tejado se había hundido por una esquina, donde había cedido una viga. Las tablas de madera de una de las paredes presentaban grietas profundas; otra de las paredes se había curvado peligrosamente hacia fuera.

Al cabo de un rato, fray Erse declaró, lúgubre:

—Me temo que habrá que reconstruirlo de nuevo. De lo contrario, no será un lugar seguro. No queremos arriesgarnos a que se hunda sobre un grupo de peregrinos.

—Con una sonrisa pícara, añadió—: Los pobres llegan con la intención de curar sus heridas, y no de marcharse con unas cuantas más añadidas.

—Gracias a Dios, anoche no había nadie —suspiró Saúl.

Y todos añadieron:

—Amen.

—¿Cuánto tiempo creéis que hará falta? —preguntó Josse. Pensaba en los visitantes de Hawkenlye, los enfermos, los heridos y los necesitados que acudían a tomar las aguas y a rezar con los monjes por el alivio de sus aflicciones. ¿Qué iban a hacer esos desdichados si llegaban con un tiempo tan frío y no encontraban refugio, ninguna comodidad más que el suelo duro y frío?

Fray Erse estudiaba el refugio hundido como si se tratara de un animal peligroso, frotándose la barbilla distraídamente con una mano y balanceando el martillo con la otra.

—No va a ser tarea fácil —apuntó—. Y tampoco podemos pedirles a los frailes ancianos que nos ayuden. Serían más un estorbo que una ayuda. Calculo una semana, tal vez más, entre los tres.

A Josse se le ocurrieron varias cosas. Se imaginó a una familia pobre con un hijo enfermo que acababa de hacer el difícil viaje hasta Hawkenlye, sin encontrar un lugar en el que refugiarse. Pensó en la bienvenida que los frailes y las monjas siempre daban a todo el mundo, él incluido. Y pensó también en el tiempo que hacía que no se había dedicado a una agradable tarea de trabajo manual.

Tomó la decisión —no le llevó mucho rato— y declaró:

—No seréis tres, Erse. Si estáis dispuestos a acogerme un poco más de tiempo, me quedaré a ayudaros.

Capítulo 4

Helewise no tardó mucho en enterarse de que había un nuevo colaborador trabajando en el valle. Fray Fermín había considerado parte de su deber informarla, y lo cumplió con su habitual letanía de preguntas y comentarios como preámbulo: ¿Tenía buena salud? ¿No encontraba el frío demasiado duro? Qué bondadoso por su parte permitir alumbrar un fuego por las noches en la vivienda de los monjes.

Tratando de ocultar su impaciencia —tenía al menos veinte tareas que se había propuesto hacer antes del mediodía—, ella lo interrumpió con un amable «¿Cómo puedo ayudaros, fray Fermín?».

El monje tuvo que rascarse la cabeza para reaccionar antes de responder; al parecer, hasta él se había olvidado del objeto de su visita.

—¡Ah, sí! —dijo al cabo de unos segundos—. El refugio de los peregrinos ha sufrido daños, abadesa. La rama de un árbol cayó encima de él, suponemos que a causa del hielo. Lo estamos arreglando; quiero decir, el tejado. Es decir, fray Saúl, fray Erse y fray Augusto se encargan del trabajo. Y *sir* Josse ha sido tan amable de brindarnos su ayuda.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Fray Fermín asintió con un gesto animado de la cabeza—. Como es lógico, le hemos ofrecido toda la hospitalidad que está en nuestras manos, y él dice que está acostumbrado a dormir abajo, en el valle.

—Somos afortunados con los amigos que tenemos, ¿no creéis, fray Fermín? —dijo ella a media voz.

—Oh, sí, mi señora. Sí. Eh...

—¿Sí?

—Nosotros... bueno, me preguntaba... ¿Tendría un momento para bajar al valle y ver cómo avanzan las obras? Estoy seguro de que vuestra presencia serviría para animar a nuestro equipo de trabajadores.

—Lo haré, fray Fermín. Y aprovecharé la oportunidad para darle las gracias a *sir* Josse.

Seguía sonriéndole al viejo monje, y sentía que las mejillas empezaban a dolerle por el rictus forzado. Él le devolvía la sonrisa. Finalmente, Helewise dijo con delicadeza:

—¿Hay algo más, fray Fermín? Es que estoy un poco ocupada...

Con una reverencia, una disculpa y saliendo de espaldas de la habitación, el religioso le deseó un buen día y se marchó.

Helewise se dirigió al valle a última hora de la tarde. Mientras bajaba por el sendero, se dio cuenta, entristecida, de que el refugio de los peregrinos estaba prácticamente derruido. Apretó el paso y se dirigió hacia las cuatro figuras ataviadas de negro que trabajaban en sus ruinas.

Alguien había encontrado una sotana negra para que Josse la usara como ropa de

trabajo. Le quedaba un poco corta, y Helewise tuvo una visión desconcertante de sus pantorrillas fuertes, musculosas y peludas sobre unos tobillos de pronunciados tendones. No se había dado cuenta de lo corpulento que era; con la túnica acolchada que usaba habitualmente era imposible determinar dónde acababa el hombre y dónde empezaba el hábito. Pero ahora, vestido con aquella prenda suelta de lana negra — que, como podía apreciar, se ajustaba a los hombros de Josse mientras trabajaba— se percató del hermoso cuerpo masculino que poseía.

«Basta ya —se ordenó mentalmente—. Basta ya de mirarlo de esta manera». Helewise se detuvo para recomponer su rostro con una expresión más inocente — ninguno de los hombres se había apercibido de su presencia—, escondió las manos en las mangas de su hábito y se acercó al refugio.

—¿Cómo va todo, hermanos? —voceó.

Saúl y Augusto estaban arreglando los tablones verticales de la pared exterior sobre las vigas de apoyo horizontales. Josse y Erse manipulaban cada uno un extremo de una sierra grande, y parecían estar preparando más tablones. Los cuatro hombres dejaron lo que estaban haciendo y, en la medida de lo posible —teniendo en cuenta que unos estaban acarreando grandes trozos de madera y los otros un extremo de sierra—, le dedicaron una cortés reverencia de bienvenida.

—Hemos reforzado la estructura básica del refugio, señora —explicó fray Erse, resoplando por el esfuerzo— y ahora estamos colocando paredes nuevas.

—Habéis trabajado con dureza —observó ella. Advirtiéndole, ahora que Erse se lo había explicado, la magnitud de la tarea que se habían propuesto, pensó que «dureza» era un apelativo suave que no hacía justicia a su esfuerzo—. ¡Debéis de estar agotados!

Josse se pasó una mano por las cejas.

—No, mi señora. ¡La ventaja es que el esfuerzo nos mantiene calentitos! —le dijo, dedicándole una sonrisa feliz.

—Estamos en deuda con vos, *sir* Josse. —Le devolvió la sonrisa—. Una vez más, nos obsequiáis con vuestra fuerza en tiempos de necesidad.

—Lo hago encantado —respondió él humildemente. Luego sonrió de nuevo—. ¡No recuerdo cuánto tiempo hacía que no pasaba un día tan agradable!

Josse la conmovió. Todos la conmovieron, aquellos cuatro hombres que se habían entregado tan honestamente a aquella labor tan dura y precisa. Para intentar no demostrar su emoción, la abadesa dijo alegremente:

—¿Cuánto os falta para terminar?

—Esperamos que el nuevo refugio esté listo en un par o tres de días, mi señora —respondió fray Saúl—. Ahora mismo no tenemos muchos visitantes, hace demasiado frío para viajar, y los pocos que deciden hacer el viaje pueden albergarse en la residencia de los monjes con todos nosotros. Cuando este frío haya pasado, el refugio estará listo.

—Bien, bien —asintió ella.

Se preguntaba qué podía hacer para ayudarlos y, de pronto, se le ocurrió una idea. Sonrió para sus adentros, les dedicó un saludo con la cabeza y se despidió.

Cuando los monjes y Josse entraron a comer algo antes de acostarse se alegraron de recibir, junto a la sopa y el pan, una gran jarra de vino caliente con especias.

—Cortesía de la abadesa —dijo la joven monja cocinera que se lo llevó—. Espera que haya bastante para los trabajadores y para el resto de ustedes.

El sueño, reflexionó Josse, amodorrado, mientras yacía en su colchón de paja y acomodaba las mantas, llegaba mucho más de prisa después de una jornada de trabajo, una cena caliente y una copa de vino fuerte y bueno.

Al cabo de dos días, a primera hora de la tarde, el refugio ya estaba prácticamente listo. Fray Erse estaba dando los últimos toques al tejado, fray Augusto barría con ganas el suelo de tierra batida, Saúl y Josse preparaban el escaso mobiliario, disponiéndolo para ser colocado en el refugio tan pronto estuviera listo. Habían lijado a fondo la mesa destartada, y Erse hizo todo lo que pudo para que cojera menos. A los bancos largos les dieron un trato similar, y ahora sacaban el polvo y la suciedad de años de los finos jergones y de las remendadas mantas. Antes, Augusto se había llevado las viejas bandejas y los tazones y los había lavado concienzudamente para volver a colocarlos en el estante, recién limpio, donde los guardaban habitualmente.

Mientras doblaba la última manta y la añadía al montón, Saúl dijo:

—¿Sabéis, *sir* Josse? Creo que esa rama vieja nos hizo un favor. Hemos tenido que reconstruir el refugio, es cierto, pero al hacerlo lo hemos limpiado y ordenado como no lo habíamos hecho en años.

Josse lo miró, advirtiendo su sonrisa de satisfacción.

—Sí, Saúl —asintió—, hemos hecho un buen trabajo, ¿eh?

—Y terminado justo a tiempo —añadió Augusto, mientras salía del refugio y se situaba a su lado—. Si no me equivoco, aquí vienen sus primeros ocupantes.

Josse y Saúl se volvieron hacia donde él señalaba. Un grupo de cinco personas avanzaba por el sendero que bordeaba el lago, ahora helado e investido de una profunda quietud invernal. El grupo estaba encabezado por un hombre que sujetaba las riendas de un burro. Encima del animal iba una mujer con un niño pequeño en brazos, y junto a ellos caminaban una anciana y un niño de unos siete años.

Desde la morada de los frailes, alguien debía de haber estado vigilando. Tres monjes salieron al exterior y se acercaron a dar la bienvenida a los visitantes; tomaron las riendas del asno, ayudaron a la mujer a desmontar y la liberaron del peso que llevaba en brazos. Se oyó el rumor de voces que preguntaban, de respuestas con voz cansada. Uno de los monjes se volvió hacia el refugio; Saúl anunció en voz alta:

—Está listo. Dadnos un momento y los visitantes podrán entrar e instalarse confortablemente.

Al cabo de una hora, los peregrinos habían comido, tomado bebidas calientes y se sentaban en los bancos del refugio frente a un agradable fuego. Entre ellos había dos enfermos: el niño pequeño y la anciana. El niño tenía una tos persistente, y Saúl ya

había ido a ver a sor Eufemia para pedirle un poco del mejunje blanco de sor Tiphaine contra la tos. El problema de la anciana era menos evidente; se quejaba de una sensación de pesadez en el vientre, y fray Fermín, a quien se oyó decir algo de «problemas femeninos», anunció que era un asunto claramente para la enfermera.

Mientras tanto, los frailes habían llevado al pequeño grupo familiar a rezar, y fray Fermín les había dado a todos un trago de las aguas curativas. Cuando llegó la hora de acostarse, los cinco se encontraban mucho mejor y más esperanzados con respecto a su curación.

Al día siguiente, sor Eufemia bajó a ver a la anciana. Josse no se enteró de lo que sucedía durante la consulta; la enfermera había insistido en cerrar la puerta del renovado refugio, diciendo que deseaba estar a solas con su paciente. Fuera lo que fuese lo que le hizo, debió de ser muy efectivo, puesto que la mujer salió con una sonrisa en los labios y una ligereza en el paso que ciertamente no mostraba a su llegada.

Una vez liberada de sus preocupaciones, la familia demostró ser un grupo muy animado. No venían de lejos; su pueblo se encontraba tan sólo a una mañana de viaje. Traían noticias de sucesos violentos: unos días atrás, un oficial del *sheriff* que vigilaba la cárcel justo a las afueras del pueblo había sido atacado y asesinado. Los dos prisioneros que tenía en custodia, un hombre y un joven, desaparecieron. Nadie parecía compadecer al oficial, quien, según la versión de la mujer joven, había sido un «perfecto bastardo, un vicioso y un camorrista». Cuando fray Fermín preguntó tímidamente si había algo que temer de los prisioneros fugados, el hombre del grupo se rascó la cabeza, frunció el ceño, concentrado, durante un momento y contestó:

—Ni idea.

Empezaron entonces las especulaciones fantasiosas. Josse, que las escuchaba, sonreía de vez en cuando para sus adentros ante las más aventuradas. Pero los comentarios eran inofensivos, y comprensibles; los monjes llevaban una existencia aislada y monótona allí, en el valle, y cualquier acontecimiento emocionante que viniera del mundo exterior siempre levantaba muchos chismorreos.

Entre el parloteo, de pronto oyó mencionar su propio nombre. Alerta, escuchó la conversación:

—... quiere que *sir* Josse lo investigue —les decía fray Erse al hombre y a la anciana.

—¿Hum? ¿*Sir* qué? ¿No es un monje?

—No, desde luego que no. Va vestido así porque ha estado ayudándonos a reconstruir el refugio —explicó Erse en un susurro perfectamente audible. Luego levantó la vista y, al ver que Josse los estaba escuchando, se ruborizó un poco y explicó—. Dicen que hay algo misterioso, *sir* Josse. El muerto fue golpeado en la cara, pero parece ser que no fue un golpe lo bastante fuerte como para matarlo. Decía que vos sois un experto en este tipo de casos, y tal vez vos... —Aparentemente superado por el atrevimiento de su propuesta, Erse se quedó con la boca abierta y

sacudiendo la cabeza, confundido—. Pero supongo que tenéis cosas más importantes que hacer —murmuró.

Anticipándose al comentario de la anciana —empezaba a protestar diciendo que aquello era importante, al menos para la gente de la aldea—, Josse respondió:

—Estaré encantado de acompañaros, si es eso lo que deseáis. —Levantó las cejas mirando al hombre.

—Bueno —contestó lentamente—. Bueno, no sé si debo...

—¡Qué más da si debes o no! —protestó su esposa—. Hay un problema que ha de resolverse, y aquí tenemos a alguien dispuesto y, al parecer, también capaz de hacerlo. —Josse no pudo evitar quedarse boquiabierto ante aquella síntesis tan clara del asunto—. ¿Por qué no aprovecharlo?, digo yo. Si es que estáis realmente dispuesto a ayudar, caballero.

—Desde luego —contestó él sonriéndole. Ella le devolvió la sonrisa; su bella boca estaba tan sólo estropeada por un diente que le faltaba—. Lo estoy. Cuando se vayan de aquí para volver a su casa, yo los acompañaré.

Por la mañana, Josse fue a ver a la abadesa. La familia planeaba marcharse tan pronto como hubieran comido, y él quería estar listo y a lomos del caballo para no retrasarlos.

Le contó lo que tenía previsto hacer, y ella asintió:

—No necesitáis mi permiso, *sir* Josse —le recordó delicadamente.

—No, ya lo sé. Pero quería que supierais que el refugio ya está listo; no abandono una tarea para emprender otra que me gusta más.

—No se me había ocurrido pensar eso. —Hizo una pausa y luego añadió—: *Sir* Josse, ¿se sabe algo más de esta familia, o del oficial que murió, además de los escasos datos que me habéis dado?

—No, mi señora. —Esperó a que ella se explicara, y pronto lo hizo.

—Creo que puede haber motivos de sospecha.

—¿A qué os referís?

Ella vaciló; luego dijo:

—Seguramente veo peligro donde no lo hay. Pero hablamos de una muerte; por mucho que al oficial sólo le propinaran un golpe menor, en realidad acabó muerto. Y temo... —No dijo lo que temía. En vez de ello, añadió—: ¿Os importaría llevaros a fray Augusto con vos, *sir* Josse? Sólo para que tengáis a vuestro lado a alguien joven, en forma y capaz de protegeros.

A él le habría gustado responder que no, añadir que podía cuidar de sí mismo y decir que no necesitaba un guardián. Pero las palabras de la abadesa, tenía que admitirlo, reflejaban su propia y vaga inquietud; en aquel asunto había algo extraño. Y sólo un loco se aventuraría a solas hacia un misterio cuando se le ofrecía ir con un compañero en el que se podía confiar.

—Gracias, mi señora, por vuestra consideración y vuestro buen sentido —dijo—. Sí, me llevaré a Augusto, si es que está dispuesto a acompañarme.

—Lo estará —murmuró la abadesa. Luego, en voz más alta, añadió—: Decidle que se lleve a la vieja jaca. Al animal le sentará bien hacer un poco de ejercicio; dice sor Marta que se está poniendo demasiado gorda y perezosa.

El sol salió a tiempo para despedir a los viajeros. Como a su llegada, el hombre llevaba el asno por las riendas, con la mujer y el niño encima —ahora ya casi restablecido de su tos—. El chico mayor caminaba junto a ellos. La mujer anciana fue aupada a lomos de la vieja jaca, y Augusto caminaba junto a sus estribos. Entre risas, ella comentó que no recordaba haber hecho una cabalgata tan agradable en toda su vida.

Josse iba detrás. Le había ofrecido al chico más pequeño que se sentara delante de él a lomos de *Horace*, pero el niño, que parecía asustado, rechazó la oferta con un violento movimiento de cabeza. Era comprensible; *Horace* era un animal inquieto y no dejaba de mover los ojos y empujar al grupo, una visión que resultaba bastante alarmante para un niño. Josse pensó que tal vez sor Marta hubiera estado mimando al animal; solía hacerlo cuando se encargaba de él. Cuando estuvieron más allá del estanque helado y el camino se había ensanchado, Josse llevó al trote a *Horace* hasta el frente del grupo. Luego galopó con él durante una milla, antes de hacerlo retroceder para encontrarse de nuevo con los demás. Una vez agotadas las ganas de jugar, Josse se dispuso a proseguir la excursión tranquilamente.

Él y Augusto acompañaron a la familia hasta su pequeña casita y les pidieron indicaciones para llegar hasta el edificio de la cárcel. Luego se despidieron de ellos y siguieron cabalgando.

La presencia de una mula y de dos caballos indicaba que los representantes de la ley y el orden seguían dentro de la cárcel. Mientras ataban a sus propios animales y entraban, Josse y Augusto oyeron unas voces fuertes. Se oía discutir a dos hombres, y a un tercero que los interrumpía, quejumbroso.

Josse gritó:

—¡Hola! —Las voces discordantes cesaron de golpe. Luego, de algún lugar oculto al final del pasillo, surgió el ruido de unos pasos.

—¡Voy! —gritó una voz masculina, resoplando—. Esta maldita escalera acabará conmigo. —Entonces apareció un hombre bajo y gordo con una túnica de piel sobre unas medias muy sucias—. ¿Si?

Josse presentó a Augusto y a sí mismo, le explicó de dónde procedían y por qué había ido allí.

—Me informaron —dijo en tono majestuoso— de que ha habido un muerto, y cierto misterio envuelve la manera en que murió. Tengo cierta experiencia en estos asuntos y he venido a ofrecer mis servicios.

El gordo parecía sorprendido de que alguien se tomara aquella molestia.

—No era un tipo muy apreciado —declaró con una mueca de sorpresa—. Me temo que no hay más misterio: uno de sus dos prisioneros debió de golpearle en la cara y los dos se largaron. —Sonrió.

—¿Estaban encerrados? —preguntó Josse.

—Pues claro. Esto es una cárcel —respondió el tipo, sarcástico.

—¿Y el oficial del *sheriff* había entrado a darles de comer?

—¡Nooo, él no! Hay una trampilla en el muro, ¿veis? Él abre la portezuela, mete la comida dentro y luego vuelve a cerrarla.

—Entiendo. Entonces, ¿cómo imagináis que el prisionero logró asestarle el golpe en la cara al oficial?

—Oh. Eh... hum. —El hombre levantó los faldones de su jubón y empezó a rascarse la entrepierna con ganas—. Hum...

—Me gustaría ver el cadáver. —Josse se puso bien erguido frente al bajito, tratando de imponerle obediencia.

—Oh. Supongo que podéis. Acompañadme.

El gordo lo guió por el pasillo y por una escalerilla empinada de piedra. Abajo había tres celdas pequeñas que daban a un pasadizo. Las tres tenían la puerta abierta, y la pestilencia que emanaba de ella le provocó arcadas a Josse.

El tipo gordo anduvo frente a él hasta la última celda.

—Aquí está. Tab, Seth, apartaos. —De una patada quitó de en medio a los dos tipos que estaban agachados junto al cadáver. La presencia de una camilla a su lado, sobre el suelo sucio y húmedo, hacía adivinar que estaban a punto de poner el cadáver en ella para trasladarlo.

Josse miró al guarda. Estaba tumbado boca arriba y, como a Josse le habían contado, era obvio que había recibido un puñetazo en la cara. Tenía el labio superior partido y la nariz aplastada. Un puño bastante grande, pensó Josse, o también podía ser que el asaltante le hubiera golpeado varias veces.

Pero tuvo que admitir que el golpe, a primera vista, no parecía ser fatal. Tal vez el hombre había caído y se había golpeado la cabeza contra el suelo de piedra. Josse levantó la cabeza del muerto y palpó en busca de alguna herida. No la había.

Pero algo lo había matado.

Dejando a un lado la remota posibilidad de que el hombre hubiera estado enfermo y justamente hubiera muerto en el momento en que lo golpeaban y dos reos huían de su celda, Josse procedió a examinar el resto del cuerpo.

No tenía ni una sola marca.

Volvió a ponerse de pie mientras pensaba. Luego, detectando algo, dijo:

—¿Augusto?

—Aquí —respondió el chico al instante.

—Gus, ¿puedes conseguirme una luz?

—Claro. —Augusto salió corriendo por el pasadizo y escalera arriba, y pronto regresó con una antorcha encendida.

«Buen chico —pensó Josse—. Tiene los ojos bien abiertos. Debe de haberse fijado en la antorcha cuando estábamos en la estancia de arriba».

A la luz de la antorcha, Josse se inclinó y estudió el cuello del cadáver. Sí. Estaba

en lo cierto.

—¿Gus?

Al instante, el chico se agachó a su lado.

—¿*Sir Josse*?

—Mira —señaló Josse a la izquierda del cuello, justo debajo de la oreja, donde había un pequeño cardenal oscuro. Y a la derecha, en el mismo lugar, donde había cuatro marcas más.

Oyó entonces el repentino grito ahogado de Gus.

—Alguien lo estranguló —dijo el muchacho.

—Sí —asintió Josse—. Gus, déjame la mano.

Comprendiendo al instante, Gus puso la mano alrededor del cuello del muerto. Con el pulgar y los dedos, incluso extendidos del todo, no alcanzaba ni de lejos los moratones. Entonces Josse hizo lo mismo. A pesar de que tenía las manos más grandes que Augusto, tampoco podría haber llegado hasta las marcas.

—Era un hombre grande, ese asesino —le susurró Augusto al oído—. Más grande de lo normal.

Así es —le contestó Josse—. Y hay algo más, Augusto. —Esperó un instante, con la sensación de que casi podía oír cómo trabajaba el cerebro rápido e inteligente del muchacho.

De pronto, Augusto soltó una exclamación de sorpresa y cambió las manos de lugar. Ahora tenía el pulgar sobre el moratón solo y los dedos restantes a pocos centímetros del grupo de cuatro moratones.

—Eso —murmuró Josse—. Cuando te pedí que me dieras la mano, de manera instintiva me diste la derecha, porque eres diestro. Pero, como acabas de ver, el asesino utilizó la izquierda. A menos que algo le impidiera utilizar la mano dominante, una herida, o tal vez porque la tenía atada, entonces debemos asumir que buscamos a un zurdo.

Augusto emitió un pequeño silbido.

—Sí —añadió con los ojos llenos de asombro— y menudo zurdo.

Capítulo 5

Durante la ausencia de Josse, Helewise recibió otra visita del padre Micah. El cura le informó de que no estaba satisfecho con el funcionamiento de la abadía y Helewise, controlando con dificultad su indignación, le pidió dócilmente que se explicara.

—Daremos una vuelta por los diversos departamentos de la abadía —le propuso él pomposamente—. Os señalaré las áreas que más me preocupan.

Con la rebelión hirviendo por debajo de su actitud pacífica, Helewise comenzó a seguirlo.

Al poco tiempo se había hecho una idea del tipo de cosas que molestaban al sacerdote. En la salita de detrás del refectorio, donde las monjas cocineras pasaban buena parte del tiempo preparando enormes cantidades de comida, el padre Micah se quejó de las cancioncillas que algunas de las hermanas canturreaban y de las ocasionales bromas que se gastaban para interrumpir con unas carcajadas la monotonía de la jornada. En la antesala de la enfermería, se quejó porque una joven monja que estaba cansada se había sentado para enrollar vendajes. El dolor en las piernas, que tenía hinchadas por haber estado casi toda la noche de pie, cuidando de un paciente muy enfermo, debía ser ofrecido a Dios, según el padre Micah, como penitencia por sus pecados. Por tanto, debía trabajar de pie.

Fuera, en el frío claustro, el cura estuvo un rato observando a sor Phillipa, que se sentaba ante su pupitre entretenida con la ilustración de una «A» mayúscula. Era una obra muy bella, pensó Helewise, pero el padre Micah se quejó del abuso del azul y el oro, impropios de una comunidad en la que se ha hecho voto de pobreza. Cuando estaba a punto de decirle que la mismísima reina había obsequiado con los medios para adquirir aquellos pigmentos, Helewise cambió de opinión. No pensaba darle ninguna explicación a aquel hombre.

Pasó frente a la habitación de sor Bernardina sin hacer comentarios. Sor Bernardina estaba al cuidado de la pequeña colección de manuscritos preciosos de la abadía. Había algo en la austeridad de sus maneras y en su aire de distanciamiento, como si se comunicara silenciosamente con los ángeles, que merecía la aprobación del padre Micah. Con un imperceptible gesto de la cabeza, hizo señas a la abadesa para continuar la visita y dejaron a sor Bernardina con sus pergaminos.

Sor Emmanuel, que cuidaba de los ancianos en la pequeña residencia de la abadía destinada a los hermanos y hermanas retirados, también se salvó al principio de sus críticas. Pero la residencia era un lugar tranquilo y rezumante de devoción, en el que hombres y mujeres en la edad anciana caminaban con calma y valentía hacia la muerte, con la esperanza de encontrar el cielo, y eso no daba pie a bromas ni a canturreos. Pero cuando sor Emmanuel explicó que también ayudaba a la abadesa con los libros de contabilidad cuando ella estaba muy ocupada, el padre Micah acribilló a ambas monjas con una mirada furibunda.

—Esta tarea —dijo— interfiere entonces con la devoción que debéis a vuestros

pacientes, hermana.

Era una acusación totalmente infundada, y Helewise lo sabía bien. Estaba a punto de decirlo cuando, para su sorpresa, el cura se volvió hacia ella.

—Y, abadesa, no debéis buscar aligerar vuestras tareas aumentando las de los demás.

Helewise experimentó entonces toda la gama de emociones de los injustamente acusados. Furia, resentimiento, humillación y, sí, también cierta dosis de autocompasión: deseó gritar, como un niño herido y enfadado, «¡no es justo!».

Respiró hondo para calmarse —si había de protestar ante el padre Micah en defensa propia, hacerlo ante la atónita sor Emmanuel no era lo propio—, agachó la cabeza y salió de la residencia de ancianos para tomar un poco de aire fresco.

Y para su gran sorpresa, se dio cuenta de que el padre Micah la había seguido. ¿Tal vez contaba como una pequeña victoria que, en vez de dejar que fuera él quien decidiera cuándo era el momento de marcharse y encabezara la salida, ella lo hubiera precedido?

Probablemente no, bajo el punto de vista de él. Pero bajo el de ella, así fue.

El padre Micah reservaba la mayor descarga de ira para el hogar de las mujeres en desgracia. Resultaba que ésa era la obra de su responsabilidad de la que Helewise se sentía más satisfecha: durante sus años como abadesa de Hawkenlye, la abadía había ido adquiriendo la reputación de una institución humana, instructiva y esperanzadora para aquellos que habían sido marginados por la sociedad. Sí, algunas de las mujeres de más edad de aquel lugar estaban demasiado hechas a sus vidas como para volver al buen camino. Pero hasta ellas, de las que las monjas sabían que volverían a los rincones oscuros donde comerciaban y se ganaban el pan, recibían ayuda cuando la pedían, y no se marchaban nunca de allí con el estómago vacío. Sus hijos no deseados recibían el mismo amor y cuidados que los cachorros legítimos de los nobles más ricos.

Las chicas más jóvenes, algunas de las cuales habían terminado prostituyéndose por desesperación, otras víctimas de una violación, otras engañadas por algún joven que les había prometido amor eterno a cambio de que cedieran un poco sólo aquella vez, llegaban avergonzadas a Hawkenlye y encontraban allí la respuesta a sus plegarias. Las monjas las cuidaban durante sus embarazos y, a cambio, hacían los trabajos que se les pedía, casi siempre sin rechistar. Se las animaba —un ánimo que tenía la misma fuerza que una orden— a asistir a los servicios de la iglesia de la abadía y a rezar por la fuerza para rectificar sus vidas. Sus hijos nacían bajo los ojos vigilantes de la enfermera o una de las comadronas, y luego, cuando madre e hijo estaban lo bastante fuertes, las monjas hacían todo lo que podían por encontrarles un hogar. A veces, con un poco de presión, un padre reticente podía ser convencido de aceptar a la madre de su hijo como esposa y darles un hogar. A veces, el bebé era adoptado por alguna pareja sin hijos de la zona. Otras, las propias monjas cuidaban del pequeño mientras la madre regresaba a su vida anterior.

Pocas mujeres volvían a presentarse en la abadía, lo que bastaba para hacer creer a Helewise que el método de Hawkenlye era el adecuado.

De inmediato fue evidente que el padre Micah no compartía el mismo criterio. En aquel preciso momento el hogar estaba bastante tranquilo y, justo entonces, cuando irrumpió en la sala, dividida en dos ambientes, uno para las mujeres embarazadas y otro para las que acababan de dar a luz, sólo cinco mujeres y dos bebés se volvieron a mirarlo.

—¿Venís a dirigir nuestras plegaria, padre? —preguntó alegremente una de las que acababan de dar a luz. Era una mujer de la calle, de Tonbridge, conocida por las monjas porque hacía poco tiempo había traído a una compañera más joven a la abadía. Se sorprendieron al verla llegar también para ponerse a su cuidado. Como comentó sor Tiphaine, llevaba tanto tiempo en su profesión sin sufrir ningún contratiempo que habían imaginado que era capaz de cuidarse sola.

Ahora, madre primeriza a la avanzada edad de veintinueve años, levantaba a su regordeta hijita para que el cura le diera su bendición.

Pero éste no hizo nada parecido. En vez de ello, apartó su sotana a un lado como si temiera que el contacto con una prostituta pudiera contaminarlo, y le dijo:

—¡Sal de mi vista, furcia! Y llévate a ese escupitajo de Satán contigo.

Luego dio media vuelta y salió de la sala a grandes zancadas.

Helewise oyó el llanto sonoro de la mujer, los gritos enfurecidos de sus compañeras y, como resultado inevitable, los lloros de los bebés, asustados y alterados. Por encima del griterío, una única voz femenina se levantó, con una sugerencia al padre Micah de lo que debía hacer consigo mismo.

Helewise apenas lo oyó. Corrió detrás del cura y lo alcanzó en el umbral.

—¡Padre Micah, debo protestar! —dijo con toda la serenidad de la que fue capaz—. En el nombre de Jesucristo y de su caridad, yo...

Él la miró hecho una furia.

—¡No oséis mentar a Nuestro Señor en un contexto así! —le ordenó—. ¡Esa mujer es una sinvergüenza! ¡sinvergüenza! ¡Levantar a su bastardo para que reciba la bendición de un hombre de Dios, con todas sus compinches riéndose como estúpidas, mostrando sus carnes pútridas, contaminando el aire puro de Dios con el hedor de su podredumbre, con la fetidez de la asquerosa sustancia que sale de sus pechos hinchados! ¡Cómo se atreven! Deberían azotarlas, a todas ellas... ¡sí, y marcarlas a fuego con la señal de su vergüenza!

Su rostro delgado se había puesto casi morado de furia. Respiraba con mucha rapidez y en las cejas y el labio superior le brotaban gotitas de sudor.

Helewise, observándolo, temió por su salud, y de pronto se apiadó de él.

—Volvamos a mi estancia —le dijo con calma—. Os sentaría bien tomar un vaso de agua fresca, padre.

Él se volvió a mirarla.

—No si viene de vos —le contestó descortés—. Iré a visitar el santuario sagrado

del valle.

—Como deseéis —dijo ella, manteniendo el tono de voz neutro.

—Espero que haya cambios. —Miraba hacia la iglesia de la abadía—. Quiero ver menos displicencia y despilfarro absurdo y más pruebas de devoción. —Se volvió a mirar a Helewise—. Y esas furcias asquerosas deben marcharse antes de que vuelva a visitaros.

«Está enfadado —pensó Helewise mientras lo miraba marchar a grandes zancadas—. Ésta es, de buen seguro, la única respuesta». Mientras volvía al precioso refugio de su habitación, se preguntaba qué debía hacer ahora.

Un poco más tarde alguien llamó tímidamente a su puerta y fray Fermín entró en la estancia. Estaba llorando. El padre Micah, explicó, le había ordenado que dejara de ser tan generoso con el agua bendita y que se asegurara de que sólo la administraba a aquellos que llevaban una vida devota y rezaban varias veces al día por el perdón.

—¿Y yo cómo he de saberlo, mi señora? —sollozaba el viejo fraile—. ¡Eso no se le ocurrió explicármelo!

Intentando consolarlo —lo que no resultaba fácil—, Helewise le dijo que siguiera haciendo lo que había hecho hasta ahora, y le prometió que hablaría del asunto con el padre Gilbert.

—Dijo que volvería —dijo fray Fermín, obediente—. Nos dijo que tenía que hacer otras visitas; mencionó a no sé qué señor noble al que hay que recordar la ley de Dios, y dijo algo sobre la eliminación de almas perdidas a través del fuego eterno. Pero va a volver, mi señora.

Sus ojos, enrojecidos por las lágrimas, miraron a Helewise, y el corazón de la abadesa se llenó de piedad.

—Intentad no preocuparos, fray Fermín —le dijo con ternura—. Regresad al valle a cuidar de vuestros peregrinos. Dejad que yo me ocupe del padre Micah.

Aliviada, se dio cuenta de que sus palabras parecían servir de algún consuelo a fray Fermín. Mientras lo observaba marcharse, deseó que lo mismo le sucediera a ella.

El regreso de Josse unas horas más tarde supuso una distracción muy bienvenida. Dejando de lado sus preocupaciones, Helewise le preguntó lo que había descubierto sobre el carcelero asesinado. Mientras escuchaba agradecida cómo su voz profunda le contaba las marcas en el cuello del cadáver, se sumió de lleno en el misterio.

—¿Hay alguna posibilidad, *sir* Josse, de que alguno de los prisioneros hubiera podido alcanzarlo a través de la trampa de la que habláis, por donde les pasaban la comida?

—Creo que no, señora. Y, en cualquier caso, ninguno de ellos tenía las manos aparentemente tan grandes. Uno era un hombre adulto, pero bajo y delgado, y el otro no era más que un muchacho.

—¿Y la puerta de la celda no había sido forzada?

—No. La abrieron con llave.

—¿La llave del muerto?

—Sus colegas así lo creen. Pero, mi señora, son un grupillo bien triste y, me atrevería a afirmar, especialmente bobos y poco observadores.

—Hum. Mi conclusión, *sir Josse*, y seguro que vos opináis lo mismo, es que el asaltante vino de fuera, derribó al guarda, le robó la llave y liberó a los prisioneros.

—Eso parece.

—Pero ¿por qué? ¿Quiénes eran, *sir Josse*? ¿Pudisteis averiguarlo?

—Los otros guardas tenían poco que decir sobre el tema. —Suspiró, y ella notó que se sentía frustrado—. Los dignifico con el título de guardas, pero, de hecho, dos de ellos parece que fueron reclutados tan sólo para hacer de portadores del féretro; estaban a punto de sacar el cuerpo cuando Augusto y yo llegamos. Es un buen chico, Augusto —añadió—: Utiliza la cabeza.

—Estoy de acuerdo —dijo ella, a media voz. Luego añadió—: ¿Decíais, *sir Josse*, que los guardas tenían poco que contar?

—Sí, sí. —Volvió a suspirar—. Uno de ellos me informó de que los prisioneros eran forasteros. Extranjeros, dijo. Su amigo, el muerto, se había quejado de que no paraban de gritar y que no podía entender lo que querían. Tampoco habría significado ninguna diferencia, imagino, puesto que estoy seguro de que no les habría dado lo que le pedían ni siquiera entendiéndolos.

Helewise advirtió que tenía un aspecto raramente desalentado.

—¿Qué ocurre, amigo? —le preguntó con ternura—. ¿Qué es lo que os preocupa?

—Oh, tal vez sea un blando —dijo él, esbozando una breve sonrisa—. Es perfectamente posible que los prisioneros estuvieran encarcelados justamente, que fueran culpables de algún crimen que mereciera un castigo duro. Pero, mi señora, vos y yo no tendríamos ni a un animal en las condiciones que pude ver en aquellas mazmorras.

—No creo que vuestra compasión merezca que seáis tachado de blando —dijo ella—. Si es que se trata de una acusación. Pero, *sir Josse*, ¿no pudisteis obtener ninguna pista sobre la naturaleza de su delito?

—No. Los carceleros no parecían saberlo y, cuando Gus y yo intentamos hacer averiguaciones entre los aldeanos, nadie quiso hablar con nosotros. Parecían tener miedo.

—¿De los carceleros?

—Es curioso que lo preguntéis, pero no, no creo que fuera de ellos. Había alguien más a quien temían. Una mujer a la que se dirigió Gus no dejó de mirar hacia atrás por encima del hombro, como si temiera que el propio diablo pudiera saltarle encima. Y un niño pequeño se echó a llorar y dijo algo sobre el hombre negro.

—¿El hombre negro? ¿De piel negra, creéis que decía?

—Sí, puede ser.

—¿Es posible que aquellos prisioneros extranjeros fueran negros? —Animada, ahora profundizó en la idea—. ¡Tal vez un hombre muy alto, ancho y negro fue a

rescatar a sus amigos, mató al carcelero con su mano enorme y asustó a toda la aldea simplemente con su tamaño!

Josse la miró, indulgente.

—No lo sé, señora. Pero es una suposición tan buena como cualquiera de las que han podido ocurrírseme a mí.

Por la mañana, Helewise acudió a la oración de la hora prima con el corazón encogido. Había dormido mal, abrumada por la ansiedad que le producía el asunto con el padre Micah. De rodillas, dio gracias a Dios por el don de apiadarse del cura, sin el que estaría en el camino de sentir odio hacia él.

«Necesita ayuda, Dios mío —susurró— pues estoy segura de que tiene algún problema».

Al empezar el oficio se entregó a sus devociones. La paz fue instalándose a su alrededor, como siempre hacía, y sintió la ayuda inestimable de una fuerte energía que la apoyaba. Un poco más tarde, animada, salió a enfrentarse al nuevo día.

El primer drama llegó a media mañana, mientras Helewise se sentaba a su ancha mesa de roble a estudiar una lista de las rentas pendientes de algunos de los arrendatarios que cultivaban las tierras de la abadía. El ligero rumor de alguien que merodeaba al otro lado de la puerta interrumpió su concentración. No hubo ninguna llamada, pero Helewise oyó una ligera tos reprimida y el sonido de unos suaves pasos, como si alguien anduviera arriba y abajo del claustro.

Una vez detectado el ruido, le pareció imposible ignorarlo. Parecía probable que, si lograba hacerlo y volvía al trabajo, quienquiera que fuese se decidiría finalmente a verla y llamaría a la puerta.

La abadesa se levantó, se acercó a la puerta y la abrió. Fuera, con la mano levantada como si estuviera a punto de llamar, estaba sor Bernardina.

—¡Sor Bernardina! —exclamó Helewise—. ¿Deseabais verme?

—Sí, mi señora. Es decir, no estoy segura. Probablemente no sea nada, tan sólo mi imaginación, pero aunque no paro de decírmelo, estoy todavía muy inquieta.

Había sido un discurso muy largo, para lo callada que era habitualmente sor Bernardina.

—Pasad —dijo Helewise, y contadme qué es lo que os preocupa.

Sor Bernardina estaba pálida, pensó Helewise; todavía más de lo habitual. Y las manos de piel fina que solía llevar guardadas en las mangas del hábito de monja estaban ahora temblorosas.

Helewise guió a la monja hasta su propia silla.

—Desde luego parecéis inquieta —le dijo—. Venid, tomad un poco de agua.

—Le acercó una copa a los labios.

Sor Bernardina dirigió los ojos, abiertos de par en par y subrayados por la fatiga, hacia su superiora. Como no era una mujer de palabras vanas, ni siquiera cuando estaba alterada, procedió a hablar:

—Después de la hora tercia, fui a la sala de los manuscritos. Ayer, cuando

estábamos allí con el padre Micah, advertí que había marcas de dedos en la puerta del arcón de los libros. Me alivió ver que el padre no se daba cuenta, porque me habría avergonzado y le habría dado la oportunidad de regañarme.

—Desde luego —murmuró Helewise. El padre, pensó, ya había soltado bastantes regañinas sin necesidad de darle motivo.

—Cuando me arrodillé en el suelo y me puse a pulir la puerta del arcón, algo me llamó la atención. Cogí la llave de donde la tenemos colgada, en la jamba de la ventana, y abrí el aparador. Y, oh, abadesa, no puedo afirmarlo, pero juraría que alguien ha estado revolviendo los preciosos manuscritos.

Helewise conservó la calma.

—¿Falta algo, hermana? —preguntó.

—No lo sé. Después de mi primer vistazo rápido, diría que están todos, pero no me detuve a mirarlo con detalle. Pensé que era mejor venir primero a contároslo, señora.

—Muy acertado, sor Bernardina —dijo Helewise con firmeza—. Ahora iremos las dos y lo miraréis con más detalle.

—Pero... Sor Bernardina, todavía muy pálida, cerró los ojos.

—Pero ¿qué?

La monja abrió los ojos y miró a la abadesa.

—Supongamos que el ladrón, quiero decir, si es cierto que hay un ladrón... que sigue ahí, escondido tras la puerta, esperando para asaltarnos.

—No es muy probable, ¿no creéis? —dijo Helewise con decisión—. Aun suponiendo que ese hipotético ladrón estuviera cuando vos entrasteis en la sala —sor Bernardina emitió un gemido sólo de pensarlo—, no creo que se quedara allí, esperando a ser descubierto.

—Pero...

—Acompañadme —pidió Helewise con tono decidido—. Cuanto antes echemos un vistazo, antes sabremos a qué nos enfrentamos.

Y las dos religiosas salieron de la habitación. Rodearon el claustro hasta la pequeña sala que constituía los dominios de sor Bernardina y, en silencio, la pálida monja señaló el armario de madera, una estructura ancha y poco profunda que se levantaba sobre seis sólidas patas. Su panel frontal estaba decorado con una serie de arcos.

Helewise se arrodilló delante del mueble. No miraba a menudo dentro del arcón de los libros y nunca se había detenido a inspeccionar cada manuscrito en detalle, de modo que tenía poca idea de lo que en realidad buscaba. Estaba a punto de hacer un comentario a este respecto cuando sor Bernardina soltó un grito:

—¡Oh, no he mirado si el misal seguía aquí! —dijo, apresurándose a adelantarse. Se arrodilló junto a la abadesa y se inclinó hacia los estantes—. ¡Oh, ojalá siga aquí!

—¿El misal, hermana?

Sor Bernardina estaba revisando cuidadosamente los manuscritos a un extremo

del mueble.

—El misal de St. Albans, mi señora, uno de nuestros documentos más valiosos, obsequio de su señoría el obispo... ¡Oh, gracias a Dios! ¡Aquí está! —Levantó unas cuantas hojas de pergamino, encuadernadas, con una sonrisa de alivio.

Helewise se fijó en una página de caligrafía cuidadosamente ilustrada con tres grandes letras capitulares de colores muy vivos antes de que, con el cuidado de una madre arrojando a su hijo, sor Bernardina devolviera el misal a su estante.

Helewise miró a su alrededor y al cabo de un rato dijo:

—No creo que pueda ayudaros, sor Bernardina. Como no conocía el orden habitual de los manuscritos, no puedo decir si falta alguno. ¿Es este arcón el único mueble en el que guardamos manuscritos?

—No, también está el aparador de aquella pared —señaló sor Bernardina. Luego se levantó y fue a inspeccionar la puerta de madera del mueble—. Puede que la hayan abierto, no lo sé. —Miró dentro del armario y, con un suspiro, declaró—. Creo que todo está en orden. Pero, como en el otro armario, hay algo que parece no estar bien. —Frunció el ceño y se mordió el labio con ansiedad—. Lo siento, señora, pero no puedo ser más explícita. Simplemente, sé el aspecto que tienen normalmente el arcón y el aparador, pero hoy, hoy...

—Parecen distintos —concluyó Helewise por ella. Sor Bernardina la miró, agradecida.

—Exacto.

—¿Y no podéis decir si falta algo?

Sor Bernardina hizo un gesto de resignación.

—No, señora. Lo lamento, pero no.

—Está bien —dijo Helewise, decidida—. Os sugiero que reviséis todo el contenido del arcón y el aparador y lo clasifiquéis. Os mandaré a sor Phillipa para que os ayude; entre las dos podéis elaborar una lista de lo que hay y compararla con el inventario. Tomaos el tiempo necesario, no os presionaré. Y venid a verme cuando podáis afirmar si ha habido robo o si, sencillamente, se trata de una travesura.

Sor Bernardina, absorta ya en su labor, musitó:

—Sí, mi señora, por supuesto. —Y le hizo una reverencia a la abadesa. Luego comenzó a sacar los manuscritos uno a uno del arcón, examinándolos y quitándoles el polvo con su blanca mano, como si la posible indignidad que habían sufrido, de alguien que no tenía derecho a hacerlo interfiriendo con ellos, pudiera ser expulsada de un manotazo.

Y Helewise la dejó en su ensimismamiento y salió despacio en dirección a su habitación.

Había decidido que le haría una visita al padre Gilbert para hablar del padre Micah. Como primer paso, puesto que el padre Gilbert debía de saber cosas de su sustituto que podrían ayudar a Helewise a tratar con él. También podría intentar averiguar cuánto tiempo faltaba para que el padre Gilbert volviera a su antigua

actividad.

Si el padre Gilbert no pudiera ayudarla, entonces Helewise debería recurrir a una autoridad superior. Primero al superior del padre Micah y, si todo esto fallaba, a la mismísima reina Leonor.

Costara lo que costase, Helewise se prometió que no tenía ninguna intención de doblegarse ante las intenciones del padre Micah y expulsar a sus mujeres en desgracia para dejarlas expuestas a la dudosa caridad del mundo.

Costara lo que costase.

Cuando regresó a la abadía para el oficio de vísperas, Helewise había recuperado buena parte de su optimismo. Como siempre, su humor había mejorado a base de asumir sus problemas y de dar los primeros pasos hacia su resolución. La solución final podía estar todavía lejos —sor Bernardina y sor Phillipa estaban aún empezando su tarea, y el difícil escollo del padre Micah parecía todavía casi insuperable—, pero, al menos, sabía lo que tenía intención de hacer. Cerró los ojos, bajó la cabeza y pidió a Dios humildemente que tuviera al cura en consideración: «Os lo ruego, Señor —imploró— ayudadlo a salir de su aflicción. Ayudadme a mí también. Proteged a la comunidad de Hawkenlye y a aquellos que la servimos de su ira y estrechez mental».

Las voces de las hermanas se levantaron en la quietud del aire, y Helewise se entregó al dulce sonido de sus salmodias.

Al día siguiente, la alarma se disparó antes del amanecer.

Un vendedor con una carga muy pesada había emprendido muy pronto el camino hacia el mercado de Tonbridge, a sabiendas de que su carga le impediría avanzar al paso habitual, pero sin querer llegar tarde, por el riesgo de perder su lugar habitual en el mercado.

En un tramo oscuro de la senda que se encaramaba hacia Castle Hill, donde el Gran Bosque proyectaba sombras todavía más oscuras en la penumbra de la noche, el vendedor advirtió lo que creyó ser un saco grande tirado en el camino, medio caído en la acequia. Pensando que había podido caer del carro de otro vendedor que se dirigía también al mercado —Tonbridge quedaba ahora a tan sólo unas cinco millas de distancia—, el hombre dejó su propia carga y se dispuso a ver si encontraba algo que pudiera aprovechar.

Colocó las manos alrededor de lo que creyó ser el cuello del saco; ciertamente, a oscuras, parecía ser el punto más estrecho del bulto. Y, de hecho, sí que era un cuello, pero de otro tipo: un cuello humano, roto, del que colgaba una cabeza rapada.

El vendedor no esperó a investigar más. Abandonó su paquete —sólo el terror extremo podría haberle hecho hacer eso— y corrió todo lo de prisa que pudo camino abajo, hasta el punto en que se bifurcaba, por un lado en dirección a Tonbridge, y por el otro, vadeando el bosque y hacia Hawkenlye.

Una vez allí, golpeó con fuerza las puertas de madera de la abadía mientras gritaba hasta quedar afónico, con lo que atrajo la atención de la comunidad, que justo se disponía a levantarse para maitines. Las monjas fueron al valle a avisar a dos de

los hermanos legos, fray Saúl y fray Michael, y Josse fue con ellos. Los tres hombres acompañaron al vendedor hasta su truculento hallazgo.

El vendedor tenía razón, determinó Josse al instante: el hombre estaba absolutamente muerto.

Y, aunque a oscuras resultaba difícil estar del todo seguro, le pareció que tenía una idea bastante clara de su identidad.

Aceptando el repetido argumento del vendedor de que ya había hecho todo lo que estaba en sus manos, todo lo que se podía pedir a un hombre corriente que hiciera, Josse le dijo que podía seguir andando hasta el mercado; a esas alturas, el vendedor ya se había repuesto del susto y volvía a estar preocupado por sus ventas del día. Cuando fray Michael preguntó con un susurro si era prudente dejar que se marchara, Josse respondió que el vendedor apenas podía considerarse sospechoso de asesinato, puesto que sólo un tonto mataría a un hombre sin ser visto, a media noche y lejos de cualquier comunidad humana, para luego ir a confesarlo a una abadía, como había hecho.

—Ah —exclamó fray Michael—, bueno, supongo que tenéis razón.

Entre los dos enrollaron el cuerpo como en un hatillo y, después de cubrirle la cabeza y la cara con un retal de saco que medio a regañadientes les había dado el vendedor, lo trasladaron a Hawkenlye.

La abadesa los esperaba.

Acompañó a los tres hombres a la enfermería. Bajo las órdenes de sor Eufemia, llevaron el cuerpo hasta un cubículo protegido por unas cortinas y colocaron el bulto sobre una camilla. Luego, sor Eufemia, sujetando una luz, apartó el trozo de saco e inspeccionó el rostro del muerto.

Se incorporó, con los ojos abiertos por el asombro, y miró a la abadesa, que también había reconocido la identidad del muerto.

—Dios mío, es el padre Micah —exclamó Helewise con voz temblorosa.

Capítulo 6

Pero ¿cómo ha acabado ahí tendido? —preguntó la abadesa por tercera vez—. ¿Qué estaba haciendo?

Josse, inclinado encima del cuerpo con sor Eufemia a su lado, se sintió fastidiado momentáneamente; no era propio de la abadesa, pensó, frotarse las manos de aquella manera tan angustiada.

—De momento no podemos saberlo, señora —dijo—. Lo primero que hay que hacer es determinar la causa de la muerte.

—¡Pensaba que habíais dicho que tiene el cuello roto!

—Sí, así es. —Josse sintió, más que oír, la irritación de la enfermera ante el inusitado nerviosismo de su superiora. Se volvió hacia la abadesa y dijo, forzando lo que esperaba que sería una sonrisa tranquilizadora—. ¿Por qué no dejáis este asunto en mis manos y las de sor Eufemia? Cuando estemos preparados para empezar a indagar cuáles fueron los movimientos del padre durante el día de ayer, vendré y discutiremos sobre la mejor manera de empezar.

—Oh. —Arrugó el ceño—. Pero yo... —Entonces asintió abruptamente con la cabeza, se volvió de espaldas y salió rápidamente de la enfermería.

—Hay algo que la preocupa —musitó sor Eufemia—. Pero no vamos a especular sobre el motivo ahora mismo, ¿no, *sir* Josse?

—No —asintió él. Le sonrió—. Tenemos algo más importante que hacer.

Volvieron a la tarea de inspeccionar el cadáver del padre Micah. Cuando la enfermera empezó a desabrochar y sacar las prendas de ropa, dijo:

—*Sir* Josse, su sotana tiene el mismo tacto que la ropa limpia cuando la colgamos fuera y se hiela. Está rígida como un tablón.

—Es cierto, hermana, tenéis razón. Eso significa que seguramente llevaba ahí fuera bastante tiempo.

Prosiguieron en silencio un buen rato. Luego Josse dijo:

—Hermana, ¿os parece bien que llamemos a fray Augusto?

Ella levantó los ojos de las sandalias del cura, que justo estaba sacando de los pies.

—¿Creéis que nos ayudarían otro par de ojos agudos?

Él se rió ante el comentario.

—Bueno, vos y yo hemos funcionado con bastante eficacia hasta ahora —declaró—. Pero estoy pensando que sería bueno para el muchacho, le ayudaría a adquirir más experiencia de algo para lo que ya muestra una buena aptitud.

—Estoy de acuerdo —asintió ella—. Bien, mandad a buscar a Gus.

Fray Augusto llegó desde el valle un poco más tarde, resoplando.

—No era necesario que te apresuraras, chico —comentó Josse—. El cura no se escapará.

—¿Es cierto, entonces, lo que me han dicho? —Augusto se acercaba con los ojos

abiertos de par en par a la camilla.

—Depende de lo que te hayan dicho —respondió Josse—. Lo que es cierto es que el padre Micah fue hallado en la cuesta de Castle Hill a primera hora de esta mañana. Al parecer, llevaba allí tendido toda la noche. Tiene el cuello roto.

—¿Pudo haber caído? ¿Un accidente, tal vez? —preguntó Augusto. Josse se dio cuenta de que miraba fijamente el cuello del muerto.

—Eso ya lo he mirado —le susurró Josse—. No tiene ninguna marca en el cuello.

Sor Eufemia acabó de retirar las últimas prendas del cuerpo del fallecido. Yacía, pálido, quieto y delgado, desnudo ante ellos tres. Fue Augusto quien se puso a musitar una plegaria silenciosa; sor Eufemia miró a *sir* Josse y esbozó una tímida sonrisa, decantando la cabeza en dirección al muchacho, como queriendo decir: «Es buen chico, ¿no os parece?».

Josse se preguntaba si la enfermera había compartido la misma antipatía hacia el cura muerto. Al fin y al cabo, parecía probable.

Augusto concluyó su plegaria y abrió los ojos. Miró con una expresión ligeramente acusadora a Josse y a la enfermera, quienes musitaron un tardío y obediente «amén».

—Bueno, y ahora —dijo sor Eufemia— veamos si podemos extraer alguna información del cuerpo de este pobre infeliz.

Y entonces, durante un rato reinó el silencio en la pequeña estancia mientras los tres dejaban a un lado sus distintas emociones y proseguían con el examen.

—No tiene ninguna herida evidente en el cuerpo —informó Josse a la abadesa a media mañana— aparte de una magulladura en el mentón y, por supuesto, el cuello roto. Esto parece que se produjo por delante. Como si, por ejemplo, hubiera chocado contra una viga, colisionando con fuerza con la mandíbula, de manera que su cabeza se echó hacia atrás con violencia.

—Pero en el camino no hay ninguna viga —dijo la abadesa.

Josse se preguntó cuál debía ser la razón por la que su acostumbrada inteligencia parecía haberla abandonado.

—Así es señora. Sólo citaba la viga a modo de ejemplo. Es posible que resbalara y se golpeará el mentón con la rama de un árbol.

—Ah, un árbol, sí. —Su mirada, de ojos grises, era ahora vaga y desenfocada. Luego, al levantar la vista y darse cuenta de que él la observaba, pareció hacer un esfuerzo—. O supongo que pudo haber muerto en algún otro sitio, donde sí hubiera vigas... y luego lo trasladaron al sendero.

—Es posible, sí —dijo Josse lentamente—. Pero eso lo convierte en asesinato, mi señora, puesto que un hombre que tiene el cuello roto no es capaz de levantarse y caminar hasta otro sitio.

Para su asombro, Helewise se ruborizó intensamente y exclamó:

—¡Pues yo no lo maté!

Josse se apresuró a replicar:

—Mi señora, no he imaginado ni por un segundo que lo hubierais hecho.

Pero ella apenas pudo oírlo. Sollozaba, con la cabeza agachada y oculta entre los brazos, doblados sobre la mesa. Él se levantó y fue a colocarse a su lado.

—Calma, calma —le musitó, mientras pensaba en lo inadecuado de sus propias palabras.

Al cabo de unos instantes, la mano de Helewise se levantó y se aferró a la suya con un fuerte apretón. Él se estremeció levemente; la abadesa tenía las manos fuertes. Luego la mujer levantó la cabeza, se secó los ojos y dijo, una vez recuperado su tono de voz habitual:

—Disculpadme por este ataque, *sir* Josse. No he dormido bien, puesto que no tengo la conciencia tranquila respecto al padre Micah. —Volvió la cabeza para mirarlo—. Después de la impresión inicial al recibir la noticia, temía que su muerte fuera culpa mía. Anoche, en vísperas, le pedí a Dios que ayudara al padre Micah a salir de su angustia. También le pedí que liberara a la comunidad de Hawkenlye de su ira y su fanatismo.

Josse estaba sentado en el canto de la mesa, una libertad que no acostumbraba a tomarse.

—¿Y vos pensasteis que Dios había respondido a vuestra plegaria rompiendo amablemente el cuello del padre Micah, de vuestra parte? —Ella asintió—. ¡Oh, Helewise! —susurró él.

Por un instante, sus miradas se encontraron en un momento lleno de emoción. Luego ella bajó la mirada e inició un concienzudo y concentrado examen de sus manos cruzadas.

Josse se apartó de su mesa y se situó al otro lado de la misma, en su lugar habitual, justo enfrente de la puerta. Desde aquella pequeña distancia le resultaba más fácil controlar sus propios sentimientos. Al cabo de un instante —que no pudo evitar pensar que era necesario tanto para él como para ella— se aclaró la garganta y dijo:

—De hecho, he estado preguntándome si alguien pudo atacarlo. No es que tenga ninguna certeza... sor Eufemia, Augusto y yo no encontramos ninguna prueba ni a favor ni en contra. Es igualmente posible que sufriera un accidente fatal.

—La supuesta rama —dijo ella. Todavía no lo miraba a los ojos—. Es posible.

—Ahora tenemos que averiguar todo lo que hizo el padre durante el día de ayer —prosiguió Josse. Pensó que era más fácil para ambos si se concentraban en el tema que los ocupaba—. Estuvo aquí en las primeras horas del día, ¿no es así, mi señora?

—Cierto. —Al final Helewise levantó la cabeza y lo miró—. Insistió en que lo acompañara por los distintos departamentos para poder señalarme lo que estábamos haciendo mal. Fue especialmente contundente en su condena de nuestro trabajo con las mujeres caídas en desgracia. Le hizo un comentario ofensivo a una de nuestras residentes que acababa de ser madre, y ella o una de sus compañeras le respondió en el mismo tono.

—¿Sabéis cuál de las mujeres era?

—No, *sir Josse*. —Esbozó una leve y fugaz sonrisa—. Y aunque lo supiera, no estoy segura de si os lo diría. La idea de una mujer en avanzado estado de gestación o que acaba de dar a luz saliendo a escondidas de la abadía, encontrando al padre Micah por el camino y rompiéndole el cuello es improbable, y estoy segura de que vos pensaréis lo mismo.

—Sí —asintió, cauteloso—. Pero las mujeres tienen amigos, ¿no es así?

—Si están embarazadas, desde luego, al menos han tenido uno en una ocasión —contestó ella amargamente—. ¿Así que ahora tenemos a una embarazada ofendida o a un padre que asesina a un cura porque insultó a su mujer? ¡Vamos, *sir Josse*, creo que no!

—Sin embargo, mi señora, debo pedir vuestro permiso para hacer algunas preguntas a las mujeres de la residencia. —Ella no contestó—. Seré delicado, os doy mi palabra.

La rabia de Helewise parecía haberse disipado tan rápido como había llegado.

—Lo sé —dijo en voz baja—. También sé que vos entendéis cómo funciona el mundo mucho mejor de lo que lo entendía el pobre padre Micah; que vos sois conscientes de las vidas que llevan estas mujeres, y que os dais cuenta que sumergirse en el vicio y en el pecado no es algo que necesariamente elijan.

Él inclinó la cabeza.

—Por supuesto, lo sé. Y gracias.

De alguna manera, pensó él, su encuentro había vuelto a adquirir un tinte emocional. Buscando una pregunta sencilla que no tuviera implicaciones sentimentales, Josse dijo:

—¿Sabéis lo que hizo el padre Micah cuando se marchó de aquí?

—Fue a ver a los hermanos del valle —respondió ella—. Lo sé porque fray Fermín vino a verme un poco alterado. Él también había sido víctima de una reprimenda. —Con un repentino destello de su sonrisa habitual, añadió—: Pero no creo que el pobre Fermín sea más culpable que yo de haberle roto el cuello al padre Micah.

—No —dijo él, devolviéndole la sonrisa—. Es un candidato todavía menos probable. —Pensó, sin decirlo, que las manos del viejo monje no eran ni la mitad de fuertes que las de ella.

—¡Oh! —exclamó Helewise de repente—. ¡*Sir Josse*, acabo de recordar algo! Tenéis que hablar con fray Fermín para que os cuente toda la historia. Él, Fermín, me dijo adónde se dirigía el padre Micah después. En realidad, no sé si quería decir inmediatamente después o al cabo de unos días, pero fray Fermín dijo que el padre habló de visitas que debía hacer, una a un noble, o algo así, una a... —Frunció el ceño, como si intentara recordar—. No, no lo recuerdo. Era algo bastante horrible, me parece recordar... algo que me hizo retroceder y pensar: «Oh, sí, eso es propio del padre Micah». —Se hizo un silencio momentáneo mientras la abadesa intentaba recopilar mentalmente más detalles—. No, lo siento, *sir Josse*, tendréis que hablar

con fray Fermín.

Él estaba ya abriendo la puerta.

—Lo haré —dijo—. Tan pronto como haya hablado con las mujeres del hogar. Gracias, mi señora —añadió—. Me habéis sido de mucha utilidad.

Luego cerró la puerta y salió cruzando el claustro.

Josse no estaba seguro de lo que esperaba encontrar, pero el hogar de Hawkenlye para mujeres caídas en desgracia le sorprendió bastante. Por un lado, estaba muy ordenado e impecablemente limpio. «Estoy lleno de prejuicios —se dijo— pienso que la miseria y la mugre son el estado natural de las prostitutas y no las condiciones impuestas por la pobreza más abyecta». Por otro lado, en aquel lugar reinaba un ambiente de felicidad, de alegría. Podía oír dulces voces de mujer que hablaban con suavidad, y luego alguien se reía; captó las delicadas notas de una nana; una de las nuevas madres debía de estar meciendo a su bebé para que se durmiera.

De pie junto a la puerta, llamó la atención de una monja joven y regordeta y levantó las cejas con expresión curiosa. Ella se acercó hasta él a través de las losetas pulidas.

—¿Sí?

—Soy Josse d'Acquin —dijo—. ¿Puedo hablar con vuestras... eh, las mujeres?

—Debe de ser sobre ese cura que vino y murió —dijo la joven monja sabiamente—. Puesto que llevamos el hábito de la obediencia y el amor hacia Dios, no puedo hacer más que rezar por él. Pero, en realidad, *sir* Josse, yo...

Consiguió reprimir el comentario que estaba a punto de hacer. Josse, observando su rostro ruborizado y la manera en que apretaba los carnosos labios, como si quisiera detener las palabras, pensó que estaba haciendo un gran esfuerzo.

—El padre Mica visitó a las mujeres ayer, según me han dicho —declaró—. Me gustaría preguntarles que ocurrió.

—Por supuesto. Seguidme.

Él obedeció. La monja lo llevó a través de una zona de la sala en la que había seis camas, de las cuales sólo tres parecían estar ocupadas. Luego cruzaron un arco hasta una segunda zona donde había más camas, con más espacio entre ellas.

—Aquí es donde cuidamos a los bebés y a sus madres —explicó la monja.

—¿Cuántas hay ahora mismo, sor...? Eh, no sé vuestro nombre.

—Soy Clare. Tenemos a tres mujeres embarazadas, aunque una de ellas creo que está poniéndose de parto. Es su primera vez y está muy nerviosa —la voz de sor Clare bajó hasta el susurro—, así que también podría ser que los nervios le estuvieran haciendo pensar que siente los dolores.

—Ah. —La verdad es que no se le ocurrió otra respuesta.

—Y tenemos a dos madres que acaban de parir —prosiguió la monja—. Venid y las conoceréis.

Lo que siguió fue una escena encantadora. Josse fue presentado a Gemma, Berta y Belle, todas ellas redondeadas y de movimientos lentos por su avanzada gestación;

a Jehane, que mecía a un bebé dormido, y a Alisoun, que amamantaba tranquilamente a un robusto bebé mientras hablaba. Todas estaban ansiosas por contarle a Josse la visita del padre Micah, y por repetir las horribles cosas que les había dicho. Pronunciarlas hizo llorar a la joven Belle, y sor Clare tuvo que llevársela para consolarla.

—Ya le toca —le explicó Alisoun—. Tiene miedo, ¿sabéis? Y aquel cura bastardo con la boca podrida no la animó demasiado.

—El hombre está muerto —le recordó Josse en voz baja.

—Pues que tenga buen viaje —le espetó Alisoun. Su bebé, que parecía estar adivinando la furia de su madre y estar inquieto, apartó la boquita rosada y perfecta del pezón blancuzco de leche y soltó un gemido de protesta. Alisoun, con rostro amoroso y ternura en las manos, grandes y ásperas, volvió a ofrecerle el pezón con delicadez infinita y el bebé volvió a succionar.

«¿Qué estoy haciendo aquí? —pensó Josse—. Seguramente es imposible que ninguna de estas mujeres estuviera anoche fuera con la intención de abordar al padre Micah y romperle el cuello». Pero, ya que había hecho el esfuerzo de ir a hablar con ellas, decidió continuar su tarea.

—Eh, ¿estabais todas en el hogar, anoche? —Se sentía tonto ya mientras lo preguntaba.

Alisoun se rió, y Jehane dijo:

—Sí, aquí estábamos. Pero nos preguntábamos si Gemma saldría corriendo a perseguir al cura para intentar hacer lo que le sugirió que se hiciera él mismo, pero al final decidió quedarse aquí, calentita.

Sabía que no debía hacerlo, pero preguntó igualmente:

—¿Y cuál fue esa sugerencia?

Ahora estallaron muchas más risas y, mientras Gemma se lo contaba, Josse también se rió. Volviéndose hacia ella le dijo, todavía entre carcajadas:

—Creo que eso te deja fuera de sospecha, Gemma. Desde luego, no lo mataron así.

Había algo más que debía preguntar. Mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas, pensaba que era algo todavía más delicado que preguntar si habían salido del hogar durante la noche.

—Vosotras tenéis... eh, es decir, ¿recibís visitas de vuestros... de los padres de los bebés? ¿O de otros hombres?

Más risas. Y luego Alisoun explicó, con una expresión engañosamente inocente:

—No nos importaría, caballero, es sólo que las monjas no se tomarían demasiado bien que hiciéramos compañía a nuestros hombres aquí dentro. —Bajando la voz hasta el susurro, añadió—: Intentan salvarnos de que nos ganemos el pan con nuestros cuerpos, no animarnos a ello.

De nuevo, él se sumó a las risas. Luego, cuando la alegría remitió, dijo:

—Pero me temo que debo insistir en este aspecto. ¿Alguna de vosotras le contó a

alguien de fuera la visita del padre Micah? Fue imperdonablemente maleducado, lo sé, y sólo me pregunto si...

—¿Si alguna de nosotras se lo ha contado a algún hombre fuerte, guapo y honorable que se tomara como asunto personal vengar sus insultos y sus maldiciones y atacar al padre? —concluyó Jehane por él—. Oh, no, caballero. Si alguna de nosotras tuviera un hombre con esas cualidades, ¿creéis que estaría aquí?

Josse miró su cara ovalada, de labios carnosos y ojos castaños. Debía de haber sido muy bella, pensó con compasión, antes de que la dureza y el peligro de su profesión la arruinaran. Ahora tenía el pelo lacio y reseco, tenía marcas de viruela en la piel, y en los ojos, una expresión cínica y cansada. Sus palabras hablaban, estaba convencido, de la verdad absoluta.

—No, Jehane —dijo a media voz—. No, no creo que siguierais aquí. Lamento haber tenido que preguntároslo.

Ella le dirigió una sonrisa que, a pesar de todo, todavía conseguía comunicar una gran dulzura.

—Está bien —respondió la chica—. Lo comprendemos.

Encontró a fray Fermín en el pequeño santuario del valle. Estaba con otros monjes ancianos y rezaban de corazón por el alma del padre Micah.

Incapaz de evitar el pensamiento de que, por todo lo que había oído, el difunto cura merecía apenas tanto fervor, Josse esperó pacientemente fuera, en el frío exterior, hasta que terminaron.

Fray Fermín fue el último en salir.

—¡*Sir* Josse! —exclamó, arrugando el rostro con una sonrisa feliz—. Bueno, ¡me alegra veros esta triste mañana! —Tomó el brazo de Josse con afecto—. ¡Tenéis frío! —exclamó—. Acompañadme y os daré un tazón de algo que os restablezca y os haga entrar en calor.

Lo guió hasta el hogar de los monjes, donde puso agua a hervir, a la que agregó unas cuantas pizcas de hierbas en polvo. Luego colocó dos tazones de cerámica sobre la mesa. Cuando el agua empezó a desprender vapor, la habitación se llenó de un olor delicioso, dulce y especiado. Fray Fermín dejó hervir el líquido un poco más, luego retiró el cazo del fuego y sirvió las dos tazas.

—Aquí tenéis —dijo, ofreciéndole una a *sir* Josse—. Probadlo, pero no me preguntéis qué es porque no tengo ni idea. Sor Tiphaine me da estas hierbas porque sabe cómo me afecta el frío. Es una mujer bondadosa —dijo con énfasis, como si Josse hubiera afirmado lo contrario— por mucho que tenga un pie en el pasado pagano. —Chasqueó la lengua y sacudió la cabeza en señal de desaprobación—. Pero, en fin, eso es un asunto entre ella y Dios. —Sorbió de su taza, soltando un gemido de satisfacción—. ¡Y hace estas pociones tan buenas!

Josse escuchó mientras el viejo monje se explayaba. Luego, cuando tuvo la oportunidad, intervino:

—Fray Fermín, me ha dicho la abadesa que ayer hablasteis con el padre Micah, y

que él os informó de que se disponía a hacer otras visitas. ¿Recordáis a quién?

—Oh, ¿estáis trazando sus movimientos, no? —Fray Fermín se comportaba como si la idea le hiciera mucha ilusión—. Bueno, dejadme pensar, sí, sí lo dijo...

Su viejo rostro se arrugó mientras se esforzaba en recordar. A Josse se le iba encogiendo el corazón a medida que el silencio se iba alargando. En fin, siempre le había parecido poco probable que él recordara algo, pero al menos valía la pena intentarlo.

—Iba a ver a un noble que se había olvidado de la ley de Dios y a algunas almas perdidas que iban a desaparecer, quemadas en las llamas eternas —dijo de pronto fray Fermín sacando a Josse de su ensimismamiento—. Tal vez éstas no fueron sus palabras exactas, pero se parecen bastante. —El rostro del viejo monje reflejaba su satisfacción por haber hecho lo que Josse le pedía.

—Gracias, fray Fermín —dijo Josse de todo corazón—. Me habéis sido de una gran ayuda. Eh... supongo que el padre no mencionó ningún nombre...

—Oh, Dios mío... no, me temo que no lo hizo. —La satisfacción de Fermín se convirtió rápidamente en decepción.

—¡No os preocupéis! —dijo Josse rápidamente—. Me habéis dicho lo bastante como para empezar a investigar, hermano. Y gracias también por la infusión... ahora me siento con fuerzas de la cabeza a los pies. —Se levantó mientras hablaba, y dio unas palmaditas en el hombro huesudo del anciano monje.

—¡Volved y contadme cómo os va! —le dijo fray Fermín mientras Josse salía por la puerta—. ¡Cuando queráis!

Un noble que se había olvidado de la ley de Dios. No era una gran descripción, pensó Josse, mientras regresaba a la abadía para recoger a *Horace*. Además, eso podía decirse de la mayoría de los nobles que Josse conocía.

Había, sin embargo, una persona que podía saber a quién se referían aquellas palabras; el cura que normalmente se ocupaba de los parroquianos de Hawkenlye y sus alrededores. Josse ensilló rápidamente su caballo y llamó a sor Marte para pedirle que le indicara cómo llegar a casa del padre Gilbert.

El cura vivía en una casita pequeña y mal amueblada pero escrupulosamente limpia, un poco apartada de la pequeña aldea de Hawkenlye. Cuando Josse asomó la cabeza por la puerta y gritó «Padre Gilbert, ¿estáis ahí?», una vocecita respondió desde el interior:

—¡Sí! ¿Quién hay?

Josse entró en la casa y cerró la puerta tras él. Era una mañana de frío intenso y la primera impresión de Josse fue que en el interior de la casa no hacía más calor que en el exterior, lo que convertía su gesto de cerrar la puerta en algo bastante inútil. Cruzó por una zona de fregaderos en la que había una bandeja y un tazón usados junto a una jarra de agua; en la superficie del agua se había formado hielo. En la habitación contigua encontró al padre Gilbert, tumbado en un camastro y envuelto en varias mantas finas y poco útiles. El cura parecía ir ataviado con todas las prendas de ropa

que poseía, lo que seguía siendo poco.

Al ver quién había ido a visitarlo dijo, contento:

—¡*Sir Josse!* Cuánto me alegro de veros. Por favor, si tenéis un momento, ¿podrías avivar el fuego?

Josse se dio la vuelta y vio la chimenea, en la que había dos troncos que despedían mucho humo pero ningún calor perceptible.

—¡Por supuesto! ¿Dónde guardáis la leña, padre? ¿Fuera, en algún rincón?

—Saliendo por la puerta, bajáis por el sendero y a vuestra derecha. —El padre parecía más animado, anticipando obviamente el placer de un poco de calor.

Josse siguió sus instrucciones y encontró la leña apilada. El montón consistía en cinco o seis leños cortados de un roble. Se arremangó la túnica, se escupió en las manos, cogió la pesada hacha que había clavada en la mesa de cortar y se puso manos a la obra.

Al cabo de un rato había cortado y partido bastante leña para un día o dos, y se anotó mentalmente que le pediría a la abadesa que mandara todos los días a un hermano lego para que ayudara a rellenar la reserva de leña. Luego, acarreado en sus brazos toda la madera de la que era capaz, volvió a entrar en la casita.

Mientras avivaba el fuego, charlando trivialmente con el padre Gilbert, de pronto se le ocurrió que el cura todavía no había sido informado de la muerte del padre Micah. De hecho, no podía saberlo, encamado como estaba, a menos que alguien de la abadía ya hubiera ido a verlo ese día. Y si hubiera sido ése el caso, entonces el padre Gilbert no estaría allí tumbado, bromeando animadamente acerca de la estalactita de la punta de su nariz, que finalmente iba a poder fundirse.

Josse azuzó un poco más el fuego —ahora había unas buenas llamas y la sala empezaba a sentirse más cálida— y luego se levantó. Se acercó a la cama del sacerdote y le dijo:

—Padre, traigo malas noticias. Sobre el padre Micah.

Para sorpresa de Josse, el rostro del cura adquirió un aire contrariado.

—¡Oh, *sir Josse*, basta ya de problemas! —exclamó—. No quiero parecer quejita, pero, de veras, el padre Micah sólo hace su trabajo de la mejor manera que sabe según sus propias creencias, y, la verdad, creo que la gente podría...

—Padre, me temo que es un poco más grave —lo interrumpió Josse con cautela—. Ha habido un accidente. Lamento tener que deciros que el padre Micah ha muerto.

—¡Muerto!

Después de pronunciar la palabra como un susurro conmocionado, el padre Gilbert actuó exactamente como Josse había previsto: se puso a rezar.

Al cabo de un buen rato, abrió los ojos y preguntó:

—¿Cómo ha muerto?

Josse se lo contó.

—¿Y vos creéis que ha sido el resultado de un accidente? ¿Qué el padre Micah

resbaló en el camino helado y se cayó?

Josse vaciló.

—Puede ser.

—Pero también creéis que podría haber ocurrido de otra manera, ¿no?

Con la enfermedad, el frío y la soledad en que se encontraba el cura, pensó Josse, nada parecía alterar sus dotes de observación.

—No puedo ignorar esa posibilidad.

Con una concisión admirable, el padre Gilbert declaró:

—Querréis conocer sus preocupaciones recientes. No puedo deciros exactamente lo que hizo ayer, pero sé que tenía intención de visitar la abadía. También estaba muy preocupado por el señor de High Weald y la mujer a la que el padre Micah insistía en referirse como la «concubina de su señoría».

—El señor de... ¿qué?

El padre Gilbert sonrió fugazmente.

—Ya veo que no os habéis cruzado con él.

—No.

—Tiene su residencia en Saxonbury, un antiguo fuerte en la loma más al sur. Corren muchos rumores, pero yo sospecho que era una antigua herrería. La gente cree que el lugar está encantado, lo cual al señor le va muy bien, porque así mantiene alejados a los curiosos. Vive allí con su familia. Sus parientes suelen ir y venir, pero parece que normalmente viven con él unas quince personas. —El padre Gilbert cambió de postura bajo las mantas, hizo una mueca de dolor y luego prosiguió—: El padre Micah creía que eran ateos. Expresó su intención de ir a molestar a Saxonbury hasta que el señor hiciera lo que él quería. —Levantó la vista hacia Josse—. Son sus palabras, no las mías —añadió—. Al padre Micah no le importaba cuán molesto podía llegar a ser cuando se encontraba trabajando por la llamada de Dios.

—Empiezo a comprender —musitó Josse.

El padre Gilbert seguía observándolo de cerca.

—¿Tenéis intención de visitar al señor de Saxonbury? —preguntó.

—¿Es ése su título? Sí, la tengo.

—Así es como se hace llamar, aunque no sé si tiene derecho a hacerlo. Tened cuidado —añadió el cura, a modo de advertencia—. No le gustan los forasteros.

—Lo tendré en cuenta —dijo Josse mientras estrechaba la mano tendida del cura—. ¿Cómo se va a Saxonbury? ¿Me lo podéis indicar, padre?

—Claro, si es que estáis decidido a ir...

—Lo estoy.

El cura suspiró y le indicó el camino. Era bastante fácil, y Josse no anticipó ninguna dificultad.

—¿Hay algo más que pueda hacer por vos antes de marcharme? —Miró a su alrededor, pero no le pareció que pudiera ofrecerle ninguna comodidad más—. ¿Qué vais a comer?

—Oh, una de las mujeres de la aldea se encarga de traerme la comida —dijo el padre Gilbert con una lánguida sonrisa— pero no es que tenga mucho apetito.

—Volveré a visitaros —dijo Josse impulsivamente—. Si me lo permitís, claro.

—¡Por supuesto! —asintió el padre, encantado.

«Le traeré algo que le sentará bien —se prometió Josse— un buen cazo de estofado, una jarra de vino...».

Pero el padre Gilbert añadió algo:

—Os daré algo a cambio de vuestra caridad. —Sonrió como para asegurarse de que Josse apreciara que hablara en broma—. Pensaré en el padre Micah, y pensaré en quién, si es que hay alguien, podría haberle querido tanto mal.

Josse, apartando la idea de que esa tarea seguramente no era demasiado difícil, se inclinó brevemente ante él.

—Gracias, padre. Desde luego, eso sería de gran ayuda. Volveré pronto.

Capítulo 7

El camino a Saxonbury llevó a Josse a bordear el Gran Bosque.

Ramos desnudos de hayas, abedules, robles y nogales levantaban sus ramas al cielo gris, y, entrecruzadas con sus sombras silenciosas y difusas, había manchas de un profundo verde oscuro entre las que crecían los tejos y los acebos. Por encima de la bóveda boscosa flotaban las ramas espinosas de los pinos, en lo alto de sus troncos largos y desnudos. Había senderos que se adentraban por debajo de los árboles y que tal vez constituían una ruta más directa para llegar a Saxonbury, pero Josse sabía que debía evitarlos a menos que fuera imprescindible. Se había aventurado antes en el bosque y comprendía, tan bien como podía comprenderlo cualquier forastero, que conllevaba sus propios peligros y era mejor evitarlo. En cualquier caso, las indicaciones del padre Gilbert especificaban aquel sendero, y desviarse de él podía significar para Josse, sencillamente, no llegar a Saxonbury.

El viaje no era largo: cuatro, tal vez cinco millas, según el padre Gilbert. Tampoco era arduo, puesto que, a pesar de que el camino se hundía por valles ocasionales y luego volvía a remontarlos, las pendientes eran más bien suaves. Pero, en conjunto, el camino seguía por la parte de arriba, y Josse dedujo que se encontraba en uno de los viejos senderos secos de la loma. Si no hubiera sido por el frío extremo y porque no había comido desde muy pronto por la mañana, incluso habría disfrutado del trayecto.

No vio ni un alma. Apenas advirtió ningún ser vivo, en realidad, aunque sí creyó oír el aullido distante de un lobo hambriento. Las manadas de lobos no eran extrañas en aquella zona, aunque solían respetar a los humanos y también sus habitáculos. Cuando pasó por el pequeño asentamiento de Frente advirtió un leve hilillo de humo que se levantaba de una de las cabañas de madera.

Alguien acababa de reparar la valla que rodeaba la pequeña aldea; tal vez aquella persona también hubiera oído el aullido del lobo.

El camino volvió a hundirse hacia un suave valle, y cuando se encaramó de nuevo, Josse empezó a buscar la indicación a mano derecha que le había dicho el cura. «Una antigua vía, creo —le había dicho el padre Gilbert— puesto que las huellas del tiempo lo han surcado profundamente y sus bordes se levantan bastante a lado y lado».

Sí, ahí estaba. Y parecía oscuro e imponente, y no invitaba a adentrarse por debajo de los árboles.

—Vamos, *Horace* —dijo Josse en voz alta. El caballo bajó las orejas—. Cuanto antes lleguemos, antes podremos volver a casa.

Los cascos de *Horace* golpeaban el camino solitario con un ruido apagado, como si hasta los sonidos corrientes fueran en este lugar más sordos y extraños. Los inmensos árboles a ambos lados se levantaban quietos, como si la brisa ligera no llegara a sus ramas desnudas. Los bordes del camino eran del color del óxido y

estaban llenos de hojarasca; el sendero era negro, con las hojas muertas de cientos de años. Nada se movía. Nada, al parecer, vivía.

Mientras subía la cada vez más empinada cuesta hacia la cima de la loma, Josse tuvo la peculiar idea de que aquella cuesta subía eternamente; que lo llevaría a algún extraño mundo de hadas en el que unos minutos transcurridos se convertían en un siglo del mundo exterior, de modo que cuando regresara sería para descubrir que todo lo que antes había conocido había muerto y estaba ahora enterrado en un pasado muy lejano.

Se acercaba a lo que parecían ser los vestigios de una zanja, en el extremo opuesto de la cual se había levantado un murete. El sendero pasaba por encima de la zanja por un terraplén. Al cruzar, Josse recordó antiguas leyendas de zanjas y diques, de los que se decía, o al menos así lo decían los cuentos, que eran obras del diablo. Encima de él, algún árbol de hojas perennes extendía sus ramas espesas y pesadas. Estaba muy oscuro...

Más allá del murete se veía una pared de piedra. Parecía estar en bastante buen estado, lo que tranquilizó a Josse. Si alguien se ocupaba de mantener los muros en buen estado, entonces tal vez aquel lugar era, al fin y al cabo, refugio de seres humanos. En algunos sitios, el muro estaba reforzado con fragmentos de valla empalizada, en uno de los cuales había unas puertas de madera; estaban cerradas.

Josse cabalgó hasta las puertas y gritó:

—¡Ah de la casa!

Dentro debía de haber alguien haciendo guardia, puesto que al instante se oyó una voz profunda que preguntaba:

—¿Quién hay?

—Soy Josse d'Acquin y vengo de la abadía de Hawkenlye, en una misión referente al padre Micah.

—Si venís de parte de ese desgraciado, entonces no sois bienvenido en Saxonbury —respondió el guarda invisible—. Marchaos, Josse d'Acquin, decid en Hawkenlye que cada uno de sus emisarios recibirá la misma respuesta.

—No vengo a hablar de nada de la Iglesia. —Josse intentaba pensar en la mejor manera de defender su caso; era reticente a comunicar la noticia de la muerte del padre Micah a un guarda al que ni siquiera podía ver—. Deseo hablar con el señor de Saxonbury —anunció, con más coraje del que en realidad sentía—. ¿Está en la casa?

—Esperad.

Después de aquella breve orden se hizo un instante de silencio. Luego, Josse oyó el ruido de una de las pesadas barras que cerraban las puertas deslizándose hacia atrás, y al cabo de un rato pudo entrar en Saxonbury.

El guarda lo esperaba al otro lado de las puertas. Era bajo, fuerte, y tenía una expresión de extrema desconfianza.

—Seguidme —pidió, y guió a Josse por un espacio abierto.

Detrás se levantaban otras murallas altas, y cuando el guarda lo conducía por una

entrada en arco a medio camino de una de ellas pudo ver las viviendas que se escondían detrás.

Había varias, aunque ninguna demasiado grande. Cada una parecía tener su propia entrada y consistía tal vez en una sala grande en la planta baja, y otra encima que servía de dormitorio. Algunas de las edificaciones parecían ser establos y almacenes; una de ellas era claramente una cocina, tras la cual había un pozo, cubierto por un pequeño tejado de cañizo.

A pesar de que Josse no veía a nadie en el interior de las viviendas, estaba convencido de que lo observaban desde dentro. Era una sensación incómoda, saberse observado por personas a las que él no veía.

Pero al menos había un hombre visible. De pie en medio del espacio entre los muros se encontraba un hombre muy alto y de anchas espaldas, con el pelo rubio rojizo, que parecía estar volviéndose canoso. Llevaba una larga barba, que le caía por encima de una túnica acolchada hasta las rodillas; parecía haber sido una bella prenda, aunque ahora estaba manchada con los recuerdos de numerosas comidas. Llevaba también un ancho cinturón de cuero, del cual colgaba una ancha espada en una funda desgastada. Embutida al otro lado del cinturón llevaba un hacha de doble filo.

El hombre le dijo con voz potente:

—Yo soy el señor de High Weald y ésta es mi casa. ¿Qué queréis de mí, Josse d'Acquin?

Josse había bajado de *Horace*. Como se encontraba en los dominios de aquel gigantón, le pareció prudente recordar sus maneras, de modo que le hizo una profunda reverencia.

—Gracias por recibirme —le dijo.

—Me dicen que vuestra misión tiene relación con el padre Micah. —Comentó el anfitrión en tono neutro.

—Así es. —Decidiendo que en aquella situación tan sólo cabía decir la verdad, Josse declaró—: El padre ha muerto. Ha sido hallado en el sendero de Castle Hill esta mañana, a primera hora, con el cuello roto. Estoy al servicio de la abadesa de Hawkenlye, quien me ha encargado que averigüe todo lo que pueda sobre los movimientos recientes del padre, y me han dicho que pudo haberos visitado.

Entonces se hizo un silencio que a Josse le pareció eterno, mientras los vívidos ojos azules del señor de High Weald lo escrutaban. Luego el gigante dijo:

—Entrad. Mandaré a alguien para que atienda a vuestro caballo mientras tomamos algo; os contaré exactamente lo que el padre Micah quería de mí.

Acto seguido, se volvió y guió la subida por una escalinata de piedra que conducía hasta la mayor de las viviendas. Josse, que lo seguía, miraba a su alrededor con interés; la estancia, larga y de techo bajo, estaba hecha de madera, con su hilera de postes macizos rellenos de adobe y cañas. Al fondo había una chimenea de piedra con un fuego, alrededor del cual se sentaban un grupo de personas: dos hombres de

mediana edad, un niño y cuatro mujeres jóvenes. Buena parte de ellos eran pelirrojos. El lord los ahuyentó con un gesto de la mano.

—Los miembros de mi familia están bien entrenados —le comentó a Josse—. Aunque tienen sus propias chimeneas, prefieren reunirse en torno a la mía. No obstante, saben cuándo quiero que me dejen en paz.

—Vuestra familia —repitió Josse.

—Así es. Mis hijos viven aquí con sus familias, y a su vez, sus hijos se casarán y traerán a sus consortes aquí, a Saxonbury. Yo soy el patriarca. —Hinchó su impresionante pecho—. Y ahora, cerveza. —Alcanzó una jarra grande que había en un estante, llenó un par de jarras con su contenido y le ofreció una a Josse. La probó y se relamió, agradecido. La cerveza era amaltada y ligeramente dulce, y bebió varios tragos seguidos, después de lo cual el señor volvió a llenarle la jarra de inmediato.

Le indicó a Josse un banco frente a la chimenea y él se sentó enfrente, antes de decir:

—Me han enseñado a no hablar mal de los muertos, de modo que tenéis que disculparme, *sir* Josse, porque eso es exactamente lo que voy a hacer ahora. —Hizo una pausa, y luego, por sorpresa, preguntó—: ¿Tenéis prisa?

—No, en realidad, no.

La abadía no estaba demasiado lejos y debían de quedar todavía varias horas de luz.

—Entonces, si queréis escucharla, os contaré mi historia.

—Estaré encantado de oírla.

El lord sirvió un poco más de cerveza y luego cortó un buen trozo de pan y una rebanada bien gruesa de venado, se lo ofreció a Josse y empezó su narración:

—Yo fui soldado en la cruzada —anunció— y fui a Jerusalén con mi hermano, que pertenecía a la orden de los caballeros templarios. En el asalto de los turcos a Damasco se perdieron muchas vidas, incluida la de mi hermano.

—Lo lamento —dijo Josse amablemente—. Mi propio abuelo materno murió en Damasco, y mi padre también estuvo allí, en el fragor de la batalla.

—¿Es eso cierto? —El lord miraba a Josse con interés—. Parece que acerté al guiarme por mis instintos y dejaros entrar —murmuró—. Yo resulté gravemente herido —prosiguió su narración— y creí que mi hora había llegado, pero me rescataron del campo de batalla. Una joven y bellísima mujer me cuidó hasta que recuperé la salud, y a ella le entregué mi corazón. Cuando estuve totalmente recuperado, nos casamos y ella consintió en abandonar su hogar y regresar conmigo al mío. Me dio tres hijos y dos hijas, y ha sido, en todos los aspectos, la mejor esposa que un hombre podría desear.

—¿Todavía vive? —Si se había convertido en su esposa más de cuarenta y cinco años atrás, entonces probablemente ahora debía de tener más de sesenta. Al igual que ese hombre que ahora se sentaba frente a él, aunque no lo pareciera.

—Desde luego, pero por desgracia está delicada —dijo el lord—. Físicamente, al

menos, no de mente, puesto que es su voluntad indomable la que dirige nuestro hogar, aquí en Saxonbury, *sir* Josse. La mayor parte del día yace acostada cómodamente en su cama, pero su palabra es la ley. —Sonrió con afecto.

—Una mujer admirable —murmuró Josse.

—Así es. —Al lord se le iluminaron los ojos—. Me alegro de que lo entendáis, puesto que no era el caso de ese cura execrable. —Se inclinó hacia delante con una expresión astuta en el rostro y, hablando con urgencia, como si fuera imprescindible que su invitado lo comprendiera, declaró—. Veréis, mi mujer es musulmana. Tiene sangre turca y, naturalmente, aspecto y costumbres extranjeros. Desde luego es una criatura extraña para un tipo como el padre Micah, y él no hizo ningún intento por esconder su disgusto hacia lo que no era capaz de entender. El problema, obviamente, para un hombre así era que mi esposa no es cristiana, y por mucho que nos casáramos según el rito de su fe, yo no quise forzarla a hacerlo según el rito de la mía. Veréis, *sir* Josse —dijo, poniendo una mano boca arriba sobre la pierna de Josse—, creí que ya le había pedido suficiente a mi amada al traerla aquí y pedirle que estableciera su hogar tan lejos de sus gentes. Si ella eligió conservar su fe y no convertirse a la mía, ¿qué importancia tenía?

Considerando la pregunta puramente retórica, Josse se limitó a asentir con la cabeza.

—Y os diré lo que ese hombre malvado dijo cuando descubrió que yo vivía con una musulmana en un matrimonio que, a sus ojos estrechos de miras, no existe.

—¿Qué?

El lord hizo una pausa para dar un efecto más dramático y luego declaró, en voz más baja:

—Dijo que mi esposa (mi frágil, anciana y devota esposa) merecía ser flagelada. Que ésa era la única manera de sacarle el demonio de dentro y prepararla para recibir la bendición de Jesucristo.

Resultaba impresionante por salvaje. Pero para Josse, a quien cada cosa nueva que le contaban sobre el difunto cura le servía para ahondar en la impresión que había recibido del primero, aquello no le resultaba sorprendente. Miró a los ojos heridos y furiosos del gigante que tenía delante y aseguró:

—El pobre hombre estaba ido, loco. Debía de ser esto, puesto que, ¿qué otra explicación puede haber para que un cura que ha consagrado su vida al servicio de un Dios amoroso, de pronto defienda tamaña crueldad?

—¿Loco? —El lord se encogió de hombros—. No soy capaz de decirlo. —Sus ojos azules se apartaron de Josse y luego, maliciosamente, volvieron a mirarlo—. Pero me alegro de que el padre Micah esté muerto, porque la última vez que vino a visitarnos juró que volvería. Y por mi vida, *sir* Josse, no sé cómo lo habría recibido.

Luego, mientras Josse lo observaba, la malicia abandonó sus ojos brillantes para ser sustituida por una mirada tan amenazadora, de una violencia tan palpable, que Josse no pudo evitar retroceder.

—¿Vos qué hubierais hecho? —le preguntó dulcemente el gigante—. Preguntáoslo antes de precipitaros a juzgarme. Suponed que fuera vuestra propia madre enferma, por poner un ejemplo, la que se viera amenazada con esa medida extrema. ¿Vos lo permitiríais?

La madre de Josse había muerto. Él la amó intensamente y sabía que no podría haber soportado verla víctima de la injusticia. No, él la habría defendido, pagando cualquier precio. Miró al lord a los ojos y respondió:

—No, desde luego que no.

—Gracias por vuestra honestidad —dijo el lord. Luego soltó una breve y compungida carcajada que cortó la tensión de la sala—. ¿Más cerveza? —dijo, ofreciendo otra vez la jarra.

Josse, que ya empezaba a tener la cabeza un poco neblinosa, respondió:

—Gracias, pero no. —Se estaba preguntando cómo se las iba a arreglar para determinar dónde habían pasado la noche los hombres de la finca del lord. Si supiera cuántos de ellos había, ése ya habría sido un buen punto de partida, pero la ebriedad no iba a ayudarlo mucho.

Posiblemente, el lord también se dio cuenta, porque se inclinó hacia delante y volvió a llenarle la jarra de todos modos.

Josse, sorbiendo distraídamente de la misma, comentó:

—El padre Gilbert me dijo dónde encontraros. Me dijo que en vuestra comunidad vivían unas quince personas.

—¿Eso os dijo? —Al parecer, el lord no iba ni a confirmar ni a desmentir tal información. En vez de ello dijo—: No es un mal tipo, el padre Gilbert. Más abierto que el padre Micah; aunque eso puede afirmarse de la mayoría de la gente. ¿Cómo está? El padre Gilbert, quiero decir.

—Acabo de verlo. Se está recuperando, creo, pero lentamente. El frío no le hace ningún bien. Su casa estaba helada cuando llegué.

—Ya veo. —Los ojos azules miraban a Josse fijamente, y él tenía la impresión de estar siendo evaluado. Luego el lord añadió—: Sin duda cortasteis leña para él y le encendisteis la chimenea.

—Eh, sí. —Por alguna razón, Josse se sintió avergonzado, como si hubiera hecho ese acto de bondad tan sólo para quedar bien con el sacerdote. Procedente de alguna conversación lejana del pasado, le pareció oír la voz de la abadesa diciendo: «La caridad verdadera es la que sólo Dios conoce».

—Lo suponía, por lo que he oído hablar de vos, Josse d'Acquin —el lord seguía mirándolo.

¿Quién le había hablado de él a aquel hombre? A Josse no se le ocurría. ¿Tal vez el padre Gilbert? No parecía probable, puesto que el cura apenas conocía a Josse. Pero ¿quién más podía haberlo hecho?

—También he oído cosas buenas de la abadía de Hawkenlye —decía el lord—. No creáis que porque me disgusta un hombre de la Iglesia siento lo mismo por todos

los hombres y mujeres que están dentro de una orden sagrada. Esa abadesa, por ejemplo, dicen que es una mujer fuerte y de armas tomar.

—A ella tampoco le gustaba el padre Micah. —La confidencia salió antes de que Josse se hubiera preguntado si era realmente acertado hacerla—. Desde luego, está terriblemente inquieta por su muerte...

—Oh, terriblemente —había una clara ironía en el tono de su voz.

—... y habrá plegarias por su alma en la abadía, lo sé, y mucha aflicción.

—Vamos, *sir* Josse, eso es una exageración poco probable. —De nuevo, al lord se le escapó una breve carcajada.

Josse sonrió con ganas.

—De acuerdo —dijo—. No demasiada aflicción. Tan sólo la reacción de asombro natural que sigue a una muerte inesperada.

—¿Muerte accidental inesperada, creéis vos? —La pregunta fue formulada de manera tan sutil que Josse, cada vez más confundido, no comprendió de inmediato su importancia.

—Todavía no puedo afirmarlo. —Se dispuso a tomar otro sorbito de cerveza, pero entonces se dio cuenta, con una vaga sorpresa, de que había vuelto a vaciar la jarra—. Podría haber resbalado por el camino helado y haberse golpeado la cara con fuerza contra algo duro, pero, por otro lado, alguien podría haberle forzado la cabeza hacia atrás. —Dio la vuelta a su jarra distraídamente—. No estoy seguro.

La sala se quedó en silencio. Un tronco se movió en la hoguera, lo que provocó un sonido sordo, como un suspiro. Josse oyó unas voces provenientes de algún lugar cercano; la voz de una mujer y, en una frase corta y seca, la de un hombre. Intentó reconocer las palabras, pero no lo logró, lo cual era extraño, porque eran claramente audibles. Entonces, por entre la neblina de su cabeza, cayó en la cuenta: la mujer hablaba en un idioma desconocido. De pronto sonó un grito de enfado, de dolor, y una voz aguda gritó y fue acallada abruptamente. Por supuesto, pensó Josse, la esposa del señor de High Weald era extranjera. ¿Qué le había dicho? ¿Turca? Sí, algo así. Y, con toda probabilidad, la enfermedad que la mantenía en cama debía de estar causándole dolor. Pobre mujer.

Irrracionalmente satisfecho por haber resuelto el misterio de aquellas palabras en lengua extranjera, Josse le sonrió al lord.

—Me gusta haberos conocido —declaró.

—Lo mismo digo —contestó el lord con expresión divertida.

No sin cierto esfuerzo, Josse se puso en pie.

—Debo irme —anunció—. No estoy muy lejos de Hawkenlye, donde voy a pernoctar hoy, pero me gustaría llegar antes de que anochezca.

—Podéis pasar la noche aquí. En mi casa se come muy bien.

«Estoy convencido de que así es —pensó Josse— a juzgar por la calidad de vuestra cerveza y de vuestro venado». La idea le vino de pronto a la cabeza. El ciervo sólo podía haber sido cazado en el Gran Bosque, y se trataba de caza furtiva. Y el

castigo por ello era casi tan duro como el de vivir fuera del matrimonio cristiano con alguien que profesara una fe distinta.

Josse abrió la boca, a punto de hacer un comentario al respecto. Entonces el lord se puso en pie y se acercó a Josse. Éste, al tomar conciencia de que aquel hombre enorme tenía la casa llena de hijos y nietos que probablemente eran tan grandes como él, decidió que lo más sensato era guardar silencio. «Si alguien me pregunta, diré: ¿Venado?, ¿qué venado?».

—Gracias por vuestra hospitalidad —y le hizo una reverencia al lord, que éste le devolvió.

—Gracias por vuestra visita —respondió el otro. Y luego, como si le hiciera un gran favor, añadió—: Podéis volver cuando queráis. Informaré a los guardas de mis tierras de que sois bienvenido.

Josse fue escoltado hasta el patio, donde lo esperaba el guarda de la entrada sujetando las riendas de *Horace*. El lord intentó ayudarlo a subir al caballo, pero resultó un reto demasiado grande hasta para un hombretón como él. El guarda estaba ocupado sujetando a un *Horace* ya bastante nervioso, de modo que el lord llamó a alguien más —cuyo nombre, a Josse le pareció entender, era Morcar— para que fuera a ayudarlos.

Otro hombre salió rápidamente de una de las viviendas. Se parecía demasiado al lord para ser otro que su hijo, y era casi tan alto como su padre. Josse, finalmente a lomos de su caballo, le tocó la gorra en gesto de agradecimiento.

Luego, las puertas se abrieron y él se alejó cabalgando.

Se dio cuenta de lo borracho que estaba al abandonar el sendero que bajaba de Saxonbury y giraba en el camino que bordeaba el bosque. «Qué tonto he sido —pensó—, he permitido que mi anfitrión me rellenara la jarra demasiado a menudo. Debería haberme mantenido alerta. Vine en visita oficial y, ahora, ¿qué información tengo para comunicar? Poca cosa, aparte de que el señor de High Weald tenía buenos motivos para aborrecer al padre Micah, y que hay en su familia varios hombres muy capaces de romperle el cuello a un sacerdote».

Pero de alguna manera —y el razonamiento se le escapaba por completo—, Josse no creía que el asesino del padre Micah perteneciera al hogar de los Saxonbury. Si es que había un asesino...

—¿Accidente o asesinato? —se preguntó Josse en voz alta mientras avanzaba.

Y supo que, aunque no estuviera sufriendo los efectos de la cerveza del lord, la respuesta no sería fácil.

Capítulo 8

En el transcurso de aquella misma tarde, Helewise recibió una visita. Sor Ursel le anunció la llegada del *sheriff*, que deseaba hablar con ella. La abadesa, con el corazón encogido, se preparó para reunirse con el odioso y poco brillante *sheriff*.

Pero, para su sorpresa, el hombre que entró en su estancia era un tipo muy distinto. Iba bien vestido, era un poco más alto que la media, delgado y, tenía que admitirlo, guapo, con el pelo castaño bien cortado y peinado y los ojos de color verde claro. Con una graciosa reverencia, el hombre le dijo:

—Os agradezco que hayáis encontrado tiempo para recibirme, señora. Soy Gervase de Gifford.

Aceptando su saludo con una inclinación de la cabeza, ella le respondió:

—Pensaba que Harry Pelham ocupaba el puesto de *sheriff*.

—Puede que él dé esa impresión —dijo Gervase de Gifford, tranquilamente—. Los De Clare utilizan a esos hombres, pero es un error darle a un hombre más autoridad de la que está preparado para asumir.

Preguntándose si eso quería decir sí o no, la abadesa preguntó:

—¿Queréis sentaros? Hay una banqueta ahí, junto a la puerta.

Él miró donde le señalaba. Al parecer se dio cuenta al instante de que, una vez sentado en la banqueta, estaría a una altura considerablemente más baja que ella, que ocupaba su butaca tipo trono. Entonces le dijo cortésmente:

—Gracias, mi señora, pero prefiero permanecer de pie.

—Como queráis. ¿Deseabais hablar conmigo?

—Sí, abadesa, en relación con el cura muerto, el padre Micah. Mi señor, Richard FitzRoger de Clare, me ha pedido que averigüe los detalles de su muerte.

—Muy pocos. De hecho, he enviado a *sir Josse d'Acquin*, un gran amigo nuestro, a descubrir más cosas.

—*Sir Josse d'Acquin* —murmuró Gifford—. Sí, nosotros ya lo conocemos.

Intrigada sobre quiénes debían ser «nosotros», Helewise preguntó:

—¿Os han encargado que llevéis ante la justicia a quien sea que esté implicado en la muerte del padre?

—Así, es. —Gervase de Gifford le dedicó una amable sonrisa.

—Podéis regresar —dijo ella con una ostentación exagerada casi para sí misma— y discutir el asunto con *sir Josse* cuando él vuelva.

—¿Creéis que vendrá con más información, mi señora?

—Sé que así será.

La abadesa miró a los ojos de De Gifford con calma. Tuvo ganas de decir «él llevará mucho mejor la investigación que cualquier funcionario bien vestido al servicio de la ostentosa familia del castillo de Tonbridge», pero finalmente guardó silencio.

—¿Tendréis la bondad de decirle a *sir Josse d'Acquin* que he venido? —De los

labios de De Gifford, aquello sonaba más a una orden que a una petición.

Helewise respondió con un lacónico «sí».

Entonces, entendiendo el mensaje, él volvió a hacerle una reverencia y salió de la habitación.

La abadesa seguía pensando en Gervase de Gifford cuando Josse fue a verla después de vísperas. Se disculpó de inmediato por llegar tan tarde.

—Me recibieron demasiado bien en Saxonbury —confesó—. Y tuve que echarme una siesta.

Desarmada ante tanta franqueza, la abadesa le preguntó:

—¿Saxonbury?

Josse le contó que había visitado al padre Gilbert y luego había ido a ver a alguien que se hacía llamar señor de High Weald, puesto que se sabía que el padre Micah había estado en su casa el día anterior a su muerte. Ella escuchó atentamente mientras Josse le relataba su conversación con el lord.

—Parece que ese lord Saxonbury tenía buenos motivos para doblegaros con una bebida fuerte —observó Helewise—. ¿Creéis que tiene algo que ocultar, *sir* Josse?

Josse se rascó la barbilla.

—Creo que es un tipo poderoso, con un buen motivo para rivalizar con el padre Micah. No creo que sea un asesino, aunque hay cosas de la residencia Saxonbury que me han parecido extrañas.

—¿Por ejemplo?

Ahora pasó de rascarse la barbilla a frotarse la cara entera vigorosamente. Oculto tras sus propias manos, Josse respondió:

—Mi señora, ahora mismo no puedo recordarlo. Sé muy bien que había cosas que me dije que tenía que recordar, pero ahora no tengo ni idea de cuáles eran. —Como si quisiera disculparse a sí mismo, añadió—: Bueno, pequeños detalles. El tipo de cosas que te hacen decirte a ti mismo: ¿por qué me parece que eso puede ser importante?

—El tipo de cosas tan escurridizas que se desvanecen con demasiada facilidad —lo ayudó ella, tranquilizándolo.

—Especialmente, después de haber tomado demasiadas jarras de cerveza —añadió él sin ánimo.

—No os preocupéis, *sir* Josse. ¿Por qué no os vais a la cama y dormís bien? —le propuso—. Tal vez vuestra memoria funcione mejor por la mañana.

—Bien pensado —musitó—. Esta noche no os sirvo de nada ni a vos, ni a mí, ni a nadie.

Cuando se despedían, ella recordó que no le había dicho nada de Gervase de Gifford. En fin, lo haría por la mañana.

Pero el día siguiente llegó con sus propios problemas. Helewise se olvidó por completo de Gervase de Gifford, y fuera lo que fuese lo que Josse hubiera intentado recordar de Saxonbury, quedó apartado por completo.

De madrugada, cuando todavía no había amanecido y la comunidad de Hawkenlye salía de la iglesia de la abadía después de la hora prima, se oyeron unos fuertes golpes en los portones y una profunda voz masculina que gritaba:

—¡Ah de la abadía! ¡Socorro! ¡Socorro!

Sor Ursel corrió a encaramarse por la pequeña escalera que le permitía alcanzar la mirilla. Cuando la abrió y miró quién había, los hermanos Saúl, Michael y Augusto corrieron a su lado.

—¿Quién llama? —gritó—. ¿Qué queréis de nosotros?

Helewise se unió al grupo de monjas y frailes, y los demás se apartaron respetuosamente para dejarla pasar.

—¿Quién hay ahí fuera, sor Ursel? —preguntó.

Es un hombre... lleva a alguien... una mujer, creo; parece débil, y muy pequeña —contestó sor Ursel en voz baja. Luego levantó otra vez la voz y dijo—: ¿Qué queréis?

Pero el hombre se limitó a responder:

—¡Ayuda!

—Sor Ursel, dejadme mirar —pidió la abadesa.

Mientras la portera se apartaba, Helewise se encaramó a la mirilla. Su instinto la llevaba a abrir las puertas inmediatamente; había un deje angustiado en los gritos de aquel hombre que la convencían de que su petición de ayuda era genuina. Pero, como abadesa, era responsable de la seguridad de toda la comunidad, y de noche había rufianes dispuestos a utilizar cualquier subterfugio para entrar en la abadía.

Miró al hombre bajo, de ancha espalda y pecho prominente que estaba frente a la puerta. Él levantó la cabeza y le devolvió la mirada. Bajo la pálida luz del amanecer, Helewise percibió su mirada de desesperación. También detectó que llevaba la parte delantera de la camisa ensangrentada. A juzgar por la manera en que llevaba a la mujer en brazos, parecía que fuera su esposa.

Finalmente se decidió, bajó de la mirilla y dio la orden:

—Sor Ursel, abrid las puertas. Hermanos, no os vayáis, por si hay algún problema. —No dio más explicaciones. Mirando a los ojos de fray Saúl, sabía que no tenía que darlas.

Las puertas se abrieron y el hombre entró directamente. Gimió alguna cosa —tal vez fuera «gracias»—, y sor Eufemia lo tomó de un brazo.

Con los ojos en la figura inválida que acarreaba, dijo:

—Venid conmigo. Yo me ocuparé de ella.

Al principio, lo que más le costó a la enfermera fue conseguir que el hombre soltara a la mujer. Los fuertes brazos que la sostenían parecían haberse petrificado en aquella posición, y sus ojos estaban fijos en el pálido rostro de la herida; ignoraba la presencia de cualquier otra persona.

Sor Eufemia le había ordenado a sor Calixta que preparara una cama en uno de los cubículos separados por cortinas de la enfermería. Una vez hecho, sor Calixta se

mostró dispuesta, y la enfermera se dio cuenta de que la joven monja había preparado un cuenco de agua caliente, gasas y material de vendaje. Con la cortina cerrada para evitar las miradas curiosas, lo único que faltaba ahora era que el hombre dejara a la mujer y permitiera hacer su trabajo a las enfermeras.

—Por favor, ¿queréis dejarla aquí? —le pidió sor Eufemia al hombre con amabilidad. Él se volvió, la miró, inexpresivo, y luego volvió a contemplar a la mujer que tenía en los brazos.

De pronto, sor Calixta intervino:

—Hermana, ¡no os entiende! —le susurró—. ¿Me dejáis intentarlo?

—Claro, adelante —dijo la enfermera con sequedad.

Sor Calixta avanzó un paso para que el hombre pudiera oírla. Luego, con mímica, tomó algo entre sus brazos y a continuación lo posó con cuidado sobre la sábana blanca de la cama preparada. Lo miró fijamente, asintiendo con la cabeza y sonriéndole, y al cabo de un momento el hombre le respondió con otra sonrisa. Entonces, con una ternura infinita, posó a la mujer en la cama.

—¡Por fin! —suspiró la enfermera—. Ahora, hermana, haced un poco más de vuestra magia y pedirle que se aparte un poco de la cama; no puedo trabajar correctamente con él pegado a mi codo, respirándome encima como una vaquilla exhausta.

Sor Calixta cogió un taburete y lo colocó unos pasos más atrás de la cama, lo señaló y luego señaló al hombre. Él comprendió, avanzó hacia él y se sentó, dejándose caer pesadamente.

—Y ahora, hermana, necesitaré vuestra ayuda —le ordenó la enfermera.

Sor Calixta fue a reunirse con ella junto a la cama. Cuando finalmente vio las heridas de la mujer, soltó un leve gemido.

Sor Eufemia le dirigió una mirada.

—Ya, bien feo, ¿no? Y, a menos que esté equivocada, debe de haber más. —Con cuidado, levantó el hombro derecho de la mujer mientras seguía hablando y, tirando de la capa en que iba envuelta, miró el vestido roto y la carne lacerada, sangrienta y supurante que había debajo—. Sí, es lo que me temía. Le han dado una paliza.

—¿Qué le curamos primero, hermana? —preguntó sor Calixta en voz baja—. ¿La espalda o la cara?

—La espalda. De momento, las heridas de las mejillas y de la frente las lavaremos con un poco de lavanda. —Al instante, sor Calixta echó un poco de lavanda en el cuenco de agua caliente y, tras apretar bien un trapo mojado en aquella solución, se lo ofreció a la enfermera—. Luego haremos lo posible para que le duela menos la espalda, para que pueda echarse con mayor comodidad.

Ambas siguieron trabajando en silencio. Eran muy conscientes de la presencia del hombre, que las observaba. De vez en cuando emitía algún sonido sordo, como un animal dolorido, pero no las interrumpía. Parecía entender que ellas hacían todo lo posible y se conformaba con dejarlas hacer. Colocaron a la mujer de lado con sumo

cuidado y sor Eufemia empapó los restos deshilachados del vestido para retirar la gruesa costra de sangre y pus, pegada a la carne. Mientras ella separaba la tela, sor Calixta empezó a lavar las heridas. Había veinticinco, regularmente espaciadas por la estrecha espalda de la mujer. Quien fuera que la había atormentado, lo había hecho con una mano diestra y experta.

Pronto sor Calixta hubo hecho todo lo que estaba en sus manos. Ahora, algunas de las heridas sangraban limpiamente, pero otras estaban muy infectadas y estaban rodeadas de piel tensa y de un color rojo oscuro, caliente al tacto.

—Una cataplasma de hierbas secas, ingredientes frescos de la despensa, hermana, eso es lo que ahora necesitamos —dijo la enfermera—. Hojas verdes de bardana para la inflamación, raíz de cariofilada para detener la hemorragia y un buen puñado de crisantemos y sauce blanco para el dolor.

—¿Cariofilada?

—Hierba de san Benito.

—Ah, sí, claro, hermana.

—Preparad una pasta caliente y húmeda, extendedla entre dos gasas y traédmela. Se la pondremos en la espalda y dejaremos que estas buenas hierbas extraigan el veneno y le proporcionen un poco de alivio.

Cuando sor Calixta se apresuraba a obedecer, oyó el suave, regular e infinitamente reconfortante sonido de las plegarias de la enfermera.

Una vez aplicado el emplasto, las dos monjas colocaron a la mujer con cuidado sobre su espalda.

—Así drenará mejor —dijo la enfermera—. Puede que le duela más que de lado o boca abajo, pero no queremos que el veneno se estanque dentro de las heridas. — Luego apartó el pelo castaño, denso y rizado, del rostro de la enferma, y ella y sor Calixta estudiaron las heridas de la frente y la mejilla.

Una vez limpia, la herida de la mejilla derecha parecía menos grave. Sor Eufemia cortó un cuadrado de gasa, lo empapó con aceite de lavanda y comprimió la herida con él.

—Tendremos que vigilarla con regularidad —dijo— pero no creo ni que le deje cicatriz. No como esa infección.

Luego ambas se quedaron observando lo que le habían hecho a la mujer entre las cejas. Sobre la piel blanca y suave, alguien la había marcado con un hierro. Era difícil de decir, debido a la hinchazón producida por la infección que afectaba a toda la frente, pero parecía como si quisiera representar una letra. Sólo una letra.

—¿Qué es? —susurró sor Calixta.

—No lo sé —frunció el ceño sor Eufemia—. ¿Una «A»? ¿O una «H»? O tal vez una «B», puesto que el lado derecho es un poco curvo...

—Pero ¿por qué?

Sor Eufemia se volvió a mirarla, con una expresión en la que se mezclaban la compasión y el cinismo.

—He visto la letra «A» marcada antes en otras mujeres —declaró—. Durante mi noviciado. Había un noble, un tipo muy orgulloso, que ambicionaba que su hijo tuviera lo mejor y le organizó una boda espléndida. El problema era que el muchacho no amaba a su fría y ostentosa esposa, y se enamoró de una de las sirvientas de su padre. Cuando el padre se enteró, echó a la chica de su casa; pero antes de hacerlo la hizo marcar a fuego con una «A».

—¿«A»?

Ahora la expresión de la enfermera era de tristeza.

—De adúltera —aclaró—. ¿No es típico? Él era tan culpable como ella, sin embargo fue a ella a quien echaron de la casa para dejar que se muriera de hambre, y a él no le pasó nada.

—Perdió a su amor —señaló sor Calixta.

—Sí, sí —suspiró sor Eufemia— supongo que sí. —Luego, dejando a un lado sus pensamientos y sus recuerdos, dijo—: Otra cataplasma, por favor, sor Calixta. Esta vez, bien empapada con aceite de lavanda; me he dado cuenta de que minimiza la aparición de cicatrices, y esta pobre chica no querrá llevar esa enorme marca en la frente durante el resto de su vida.

Con las manos ya ocupadas, sor Calixta sintió cómo el corazón le daba un brinco de alegría.

—¿Creéis entonces, hermana, que sobrevivirá?

—¡Claro que sí! —exclamó sor Eufemia, convencida—. Las heridas son terribles, eso es evidente, pero no lo bastante como para costarle la vida. Y menos ahora, que está aquí bajo nuestros cuidados.

Feliz por primera vez desde que entró en la enfermería, sor Calixta volvió la cabeza en dirección al hombre que permanecía en el taburete. Seguía mirando fijamente a las dos monjas, con la misma expresión ansiosa y dolorida de antes.

—Pues entonces creo que será mejor que encontremos la manera de darle la buena noticia —dijo sor Calixta a media voz.

Un poco más tarde, Helewise recibió la esperada visita de la enfermera. Sor Eufemia le informó rápida y brevemente de las curas que se le habían hecho a la mujer, de cómo la habían tratado y de que iba a vivir. Después de expresar su alivio y su agradecimiento por las habilidades de la enfermera —a lo que sor Eufemia quitó importancia con un gesto de la cabeza y con la firme insistencia en que sor Calixta había hecho tanto o más que ella—. Helewise preguntó:

—¿Y qué hay del hombre que la trajo? ¿Está también herido?

Sor Eufemia arrugó el ceño.

—¿Sabéis, abadesa, que no se nos ha ocurrido preguntárselo? —dijo—. Pero lo haré de inmediato, tan pronto como vuelva a la enfermería. El problema es que no nos entiende. Tal vez sea sordomudo. Sólo dijo unas cuantas palabras, ¿no?, cuando llamaba a las puertas de la abadía.

—Sí. ¿Y no responde cuando se le habla?

—No. Se queda mirando fijamente con esos ojos marrones angustiados, como si supiera que le estás hablando pero no oyera nada.

—O no lo comprendiera. Quizá sea extranjero y no entienda nuestro idioma.

Sor Eufemia asentía con la cabeza.

—Sí, es probable. En cualquier caso, sordo o extranjero, sor Calixta y yo nos tememos que es un poco lento. Un poco duro de mollera.

—Ya.

—Sin embargo, tiene un buen corazón. Ama a esa mujer como si fuera su propia hija. No le quita los ojos de encima.

—Tal vez sea su hija.

La enfermera consideró la posibilidad unos instantes. Luego dijo:

—En ese caso es un padre jovencísimo. Calculo que la mujer tiene unos treinta años, quizá un poco más, y él sólo debe de tener diez más. Pero, bueno, le pediré a sor Calixta que hable con él.

Helewise se quedó sorprendida.

—¿Cómo?

La enfermera sonrió con orgullo.

—Fue una suerte para la abadía cuando esa pequeña decidió que estaba llamada a unirse a nosotras —declaró—. Además de ser una enfermera devota y eficiente, una amiga amable para los que tienen problemas y una trabajadora infatigable, sor Calixta tiene talento dramático. Ha estado preguntándole y pidiéndole cosas con mímica a nuestro pobre duro de mollera y, bendito sea, a ella la entiende. Regresaré a la enfermería, mi señora, si me disculpáis —dijo, ya casi cruzando la puerta— para que le pregunte de dónde vienen, quiénes son y quién atacó a la pobre mujer con tanta saña.

Sor Calixta empezó a disfrutar de su misión desde el momento en que pudo comunicarle al bobito que la mujer viviría. Cuando el tipo comprendió, tomó las manos de la monja entre las suyas y, rebosando felicidad, se echó a llorar. Ella dio unas palmaditas en su fuerte hombro y le murmuró palabras de ternura hasta que recuperó la calma.

Más tarde, cuando sor Eufemia regresó de la habitación de la abadesa y dijo que Calixta debía tratar de sacarle información al hombre, ella lo llevó fuera de la enfermería y encontró un rincón tranquilo de la sala capitular, que en aquel momento estaba tan sólo ocupada por uno de los gatos, que se marchó al ver a dos humanos invadir lo que consideraba su territorio. Se sentaron de lado en un banco, que crujió ruidosamente cuando el hombre dejó caer su peso sobre él, y luego, al tiempo que se señalaba con firmeza el propio pecho, Calixta dijo:

—Calixta. Mi nombre es Calixta. —Luego, señalándolo a él con el mismo dedo, le preguntó—: Nombre; ¿cuál es vuestro nombre?

Él frunció el ceño. Musitaba algo, como si repitiera *nombre, nuestro nombre*.

Justo cuando Calixta empezaba a deducir que era realmente bobo, el tipo gritó de

pronto:

—¡Aaah, *nome!* Mi... nombre... ¡Benedetto!

—¡Benedetto! —exclamó Calixta, encantada—. ¿Y la mujer? —dijo mientras imitaba a alguien con otra persona en los brazos, y luego se señalaba su propia rente y hacía una mueca de tristeza.

—Aurelia.

Al principio, Calixta no comprendió lo que decía; la palabra sonaba extraña, la repitió varias veces.

—¿Aurelia? —tanteó Calixta.

—Sí^[2]. Aurelia.

—Y ella es... —Calixta trataba de pensar en la manera de preguntarle si era su esposa. Señaló el tercer dedo de la mano izquierda y levantó las cejas, inquisitivamente.

—No, no. —Él frunció el ceño, concentrado—. No mi esposa. Mi... amiga. Todos amigos míos... —La mueca de concentración se intensificó—. Yo cuido. Vigilo.

¿Su amiga? ¿Le estaba diciendo que aquella mujer era su amiga? Y él cuidaba, vigilaba... ¿qué querría decir con aquellas palabras?

—Gracias, Benedetto —dijo con seriedad.

Él murmuró algo como respuesta, al tiempo que le hacía una reverencia grácil.

A Calixta se le había acelerado la mente. Estaba claro que había dicho «todos amigos míos». Amigos, había entendido. ¿Tal vez fuera el guardaespaldas de algún grupo de viajeros que había sido atacado mientras se desplazaban? ¿Quizá mientras se dirigían a Hawkenlye? Si lo era, eso explicaría por qué mostraba tanta devoción. Por qué había costado tanto que soltara a la mujer a la que había traído. Y también explicaría por qué estaba tan afligido por todo el asunto; debía de sentir que, como guardaespaldas, debería haberlos salvado del ataque.

Con mucha cautela, ella redijo:

—¿Eran más en el grupo? —No, ya veía que no la entendía. Entonces se contó los dedos y dijo—: Benedetto, Aurelia, ¿y...? —mientras mostraba un tercer dedo y levantaba las cejas.

—¡Aaah! —exclamó él, demostrando su comprensión. Entonces su sonrisa se desvaneció. Dejó caer la cara en una de sus manos enormes y soltó un fuerte gemido, mientras con la otra mano, cerrada en un puño, se golpeaba el muslo.

«Debían de ser más —dedujo Calixta rápidamente—. Y deben de haber tenido problemas».

—¿Benedetto? —preguntó amablemente—. ¿Y los otros?

Pero él se levantó bruscamente del banco y comenzó a caminar a grandes zancadas a través de la sala.

Calixta pensó que no tenía sentido seguirlo. Era obvio que estaba muy alterado, y perseguir a un hombretón de mal humor no parecía la opción más prudente. Entonces

decidió salir de la sala capitular y dirigirse al otro lado del claustro para hablar con la abadesa.

Helewise estaba contándole a Josse los acontecimientos de aquella madrugada cuando sor Calixta llamó a la puerta. Cuando la abadesa gritó «¡adelante!» y la joven monja entró en la habitación, Helewise no pudo evitar advertir la amplia sonrisa de bienvenida que Josse le dedicaba. «Sí —pensó—, siempre ha sentido debilidad por nuestra Calixta». Al tiempo que respondía a la petición de la monja de hablar con un gesto de ánimo, Helewise se recostó para escuchar lo que tenía que contarles.

—... y creo realmente que debe de haber más integrantes del grupo en algún lugar, ahí fuera —concluyó sor Calixta al poco rato—. Está claro que son extranjeros; al menos, Benedetto lo es. Supongo que los viajeros ingleses también pueden hacerse acompañar de un guardaespaldas extranjero.

—Benedetto parece un nombre de tierras meridionales —caviló Josse—. ¿Recordáis alguna palabra o frase que haya dicho, hermana?

—Dijo sí para afirmar —contestó rápidamente—. Y utilizó otra palabra cuando le di las gracias por algo, pero ahora no la recuerdo.

—Dicen sí en las tierras del sur —dijo Josse—. Al menos, eso creo. En España, por ejemplo.

—Hum. —Helewise, cuyo conocimiento de lenguas extranjeras era limitado, no tenía nada que añadir a ese comentario. Pero había algo que quiso decir—: Parece haber un error en la suposición de que el grupo de ese hombre fue atacado —observó—. Sor Eufemia me ha informado de que la mujer de la enfermería fue flagelada y marcada, y ninguna de esas heridas parecen poder atribuirse a un asalto en el camino. Está claro que sus heridas son el resultado de un castigo.

Josse, mirándola fijamente, asintió lentamente.

—Sí —suspiró—, sí.

Sor Calixta lo miraba con los ojos abiertos de par en par. Helewise, que tenía la sensación de que iba a añadir algo, también lo observó, expectante.

Luego Josse sacudió la cabeza.

—Hay algo que inquieta —confesó—. Tengo la impresión de que este rompecabezas tiene que poder resolverse, tan sólo si se me ocurriera... —Se golpeó la cabeza con la palma de la mano.

Helewise y sor Calixta esperaron otro momento. Luego, con una sonrisa compungida, Josse dijo:

—No hay manera, no puedo forzarme. Pero les diré una cosa, señoras. —Miró rápidamente a sor Calixta y luego a Helewise—. Apostaría mis botas a que este asunto tiene algo que ver con el padre Micah. ¡Huele a él, sin duda!

Capítulo 9

—¿Cómo podéis estar seguro, *sir Josse*? —preguntó la abadesa, tal y como él había adivinado que haría.

—¡Por lo que había amenazado de hacer con la esposa del señor de High Weald! —gritó—. Os lo dije; quería flagelarla por la sencilla razón de que profesaba una fe distinta y, a los ojos del padre Micah, vivía fuera del santo matrimonio.

—¿Y qué tiene eso que ver con una mujer extranjera que ha venido aquí en busca de socorro? —Los ojos grises de la abadesa, clavados en él, eran más fríos que un témpano, como si pensara que estaba oyendo suposiciones gratuitas y no le pareciera bien.

—Bueno, podría haberse encontrado a la mujer y al resto del grupo por el camino. Tal vez entabló conversación con ellos, como sucede entre viajeros, y ellos le dijeron que no eran cristianos, y el padre pensó: Si no son cristianos y no están casados, haré flagelar a la mujer y la marcaré por sus pecados.

La abadesa ni siquiera intentaba esconder su escepticismo. Josse tampoco se lo tenía en cuenta; sus suposiciones eran bastante rocambolescas, incluso para él.

—Por otro lado, tal vez no fuera así —concluyó Josse sin convicción.

Ella le dedicó una sonrisa.

—Siempre es importante establecer una hipótesis, *sir Josse* —dijo con amabilidad—. A veces, de las ideas más descabelladas puede surgir la verdad.

«Ah —pensó él— qué mujer tan generosa».

—¿Puedo decir algo? —intervino sor Calixta.

La abadesa se volvió hacia ella.

—Por supuesto —asintió.

—Sor Eufemia me ha dicho que ya había visto a otra mujer marcada. Llevaba una «A» porque había sido la amante de un hombre casado. —La joven monja miró a Josse—. De modo que tal vez haya algo de verdad en lo que dice *sir Josse*. —Luego bajó la cabeza, como si estuviera avergonzada de estar apoyando una suposición que la abadesa acababa de rechazar.

Josse miró a Helewise. Después de una breve pausa, ella dijo:

—Gracias, sor Calixta. Así pues, tal vez debamos llegar a la conclusión de que la mujer que está en la enfermería...

—Se llama Aurelia —intervino sor Calixta.

—... que Aurelia podría haber sufrido la ira del padre Micah, pero por algún otro motivo, no por el hecho de habérselo encontrado durante su viaje y haberle confesado que profesaba una fe extranjera. ¿Es así? —La abadesa miró primero a Josse y luego a sor Calixta, quienes, después de mirarse entre sí rápidamente, asintieron con la cabeza.

La abadesa musitó algo entre dientes, a Josse le pareció que reflexionaba sobre los detalles más escabrosos. Seguidamente, con una radiante sonrisa que demostraba,

para él, que tan bien la conocía, que le estaba costando mucho no perder la paciencia y no quería que se dieran cuenta, dijo:

—En ese caso, partamos de ese supuesto.

—¿Dónde, entonces? —preguntó sor Calixta tímidamente al cabo de un momento.

—¿Dónde? —dijo la abadesa mirándola.

—¿Dónde se cruzó el padre Micah con Aurelia? ¿Y cómo se enteró de que era una adúltera y tenía que ser castigada?

Josse reprimió una sonrisa. Eran preguntas razonables, y estaba seguro de que la abadesa también las habría considerado así de no estar tan irritada. Por otro lado, sabía que no tendría respuesta para ninguna de las dos; desde luego, a él no se le ocurría ninguna.

—Ahora mismo no tenemos modo de saberlo —respondió Helewise con elegancia—. Hay muchas más cosas que debemos indagar antes de poder comprender lo ocurrido. ¡*Sir Josse!*

Se había vuelto hacia él tan repentinamente que lo había pillado en las nubes.

—¿Mi señora?

—Si es cierto que se trata de un asunto religioso, y el castigo fue ejecutado por orden del padre Micah, entonces es muy probable que el padre Gilbert sepa algo del asunto. —Miró a sor Calixta y prosiguió—. Si sor Calixta está en lo cierto en su sospecha de que ese Benedetto era el guardaespaldas de un grupo de viajeros, entonces debe de haber noticias de los demás. En cualquier caso, yo tenía intención de visitar al padre Gilbert, y propongo que lo hagamos cuanto antes. Todavía queda bastante para que oscurezca; podríamos ir hasta su casa y volver antes de que anochezca. —Vaciló unos instantes y luego dijo con un tono dócil que no era muy propio de ella—: Agradecería mucho vuestra compañía, si es que estáis dispuesto a cabalgar conmigo, *sir Josse*.

Ahora él sonreía abiertamente, contento de que se lo hubiera pedido.

—Sí, claro que lo haré, y encantado, además.

Salieron de Hawkenlye cabalgando en silencio. Josse se alegraba de que *Horace* hiciera un poco de ejercicio. La abadesa montaba una preciosa yegua de color castaño claro, un animal elegante cuyo pedigrí era visible por sus formas. Después de una fugaz mirada inicial, Josse desvió la vista y trató de pensar en otras cosas.

La yegua se llamaba *Money* y pertenecía a una joven llamada Joanna de Courtenay. Josse conoció a Joanna cuando ella escapaba de su primo, quien había decidido un futuro para el hijo de ésta que ella juzgaba intolerable. Joanna había buscado refugio en la casa de Mag Hobson, una mujer que la había cuidado cuando era niña y que vivía en las profundidades del bosque; se decía de ella que era bruja. Ahora Mag había muerto y Joanna, o al menos eso se creía, vivía en la cabaña de la bruja. Había también quien decía que ella desempeñaba ahora la labor de Mag.

Joanna había dejado a su espléndida yegua en Hawkenlye, donde, a cambio del

cuidado del animal, las monjas podían utilizarlo cuando lo necesitaran. Como hacía hoy la abadesa. Josse había estado enamorado de Joanna, y no estaba del todo seguro, pero pensaba que posiblemente todavía lo estaba.

Por eso le dolía ver a la abadesa cabalgando en el caballo de ella.

Tenía muchas ganas de hablarle de Joanna, pero, a pesar de su buena amistad con Helewise, Joanna seguía siendo un tema del que ellos nunca hablaban.

Y tal vez fuera mejor así.

Interrumpiendo sus cábalas, la abadesa dijo de pronto:

—Olvidé decíroslo, *sir* Josse, con todo lo que ha sucedido hoy, pero ayer recibí la visita de un tal Gervase de Gifford, que dice ser el *sheriff* y que, al parecer, es un hombre de los De Clare.

—¿Ah, sí? —Agradecido por haber sido arrancado de sus ensoñaciones, Josse preguntó—: ¿Qué ocurrió con Pelham?

—Eso es lo que yo pregunté. De Gifford, en realidad, no me contestó; tan sólo insinuó que Pelham había sido propuesto para un cargo que le iba demasiado grande.

—Eso ya lo sabíamos.

—Desde luego.

—¿Qué quería? —Josse estaba intrigado.

—Dijo que había venido por lo del padre Micah. Tiene intención de volver para hablar con vos.

—Para que le cuente lo que he averiguado...

—Sí, así es.

Josse soltó un bufido.

—La respuesta es nada. Nada que no supiéramos desde el principio.

—¡Vamos, *sir* Josse! —Lo animó ella—. ¡Tenéis la firme intuición de que el padre Micah estaba de alguna manera implicado en el castigo de esa pobre mujer de la enfermería!

—¡Intuición, mi señora! Utilizáis la palabra adecuada, puesto que no hay ninguna prueba de que la mano del padre estuviera detrás de todo esto.

—Pero ¿qué hay del cuento del señor de High Weald? —Helewise parecía decidida a sacarlo de su pesimismo—. Probablemente, es más que una casualidad que os enteraseis de la amenaza de un cura a una mujer a la que consideraba pecadora, y justo al día siguiente os encontrarais a una mujer herida que había sufrido exactamente el mismo castigo descrito.

Tenía razón, supuso él. Pero, de todos modos, no era algo que tuviera ganas de discutir ante ese tal De Gifford.

—¿Cuándo dijo que volvería? —preguntó Josse.

—No lo dijo.

—Bueno, deberé asegurarme de tener algo más concreto para cuando venga. —Lleno de intención, le dio al tranquilo *Horace* una patada y dijo—: ¡Vamos! ¡Vamos a ver al padre Gilbert, a ver qué tiene que decirnos!

A Josse le pareció ver sonreír fugazmente a la abadesa. ¿Tal vez de satisfacción por haberse salido con la suya? Era bastante obvio que sí.

Ya en la casa del cura, Josse se dio cuenta de inmediato que la temperatura había subido considerablemente desde su última visita. Había una buena pila de troncos pulcramente cortados, arrinconados a una distancia prudente de la hoguera, y el padre Gilbert, sentado en la cama y con un aspecto bastante animado, llevaba ahora una gruesa y bonita tela de piel por encima y, por tanto, se había deshecho de varias capas de ropa.

—¡Mi señora! —exclamó al ver entrar a Helewise en su habitación precediendo a Josse—. ¡Y *sir* Josse, qué alegría verlos a los dos!

—Ha tenido otra visita —dijo Josse, señalando los leños y la manta—. Alguien que, yo diría, ha pasado algún tiempo con vos.

—Sí, desde luego. El hijo de lord Saxonbury, Moncar, ha venido esta mañana diciendo que había oído que necesitaba leña. También me ha traído esta espléndida piel, que ha calentado en el trébede, y una jarra de cerveza.

No era extraño, pues, pensó Josse, que el pálido rostro del cura estuviera ahora lleno de color.

—Qué gesto tan amable —señaló la abadesa—. Así, ¿son buena gente y cristianos en Saxonbury, padre?

—Cristianos, podría ser. Buenos, sin duda —respondió el padre Gilbert.

—Sabéis lo de su esposa, supongo —dijo Josse—. La última vez que estuve aquí, vos hicisteis alguna referencia a la mujer a quien el padre Micah llamaba la concubina del lord.

—Sí, sí, lo sé. —Las manos del padre Gilbert jugueteaban con las mantas, enredadas debajo de la piel—. El padre Micah no reconocía ningún matrimonio como legítimo ante Dios si no había sido celebrado por un cura. Un cura cristiano —añadió con firmeza—. Como la esposa del lord es musulmana y su matrimonio se celebró dentro de su fe, el padre Micah los consideraba fornicadores.

—Tenía intenciones de hacerla flagelar —dijo Josse en tono neutro.

El color de las mejillas del padre Gilbert se disipó.

—¿Ah, sí? —musitó.

—Sí.

Josse y la abadesa permanecían junto al lecho del cura. Al cabo de un momento, el padre Gilbert rompió el silencio acusador:

—Habría estado en su derecho —declaró—. La Iglesia dice que...

—¿Qué una mujer anciana y enferma puede ser sacada a rastras de su lecho y azotada? —lo interrumpió Josse. Sintió el tirón cauteloso de la abadesa en su manga, pero decidió ignorarlo—. Padre, el lord me preguntó qué habría hecho yo si hubiera sido mi madre quien hubiera estado a punto de ser azotada.

El padre Gilbert parecía desolado.

—Comprendo vuestros sentimientos, *sir* Josse. El padre Micah era... quiero

decir, a veces, él... —Se encogió de hombros—. Todos tenemos nuestra manera de servir a Dios —concluyó débilmente.

—Padre, ¿os puedo preguntar algo? —dijo la abadesa en tono respetuoso.

Él la miró, agradecido.

—Por supuesto, mi señora.

—¿Creéis que el padre Micah era capaz de azotar a alguien? ¿De, digamos, propinarle a una mujer delicada y frágil veinticinco latigazos?

Se hizo una larga pausa mientras el cura sopesaba la pregunta. A Josse le pareció que estaba debatiéndose entre salvar la reputación de un difunto colega o decir la verdad. Al final dijo, en voz tan baja que Josse apenas pudo oírlo:

—Sí, sé que lo era. Sé que lo hizo.

—Tenemos a una mujer así en Hawkenlye —dijo Helewise—. ¿Pensáis que podría haber sido víctima del padre Micah?

El padre Gilbert levantó sus ojos húmedos hacia ella.

—No puedo asegurarlo, mi señora, pero me temo que podría serlo —respondió.

—Por la misericordia de Dios —explotó Josse— ¿qué había hecho? También lleva una marca en la frente que parece una letra «A». ¿Se trata de otra mujer cuyo matrimonio el padre Micah se negó a reconocer, que se acostó con un hombre sin el consentimiento de la Iglesia?

El padre Gilbert se frotó los ojos.

—El padre Micah creía que trabajaba para Dios de esa manera —dijo cansinamente—. Los pecadores están destinados al fuego eterno, *sir* Josse. —Sacó las manos de debajo de las mantas y miró con furia a Josse, como si de pronto el cura desplazara al hombre compasivo y dominado por la culpabilidad—. ¡No lo olvidéis! ¿No es mejor sufrir un pequeño dolor temporal aquí, en la tierra, mientras se purga el pecado, que estar condenado a la maldición eterna?

—¿Un pequeño dolor temporal? —empezó Josse, con la voz estridente de rabia.

Pero la abadesa volvía a tirarle de la manga, y ahora con más firmeza; su puño se aferraba a la tela como una grapa metálica. Tiró de él hacia la puerta y dijo:

—*Sir* Josse me esperará fuera. —Se volvió hacia él y vio la comprensión en sus ojos; entonces le musitó entre dientes—: Está enfermo y dolorido, *sir* Josse. No le gritéis por algo que no es culpa suya.

—Pero...

—¡Josse!

No era casual que la abadesa estuviera al mando de la comunidad más numerosa del sur de Inglaterra; tenía capacidad de mando, y él obedeció mansamente su orden.

Fuera, el aire gélido lo golpeó como si le hubieran echado un jarro de agua fría. Cuando su respiración empezó a apaciguarse, se esforzó por escuchar lo que se decía dentro. Pero, aparte del tono suave y tranquilizador de la abadesa y el ocasional estruendo de las interjecciones del cura, no era capaz de oír nada.

Al cabo de un rato salió Helewise y cerró cuidadosamente la puerta tras de sí. Se

puso de inmediato a su lado y le dijo:

—*Sir Josse*, perdonadme por haberos ordenado salir de la habitación. No tengo más derecho a daros órdenes del que tenéis vos a dármelas a mí. Pero estaba seriamente preocupada por él, enfermo como está, y además pensé que conmigo hablaría con mayor franqueza.

Él aceptó su disculpa con un gruñido.

—¿Y lo ha hecho?

—En realidad, no —respondió, al tiempo que le daba una patada a una piedra helada del sendero—. Pero sí ha dicho algo que puede resultarnos útil. Ha dicho que el padre Micah andaba últimamente muy preocupado con el problema de cómo hacer volver a la fe a ciertas almas. Él...

—¡Fray Fermín! —exclamó *sir Josse*—. Dijo que el padre Micah había mencionado dos misiones que tenía pendientes: una afectaba a un lord que se había olvidado de las normas de Dios, el cual, podemos estar casi seguros, debía de ser lord Saxonbury. La otra implicaba a ciertas almas perdidas que estaban destinadas a arder en la hoguera.

—Almas perdidas —repitió Helewise distraídamente. Luego, con los ojos bien abiertos, añadió—: *Sir Josse*, ¡qué descripción tan espantosa e inquietante! Oh, fuera como fuese, ¿no tenía derecho el padre Micah a intentar devolver a los descarriados al amor de Dios?

—¡Mi señora, pensad en esa pobre mujer que yace en la enfermería! ¿Acaso fue correcto lo que le hizo a ella?

—¡No podemos estar seguros de que fuese él!

Josse se golpeó la frente con exasperación.

—¡Estáis pensando con el corazón, no con la cabeza, abadesa Helewise! —exclamó—. Primero sugerís que el padre Micah tenía derecho a flagelar a una mujer veinticinco veces, y luego decís, oh, pero tal vez no fue él el responsable. ¿Lo aprobáis o no, mi señora?

Ella volvió a dar una patada a la piedra, esta vez con más fuerza para arrancarla y mandarla a rodar. Luego la siguió y le propinó otra patada.

—No —respondió al cabo de unos instantes en voz baja.

Josse no era tan simple como para reaccionar mostrando su triunfo. En vez de ello, dijo:

—Ya va siendo hora de volver. Iré a buscar los caballos.

La acompañó hasta su puerta y allí le deseó buenas noches; pronto sería la hora de vísperas y no esperaba volver a verla hasta el día siguiente. Cuando se volvía para marcharse, ella dijo:

—¿*Sir Josse*?

—¿Mi señora?

—Creo que debería avisar a Gervase de Gifford. Es muy probable que el padre Micah fuera el responsable de la flagelación de la mujer de la enfermería, aunque él

no empuñara personalmente el látigo. Si es así, y también es cierto que la mujer iba con sus compañeros, entonces uno de ellos tuvo motivos para hacerle daño al padre. Creo que deberíamos compartir esta información con De Gifford.

—Sí, estoy de acuerdo. —Hizo una pausa; se resistía a decir lo que tenía en mente.

—¿Qué ocurre?

—Estaba pensando que lo que acabáis de decir afecta de la misma manera a nuestro amigo Benedetto. Me preguntaba si al menos deberíamos interrogarlo.

Ella asintió lentamente.

—Sí, ya veo. ¿Y tal vez encontrar alguna manera de retenerlo hasta que llegue De Gifford? Si Benedetto es inocente, no le hará ningún daño, y si es culpable, lo habremos retenido para que la justicia se encargue de él.

Pensando que estaba confiando demasiado en la capacidad de ese tal De Gifford por discernir entre culpabilidad e inocencia, Josse dijo:

—¿Puedo hablar con él antes de que haya ninguna cuestión de confinamiento? Simplemente, no me gustaría pensar que podemos estar mandando juzgar a un hombre que es culpable solamente de devoción a su amada.

—Y no tenéis ninguna prueba de la eficiencia de De Gifford como oficial de la ley —añadió ella—. Sí, *sir* Josse. Por favor, id a hablar con Benedetto ahora. Me guiaré por vuestra decisión sobre si debemos o no entregarlo al *sheriff*.

—Gracias, mi señora. ¿Deseáis que vuelva a informaros después del oficio?

—Sí, por favor.

Pero Josse regresó antes de que ella hubiera acudido a la iglesia de la abadía. Había ido a la enfermería, esperando encontrar a Benedetto sentado, velando a la mujer, pero no estaba. Sor Calixta, preocupada en atender a la enferma, intentaba vendar la herida de la frente mientras la semiconsciente Aurelia se retorció y gemía de dolor; le dijo que pensaba que tal vez el hombre había salido a rezar por ella. Pero Benedetto no estaba en la iglesia, ni tampoco, cuando Josse corrió a comprobarlo, en el santuario del valle.

Ahora, corriendo y con el corazón latiéndole con fuerza, Josse recorrió la abadía entera. Con la excepción de la pequeña leprosería —era un pabellón separado, aislado dentro de la institución, y en el que no entraba nadie que tuviera esperanzas de volver a salir—, miró por todas partes. Hasta miró en los cubículos separados por cortinas del largo dormitorio de las monjas. Aparte de las camas sencillas y unos pocos efectos personales, allí no había nada.

A menos que Benedetto se hubiera hecho tan pequeño como para colarse en una esquina pequeña y oculta, lo cual parecía poco probable, sólo cabía una conclusión: se había marchado.

Con la sensación de ser el portador de una mala noticia, Josse fue a buscar a la abadesa.

Capítulo 10

Al día siguiente, por la mañana, Helewise se encontraba sentada a su mesa mientras contemplaba a Josse y a Gervase de Gifford midiendo sus fuerzas. Se le ocurrió, de una manera un tanto irreverente, que parecían dos perros guardianes que estuvieran acusándose el uno al otro de invadir el territorio ajeno.

Sin embargo, y a pesar de la desconfianza, percibía la similitud que había entre los dos hombres. No era física: Josse tenía los ojos castaños y era moreno, alto, de espalda ancha y, a pesar de su rostro de facciones duras, solía tener una expresión que sugería su predisposición a aceptar a la gente, más que a condenarla. En cambio, Gervase de Gifford era delgado y elegante, y sus ojos verdes tenían un aspecto despegado y levemente irónico. No. La similitud entre ellos consistía sencillamente en que compartían una especie de poder, un aura indefinible que ambos llevaban como si fuera una prenda más de vestir. Era como si los dos hubieran sido puestos a prueba, hubieran sobrevivido y, como consecuencia, creyeran en sí mismos y en su propia capacidad de enfrentarse a cualquier cosa que la vida pudiera depararles.

Helewise se dio cuenta de que De Gifford se estaba dirigiendo a ella.

—... gracias por haberme convocado, mi señora.

—Era mi deber —respondió la abadesa—. Además, os prometí que os informaríamos de cualquier dato que *sir* Josse lograra descubrir en referencia al difunto padre Micah.

—Desde luego, y lo habéis cumplido —dijo de Gifford, insulso—. Como *sir* Josse ha estado explicando, no es nada definitivo, pero cada pequeña pista puede resultar útil. ¿No es así, *sir* Josse?

—Cierto. —Josse, advirtió ella, todavía no estaba dispuesto a intercambiar más que las gentilezas de rigor con aquel desconocido.

—Resumiendo —dijo De Gifford, volviéndose hacia Helewise—, sospecháis que la mujer llamada Aurelia, que fue traída para ser atendida en la abadía de graves heridas, podría haber sido víctima del celo religioso del padre Micah. Lo pensáis porque sus heridas son similares a aquellas con las que el padre amenazó a otra mujer, la esposa del señor de High Weald. ¿Es así?

—Sí —asintió Helewise, para luego añadir—: Como acabáis de dar a entender, todo es más bien vago, y realmente todavía nos queda mucho para descubrir la verdad, pero...

—Mi señora —interrumpió De Gifford con una sonrisa de disculpa—, creo que os estáis acusando falsamente. Tenéis a una mujer aquí que podría haber sido flagelada por el padre Micah y, a través del buen hacer de *sir* Josse, os habéis enterado de la existencia de otra mujer que habría sido una posible futura candidata a recibir el mismo trato. Puede que os interese saber que yo sé de otros casos.

—¿De verdad? —Helewise se incorporó en su butaca. Josse, advirtió, miraba a De Gifford concentrado y con cara de pocos amigos.

—De verdad —repitió De Gifford—. No estoy seguro de dónde estaban los límites de la influencia del padre; sé que era el sustituto del padre Gilbert, y el padre Gilbert no nos hacía más que visitas muy esporádicas al valle de Medway. Tenía sus propias preocupaciones aquí arriba y, además, nuestras almas ya están muy bien atendidas por nuestro sacerdote, el padre Henry. Pero, fuera o no adecuado que el padre Micah desempeñara su misión de salvación en nuestras inmediaciones, el hecho es que lo hacía. —Escrutó unos instantes a Helewise, como si estuviera sopesando si procedía con lo que estaba a punto de decir. Decidido aparentemente a hacerlo, continuó—: El padre Henry comprende nuestra manera de actuar, el padre Micah no lo hacía. No nos gustaba su presencia, y creo que al padre Henry también le molestaba. Pero ninguna de estas actitudes lograba mantenerlo alejado.

Helewise no estaba segura de qué estaba tratando de insinuar De Gifford.

—¿Vuestra manera de actuar? —dijo—. Lo cierto es que sólo hay una manera para un hombre de Dios, ¿no creéis, *sir* Gervase? ¿No opina así vuestro padre Henry?

De Gifford le dedicó una sonrisa encantadora.

—Naturalmente, señora abadesa, y nos recuerda a todos nuestros deberes siempre que tiene ocasión. Yo sólo quería dejar claro que los curas pueden emplear métodos distintos para mantener a sus ovejas en el redil.

—Hum... —Helewise no estaba convencida. Había observado algún intercambio de miradas ocasional entre De Gifford y Josse; o más bien, se corrigió a sí misma, miradas que De Gifford dirigía a Josse, como si el *sheriff* estuviera intentando convertir a Josse en un aliado. Dos laicos juntos frente a una religiosa.

—¿A quién más ordenó flagelar el padre? —preguntó Josse.

—No se limitaba a ordenarlo —lo corrigió De Gifford—. Para él era una norma ejecutar personalmente cualquier sentencia que imponía. Es una variante, supongo, de la máxima del buen comandante: nunca ordenes nada a tus tropas que no estés dispuesto a hacer tú mismo. En respuesta a vuestra pregunta, *sir* Josse, el padre Micah azotó a otra mujer, algo más joven que Aurelia. Había sido condenada por un tribunal eclesiástico y debía ser entregada a la justicia laica para recibir su castigo. No obstante, el padre Micah invalidó ese trámite y dijo que lo haría él mismo, y lo hizo. Luego permitió que un par de guardas se la llevaran y la encerraran en una mugrienta celda de la prisión.

—¿Qué fue de ella? —Para su consternación, Helewise oyó cómo su voz surgía como algo más que un susurro. Pero no creyó haber podido evitarlo; De Gifford había contado su conmovedora historia con sencillez y seguridad a la vez, de manera que, por un instante, pareció como si la pobre mujer flagelada y arrastrada hasta la prisión estuviera allí, en la misma estancia que ellos.

De Gifford la miraba con sus ojos fríos llenos ahora de piedad.

—Murió, mi señora. Su carcelero decidió culminar sus varias agonías con una violación. Parece ser que, mientras la violaba, ella se golpeó la cabeza contra el suelo de piedra de la celda, y el golpe fue lo bastante fuerte como para matarla.

—¿Y qué ha sido del carcelero? —su voz ahora temblaba.

De Gifford se encogió de hombros.

—¿Qué ha sido de él? Pues, sigue siendo carcelero —respondió.

—¡Pero atacó a su prisionera!

—La rea iba a morir de todas formas, mi señora —dijo De Gifford amablemente—. No creían en la sinceridad de su arrepentimiento, puesto que dijeron que tenía intención de volver a su perversidad tan pronto tuviera oportunidad.

Helewise estaba a punto de preguntar qué forma había adoptado la perversidad de la mujer —¿otra adúltera?; ¡esperaba que no!— cuando Josse declaró:

—He investigado el caso de dos hombres que escaparon de una celda. Mis pesquisas empezaron hace sólo tres días, aunque creo que los hombres huyeron algunos días antes. Una familia de peregrinos que vivieron a tomar las aguas curativas nos dijeron que alguien había atacado al guarda. Al parecer, sólo le habían golpeado una vez en la cara, o tal vez dos, pero en cambio estaba muerto. Cuando uno de los hermanos de la abadía y yo fuimos a examinar el cuerpo descubrimos marcas en su cuello que sugerían que había sido estrangulado.

—Sí, oí hablar de él —dijo De Gifford.

—¿Y qué hay de los hombres que escaparon? ¿Sabéis algo de ellos? —Helewise advirtió la ansiedad de Josse, que se acercaba cada vez más a De Gifford, como si esperara que las respuestas a todas sus preguntas se materializaran.

El *sheriff* lo miró un momento. Luego respondió:

—No.

«Estoy casi segura de que esta última respuesta es mentira», se dijo Helewise. Josse la miró fugazmente y se dio cuenta de que él pensaba lo mismo.

—Pregunté por la aldea en la que se encontraba la cárcel —comentó Josse, de manera intrascendente, como si fuera una mera anécdota—. Allí tampoco sabía nada de los hombres. O al menos eso decían. —Miró a De Gifford—. Lo cual me pareció extraño, puesto que yo estaba casi seguro de que sí sabían. Tenían miedo, ¿sabéis? Apenas esperaban a escuchar la pregunta para empezar a negar cualquier conocimiento del asunto. Una anciana se echó a temblar mientras repetía una y otra vez que no quería problemas y que no había visto nada, que no sabía nada, y que Dios se la llevara si mentía. Me pareció que su declaración era muy insensata, puesto que acababa de hacer exactamente eso. Y un niño pequeño que la acompañaba (era un niño de apenas cinco años, demasiado joven como para ser capaz de guardar un secreto) dijo que tenía miedo de que volviera el hombre negro y se lo llevara mientras dormía.

De Gifford parecía estar a punto de decir algo. Luego aparentó haber cambiado de idea y sacudió la cabeza ligeramente.

—Os voy a decir otra cosa prosiguió Josse. —Los guardas de la cárcel creían que los hombres que escaparon eran extranjeros. Uno de ellos había protestado de no entender nada de lo que los prisioneros decían. También es posible que los

prisioneros fueran gente muy culta cuyo lenguaje escapara a la comprensión de los rufianes que empleamos como carceleros, o que el guarda fuera un poco duro de oído, o tonto de remate. Pero yo creo que es mucho más probable que el guarda no entendiera nada porque los hombres le gritaban en un idioma extranjero. ¿Qué creéis, De Gifford? ¿Os parece acertado mi razonamiento?

De nuevo, el *sheriff* parecía estar sometiéndose al mismo proceso de no saber si decir en voz alta lo que estaba pensando. Pero esta vez tomó una decisión distinta. Echó los hombros hacia atrás y afirmó:

—Mi señora abadesa, *sir Josse*, hay un límite en lo que puedo contar. Pero tenéis razón, tengo algunos datos sobre esos prisioneros y sobre la mujer que murió en la celda. Y, desde luego, de la que yace ahora mismo en vuestra enfermería. O eso creo.

—¡No os la podéis llevar! —gritó Helewise—. Está bajo nuestra protección, y si tratáis de arrestarla, haré que la trasladen a la iglesia de la abadía, donde puede alegar que se encuentra en un santuario.

De Gifford volvió sus ojos claros hacia ella.

—Mi señora, no lo entendéis —declaró—, y no puedo culparos de ello cuando he sido tan poco explícito. —Frunció el ceño—. Por mi honor, me alegro de que Aurelia esté aquí. Lo que le hicieron fue una vil crueldad, y yo la habría traído personalmente a Hawkenlye si hubiera sabido dónde encontrarla. Tal como están las cosas, me aseguraré de que nadie que le desee ningún mal se entere de su paradero. Cuidadla, ayudadla a recuperarse. Cuando esté lista para partir, entonces... pero no, todavía no es el momento de hablar de eso.

Helewise, que se sentía debilitar a medida que la intensidad de las emociones iba disminuyendo, se reclinó en el respaldo de su butaca.

—De Gifford, habéis dicho que conocéis la identidad de los dos prisioneros fugados —señaló Josse.

—No puedo estar seguro, puesto que estamos hablando de cuatro personas; la mujer que murió en la celda, Aurelia y los dos fugitivos, mientras que el grupo del que he oído hablar eran siete.

«No cuatro, sino cinco —pensó Helewise—. Los dos hombres, Aurelia, la pobre mujer que murió y Benedetto». Pero si De Gifford no sabía nada de Benedetto, no sería ella quien se lo contara. Tampoco iba a hacerlo Josse, a juzgar por la mirada que le dedicó. Al parecer, el *sheriff* había asumido que a Aurelia la había llevado hasta la abadía algún buen samaritano que se la había encontrado por el camino.

—¿Cuatro personas? —dijo ahora Josse—. ¿Extranjeros?

—Eh... sí. Algunos de los Países Bajos, otros de más al sur. Eso creo.

—¿Y qué hacen en Inglaterra? —preguntó Josse—. ¿Se dirigían a Hawkenlye?

—No; por lo que yo sé, no. —De Gifford hizo una mueca de angustia fingida—. *Sir Josse*, por favor, no me presionéis tanto. Os estoy contando todo lo que puedo, y hasta eso es más de lo que debería. No puedo revelar nada más sobre los viajeros, y no voy a hacerlo, por mucho que me miréis mal. Lo que sí os diré es que estoy al

tanto de que el padre Micah les seguía la pista. Como os he dicho, él fue el responsable de la flagelación y el confinamiento de Frieda.

—Frieda —repitió Helewise a media voz—. La mujer que fue violada y asesinada...

—Así es, mi señora. —De Gifford la miró—. Es mejor darle un nombre, ¿no? Así podemos recordarla como una mujer real, y no meramente como una prisionera sin cara y sin identidad.

—Estoy de acuerdo —dijo Helewise—. Diremos una misa por su alma.

—No creo que... —empezó De Gifford. Luego, interrumpiéndose abruptamente, inclinó levemente la cabeza y murmuró—: Una idea muy caritativa.

—Proseguid —lo apremió Josse—. El padre Micah provocó la desgracia de esa Frieda. ¿Qué más?

—También era responsable del encarcelamiento de los dos hombres, y se puso como una furia cuando se enteró de que e habían fugado. Se paseó por la aldea con la fuerza de una epidemia de peste, maldiciéndolos a todos por sus maneras malvadas, diciéndoles que eran de la piel de Barrabás, y que estaban de lado del diablo; que deberían haber mantenido sus ojos acusatorios bien abiertos y evitar que aquellos dos cómplices del demonio escaparan.

—Si los aldeanos eran de la piel de Satán y los dos fugados eran sus cómplices, entonces estaban del mismo lado, y no es extraño que se les permitiera huir —observó Josse.

—Desde luego —asintió De Gifford—. Pero también es cierto que el pensamiento lógico nunca fue el fuerte del padre Micah, en especial cuando sufría ataques de ira y se creía desempeñando misiones divinas.

—Estáis hablando de un sacerdote —le recordó Helewise fríamente—. Fueran cuales fuesen sus faltas, el padre Micah cumplió con su deber bajo su propio punto de vista. Sus métodos no deben estar abiertos a las críticas de la gente común.

—¿Ah, no? —repuso De Gifford en un tono suave—. Mi señora, tendréis que disculparme, pero debo discrepar de vos. Los métodos del padre incluían el incendio de los hogares de aquellos de los que sospechaba que contravenían los edictos de la Iglesia, y no le importaba si sus habitantes estaban dentro o no. También confiscaba la escasa comida de los pobres para asegurarse de que ayunaban cuando él se lo ordenaba, y se sabe que apaleó a un hombre con tanta saña que el pobre tipo nunca más pudo volver a trabajar. Y resulta que tenía cinco hijos.

Helewise abrió la boca, se dio cuenta de que no tenía nada que decir y volvió a cerrarla.

De Gifford se volvió hacia Josse.

—Hace un momento habéis hablado de un niño de la aldea que estaba aterrorizado del hombre negro —dijo—. ¿No os imagináis a quién se refería?

—Me preguntaba si algún compañero de los prisioneros los habría liberado —respondió Josse— y pensé que tal vez fuera extranjero, como ellos: quizá de alguna

lejana tierra del sur y de tez negra.

De Gifford sonrió, al tiempo que sacudía la cabeza.

—Imaginativo pero inexacto —repuso—. El hombre negro es ya conocido por mucha gente de estas tierras. Era temido allá donde iba por su temperamento violento, y arremetía contra los pobres y los débiles con una furia frente a la que estaban indefensos.

Miró primero a Josse y luego a Helewise, para asegurarse de que ambos lo escuchaban con atención. Luego, dirigiéndose de nuevo a Josse, dijo:

—Al padre Micah lo llamaban «el hombre negro».

Mientras la abadesa, De Gifford y Josse se preocupaban del drama narrado por el *sheriff*, sor Phillipa permanecía sentada a solas en la pequeña y plácida estancia en la que se guardaban los manuscritos. Llevaba tres días consultando los valiosos documentos, una y otra vez, volviendo a su agradable y cómoda tarea siempre que no se la necesitaba para otros asuntos. Al principio la ayudó sor Bernardina, pero las dos mujeres se dieron cuenta de que comprobar cada original con el inventario e inspeccionar si se había deteriorado era una tarea que podía hacer perfectamente una sola persona. A sor Bernardina parecía estresarla mucho aquel trabajo; sor Phillipa pensó que era por el miedo constante a descubrir que algo de valor había sido robado, y del castigo que pudiera sufrir por su descuido si eso ocurría. La monja más joven tuvo entonces la amabilidad de ofrecerse a concluir el inventario sola, y sor Bernardina lo aceptó agradecida.

—Pero tengo que saber si descubris... si descubris... —había incapaz de verbalizar la causa de su inquietud.

—Si descubro que hay cualquier cosa que falta o que se ha deteriorado, os informaré a vos en primer lugar —le prometió sor Phillipa.

Ante su sorpresa, los ojos de sor Bernardina se llenaron de lágrimas mientras musitaba algo sobre lo buena persona que era sor Phillipa, y se marchaba apresuradamente.

Ahora, el único inconveniente de ese trabajo era que mantenía a sor Phillipa alejada de su herbario. Al principio se moría por volver a su pintura y a su caligrafía; eran dos tareas muy absorbentes por sí mismas pero, además, estaba la emoción de adquirir los nuevos conocimientos sobre las hierbas y sus aplicaciones, que estaba aprendiendo de sor Tiphaine y sor Eufemia. Ambas monjas mostraban un talento innato para la enseñanza e, incluso cuando andaban muy ocupadas en sus respectivas tareas, siempre se las arreglaban para asegurarse de que sor Phillipa había entendido a la perfección sus explicaciones y de que no habría ningún error en el resultado. Sin embargo, sus lamentos por el tiempo perdido de su herbario fueron desvaneciéndose, y a medida que se entregaba totalmente al minucioso examen de los valiosos manuscritos de la abadía, pronto se dio cuenta de que esa labor le proporcionaba una ocasión perfecta para estudiar las obras de algunos de los mejores artistas y artesanos de Inglaterra.

Aquella mañana estaba tan contenta que canturreaba suavemente mientras trabajaba.

Lo encontró justo antes de que la convocatoria a la hora sexta la alejara de allí.

Había estado contemplando con atención una página de una Biblia esmaltada; la página contenía un extracto de Levíticos, y la caligrafía era tan bella, tan regular, que sor Phillipa estaba boquiabierta. Cuando se disponía a volver a dejarla en su sitio («Tengo trabajo que hacer —se recordó a sí misma—, y no debo perder tiempo extasiándome ante la belleza del trabajo de otros»), advirtió algo brillante al fondo del estante.

Fue pura casualidad que la pequeña mancha de color le llamara la atención. Si no hubiera tenido que apartar dos manuscritos para hacer sitio para las páginas de la Biblia, habría permanecido oculta. Sacó varios manuscritos y los depositó en el suelo con cuidado. Ahora, en el hueco mucho más ancho que había dejado, pudo ver que otro documento había sido guardado en el fondo del armario. Una vez los demás documentos habían sido repuestos verticalmente encima de éste, había quedado perfectamente oculto.

«¿Qué hace esto aquí?», se preguntó mientras sacaba el manuscrito.

Lo estudió. Las letras parecían formar palabras, pero no sabía qué decían. No estaban en latín, ni tampoco en griego, pensó. Dejando de lado los textos un momento, miró la primera parte de las ilustraciones.

Se dio cuenta de inmediato de que eran distintas de todo lo que había visto hasta entonces. Había una pequeña pintura magníficamente vívida y conmovedora de un grupo de personas con las manos arriba y los rostros extáticos levantados hacia un cielo en el que brillaba un sol furioso de rayos amarillos y naranjas. Había animales extraños retozando alrededor del grupo, dispuestos como una especie de friso vivo. Sor Phillipa no reconoció a ninguna de las bestias; se preguntó si podían ser simbólicas, como el león alado que representa a san Marcos, y el águila, que era la imagen de san Juan, pero de quién o qué no supo decirlo.

La segunda ilustración era de una cruz de oro con joyas engastadas, aunque no era como la cruz que sor Phillipa conocía y amaba; ésta era algo extraña, desconocida. Se levantó y fue a comprobar en el inventario dónde se encontraba ese documento tan raro.

Pro allí no había ninguna referencia.

Volvió a leer todo el inventario de nuevo, pero el extraño manuscrito no figuraba en él.

En un arranque de perspicacia, sor Phillipa se dio cuenta de lo que había ocurrido. Recordó por qué estaba llevando a cabo aquella minuciosa tarea: tenía la misión de comprobar si faltaba algo en el estante o en el arcón. De momento —y le faltaba poco para acabar— no faltaba nada. Ninguno de los manuscritos había sido retirado.

En cambio, habían añadido uno.

Josse acompañó a De Gifford hasta el lugar en donde sor Marta estaba cuidando

del caballo del *sheriff*. Habían permanecido sólo un rato más con la abadesa. Josse había percibido su dilema entre defender al padre Micah porque era un hombre de la Iglesia o sumarse a su condena porque también era un tipo cruel, depravado, estrecho de miras y se aprovechaba de los débiles y los desposeídos, de modo que optó por despedirse de ella rápidamente para no prolongar su sufrimiento.

—Es una mujer buena —dijo Josse cuando ya ninguna de las personas que rondaban por la abadía aquella fría mañana podía oírlos—. Ella...

De Gifford levantó una mano delgada, en la que acababa de ponerse un precioso guante color crema bordado con piedras marrón rojizo, a juego con la greca de su túnica.

—Por favor, *sir* Josse, no tenéis por qué darme explicaciones —repuso—. Aunque sólo he mantenido un par de reuniones breves con la abadesa y no tengo la ventaja de una larga amistad con ella como vos, tengo la sensación de que empiezo a conocer un poco a la dama. Y, desde luego, me pregunto cómo actuaría yo, de estar en su lugar. Ser llamado a defender lo indefendible es una prueba dura para cualquiera de nosotros, y más para una mujer a quien es obvio que preocupa tanto la verdad.

—Le gusta ver las cosas como realmente son —corroboró Josse—, y siempre lucha por dilucidar las actitudes de autoengaño que la mayoría de nosotros utilizamos para disfrazar los hechos desagradables.

—Y ahora tiene que enfrentarse con el día después del padre Micah —murmuró De Gifford—. Pobre señora, no la envidio.

—Es... —Josse hizo una pausa, con delicadeza—. Creo, De Gifford, que para nosotros es más fácil. Al fin y al cabo, somos civiles, y podemos criticar; quiero decir, podemos...

—Somos libres de decir que el padre Micah era un insulto para la sotana que vestía, si es eso lo que pensamos —concluyó el *sheriff* serenamente—. Como de hecho pensamos. Al menos, yo.

—Y yo —admitió Josse. Volvió a comprobar que nadie los escuchaba y luego añadió en voz baja—: Me pregunto, entonces, puesto que estamos de acuerdo en este punto, si creéis que podéis ser más franco conmigo que con la abadesa. Y no me malinterpretéis: no pretendo sonsacaros información que no podéis divulgar.

—Sí lo pretendéis —dijo De Gifford con naturalidad—. Eso es exactamente lo que estáis haciendo, pero no os culpo por ello.

—¿Hay algún aspecto más que podáis revelar a alguien que no está inclinado profesionalmente a defender al cura muerto? —le imploró Josse.

De Gifford lo observó.

—Es verdad que parte de mi reticencia proviene del hecho de que la abadesa de Hawkenlye es más propensa a justificar la actitud del padre Micah. Hablamos de un asunto muy delicado, *sir* Josse —exclamó cuando vio que Josse estaba a punto de protestar—, en relación con el cual yo, y sospecho que tampoco vos, no podemos

predecir cómo reaccionará la abadesa.

—A menos que mi silencio comprometa a terceros, respetaré cualquier confidencia que me hagáis —aseguró Josse—. De eso, os doy mi palabra.

De Gifford, que todavía miraba a Josse fijamente a los ojos, frunció el ceño y luego dijo:

—Os creo. Y, dejadme que os diga, sería un alivio poder hablar con franqueza. —Miró a su alrededor, detectó un rincón desierto donde la pared del fondo del establo se levantaba por encima del jardín de las hierbas aromáticas y dijo—: Vayamos hacia allá, en el pequeño refugio que nos da el muro, y os contaré todo lo que pueda.

Anduvieron rápidamente hacia el rincón, donde daba el sol y hacía una temperatura muy agradable. De nuevo, De Gifford comprobó que estaban solos, y luego dijo:

—El grupo del que os hable busca un lugar de asilo. Su cabecilla, llamado Arnulf, procede de los Países Bajos y lleva un grupo de distintas nacionalidades. Uno de ellos es un paisano de Arnulf llamado Alexius, y estos dos son los que escaparon de la cárcel. Llevan a un hombre muy grande consigo que es del sur, de Verona, creo. Pienso que es posible que fuera él quien mató al carcelero; dicen que tiene una fuerza excepcional, y sin duda es capaz de estrangular a un hombre con una sola mano.

—El hombre que mató al guarda lo estranguló con la mano izquierda —declaró Josse.

—¿Es así? No sé si el hombre del que hablamos es diestro o zurdo.

—Hablasteis de siete personas —lo apremió Josse.

—Sí. En un principio había cuatro hombres y tres mujeres. El cuarto hombre es un tal Guiscard y proviene del Mediodía francés. De Toulouse, o Albi, no estoy seguro. En el grupo también estaba Frieda, que fue asesinada por su carcelero; Aurelia, quien creo que está a salvo aquí, en Hawkenlye, y la otra, que se llama Utta.

—¿Y dónde está?

—No tengo ni idea.

Josse, sorprendido por la predisposición de De Gifford a hablar, sintió que tenía que devolverle la confianza con una confidencia propia.

—El fortachón se llama Benedetto —dijo—. Fue él quien trajo a Aurelia hasta aquí.

—¿Él? —Sus ojos brillantes miraron rápidamente a Josse—. Imagino que ya no está aquí, ¿no?

—No.

—¿Y nadie conoce su paradero?

—No.

—El paradero de cinco, entonces, es o ha sido conocido —prosiguió De Gifford, más para sí mismo que para Josse—. Arnulf y Alexius fueron encarcelados pero escaparon, probablemente ayudados por Benedetto. Frieda también fue encarcelada, pero ha muerto. Aurelia fue flagelada, pero, presumiblemente, Benedetto la salvó

antes de que acabara en una mazmorra como Frieda. De Guiscard y Utta no sabemos nada. —Frunció el ceño.

De Gifford podía estar diciendo la verdad sobre el grupo, pensó Josse, pero su franqueza revelaba muy poco en sí misma.

—¿Por orden de quién fueron flageladas y encarceladas las mujeres? —preguntó—. ¿Del padre Micah?

De Gifford se volvió hacia él.

—Fueron capturados por el camino, al norte de Tonbridge, y entregados a la autoridad eclesiástica, quien los juzgó y les impuso un castigo. Como os he dicho antes, es habitual que nosotros, en el poder civil, tomemos entonces las riendas y administremos las medidas, sean cuales sean, que la Iglesia considera necesarias, y que luego nos encarguemos del confinamiento de los prisioneros, a menos que vayan a ser ejecutados. En ese caso, las autoridades civiles se encargan de ejecutar también la sentencia. Pero, como he dicho, al padre Micah le gustaba llevar su implicación un poco más allá.

Una vez asimilada toda esa información, Josse dijo:

—Supongo que alguien descubrió lo que sucedía dentro del grupo, pero debo decir que me cuesta entender cómo; debieron de ser muy indiscretos. Uno pensaría que es el tipo de asunto que se lleva en secreto, ¿no creéis?

De Gifford lo miraba con curiosidad.

—Bueno, no, en realidad no —repuso—. Quiero decir, el motivo real por el que están aquí es seguramente porque quieren ganar adeptos para su causa. Al fin y al cabo, cuantos más seguidores, más fuerza tendrán.

—¿Su causa? —Josse parecía incrédulo—. ¿Qué causa? ¡Fueron castigados por adulterio!

—¿Adulterio? —De Gifford soltó una carcajada breve y ronca, que reprimió rápidamente—. *Sir Josse*, qué imagen tan pintoresca: los siete fornicando entre sí, con los maridos y las esposas de los demás... De hecho, ninguno de ellos está casado, estoy casi seguro, o al menos, no en el sentido en el que entendemos el matrimonio; ¡y vuestra imagen se completaba con el padre Micah pillándolos en plena orgía y arrestándolos por ello!

—Pero Aurelia lleva una letra marcada en la frente —insistió Josse—. Parece una «A», ¡lo que significa que fue castigada por adulterio!

De Gifford sacudía la cabeza.

—Quiquiera que le hizo la marca tenía el pulso tembloroso —dijo seriamente—. No es una letra «A», *sir Josse*. Es una «H».

—¿Una «H»?

—Sí. Son herejes.

Segunda parte:
EL GRAN BOSQUE
FEBRERO DE 1192 – FEBRERO DE 1193



Capítulo 11

Joanna había vivido en el bosque durante algo menos de un año cuando la llevaron a asistir a su primer Gran Festival. Desde ese momento, su identidad quedó asegurada.

Lamentaba poco haber dejado atrás el reino de los forasteros, como su gente los llamaba. El mundo exterior, el que estaba gobernado por la Iglesia y por los hombres que trabajaban por el bien de la Iglesia, no la había tratado bien. No le gustaba. Además, no podía tener fe en una religión que estaba dominada por una divinidad masculina que negaba y denigraba todo lo femenino.

Su nueva gente sabía que aquello no estaba bien.

Joanna sabía, incluso antes que Lora, la más sabia de las maestras, la hubiera instruido, que el Samhain era uno de los Grandes Festivales. La gente del bosque se reunía para ocasiones como aquélla, no siempre en el mismo sitio, sino en algún lugar oculto de los enormes bosques que todavía quedaban por descubrir y por explorar a los forasteros. Hasta que Joanna no asistió a una de esas celebraciones en persona, se preguntaba cómo todo el mundo sabía adónde ir. No pudo asistir a los rituales Samhain —estaba dando a luz a su hija Margaret—, y Lora la calificó de no apta para las celebraciones de Yule^[3], cuando sus gentes honraban el solsticio de mitad del invierno y celebraban el regreso del sol.

—Tú eres el mundo para esta pequeña «no-ahora» —le dijo Lora, mientras acariciaba el pelo oscuro de Margaret con sus dedos largos y delicados—. Está absorbiendo tu esencia mientras bebe de tu leche, y tú eres consciente de cada una de sus bocanadas de aire. No tienes nada que aportar a ninguna otra actividad, y en especial a algo que requiere una concentración tan intensa. No estás en posición de asistir a tu primer festival, hija mía.

Pero, mientras Joanna permanecía a solas en el claro del bosque frente a su cabaña, mirando la pequeña hoguera y canturreando una melodía tierna al sol que giraba sobre sus pasos e iniciaba el largo camino de regreso al norte, su nueva gente no la había olvidado. Margaret —Meggie, como Joanna había empezado a llamarla—, estaba profundamente dormida en el interior de la cabaña, bien alimentada, cómoda y calentita en su cuna forrada de pieles. En el claro reinaba una intensa sensación de paz. Joanna, que inhalaba con fuerza el aroma de las hierbas que había echado al fuego, sentía los párpados cada vez más pesados.

Entonces tuvo la sensación de que alguien la observaba. En el extremo más lejano del claro, en el espesor de avellanos y zarzas más allá de la plantación de hierbas de Joanna, podía distinguir un bulto impreciso. Alto —más alto que la mayoría de los hombres— y ancho. Oscuro... todo él era oscuro.

Abrió los ojos de par en par y luego miró ligeramente hacia un lado, algo que había aprendido a hacer para mejorar la visión nocturna. La figura seguía siendo vaga, pero ahora le parecía distinguir dos ojos profundos y oscuros que la miraban. Y

le pareció oír un gruñido sordo y lejano.

No estaba asustada. Sobrecogida, sí —puesto que creía saber quién era aquella extraña criatura—, pero no asustada. Lenta y cautelosamente, se levantó del suelo muy erguida, echó los hombros hacia atrás y esperó a que se le acercara.

Él surgió de entre las sombras de los árboles, un ser oscuro hecho, a sus ojos extasiados, de las mismas entrañas del bosque secreto. El morro blanco y afilado se levantaba mientras la olisqueaba, con las pequeñas orejas tías sobre la cabeza redondeada. Joanna se daba cuenta de que la estaba reconociendo con todos sus sentidos.

Tenía una de sus inmensas patas delanteras levantada, como en señal de saludo. Con una sensación de auténtica alarma, se fijó en sus garras curvas y afiladas. «No hay nada que temer —se dijo a sí misma—. No me va a hacer daño».

Luego le pareció que el hombre-animal le sonreía con una boca humana. Tal vez hubiera percibido tanto su momento de aprensión como la fortaleza que lo siguió, puesto que ahora su avance era rápido y se había colocado justo delante de ella, entre Joanna y la luz de la hoguera.

—Bienvenido a mi hogar —dijo ella con suavidad—. Me honráis con vuestra presencia. —Luego, apremiada por algo demasiado profundo, demasiado ancestral como para comprenderlo, le hizo una profunda reverencia.

Sintió unas manos —¿manos?, ¿patas con garras?— en sus hombros al tiempo que él la izaba. Levantó los ojos para mirar el extraño rostro que a veces aparecía como un hocico rodeado de pelo castaño oscuro y a veces con los rasgos de un hombre de ojos deliciosos que brillaban a la luz de la hoguera. Lo cual era extraño, pensó luego, puesto que permanecía de espaldas al fuego.

Una voz dijo, directamente en el interior de su cabeza: «Éste es tu hogar, hija de Anu». Y extendiéndose por todo su ser, sintió una felicidad que jamás había soñado ni que existiera. Debilitada por el deseo —cuyo objeto ignoraba—, se inclinó hacia él y olfateó en su piel el aroma del bosque, del verdor imperecedero, de la tierra profunda que recibe en su interior a todo ser vivo que entrega su vida debajo de los árboles.

Le pareció que lo oía reírse, con un sonido rico y conmovedor que la hizo reír también a ella. Balanceándose contra su cuerpo, sintió su espeso pelo rozándole el brazo. Permaneció así durante un tiempo, como congelada dentro del instante. Luego se dio cuenta de que se había marchado.

Por la mañana hubiera pensado que había sido un sueño, el regalo maravilloso y generoso de un trance muy especial provocado por la soledad y porque no había podido unirse a la celebración de los demás. Pero mientras recogía las cenizas de la hoguera y disponía las piedras para la próxima fogata, encontró algo en el suelo.

Era una zarpa.

«Es su regalo —pensó, sosteniéndola entre las manos y sintiendo su esencia penetrándole en la piel—. La dejó aquí para mí, para que guarde una pequeña parte

de él conmigo».

Más tarde, cuando ya había dado de comer a Meggie, la había bañado, la había abrazado y le había contado su cuento —a Joanna no le importaba que no comprendiera las palabras; estaba segura que comprendía el amor que encerraban—, Joanna volvió a dejar a la niña en su cuna y con cuidado cerró la puerta de la cabaña. El bebé pronto se dormiría, lo sabía, y no echaría de menos la presencia de su madre durante un buen rato. Entonces, Joanna cogió su puñal, su piedra de sílex, su cáliz y un trozo corto y fino de cuero que había curado hacía poco, y bajó hasta el arroyo que discurría cerca de su claro del bosque.

Lo siguió corriente arriba hasta llegar a la fuente que brotaba de entre unas rocas. Allí el agua manaba tan clara como la luz, fría como el hielo y con un leve aroma a la tierra de la que brotaba. Joanna lavó su cáliz y lo llenó de agua fresca, luego lavó el puñal y el trozo de cuero. En un espacio plano del suelo colocó el cáliz y, a su lado, reunió un puñado de musgo, unas cuantas hojas secas y unos cuantos palos para encender una hoguera. Encendió las astillas con la piedra de sílex y cuando el pequeño fuego estuvo ardiendo a su satisfacción, calentó el puñal sobre la llama y cortó una tira de cuero lo bastante larga como para atársela alrededor de la cabeza. Luego cogió la zarpa y la puso dentro del cáliz.

Al final de la zarpa había un poco de carne; carne fresca, puesto que cuando se hundió en el agua soltó un poco de sangre y la tiñó de rojo. Joanna entonó un cántico, una retahíla de palabras que parecían surgir de sus labios por antojo de un tercero. Un poco más tarde, sacó la zarpa limpia del agua y la secó sobre las llamas.

Luego ató con fuerza la tira de cuero alrededor del extremo más grueso de la garra, rodeándola varias veces y acabando con un nudo. Era hábil haciendo nudos; Mag le había enseñado a hacerlos. Mag tenía un nudo para cada ocasión.

Joanna se colgó la garra del cuello con la tira de cuero. Le habían dicho que entre su gente había orfebres, buenos artesanos que entendían la naturaleza del metal y lo trabajaban con una precisa habilidad. Si algún día tenía el raro privilegio de conocer a de ellos, se prometió, le pediría que engastara la garra en una pieza de plata y le hiciera una cadena también de plata. A cambio, estaría encantada de darle cualquier cosa que le pidiera.

Vació en el suelo la copa con el agua ensangrentada, devolviendo así tanto el agua como la sangre a la tierra. Mientras lo hacía, dio sinceras gracias por el regalo recibido.

Cuando la gente del bosque regresó de su celebración del Yule, Joanna le contó su encuentro a Lora.

—Fue un gesto de inmensa amabilidad por su parte abandonar el festival sólo para venir a verme —le dijo a la mujer—. Espero que no se ausentara demasiado tiempo de la celebración; no me gustaría pensar que se perdió algo importante por mí. Y la máscara y la capa de oso que llevaba eran realmente impresionantes... ¡hasta olía como un oso!

Lora apenas le contestó. En lugar de ello, miró a Joanna un buen rato con ojos escrutadores y le dirigió lo que parecía ser un breve gesto de asentimiento, como si algo que sospechaba que iba a pasar acabara justo de ocurrir. Y sin dejarle a Joanna tiempo para reflexionar sobre ello, en seguida dijo:

—Vamos, muchacha, tenemos cosas que hacer. Si quieres estar lista para el próximo festival, todavía te queda mucho por aprender.

A lo largo de diciembre y buena parte de enero, Joanna aprendió sobre la tradición de las hierbas, los hechizos y la curación de heridas hasta que la cabeza parecía a punto de estallarle con tantos conocimientos. Aprendió las costumbres de su gente, sus creencias, su manera de relacionarse con la divinidad. No todo era nuevo, puesto que tanto su vieja amiga Mag y, más tarde, Lora ya le habían enseñado muchas cosas. Trabajaba incansablemente, puesto que sabía que toda la responsabilidad recaería sobre Lora si la gente consideraba que ella no estaba suficientemente preparada o, lo que es peor, si consideraban que no era apta.

«Yo sí soy apta —se dijo serenamente, mientras de manera inconsciente su mano acariciaba su garra de oso y la aferraba—. Y tampoco creo que no esté preparada».

Fueron a buscarla la tercera semana de enero. En el reino de los forasteros, la reina Leonor se lamentaba por su hijo cautivo. Y un pequeño grupo de personas —extranjeros, lejos de su hogar— erraban perdidas y víctimas del maltrato, temerosas ante la idea de lo que iba a ser de ellos.

En las profundidades del bosque, Joanna estaba lista. Había preparado un pequeño hatillo y se había hecho una bolsa de piel suave y mullida, a modo de mochila, en la que iba a transportar a Meggie. Las correas de la bolsa estaban forradas con borreguillo y se adaptaban a los hombros de la joven. La bolsa, que acomodaba suavemente el cuerpecillo compacto del bebé, colgaba sobre el pecho de Joanna. Debía resultarle muy cómodo, porque se disponía a cargar sus bultos hasta muy lejos.

Lora encabezaba la procesión, que salió de entre los árboles y llegó al claro del bosque. Tras ella iban unas veinte personas más, hombres, mujeres y niños. Joanna conocía a algunos, con los que intercambiaba serias reverencias y saludos amables. Los que no reconocía le sonrieron.

—No voy a perder tiempo ahora con presentaciones —le explicó Lora—. Ya te enterarás de quién es quién a lo largo del camino.

Luego se pusieron en marcha.

El periplo duró casi una semana. Anduvieron durante casi todas las horas de luz, y se detuvieron en tres o cuatro ocasiones para descansar brevemente y tomar un poco de sus provisiones secas y fáciles de transportar y un poco de agua. Permanecieron dentro de los confines del bosque: por aquel entonces era posible caminar más de cien millas hacia el noreste del corazón del bosque de Wealden en línea prácticamente recta, siempre con las copas de los árboles por encima.

El tiempo les permitió avanzar a un ritmo bueno y regular. El frío seco y la

ausencia de viento facilitaban la caminata; no había barro, ni ríos que los obligaran a desviarse. No había lluvia que soportar, ni viento que se colara por los recovecos de la ropa y helara la piel. Tampoco había peligro de sudar profusamente por el agotamiento. Una vez superados sus temores iniciales por el tiempo, por su falta de experiencia en largos recorridos, Joanna empezó a disfrutar del viaje.

Al caer la noche encontrarían un lugar en algún claro del bosque donde pudieran alumbrar un fuego sin ser descubiertos. Después de comer, los veintitrés que formaban el grupo se acurrucarían juntos para preservar así el calor corporal, tumbados sobre un lecho de hojas secas y envueltos en las mantas y las capas que hubieran acarreado consigo. Los niños y los bebés serían estrechamente vigilados para asegurarse de que no se enfriaban; aunque tampoco había mucho peligro de que eso ocurriera, puesto que cada adulto se encargaba de vigilar de cerca de los pequeños, con todos los sentidos despiertos ante cualquier síntoma de inquietud.

A veces, mientras descansaban alrededor del fuego, uno de los ancianos comenzaba a hablar, a narrar alguna de las viejas historias. Para Joanna, que solamente conocía algunas pocas de las leyendas tradicionales de la gente, aquéllas eran sus veladas preferidas.

Cuando una clara mañana divisaron por fin su destino, uno de los hombres más ancianos soltó un grito de alegría, y de inmediato fue secundado por los demás. Joanna, incapaz de distinguir cualquier cosa que pudiera parecerse al lugar al que se dirigían, se quedó así asombrada cuando, desde el medio de un denso pinar, surgió un grito de respuesta. Y también cuando, al cabo de un rato, vio una avalancha de gente que salía corriendo de entre los árboles a recibirlos entre risas y saludos de bienvenida.

Una joven de la edad de Joanna, con una densa melena pelirroja clara, en vez de oscura como la de ella, se le acercó, la estrechó cálidamente entre sus brazos con la pequeña Meggie en medio y le dijo:

—¡Bienvenidas! ¡Bienvenidas al festival! —Besó a Joanna en ambas mejillas, acarició a la fascinada Meggie debajo de su mentón redondito y añadió—: ¡Qué hermosura de bebé! ¿La puedo coger?

—¡Claro! —dijo Joanna mientras aflojaba las correas de la bolsa y sacaba a su hija de ella—. No está muy acostumbrada a los desconocidos; bueno, hasta hace unos días sólo me tenía a mí por compañía, así que tal vez llore.

Pero Meggie se sentía relajada en brazos de la pálida mujer, y su cara se hizo mueca cuando intentaba sonreír, gorjeando de placer. La joven sonrió cariñosamente a Joanna.

—No soy una desconocida —dijo con ternura—. No para alguien como ella. Acompáñame, te llevaré hasta tu sitio.

Mientras la seguía, Joanna recordaba la noche en que nació Meggie. Entonces alguien también le había insinuado lo mismo: Lora, mirando a los ojos huidizos del bebé, predijo que tendría la Visión; que iba a ser, en las propias palabras de Lora, una

de los grandes. Era algo impresionante de oír sobre el propio bebé recién nacido; incluso ahora, tres meses más tarde, Joanna no estaba del todo segura de cómo se sentía. Y ahora aquella simpática joven acababa de decirle: «No para alguien como ella», como si ella también reconociera alguna cualidad en Meggie que la hacía especial. Algo que su madre no podía ver.

«No debo dejar que me inquiete —se dijo Joanna—. Debo mantener la mente abierta y esperar; si tengo paciencia y mantengo los ojos y los oídos bien abiertos, pronto comprenderé a qué se refieren».

Se cargó el fardo al hombro y se dispuso a remontar la cuesta hasta la arboleda.

Jamás habría encontrado el círculo de piedras si no la hubieran guiado hasta él. Ésa —supuso al encontrar el lugar en el campamento provisional que habían levantado a un lado para ella— era intención. Nadie, excepto la geste del bosque, podía verlo. La idea la llenó de la ilusión de la expectativa.

El campamento estaba construido con materiales sencillos y naturales. Se habían recogido una buena cantidad de ramas secas del bosque circundante, que fueron cortadas y levantadas para formar un marco, el cual se había cubierto con arbustos y helechos que hacían las veces de tejado. Joanna estaba impresionada por el hecho de que su gente sólo utilizaba maderas y plantas ya muertas; ni siquiera cortaban plantas vivas para una gran celebración como aquélla. El lugar de Joanna estaba al final de una de las estructuras alargadas. Sus compañeras eran todas ellas mujeres jóvenes con bebés o niños pequeños; feliz de anticipar unos cuantos días en su compañía, Joanna se daba cuenta ahora de que había echado de menos hablar con otras madres, comparar el crecimiento y los hábitos de sus bebés, tranquilizarse cuando, como a veces le ocurría, alguna pequeña ansiedad sobre Meggie se convertía en una auténtica preocupación. Aunque, en realidad, no se sentía nunca del todo sola —había algo en su zona del Gran Bosque, algún espíritu benigno, tal vez, que la protegía—, en ocasiones echaba en falta una buena conversación.

Su campamento, le contaron a Joanna, era uno entre varios. A las madres y a los niños se les había asignado uno de los lugares más privilegiados, cerca del centro de las festividades. Cuando preguntó el porqué, su informadora —una chica de pelo azabache y ojos azules que hablaba con un suave acento desconocido para Joanna— le contestó:

—Para que podamos escaparnos de la fiesta cuando queramos para comprobar que los niños están bien.

Joanna, que en realidad había esperado una respuesta referente a algún extraño ritual arcano, casi se rió ante la contundente lógica de la explicación.

En total, asistían al festival unas quinientas personas. Joanna no recordaba haber formado nunca parte de una reunión tan numerosa. La chica del pelo negro, cuyo nombre era Cailleach, le dijo que esta vez había relativamente poca gente; Joanna tenía que ir al festival del Samhain o a los Fuegos de Verano, entonces vería a una auténtica muchedumbre.

«Lo haré —prometió ella en silencio—. Oh, claro que lo haré».

Cuando anochece y los bebés estaban ya acostados, un grupo de las madres que, a juzgar por la cantidad de historias que tenían que contarse, eran viejas amigas, se ofrecieron a permanecer en el campamento para que las demás pudieran irse a dar una vuelta, Joanna aprovechó la oportunidad encantada, y Cailleach la acompañó. Siguieron un sendero bien marcado desde el claro del campamento, a través de los pinos, y pronto salieron a un espacio abierto. Se hallaban en la cima de una pequeña colina, parte de una larga loma que se levantaba por encima de la llanura que había más abajo. La extensa zona que quedaba en el centro de los árboles circundantes estaba marcada con un círculo de piedras.

—¿Qué son? —preguntó Joanna en voz baja.

—Los forasteros las llaman las «Piedras Bien Rodadas» —contestó Cailleach—. Les tienen miedo... y jamás se acercan por aquí.

—¿Por qué las temen?

—Porque perciben lo mismo que nosotros pero no lo entienden. Se inventan historias para explicar las piedras: dicen que son soldados de algún ejército de un rey antiguo a los que una bruja petrificó, y dicen que nadie puede contarlos y obtener el mismo resultado dos veces seguidas. Hasta dicen que de noche las piedras bajan al río a beber agua.

—¿Y cómo explicas... cómo las explicamos nosotros?

Cailleach se volvió a mirarla:

—¿Es éste tu primer Gran Festival? —Joanna asintió—. Pues entonces no voy a estropearle la sorpresa —le dijo, amigable—. ¡Espera y verás!

La festividad del Imbolc, en la que se honraban los primeros indicios de la vida nueva, se celebraba al cabo de unos días, cuando enero concluía y daba paso a febrero. Joanna estaba sentada, amamantando a Meggie a primera hora de la mañana, repasando mentalmente lo que sabía del festival. «Puede que el suelo todavía esté duro como la piedra y todas las creaciones de la Gran Madre sigan profundamente dormidas debajo —le había dicho Lora—, pero las primeras señales ya han aparecido para aquellos que saben descubrirlas. Las ovejas ya tienen lana, ¿lo ves? Y empiezan a tener leche. Ésta es la señal. Lo que nos dice que todo está bien, que la Luz está a punto de regresar y que con ella se renovará la vida. La diosa ha dado a luz al Niño Estrella, que crece fuerte. Su madre no ha de preocuparse por él, y así dispone de un poco de tiempo para mirar a su alrededor y disfrutar. El Imbolc es especial para las madres —destacó—, por eso es importante que estés. Es un momento de iniciación».

—Iniciación —se dijo Joanna en voz baja mientras Meggie, con los ojos alerta a los grupos de gente desconocida que circulaban a su alrededor, soltaba el pezón de su madre—. Esta noche será mi iniciación.

Entonces Meggie eructó sonoramente y Joanna, sonriendo, volvió bruscamente a realidad terrenal.

Nada podría haberla preparado para lo que ocurrió aquella noche.

Los bebés y niños ya estaban acostados, y dos de las mujeres más ancianas se quedaron a vigilarlos. Al cabo de un rato serían relevadas y otros ocuparían su lugar.

—Tú, no —le dijeron a Joanna cuando se ofreció a compartir su tarea. Y ella sintió un leve escalofrío de aprensión.

La llevaron fuera del campamento, a un lugar apartado, separado de donde estaban el resto de las madres jóvenes, a las profundidades del pinar, en un lugar en el que alguien —un hombre, no tenía ni idea de quién era— le dio una túnica blanca. Se le ordenó que se quitara la túnica que llevaba, se lavara y luego se pusiera la prenda blanca. Le habían preparado un cuenco con agua muy fría y, esforzándose en desoír la temblorosa protesta de su cuerpo desnudo, Joanna se lavó cuidadosamente. Luego se secó con una toalla de hilo y se puso la túnica blanca. Era de corte sencillo y caía recta desde los hombros, con un generoso vuelo en la parte inferior, que le cubría los pies. Las mangas eran largas y anchas. Cuando estuvo vestida, el hombre le puso una banda verde sobre el hombro derecho y la ató con un elaborado nudo en su cadera izquierda. Le colocó una guirnalda de hiedra y hojas perennes en el pelo y la envolvió en una capa de tela oscura.

Luego le dijo:

—Detrás de ti hay un ramo de las primeras flores. Recógelas.

Y Joanna así lo hizo. Eran campanillas de invierno. Notó algo oculto entre los tallos finos y delicados de las flores, y al bajar la vista se dio cuenta de que era una velita de cera de abeja, metida dentro de un cono hecho de una sustancia dura y transparente. Hacía mucho tiempo que no tenía entre sus manos un objeto tan valioso como aquél, y se inclinó a oler su dulce aroma.

Entonces, el hombre le colocó una venda en los ojos.

—Ahora te quedarás aquí sola —entonó—. Debes encontrar el camino hasta el círculo, donde te estaremos esperando. No salgas de este lugar hasta que oigas el canto del búho.

Joanna se quedó temblorosa, con una sensación de irrealidad cada vez más fuerte, a oscuras, aguardando. Y al cabo de lo que le pareció un largo rato, oyó el canto del búho.

Con las campanillas en la mano izquierda, levantó la derecha para aferrar la garra del oso. Cuando sus dedos se cerraron a su alrededor, le pareció ver sus ojos. Irradiaban una amorosa calidez, y ella notó que el miedo se desvanecía. Cuando se sintió con fuerzas para mover los pies, avanzó.

No tenía ni idea de dónde se encontraba el círculo de piedras. Había el sendero por el que había llegado... ¿debía volver a encontrarlo, seguirlo de regreso al campamento y desde allí buscar la senda hasta la colina? Pero ¿dónde estaba el sendero? ¿Y cómo lo encontraría, si llevaba los ojos vendados?

Algo que apareció repentinamente en su mente pareció dirigir su atención de nuevo hacia el lugar. Esperó, apaciguó sus pensamientos, y volvió a su mente: la cumbre de la colina.

¡Por supuesto! El círculo de piedras estaba en lo alto de la cuesta, así que todo lo que tenía que hacer era andar hacia arriba.

Con las campanillas todavía en la mano, extendió la derecha delante de su rostro y avanzó unos pasos, primero en una dirección, luego en la otra. Una dirección llevaba directamente a una zarzamora; la otra, estaba casi segura, era de bajada. Lo intentó otra vez, y luego otra. Empezaba a sentir la desagradable e incómoda sensación de que el miedo volvía a apoderarse de ella cuando medio tropezó con algo, se tambaleó hacia delante y avanzó tres o cuatro pasitos involuntariamente, pero ellos bastaron para darse cuenta de que estaba subiendo. Entonces empezó a ascender ansiosa por la colina, primero con pasos tentativos —se topó con otro zarzal y sintió la rama baja de un pino que le atizaba la mejilla—, pero luego, cuando el sendero parecía abrirse, comenzó a apretar el paso.

Como no podía ver, sus otros sentidos se habían agudizado. Y, aunque no se daba cuenta, las enseñanzas de Mag y casi un año de aprendizaje de las viejas formas la habían transformado sutilmente. El efecto combinado era que, de pronto, sabía que las piedras estaban cerca; era capaz de percibir su poder. Extendió la mano derecha, alargó los dedos y... tocó una piedra fría.

¿Hacia dónde tenía que avanzar ahora? Estarían todos allí fuera, contemplándola, aunque ella todavía no fuera capaz de sentir su presencia. No quería dar un traspié, tal vez en la dirección equivocada, y caer al suelo. Aunque la tentación de apretar el paso era grande, se obligó a detenerse. Permaneció muy quieta, ralentizó la respiración y esperó a que los latidos de su corazón se serenaran.

Entonces escuchó. Y con su piel de renovada sensibilidad, sintió. Pensó: El poder de las piedras, allí... y allí. Así que la línea del círculo debe de trazarse justo delante de mí. El espacio abierto ha de estar justo aquí delante, y la gente debe de estar esperando allí...

Escuchó con atención. Nada. Pero entonces, mientras se esforzaba más y más, le pareció percibir la tensión en el aire, como de una muchedumbre en silencio expectante.

Sí, estaban allí.

Joanna avanzó con seguridad y entró en el círculo de piedras.

Al instante, donde había habido silencio empezó a haber ruido. E incluso con la venda que le cubría los ojos, podía verlos vagamente, corriendo y bailando, saltando de alegría. Alguien detrás de ella le quitó la venda y, a la luz de la luna nacarada vio las piedras que rodeaban la cumbre de la colina, con los árboles protectores que crecían a su alrededor, como si ellos también estuvieran ansiosos por formar parte de aquella celebración.

El círculo en sí mismo estaba vacío. Pero, como había sospechado, la gente estaba reunida a su alrededor, la mayoría en el extremo opuesto a Joanna. Al verla dentro de él, empezaron a vitorearla, sonriéndole y coreando su nombre.

Ella les devolvía la sonrisa con lágrimas deslizándose por sus mejillas. No

recordaba ningún momento en toda su vida en el que hubiera sido tan feliz.

Capítulo 12

Entonces, una de las mujeres más ancianas avanzó desde la penumbra y anduvo hacia Joanna.

Llevaba una antorcha encendida en la mano, y Joanna podía verle el rostro con su luz. Sus ojos oscuros, hundidos profundamente en el rostro, reflejaban la sabiduría de los años, aunque su piel era tersa como la de una mujer joven. Tenía el pelo largo y plateado. Llevaba una túnica larga sobre un camisón que a veces parecía blanco, a veces plateado. Casi parecía esta hecho de luz de luna.

Colgada del cuello llevaba una media luna de plata. Joanna sabía quién era. Aunque no la conocía, todos hablaban de ella, con susurros, con admiración y voz maravillada.

Era la más anciana de las ancianas, la más sabia entre los sabios. Era la Dómina.

Le quitó la capa a Joanna, dejándola con la túnica blanca y la banda verde. Joanna oyó un suspiro, como el flujo de una brisa suave entre la multitud que la contemplaba. La mujer señaló las campanillas y la vela que llevaba. Joanna levantó una mano y ella le encendió la vela con su antorcha. Luego le dijo:

—Da luz a la gente.

Joanna caminó lentamente bordeando el círculo, con la vela en el cono protector levantada, protegiendo la llama con la otra mano. Los otros le acercaban sus velas, las encendían y las protegían con cuidado hasta llevarlas a prender una serie de pequeñas hogueras alrededor del círculo.

Entonces la Dómina llevó de nuevo a Joanna al centro del círculo, y declaró:

—Joanna, has superado la prueba y has encontrado el camino hasta tu gente. Al hacerlo, has demostrado ser uno de los nuestros. Has encendido la luz. Ahora ha llegado el momento de tu iniciación.

El humo de las hogueras llenó el círculo de piedras. Joanna percibió el aroma dulce y penetrante de alguna mezcla de hierbas y supo que la gente estaba utilizando sus conocimientos y su sabiduría para limpiar el espacio sagrado y potenciar el estado de concentración. Joanna vio cómo, al principio lentamente y luego con velocidad acelerada, la muchedumbre agrupada alrededor del círculo empezaba a moverse. Luego, respondiendo a alguna señal que Joanna no percibió, todos avanzaron hasta el interior del anillo que dibujaban las piedras. A medida que avanzaban —más cerca de ella y cada vez más de prisa, y con una serie repetitiva de pasos, como si bailaran—, oyó el cántico.

A su lado, la Dómina permanecía perfectamente quieta. Desprendía tanto poder que algo en ella impelía a Joanna a imitarla. Mirando hacia las piedras erguidas, a Joanna le pareció ser el centro de la inmensa rueda que formaban entre todos encima de la colina. Entonces, como si la imagen se desarrollara sola, sin incitarla, pareció que la rueda de piedras se movía, girando sobre sí misma, sobre ella, que, junto con la Dómina, permanecía en su eje.

El humo purificador, el movimiento y la interminable letanía se combinaban en una inmensa fuerza. Ante los ojos extasiados de Joanna pareció surgir del círculo un cono difuminado de luz blanca, pura y brillante, que apuntaba directamente al cielo nocturno, buscando la luna.

Y entonces, por fin, la Dómina rompió su quietud y su silencio. Se apartó un paso o dos de Joanna, se situó justo en el centro del círculo, levantó los brazos y gritó con una voz especialmente potente, y sus palabras se levantaron hacia el cielo de la noche. Joanna no comprendía todo lo que decía, pero no importaba. Sabía que la Dómina estaba haciendo su invocación a la Diosa. De parte de su gente, estaba haciendo la observación ritual del Imbolc.

Cuando terminó —Joanna había perdido la noción del tiempo y no era capaz de decir cuánto habían durado los cánticos—, bajó los brazos y, lentamente, volvió el rostro hacia ella. A la luz de las hogueras, Joanna percibió la fatiga en su anciana cara; finalmente, la Dómina aparentaba su verdadera edad. Levantó una mano y le ordenó:

—Ven, Joanna. Ven y sitúate en el centro del poder.

Joanna hizo lo que le pedía. Al unirse con la Dómina en aquella zona central del césped verde y mullido sintió que algo sacudía su cuerpo con fuerza y la agitaba desde las plantas de los pies hasta la coronilla. Su rostro debió de reflejar su asombro, puesto que la Dómina, que la observaba cuidadosamente, le dedicó una sonrisa fugaz y repentina.

—Bien —murmuró—. Muy bien.

Luego abrió los brazos y abrazó a Joanna con fuerza contra su pecho. Y le susurró, sólo para que ella la oyera:

—Bienvenida, mi niña. Bienvenida al hogar de tu corazón.

Mientras permanecían así abrazadas, Joanna sintió la presión de la garra del oso sobre su pecho. La Dómina también debió de notarla, puesto que, separándose ligeramente, buscó la correa y tiró de ella y de la garra para sacarlas del lugar donde estaban ocultas, bajo la túnica blanca de Joanna.

La Dómina levantó la garra de manera que la luz del fuego la iluminara, la acarició con los dedos y sintió su punta afilada. Entonces, con sus ojos profundos y oscuros miró a Joanna. No dijo nada, pero Joanna tuvo la sensación de que estaba sorprendida.

Joanna quiso explicarle cómo el hombre de la gente del bosque se había escabullido de las celebraciones del Yule para visitarla y recordarle que no se habían olvidado de ella con el festival. Abrió la boca para hablar, pero la Dómina le hizo un gesto, al tiempo que negaba levemente con la cabeza.

Luego volvió a meter la garra dentro de la túnica de Joanna.

La fuerza seguía cantando y crepitando a través del aire, en el interior del círculo. Ahora la Dómina avanzó un paso y, volviendo a levantar los brazos, comenzó a cantar su salmodia de nuevo. Joanna, tan cerca de ella, sintió que su fuerza se

desvanecía mientras transmitía su poder a la tierra. Entonces, la voz de la Dómina adquirió un timbre distinto, y cuando finalmente empezaba a decaer, dio las gracias.

Acto seguido, rompió el círculo.

En algún momento, durante la larga noche de la celebración que siguió, una mujer a quien Joanna no conocía la buscó y le dijo que la Dómina deseaba verla.

Muy nerviosa, Joanna siguió hasta donde la mensajera la llevaba. En un claro situado en medio de los pinos, a poca distancia del círculo de las piedras y la animada reunión de gente feliz, habían levantado un pequeño refugio. Al igual que los barracones del campamento, estaba construido también de madera seca y helechos. Sin embargo, esta cabaña tenía sólo capacidad para una persona. En el interior, envuelta en lujosas pieles ante una hoguera que ardía en una chimenea de piedra, estaba la Dómina.

Parecía haber recuperado algo de fuerza. Había comido —había un plato vacío a sus pies—, y tomaba sorbos de una bebida en un cuenco que despedía rizos de vapor y un aroma maravilloso. Sus ojos oscuros brillaban intensamente.

—Siéntate, Joanna —le ordenó con un gesto de la mano. Ella la obedeció—. Esta noche lo has hecho muy bien, criatura —prosiguió la Dómina—. La fe que tus maestros tienen en ti está justificada.

—¿Mis maestros?

«Tan sólo se refiere a Lora y a los demás —pensó Joanna—, puesto que habla de ellos en presente. Pero entonces, eso significa que se olvida de Mag Hobson, que fue mi primera maestra y, realmente, la que...».

—Claro que no me olvido de ella —la voz de la Dómina reflejaba una ligera ironía—. Ella no me lo permitiría, aunque yo quisiera —añadió en un susurro. Y con los ojos clavados en los de Joanna, añadió—: Mag Hobson fue una de nuestras grandes, hija. ¿No lo sabías?

—Yo... ella murió por mí. —Joanna sintió que tenía que reprimir las lágrimas.

La Dómina la miró.

—Renunció a su cuerpo terrenal, sí —dijo—. Un acto para el que tenía muy buena justificación.

—¡Murió por no querer revelar mi paradero! —Ahora las lágrimas rodaban libremente por las mejillas de Joanna—. Y la echo de menos, ¡todavía ahora, la echo de menos!

La Dómina aguardó a que pasara aquel temporal de dolor. Luego dijo:

—Pero, hija, ella sigue estando contigo. ¿No has sentido su presencia?

Joanna no sabía cómo responder. ¿Qué se suponía que tenía que decir?

¿Mag, todavía con ella? No, eso era imposible; Mag estaba muerta.

Pero, al mismo tiempo, había aquellos momentos extraños en la paz de la noche, después de la puesta de sol, o a primera hora de una mañana nítida, mientras estaba sola y no pensaba en nada en particular, en que Joanna sentía un repentino impulso en el corazón y se ponía a cantar una de las viejas canciones que Mag le había enseñado.

Y estaban los momentos en los que, con el resto de la gente del bosque bien lejos, ocurría algún problema menor, normalmente relacionado con Meggie. Joanna había descubierto que no resultaba fácil ser el único responsable de la salud y el bienestar de un hijo. A veces, a punto de la desesperación, había oído la voz de la sabia de Mag dentro de su cabeza: «Haz esto, tranquilízala así, prepárale una bebida con aquello».

Esos remedios habían funcionado siempre.

Si se hubiera detenido a pensar en ello, Joanna habría dicho que Mag seguía en su memoria, vívida, llena de vida, y que ella estaba recordando instrucciones que Mag le había dado en el pasado. Pero ahora que la Dómina parecía sugerir una explicación alternativa, Joanna se dio cuenta de que no le había dado ninguna instrucción sobre el cuidado de los bebés. Meggie había nacido, había sido concebida, después de la muerte de Mag.

Joanna levantó los ojos y miró a la Dómina.

Ésta asintió con la cabeza, sonriente de satisfacción.

—Bien —murmuró—, le diste su nombre a tu hija.

—Así es. Se llama Margaret, pero yo suelo llamarla Meggie.

La sonrisa de la Dómina se había ensanchado y ahora su rostro tenía una expresión extrañamente dulce.

—Solíamos llamar a Mag con ese mismo apodo —dijo con ternura.

Joanna todavía intentaba asimilar las implicaciones de eso cuando la Dómina señaló, con una voz bastante distinta:

—Llevas la garra.

—¡Ah, sí! Me la dieron en el Yule. Estaba sola y demasiado atareada con Meggie para asistir al festival, y uno de los hombres se acercó a verme. Llevaba su máscara y su capa de animal y me dejó esto. —Sacó la garra del interior de su túnica—. Fue tan amable por su parte dejar la celebración para visitarme —dijo a media voz—. Me hizo sentir que no me habían olvidado. Supongo que el festival se celebra bastante cerca, pero, de todos modos, se perdió buena parte de él para estar conmigo.

La Dómina no contestó. Sorprendida, Joanna levantó los ojos de la garra. La anciana la miraba. Cuando se hubo asegurado de que Joanna la escuchaba con atención, dijo, apenas en un susurro:

—El festival de Yule se celebró a tres días a pie de distancia de tu casa del bosque.

—Pero entonces... —Joanna no era capaz de entenderlo—. ¿Entonces él no asistió al festival? ¿También se quedó al margen?

—¿A quién te refieres con «él»? —le preguntó la Dómina.

—Yo... bueno, un hombre de las gentes del bosque que viven cerca de mi casa, supongo. —En realidad, no lo había pensado antes—. He conocido a algunos. A veces me han ayudado, y algunos de ellos han venido a mostrarme algo, o enseñarme alguna nueva habilidad. Imagino que debía de ser uno de ellos.

—¿Lo reconociste?

—No. Como he dicho, llevaba una máscara de oso. Pero...

Pero ¿qué? No estaba segura.

Después de una buena pausa, la Dómina la aconsejó:

—No des nada por sentado, hija. Mantén la mente bien abierta.

Y, al cabo de unos instantes, le hizo un nuevo gesto con la mano y Joanna pudo marcharse. Cuando se volvía para salir de la pequeña cabaña, la Dómina volvió a decir algo:

—Has sido iniciada como una de nosotros, Joanna. Has hecho lo necesario para dar el primer paso.

¿Un primer paso? Oh, ¿significaba eso que habría más? Joanna sintió que se le aceleraba el corazón.

—No temas —prosiguió la Dómina serenamente—. No se te pedirá que hagas nada que esté fuera de tu alcance. Cuando llegue el momento, recuerda que lo que has hecho una vez puedes volver a hacerlo.

Joanna esperó a ver si podía ampliar aquel enigmático consejo, pero no hubo nada más. Miró a la Dómina y vio cómo cerraba los ojos y volvía a hundirse en sus pieles.

De nuevo dentro del círculo, alguien le ofreció una bebida a Joanna. Se la tomó con ganas y le dieron otra copa. Cailleach se acercó, bailando entre una larga cadena de hombres y mujeres jóvenes. Dos de los hombres tomaron a Joanna de las manos y se la llevaron. Entre risas y cantos, comenzó a bailar con su gente.

Las celebraciones continuaron durante un largo rato. Sólo cuando ya se rompía levemente la oscuridad tras el círculo de piedras, los hombres y las mujeres empezaron a alejarse. Se marchaban en parejas, contentos, felices de estar juntos. Encontrarían, Joanna lo sabía bien, un rincón tranquilo en el que yacer, honrando a la Gran Madre en un acto de amor.

Su cuerpo anhelaba hacer lo mismo. Pero no conocía a nadie, no había conocido a ningún hombre que la buscara y la sedujera para acostarse con él entre sus cálidas pieles.

A medida que la cadena de bailarines iba menguando y ya sólo quedaban los últimos, Joanna se volvió. Salió del círculo y se dirigió al campamento, arrastrando los pies. Estaba muy oscuro bajo el pinar y, tan pronto como hubo salido de la zona de fuegos, empezó a sentir mucho frío. Temblaba y se ajustó la capa que la envolvía.

El sendero de regreso al campamento era más largo de lo que recordaba. Comenzó a sentir los primeros síntomas del miedo y se preguntó si se había perdido. Oh, seguramente no, pensó, ¿cómo podía ser tan boba? Al fin y al cabo, no está nada lejos.

Se concentró, tratando de distinguir entre la oscuridad de los árboles algún signo familiar, y creyó reconocer el camino. Aliviada, echó a caminar por él con seguridad.

Pero al poco rato se dio cuenta de que no podía ser el camino adecuado. Si lo hubiera sido, ahora ya debería haber llegado al campamento.

¿Qué hacer? ¿Seguir? ¿Volver atrás? Seguir.

No sabía de dónde venía la orden, pero la obedeció. Avanzaba ahora como en un trance por el camino. Sus pies caían con pasos suaves sobre las capas de agujas de pino que formaban el suelo; le parecía sentir cierta calidez que emanaba de ellas, como si el propio suelo fuera mágico.

Entonces llegó a un pequeño claro. Había un espacio justo en medio de un espesor de zarzas y helechos, y dentro ardía un pequeño fuego. Junto al fuego había una figura oscura, tumbada en el interior de una guarida de piel.

Ella supo quién era.

La gran cabeza estaba levantada a modo de bienvenida, y vio la sonrisa del hombre dentro de la máscara del oso. Sin que se pronunciara ni una sola palabra, sabía que él había percibido su deseo silencioso y la había llamado a su lado.

Sin temor, cruzó por los helechos y se arrodilló a su lado. Él la acogió en el seno de su calidez, y ella sintió la suave caricia del pelo del oso contra su piel. Y olió su aliento de bosque. Atrayéndola hacia sí para dejarle sentir el latido lento, regular y potente de su corazón inmenso, él se inclinó y la besó.

Ella pensó que pasaría mucho frío sin la capa y la túnica, pero él generaba calor para abrigo a los dos. Envuelta en sus brazos, que eran a la vez animales y humanos, se entregó a él y, con total abandono, se rindió a su protección. Era oso, era hombre; era ambas cosas a la vez. Sin embargo, cuando finalmente llegó el momento y entró en su cuerpo, lo hizo, como ella siempre había sabido que lo haría, como hombre.

Yacieron allí a la luz de su fuego y ella se relajó, totalmente exhausta, sobre él. Sentía su mano grande que la acariciaba y le apartaba el pelo húmedo del rostro, y le volvía la cara para que sus ojos se encontraran. Y vio ambas imágenes, la máscara del oso y la sonrisa humana. Joanna le devolvió la sonrisa y apretó el pecho contra su piel. Sintió la garra que llevaba colgada del cuello clavándose en su carne.

—Gracias por el regalo —murmuró—. Lo guardaré como un tesoro. Dentro de su cabeza lo oyó responder: «Ahora nunca estarás sola».

—Lo sé. —Acarició el hombro, fuerte y musculoso—. Me siento... —Quería decirle que lo que había hecho por ella marcaba toda la diferencia, y que ahora se sentía en casa en el bosque, mientras que antes había vivido en él como una simple visitante.

Mientras se debatía aún por encontrar las palabras exactas, él respondió:

«Lo comprendo. —Luego hizo una pausa y añadió—: Todo está bien».

Relajada, dejando que el sueño se apoderara de ella, Joanna supo que no tenía que decir nada más.

Se despertó con la primera luz del día. El fuego estaba prácticamente apagado, pero, acostada cómodamente entre sus pieles, se sentía bien abrigada.

Estaba sola.

Se desperezó, satisfecha, y notó la piel del oso contra su cuerpo desnudo. Los recuerdos inundaron su cabeza y de pronto sintió de nuevo la violencia de su

orgasmo. ¡Oh, pero cómo había necesitado aquellas sensaciones! Y ni siquiera había sospechado su carencia; no fue hasta que los bailarines empezaron a marcharse que empezó a sentir el cosquilleo de aquel anhelo tan primario.

Él lo supo, y la llamó a su lado.

Con una sonrisa en los labios, se volvió, se acomodó y volvió a dormirse.

Cuando volvió a agitarse, era un tipo distinto de hambre lo que la despertó. Pestañeó bajo los rayos de sol que se filtraban a través de los pinos y trató de recordar cuándo había sido la última vez que había comido algo. Incapaz de recordar —y convencida de que hacía demasiado tiempo como para ser bueno para ella—, se levantó, se vistió y emprendió el camino de regreso al círculo de piedras.

Cuando llevaba tan sólo un pequeño tramo recorrido, se le ocurrió que tal vez debía enrollar aquellas pieles maravillosas y hacer algún intento de devolvérselas a su dueño. La había dejado dormir en silencio, y le parecía poco agradecido limitarse a abandonar su lecho. Se volvió y volvió sobre sus pasos por el sendero.

No fue capaz de encontrar ni las pieles, ni la hoguera apagada, ni el espesor de arbustos y helechos.

Nerviosa, asustada por vez primera y de pronto con unas ganas desesperadas de volver al lado de Meggie, se marchó corriendo.

Una vez de regreso, y rodeada de la alegre compañía del campamento de las mujeres jóvenes, pronto se olvidó del miedo. Al parecer, muchas habían vivido experiencias extrañas durante la noche pasada; sin embargo, ninguna de ellas estaba alterada. Al contrario; parecían contemplar la ocasión como algo por lo que hay que estar profundamente agradecido.

Cuando amamantaba a Meggie —quien, según las mujeres que habían vigilado a los niños aquella noche, había mamado un poquito de ella y luego había dormido profundamente el resto de la noche—, Joanna sintió que sus pies volvían poco a poco a la tierra. Cuando, al cabo de un rato, Cailleach regresó al campamento con un moratón estampado en el cuello, Joanna tuvo que reprimir una carcajada.

Ambas conversaron y bromearon durante un rato, y algunas de las demás jóvenes se unieron a su animada charla. Al principio, Joanna estaba un poco sorprendida por su procacidad, pero luego pensó: ¿Por qué tendría que escandalizarme? ¿Qué mal puede haber en un hombre y una mujer yaciendo juntos en el nombre de la Gran Madre, dando y recibiendo placer y, por una vez, amor?

Pero mientras lo pensaba, algo le vino a la cabeza. Había tenido dos hijos y se sabía una mujer fértil. Meggie hacía sus delicias, y no prescindiría de ella por nada en el mundo. Pero traer a otra criatura al mundo era un asunto muy distinto. ¿Y si era un niño? La vida en el bosque no era vida para un niño.

¿O tal vez sí?

Aquella mañana, después de lo ocurrido, se dio cuenta de que todas sus convicciones, que anteriormente habían sido tan rígidas, estaban adquiriendo un aire de incertidumbre.

Sin embargo, se acercó a Cailleach y le preguntó en voz baja:

—¿Es posible que...? quiero decir, ¿alguna de las muchachas se queda embarazada después de las celebraciones?

Cailleach se rió.

—¡Pues claro! Es el mismo acto de amor, Joanna, aunque sea por voluntad de una diosa. Los niños nacidos de una noche de celebración están especialmente bendecidos porque creemos que llevan su beso en la frente.

Era un concepto precioso. Pero, aun así, Joanna no estaba del todo feliz.

—Y si... es decir, ¿qué pasa si creemos que no es exactamente un buen momento para concebir un bebé?

Cailleach la miró con cariño.

—Confiamos en la Gran Madre —explicó. Luego añadió con una sonrisa—: Aunque hay cosas que pueden hacerse si no estamos preparadas para un embarazo.

—¿Las hay? —Joanna parecía sorprendida.

Cailleach se rió abiertamente.

—¿Has vivido en las maneras ancianas durante un año y todavía no lo sabes?

Hasta ahora no le había dado importancia, pensó Joanna, aunque se limitó a decir:

—No. Cuéntamelo, por favor, Cailleach.

La muchacha se sentó en el suelo, a su lado, y le explicó cómo funcionaba su cuerpo. Luego le explicó cómo propiciar la concepción, y cómo asegurarse de que no ocurría. Le habló a Joanna del misterioso ciclo que se acompasa con la luna, y cómo calcular cuáles son los días más y menos fértiles.

—Deseas saber si anoche concebiste, supongo —concluyó Cailleach cuando hubo acabado su lección.

—Sí.

Cailleach sonrió.

—Estás a punto de tener la regla. Mañana, o incluso hoy a última hora del día, fluirá la sangre.

—Pero...

Cerca de ellas, una de las mujeres se rió.

—¿Ya está Cailleach otra vez con su magia? —dijo, mirando a su hijo, a quien estaba amamantando—. Créela, Joanna, nunca se equivoca.

Joanna miró a Cailleach.

—¿Cómo lo sabes? —volvió a preguntar, ahora en un susurro.

—Experiencia —dijo Cailleach con modestia—. Con práctica, cualquiera puede hacerlo.

Observando cómo se levantaba grácilmente y se alejaba, Joanna pensó:

«Debe de haber algo más. Tan sólo tiene mi edad, como mucho, así que, ¿de dónde ha sacado toda esa experiencia? ¡Si no ha tenido tiempo!».

Y, como si viniera a confirmárselo, la mujer que se había reído dijo:

—Cailleach es la mejor comadrona que puedas encontrar. La llaman Mab^[4]

porque dicen que las hadas la enseñaron.

Entonces, como si su comentario no hubiera sido más que un comentario banal sobre el tiempo o los planes para la próxima comida, volvió tranquilamente a amamantar a su bebé.

Hubo un día más de celebraciones... mucho menos espectacular que el anterior, y luego la reunión empezó a disiparse. Uno a uno, los grupos comenzaron a bajar de la colina, despedidos por los cantos de los demás. Joanna, ocupada empaquetando sus cosas, sintió cómo alguien le tocaba la espalda.

Se volvió para ver a un hombre joven. Tenía una densa cabellera rojiza, los ojos grises y una sonrisa tímida.

—Soy orfebre —le dijo—. Me han dicho que buscabas a uno.

A Joanna le habían ocurrido demasiadas cosas como para que ahora se preocupara por preguntarle quién se lo había contado o cómo la había encontrado. Así que sencillamente le dijo:

—Gracias por venir a buscarme. —Luego, tiró de la garra de su correa y se la ofreció—. ¿Podrías montar esto sobre plata, con un aro encima para colgarlo?

El muchacho miraba fijamente la garra, con los ojos abiertos de par en par.

—Sí, puedo hacerlo —respondió lentamente—. Será una extraña prueba.

—¿Se trata de algo difícil, entonces?

Él la miró y sonrió fugazmente.

—No, no es difícil. Es por el honor que representa, ¿sabes?

Ella pensó que lo sabía.

—No sé cómo podré pagártelo —le dijo—. Tengo algunas habilidades, así que, si me dices tu precio...

Pero él sacudió la cabeza.

—No quiero que me pagues —repuso con amabilidad—. Aunque gracias, de todos modos. —Y antes de que ella tuviera ocasión de protestar, añadió—: Esta tira de cuero está muy bien, pero un objeto como éste debe llevar algo mejor.

—Era lo único que tenía.

De nuevo, él le sonrió con calidez.

—Déjame lo —le dijo—. Cuando lo tenga, iré a buscarte.

Ella se sacó la correa del cuello por encima de la cabeza. Sin la garra sobre su pecho, de pronto volvió a sentirse vulnerable. Muy a su pesar, se la entregó.

El joven la tomó, la miró detenidamente y le dijo:

—No temas, muchacha. Trabajaré con rapidez. Volverás a tener tu tesoro contigo antes de esta noche.

Fue tan bueno como su palabra.

Joanna y su grupo abandonaron la colina después de la comida del mediodía. Anduvieron unas cuantas horas y luego, al caer la noche, encontraron un lugar para acampar y dormir. Cuando se estaba instalando, después de la cena —estaba justo empezando a sangrar y se sentía incómoda, hinchada y un poco dolorida—, el orfebre

fue en su busca.

Le ofreció la garra del oso para que la viera. Ahora estaba montada sobre plata maciza y colgaba de una fina cadena, también de plata, de un diseño tan delicado como ella no había visto jamás. La tomó en su mano y dijo:

—Es bellísima, mucho más ahora que tu trabajo ha hecho que destaque.

Él inclinó la cabeza ante sus palabras.

—Gracias. Me alegra que te guste.

—¡Más que gustarme! —exclamó ella—. No sé cómo podré pagártelo.

Él se alejó mientras le hablaba, gesticulando con las manos.

—No hay ninguna necesidad, ya te lo he dicho... Quiero decir, el trabajo en sí ya es una recompensa.

Entonces le hizo una reverencia, se alejó y desapareció en medio de la oscuridad.

Joanna no volvió a verlo nunca más.

Capítulo 13

De vuelta en su hogar, su cabaña, Joanna recordó el Imbolc como si hubiera sido un sueño. Lo que había ocurrido en el festival estaba tan alejado de todo lo que había conformado hasta entonces su existencia que se sentía incapaz de hacer poco más.

Sin embargo, había una cosa que permanecía de manera prioritaria en su cabeza: tendría que enfrentarse —y superar— otra prueba.

A medida que transcurrían los días de febrero, inconscientemente se iba preparando.

Había salido a cazar. No obstante, su presa no había sido ningún ser vivo; le habían enseñado a matar solamente en caso de estricta necesidad, y ella prefería vivir de lo que cultivaba en su pequeño huerto. Había salido en busca de lana de cordero para cardarla y convertirla en tejido para las prendas de la pequeña Meggie, y los mejores lugares en los que encontrarla eran las suaves laderas y los valles del Weald, donde rebaños de ovejas dejaban sus abrigos de lana pegados en los zarzales y las ramas.

Le llevó mucho rato encontrar la lana suficiente para hacer una prenda de bebé, pero Joanna disponía de mucho tiempo. Aunque los días de febrero eran todavía cortos, durante el invierno había pocas cosas que hacer: en la tierra todavía no crecía nada, de modo que no había plantas tiernas que cuidar. Debía recoger leña para el fuego y prepararse su propia comida —Meggie empezaba a tomar algunos alimentos triturados, aunque todavía se alimentaba básicamente de leche materna—, pero esa tarea la hacía rápidamente porque era repetitiva.

Ese día había recogido una bolsa grande de lana. Mientras se dirigía a casa, con Meggie casi dormida en su mochilita, Joanna ya anticipaba la felicidad de sacar su cardador de lana después de la cena mientras meditaba tranquilamente a la luz de la chimenea mientras hilaba. Se apresuró a alejarse de los pastos, ansiosa por volver al refugio de los árboles protectores del bosque.

Siempre tomaba medidas para asegurarse que no era vista por ninguno de los forasteros. Y no era que aquel día hubiera mucha gente a la intemperie: podía haber llegado a creer que tenía todo el territorio de Inglaterra para ella sola. Pero entonces, cuando se acercaba a los límites del bosque, le pareció oír algo.

Alguien. El sonido era como un quejido leve, como si, quienquiera que fuese, ya no fuera capaz de contener su dolor.

Joanna se debatió entre dos impulsos. Uno era salir corriendo, marcharse de puntillas y ocultarse en las profundidades del bosque. Esa persona sería seguramente un forastero, y Joanna había cortado los vínculos con ellos.

Pero una parte de ella la impulsaba a acudir en su ayuda. Había alguien cerca que tenía problemas, y la compasión humana le dictaba que debía hacer lo que estuviera en sus manos para aliviar su dolor.

Estrechó a Meggie con más fuerza —el bebé soltó un leve quejido de protesta

cuando Joanna lo abrazó—, y luego se volvió para andar en dirección al lugar de donde procedía el sonido.

Tumbada bajo un roble había una mujer envuelta en una fina capa manchada de sangre. Llevaba un velo que le cubría la cabeza y la cara, apretado contra su boca con las manos moradas de frío, y sollozaba en silencio.

—Te ayudaré, si quieres —le dijo Joanna.

La mujer se incorporó de pronto, dejó caer el velo y miró a Joanna con ojos llenos de pavor. Era unos diez años mayor que ella, de cara redonda, bajita y rechoncha. O lo había sido. Parecía haber perdido mucho peso recientemente, de modo que ahora su piel amarillenta se había quedado formando bolsas alrededor de la mandíbula, el cuello y los hombros.

Tenía una herida al rojo vivo, infectada, en medio de la frente. Intentó ponerse en pie, tropezó, cayó y gritó de dolor.

Joanna se acercó a ayudarla. Le puso un brazo alrededor de la cintura y la ayudó a incorporarse.

—Aquí no puedes quedarte —le dijo con cautela, intentando adoptar un tono cálido para inspirarle confianza—, has cogido mucho frío, y si te quedas aquí toda la noche, morirás congelada. Te llevaré a mi cabaña y me ocuparé de ti.

La mujer abandonó su leve resistencia. Mirando al rostro de Joanna, pronunció algunas palabras, pero Joanna no las comprendió.

—No voy a hacerte daño —le dijo de corazón—. Soy tu amiga, te lo prometo.

Una palabra parecía haber cruzado su entendimiento; la mujer repitió, lentamente:

—Amig..., amiga. —Luego, apoyándose en Joanna, dejó que la sacara de allí.

El camino de regreso a la cabaña les llevó un buen rato. La mujer intentaba ser valiente, pero no siempre lograba contenerse, y aunque no gritara, los instintos de sanadora de Joanna le decían que sufría gravemente; era evidente por la manera en que se sostenía, por la cautela con la que se movía como para evitarse más dolor.

Y Joanna debía pensar también en Meggie. Le resultaba difícil llevar a un bebé en la mochilita al mismo tiempo que trataba de servir de punto de apoyo a una mujer adulta.

Cuando llegaron por fin a la cabaña, Joanna sudaba y tenía la espalda dolorida. Colocó rápidamente a Meggie en su cuna e, ignorando los lloros de hambre de la criatura —«Deberás esperar un ratito, cariño. Hay alguien aquí que necesita más cuidados que tú»—, tumbó cuidadosamente a la mujer en el suelo, frente a la chimenea. Los rescoldos del fuego de la mañana todavía brillaban apagadamente y sólo la llevaría un rato avivar un buen fuego.

A su luz, se volvió a examinar a su paciente.

Una vez entregada a los cuidados de Joanna, la resistencia de la mujer se había esfumado por completo. Se sentó desplomada hacia delante, con los brazos cruzados y las manos en el hombro opuesto, mostrando las heridas que alguien le había hecho en la espalda.

Había sido flagelada.

Joanna calentó agua y le añadió un poco de su valiosa reserva de sal; Mag le había demostrado años atrás que el agua ligeramente salada dolía menos en las heridas abiertas porque se parecía más a los fluidos del propio cuerpo. Entonces empapó un trozo de algodón limpio y, con toda la delicadeza de la que era capaz, empezó a humedecer los restos de la túnica de la mujer hasta que los despegó totalmente de su piel herida. La mujer sollozaba en silencio. Como se daba cuenta de que hasta ese cuidado tan leve le provocaba un dolor intenso, Joanna cogió una selección de las cajitas de madera que tenía bien guardadas en un estante alto.

Le dio a la mujer una dosis del sedante más fuerte que tenía. Eso la haría dormir, tal vez durante un día, tal vez un día y una noche, pero no le causaría ningún daño. Joanna la cuidaría.

Cuando el mejunje le hizo efecto, Joanna tumbó a su paciente en el suelo, sobre sus propias pieles. A medida que la mujer se sumía en la inconsciencia, Joanna era capaz de trabajar más de prisa. Pronto tuvo todas las heridas de la flagelación bien limpias, ungidas y vendadas, y entonces dirigió su atención a la frente de la mujer.

Una vez lavada la herida, pudo reconocer lo que era. Alguien había marcado a la mujer con la letra «H».

Joanna, que sabía perfectamente lo que eso significaba, sintió un escalofrío de miedo que le recorrió el espinazo. Si había gente cazando a herejes, entonces ella misma estaba en peligro. Oh, y encima había llevado a aquella mujer hasta allí, a su casa, ¡su propio lugar secreto! ¿Y si quién la había castigado las hubiera visto? ¿Las estuviera siguiendo sigilosamente por el bosque y hubiera ordenado a sus hombres rodear la cabaña, cazarlas, matar a la mujer y a Joanna...?

Santo Dios, ¿y qué sería de Meggie?

El pánico la paralizó durante unos momentos. Pero pensar en el peligro que corría su hija la sacó de su trance.

Sabía lo que tenía que hacer. Se había preparado para ello y no quería permanecer cruzada de brazos mientras ellos —fueran quienes fuesen— venían a buscar a la mujer. A ella. Recogió a Meggie, le dio de mamar, la limpió y luego volvió a colgársela de la mochila. Empezaba a anochecer y no había tiempo que perder. No había mucho que pudiera hacer antes del anochecer, pero lo poco que podía, debía hacerlo.

Comprobó que la mujer estuviera bien: dormía profundamente y estaba bien abrigada, y luego recogió su bastón de fresno de un rincón y salió de la cabaña. Su primera misión sería borrar cualquier huella que hubiera dejado al llevar a la mujer hasta el claro del bosque. Encontró su escoba y se pasó un rato barriendo vigorosamente hasta que no hubo rastro de hojas revueltas o huellas que denunciaran su paso. Luego recogió ramas y helechos y levantó una especie de parapeto frente a la cabaña. No era perfecto —estuvo un rato evaluándolo—, pero tendría que quedarse así. Ahora, la noche que se avecinaba estaba ya de su lado; pronto estaría totalmente

oscuro y la cabaña resultaría tan invisible como si jamás hubiera existido. Había aislado bien el fuego en la chimenea antes de marcharse, de manera que ahora apenas soltaba humo. El que había era absorbido por la tupida capa de ramas del techo de la cabaña.

Permaneció a unos cuantos pasos de la casa, tras el parapeto, y recordó algo que le había enseñado Lora. Era una forma de hacerse invisible dentro de una muchedumbre. Joanna se rió la primera vez que lo oyó, y le dijo que era una técnica que no creía que fuera a utilizar jamás. Lora la miró entonces con tristeza y le respondió:

—Nunca se sabe, hija. No desprecies nunca el conocimiento.

La manera en que uno conseguía volverse invisible era lograr que la gente viera a través de uno. Tenías que fundirte, le había dicho Lora, tenías que convertirte en tu entorno. Como muchos de los conocimientos antiguos, era una cuestión de fe; en este caso, de creer que tú mismo te has fundido con el entorno. La intención seguía a la idea, y ahí estabas, invisible.

Joanna se preguntó si eso también servía para objetos grandes como una cabaña. Se tomó un tiempo para recuperar el aliento y concentrar la mente, y luego empezó a dibujar una imagen en su cabeza. Imaginó que los contornos de la cabaña se desdibujaban, que las largas hebras de enredaderas, hojas y ramas amables y útiles iban cubriéndola lentamente, ocultándola, protegiéndola de los ojos que no debían mirarla.

Cuando recuperó su estado de normalidad mental le costó mucho poder ver la cabaña.

Sonriente, recogió su bastón, dio media vuelta y salió decidida del claro.

Su destino no estaba muy lejos de allí. Sabía que debía apresurarse —la luz empezaba a menguar—, pero ella avanzaba ligera, cuidando de no dejar ningún rastro de sus pasos. Al cabo de un rato llegó a los pies de un enorme y anciano tejo. Levantó la vista hacia su denso follaje verde oscuro y escrutó su grueso tronco. Habrían hecho falta tres personas con los brazos abiertos para rodearlo; decía la leyenda que el tejo tenía mil años de edad.

Joanna levantó el bastón y, de puntillas, golpeó el punto en el que una de las ramas más bajas se unía con el tronco, tal vez a unos tres metros por encima del suelo. Al cabo de varios intentos, la cuerda oculta que se guardaba allí enrollada bajó a trompicones. Comprobó que Meggie estaba bien sujeta en la mochila y trepó por la cuerda. Una vez a salvo encima de la rama, recogió la cuerda tras ella y volvió a guardarla en su escondite. Ahora hizo lo mismo con una segunda cuerda que estaba atada a una rama de más arriba, y una vez encaramada en aquella segunda rama, ya fue todo más fácil: allí había una tosca escalera de cuerda que colgaba permanentemente porque resultaba imposible de ver desde el suelo.

La escalera llevaba hasta una plataforma en medio del lugar en que el enorme tronco del tejo se dividía en cuatro. La plataforma era muy antigua; estaba hecha de

placas de roble, bellamente aserradas y pulidas hasta adquirir un acabado brillante. Sus juntas estaban perfectamente encajadas, tan sólidas y seguras como el primer día remoto en que fueron fabricadas.

Lora le había contado a Joanna el secreto del viejo tejo.

—Es un refugio, ¿ves? —le había dicho—. Ha habido momentos en los que nuestros escondites habituales no han sido lo bastante seguros, o al menos eso nos hemos temido. Nuestros antepasados, con su sabiduría, construyeron los refugios secretos, donde podía acudir nuestra gente en momentos de peligro y donde podían permanecer hasta que éste hubiera pasado.

Llevó a Joanna hasta el tejo y le explicó cómo colocar nuevas cuerdas, puesto que las antiguas se habían podrido y ya casi no existían. Fue idea de Joanna hacer una escalera de cuerda para acceder al nivel superior. Durante su embarazo se había pasado muchas veladas cortando trozos de roble y alisando los peldaños. Los trozos de cuerda los había conseguido de la casa que le habían dejado los parientes de su madre.

No era recomendable, decidió, trabajar en la plataforma mientras estaba embarazada. Sin embargo, al poco tiempo de nacer Meggie empezó a hacerlo. Primero limpió varias décadas de residuos pegajosos de color verde oscuro, aparentemente hechos de hojas, bayas y tronquitos, y examinó las planchas para ver si tenían desperfectos. Eran bien sólidas. Luego se puso a construir el refugio. Si alguna vez se veía obligada a usar la plataforma con mal tiempo, era posible que Meggie, tan pequeña y vulnerable, no sobreviviera si Joanna no conseguía aislar bien las paredes y el techo contra la lluvia y el frío.

Era un trabajo tan arduo que estuvo a punto de abandonarlo. Tuvo que colocar postes para hacer vigas para las paredes, entramar ramas entre los postes y luego forrarlo todo de adobe y cañizo para rellenar los poros y los agujeros. Luego tuvo que reunir ramas y juncos para hacer el techo. Y ya había trepado un par de veces al árbol cuando se le ocurrió que podía hacerse una polea con las cuerdas.

Después de esto, la obra progresó a un ritmo mucho más rápido. Hasta Lora, implacable a la hora de juzgar cualquier trabajo que tuviera que ver con la seguridad, la alabó por su presteza. Y por su rigor. Se arrodilló sobre la plataforma —el techo era demasiado bajo como para permitir a nadie, excepto a los niños, estar de pie—, botó unas cuantas veces, se apoyó en una de las paredes externas y asintió.

—Perfecto —dijo—. Así está muy bien.

A continuación inspeccionó el refugio. Abrió la puerta de madera y echó un vistazo en el interior. Estaba demasiado oscuro como para ver mucho, pero el lugar desprendía un aroma acogedor. Bajó la mano y tocó la plataforma: levemente húmeda, pero no empapada. Parecía que el techo había aguantado bien las lluvias.

«Mañana —pensó Joanna— traeré colchones, pieles, mantas... todo lo que tengo. De alguna manera, tendré que calentar el refugio, puesto que de poco servirá salvarnos de los que podrían capturarnos, si luego nos morimos de frío».

Estuvo tentada de tumbarse en el refugio y pasar la noche en él. Estaba protegido, y en aquellos momentos ésa era su principal preocupación. Pero empezaba a tener frío; se le había humedecido la ropa interior con el sudor de antes, cuando había ayudado a la mujer herida a llegar hasta la cabaña, y el esfuerzo de trepar al refugio del árbol con Meggie en la mochila la hizo volver a sudar. Ahora que estaba quieta, el sudor se le estaba enfriando rápidamente, y sabía que pronto empezaría a temblar. Además, a pesar de que Meggie estaba con ella, durmiendo calentita y tranquila en su bolsa, la mujer estaba sola.

No, no podía plantearse el traslado al refugio hasta el día siguiente. Decidida, cerró bien la puerta tras de sí e inició el descenso del árbol.

Se pasó la noche vigilando a Meggie y a la mujer. Se durmió algunos ratos, pero cada vez se despertaba alertada por algún sueño espantoso en el que aparecían manos negras con dedos largos como garras que se extendían para abrir la puerta de la choza. Sintió un gran alivio cuando amaneció y empezó el nuevo día.

Pasó la primera parte de él esperando con impaciencia que la mujer mostrara algún síntoma de volver a la consciencia. «Es culpa mía —se decía Joanna—, pobrecita, no debería haberle dado una pócima tan fuerte».

Cuando el sol alcanzaba el cenit, la mujer se agitó, pero luego volvió a dormirse. Animada, Joanna empezó entonces a desarrollar su plan, concebido la noche anterior, de acondicionar y calentar el refugio del tejo. Ya se había llevado todas las mantas y los abrigos que había podido; ahora cogió un cubo pesado hecho de cuero y lo forró con una espesa capa de paja. Luego apartó la primera de una serie de piedras que había puesto a calentar al fuego. Costaba mucho de recoger —debía tener mucho cuidado de no quemarse las manos y quedar incapacitada—, y probó varias maneras antes de dar con la ideal, que fue utilizar dos palos cortos con los que levantarla y llevarla junto al resto de las piedras de la chimenea. Desde allí era relativamente fácil girar la piedra caliente y meterla en el cubo.

Luego cubrió la piedra con más paja y la llevó hasta el tejo, encaramándose con ella y envolviéndola luego, todavía dentro de su capa de paja aislante, con una manta bien gruesa. Repitió el mismo proceso siete veces. Como llevaba una carga potencialmente tan peligrosa, no osaba llevarse a Meggie arriba y abajo del árbol cada vez, así que cada vez la dejaba cuidadosamente entre sus raíces, abrigada con sus pieles. Fue un alivio, en todos los aspectos, cuando hubo acabado su tarea.

La mujer se despertó a media tarde. Su mirada parecía aturdida y vaga, y cuando Joanna le preguntó si sentía dolor, ella negó lentamente con la cabeza. Joanna le dio agua y le ofreció de comer, pero la mujer lo rechazó. A Joanna no le sorprendió: el fuerte sedante que le había dado solía suprimir el apetito.

Joanna examinó rápidamente sus heridas. Ni en la espalda ni en la frente había rastros del desagradable olor que acostumbraba a indicar que la carne estaba corrupta y, desde luego, le pareció que aquella inflamación roja y brillante había disminuido un poco.

—¡Está bien! ¡Empiezas a curarte! —la animó Joanna.

Y, por primera vez, la mujer le respondió con una tímida sonrisa.

—Me llamo Joanna —dijo, señalándose a sí misma con el dedo—. Mi bebé se llama Meggie.

La mujer asentía con la cabeza mientras Joanna hablaba.

—Yo, Utta. —Se señaló el pecho con un dedo—. No, no hablo bien. Sólo un poco.

—¿De dónde vienes? —le dijo Joanna, lenta y claramente.

—Mi casa es Lieja.

¿Lieja? ¿Dónde estaba eso?, pensó Joanna. ¿En los Países Bajos? Eso creía.

—¿Por qué has venido a Inglaterra? —le preguntó.

—Amigos me han traído. Hombre dijo venir, contar la palabra.

—¿Te trajeron unos amigos? ¿Qué ha sido de ellos?

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas.

—Amigos... amigos... llevados. látigo, hierro caliente. Cárcel. Muertos.

Joanna empezaba a comprender. Si estaba en lo cierto y aquella «H» significaba en verdad «hereje», parecía como si Utta hubiera formado parte de una secta que había venido a Inglaterra desde los Países Bajos para captar conversos. Tal vez para buscar asilo, aunque si tuvieron esa esperanza, entonces parecía que se habían llevado una buena decepción. Estaba claro que los habían capturado y castigado.

Joanna sabía lo que les hacían a los herejes en Inglaterra. Eran pocos en número, o eso es lo que le habían dicho, de modo que la ley era relativamente desconocida en lo referente a su tratamiento. Pero una vez declarados culpables, se los condenaba a un castigo y luego al exilio; a cualquiera que fuese hallado protegiéndolos o ayudándolos de cualquier otra manera, le quemaban la casa.

Una cosa era, pensó ahora, saber un hecho, y otra totalmente distinta era tener sus consecuencias delante de los propios ojos.

—¿Te han flagelado y luego te han dejado tirada a la intemperie? —le preguntó con la voz llena de misericordia.

Utta asintió.

—Me dicen: Vete y no vuelvas. Yo voy, pero no tengo casa para proteger del río.

—¿Y cómo que no fuiste con tus amigos?

Utta se echó de nuevo a llorar y luego dijo:

—Mis amigos en cárcel. Frieda, Arnulf, Alexius, Guiscard también. No lo sé. Frieda tiene... hombre. Pero él no la quería, contaba cosas a los hombres, de ella, de nosotros. Aurelia y Benedetto... —Se encogió débilmente de hombros y fue incapaz de seguir.

—Erais siete —murmuró Joanna—. Y una de vosotros conoció a un hombre, un extraño, quien, al traicionarla, también traicionó al resto del grupo. Fuisteis castigados y luego os llevaron a la cárcel u os dejaron abandonados en el frío. —Había algo que tenía que preguntar. Miró con atención a los ojos azules de Utta y le

dijo—: ¿Sabes si todavía te buscan?

Utta volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé. Creo, hombres dijeron que me soltaran. Pero no el hombre negro, él dijo no, todos debemos morir.

Hundió la cara entre las manos y los hombros le temblaron con el llanto. Joanna le puso la mano en el hombro mientras le murmuraba palabras de consuelo. Con la mente acelerada, trató de ordenar las ideas. El hombre negro.

¿Qué había querido decir Utta?

Luego pensó que no importaba quién fuera. «Utta dice que todavía puede estar buscándola. Si es así, y si la siguió hasta el límite del bosque donde yo la encontré, entonces es posible que pronto empiece a buscarla en el bosque. Y puede que venga con más hombres».

No había tiempo que perder.

Hablando pausada y serenamente, Joanna dijo:

—Utta, tengo un escondite. Podemos trasladarnos allí, tú, yo y Meggie. Te costará llegar porque estás herida, pero te daré un poco más de hierbas calmantes que te ayudarán. Eso sí, debemos marcharnos ahora mismo.

Utta la miró. Por un momento pareció que iba a decirle que no, y Joanna apenas podía culparla por ello; cuando sientes dolor, lo último que quieres es ponerte en pie y emprender un viaje. Y todavía no le había dicho nada a Utta del tejo. Pero entonces Utta asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—. Yo a salvo, vosotras a salvo.

«¡Buena chica! —pensó Joanna—. Has entendido que si tú estás a salvo, yo también lo estoy. Yo y Meggie».

—¡Vamos! —le dijo entonces, decidida.

Utta ya trataba de ponerse en pie, y Joanna la sostuvo para ayudarla.

Ese día, el recorrido era ligeramente mejor que el del día anterior. Utta incluso se ofreció a llevar algunas mantas, así que Joanna dobló bien un par de las más ligeras, de lana, y se las colocó en los brazos. Joanna acarreó las pieles y a Meggie en su mochila.

Cuando llegaron al tejo, Utta miró hacia arriba, asombrada. Joanna, que empezaba a ser consciente de la tarea que se había propuesto para ambas, decidió que no era el momento de hacer las cosas a medias. Tiró de la cuerda y dijo:

—Arriba, Utta. Dejaré a Meggie un rato en el suelo, ¿ves? Aquí, entre las raíces, está protegida, y te ayudaré a subir.

Utta agarró la cuerda con las manos, pero Joanna pudo ver de inmediato que no tenía fuerza en los brazos. Rápidamente, hizo un bucle con la cuerda y le enseñó a Utta que debía meter un pie dentro. Luego pasó la parte media de la cuerda por encima de la rama y, sin darle tiempo a Utta a protestar, empezó a tirar del otro lado. Utta se levantó del suelo; se aferraba a la cuerda con una mano y se impulsaba con el tronco del tejo con la otra. Al cabo de unos instantes alcanzó la primera rama.

Sudando profusamente y jadeando por el esfuerzo, Joanna volvió a tirar de la cuerda y rápidamente se encaramó al árbol. Subió a Utta por el segundo tramo usando el mismo método y luego le mostró la escalera de cuerda para que acabara de subir ella sola, mientras ella la vigilaba de cerca por si se caía.

Finalmente, alcanzaron la plataforma y Joanna ayudó a Utta a entrar en el refugio.

Volviéndose hacia su salvadora, Utta le sonrió de nuevo con agradecimiento y le dijo, sencillamente:

—A salvo.

Sonriendo, Joanna musitó:

—Eso espero.

Volvió a bajar hasta el suelo y subió a Meggie. Preparó para ella un pequeño nido en un rincón en el que el tronco del tejo se doblaba, haciendo un espacio triangular ideal para colocar un bebé y sus mantitas. Dos viajes más con la comida, el agua y los remedios para Utta y Joanna habría terminado. Utta, dándole la bienvenida al refugio con una mirada de agradecimiento, la ayudó a cerrar bien la puerta.

Luego Joanna destapó las piedras calientes que había llevado antes. El aislamiento parecía haber funcionado; las piedras seguían desprendiendo bastante calor. La simple presencia de seres humanos en el interior del refugio parecía haber elevado la temperatura unos cuantos grados, y Joanna esperó que tuvieran bastante para superar aquella noche.

Sabiendo que cuando cayera la noche se quedarían sin luz —sería una locura encender ningún tipo de lumbre—, Joanna comenzó a hacer las muchas tareas que había que completar. Preparó una especie de cama para Utta, colocando una de las piedras calientes a sus pies, debajo de una capa de mantas y pieles, y luego se hizo una similar para ella. Volvió a su cabaña del claro del bosque y recogió la comida que había preparado de antemano —comida caliente, una especie de gachas hechas de tubérculos que subió hasta la plataforma del tejo en otro recipiente de cuero—, y se aseguró de que tenían agua potable. Antes de abandonar la cabaña, aisló bien el fuego y puso unas cuantas piedras más a calentar en él. Tenía mucho miedo de que pronto fueran a necesitarlas, y empezaba a preguntarse cómo se las arreglaría para subir y bajar del tejo a oscuras.

Justo antes de acostarse, Joanna le dio a Utta otra dosis de la pócima de hierbas. La ayudaría de nuevo a vencer el dolor y a dormir tranquila. Tuvo la tentación de tomar ella también un poco. No es que tuviera dolor, aparte de la musculatura dolorida por la intensa actividad de los últimos días, pero la idea de un largo sueño reparador la tentaba.

«No —se dijo—. No me atrevo. Alguien tiene que estar alerta, y no podré hacerlo si me induzco el sueño a base de hierbas». Sabía que si sucedía algo sería capaz de despertarse de un sueño normal; estaba tan familiarizada con los ruidos nocturnos habituales en el bosque que era capaz de reconocer al instante cualquier cosa extraña a aquel entorno.

Finalmente, ya no había otra cosa que hacer más que tratar de dormir. Cerró los ojos, extendió la mano para tocar a Meggie, sumida a su lado en sus sueños infantiles, y pronunció una plegaria rápida y sentida a los poderes protectores antes de dormirse.

Capítulo 14

En el mundo de más allá del bosque, una de las compañeras de Utta ya estaba muerta. Frieda, que se había enamorado de un hombre que no profesaba su misma fe y que acabaría traicionándola a ella y a sus compañeros, yacía ahora en el suelo mugriento de una celda, violada y con el cráneo aplastado.

Otros dos de sus compañeros habían sido liberados de su celda. Empujado a aquella acción desesperada, su salvador había tenido que emplear la violencia contra el hombre que los vigilaba, pues creyó que sus vidas corrían un grave peligro. Y estaba en lo cierto. ¿Se habrían conformado las autoridades civiles con administrarles un castigo y luego soltarlos? ¿No prohibía la ley actual que nadie los acogiera en su casa? El fin era que los camorristas regresaran a su lugar de origen o que murieran. Pasara lo que pasase, así dejarían de ser un problema.

Pero las autoridades civiles no habían tenido en consideración a la Iglesia. O, para ser más exactos, a uno de los miembros de la Iglesia quien, creyendo con fanatismo que un hereje dejaba de ser peligroso sólo cuando estaba muerto, tenía una solución más permanente y segura en la cabeza. Quería verlos muertos, a todos los que pudieran ser capturados.

En el momento mismo en que Joanna y Utta se despertaban por la mañana en el refugio del tejo, la cacería empezaba.

La llegada de la luz del día significó para Joanna una nueva y larga dosis de duro trabajo físico. Volvió a su cabaña para buscar provisiones y llevó hasta el tejo todo el alimento seco del que disponía. Mientras vivieran allí arriba, en el refugio, deberían conformarse con una dieta monótona; no podía correr el riesgo de alumbrar un fuego para cocinar, de modo que no podrían tomar alimentos frescos. Llenó también todos los recipientes que pudo con agua corriente y los subió hasta el refugio. Cuando hubo acabado su último viaje hasta la cabaña —para llevar hierbas medicinales, puesto que todavía debía curar las heridas de Utta—, cerró bien la puerta con un trozo especial de cuerda que le había dado Meg, y la ató con el nudo más fuerte que le había enseñado.

Volvió a colocar el parapeto de verdor que disimulaba la cabaña y permaneció allí un momento, respirando serena y regularmente, hasta sentir que la fuerza que emanaba de la tierra bajo sus pies ascendía por su cuerpo.

Cerró los ojos para visualizar mejor la divinidad y luego pronunció una plegaria muy sentida para que su cabaña, su precioso hogar, permaneciera protegida y oculta.

Después se alejó sin mirar atrás.

Utta se dio cuenta de lo que intentaba hacer y se acercó a ayudarla. Aunque se sentía débil por la pérdida de sangre y la infección, seguía trabajando con las pocas fuerzas que le quedaban, echando cuerdas, ayudando a tirar de las cargas y siempre, aunque no estuviera enfrascada en ninguna tarea en particular, asintiendo, sonriendo y animando a Joanna en todos sus esfuerzos. Joanna estaba dándose cuenta de que era

una buena mujer.

También era un encanto con Meggie. Uno de los problemas principales de Joanna y de su solitaria vida era contar solamente con un par de manos. Siempre que la pequeña Meggie necesitaba algo, Joanna tenía que dejar lo que estuviera haciendo para atenderla, o soportar las protestas de la niña hasta poder hacerlo. Ahora, cuando los berridos de un bebé era lo último que necesitaban en su escondite secreto, el problema podía llegar a convertirse en una dificultad mayor.

Hasta que, la primera vez que ocurrió, Utta intervino. Con una mirada rápida a Joanna como para pedirle permiso, recogió al bebé de su cálido nido. La acurrucó contra su pecho y empezó a cantarle una melodía suave acariciándole la espalda con un ritmo delicado y suave que Meggie pareció apreciar al instante. ¡Tiene buena mano!, pensó Joanna, observando desde dos ramas más abajo del árbol cómo su hija se relajaba en brazos de Utta. Aliviada, dio rápidamente las gracias a la Diosa por haberle enviado a alguien tan útil.

Cuando las dos mujeres se sentaron a comer juntas al mediodía, Joanna estaba agotada. Se había quedado en camisa y, mientras se bebía un buen trago de agua, se dio cuenta de algo: el tiempo había mejorado. Ni de lejos hacía el frío de antes, y el sol empezaba a calentar. Su misión más difícil —mantenerse las tres abrigadas y con el calor suficiente— empezaba a resultar mucho más fácil.

De nuevo, Joanna mandó su agradecimiento. Quienquiera que fuera que estuviera allí arriba en los cielos, vigilándolas, parecía estar totalmente de su lado.

Oyeron la cacería a primera hora de la mañana siguiente.

Al principio pensaron que tal vez se tratara de cazadores a caballo en busca de ciervos o jabalís; grupos así aparecían en el bosque de vez en cuando, como Joanna bien sabía, puesto que de vez en cuando se veía obligada a esconderse de ellos. Solían ser grupos de hombres ricos y con buenas monturas que tenían el permiso del rey para cazar en sus bosques.

Joanna recogió apresuradamente la escalerilla de cuerda y, mientras la sujetaba bien, encontró una posición estratégica; había un pequeño agujero en una de las planchas, en un lugar en el que la plataforma descansaba sobre ramas más delgadas y el vacío, en vez de hacerlo encima del tronco. Comprobó rápidamente que Utta y Meggie estuvieran bien; Utta estaba agachada sobre el tronco, con los ojos abiertos u llenos de terror, y Meggie dormía plácidamente en su cuco. Entonces, tumbada en el suelo, Joanna puso el ojo en el agujero y miró hacia abajo.

El tejo se levantaba en medio del sotobosque, pero había algunos leves senderos animales que llevaban por los alrededores. Un poco más lejos, una de esas pequeñas sendas conducía hasta un sendero más grande, que a su vez llevaba a un camino más ancho que llegaba a un claro. Si inclinaba la cabeza, Joanna podía distinguir el final de ese recorrido hasta el mismo principio del claro.

Ahora podía divisar a los hombres. Eran cinco, bien vestidos y sobre buenas monturas. Mientras los observaba, tres de ellos desmontaron y entregaron las riendas

de sus caballos a los otros dos. Oyó el leve murmullo de la conversación, luego los tres hombres a pie se dirigieron hasta el lugar en el que el camino arrancaba desde el claro del bosque.

Era evidente que no eran un grupo de cazadores. Se oyeron unos crujidos en el sotobosque y luego un enorme jabalí, supuestamente alterado por la presencia de los hombres y los caballos, surgió de pronto casi de sus pies y echó a correr a través del claro, hasta los arbustos del otro lado.

Los hombres permanecieron allí. Alguien hizo un comentario, y otro se rió brevemente.

Entonces, los que iban a pie se marcharon por el sendero.

Joanna no se movió. Estaba petrificada, sin perder de vista a los hombres que se acercaban tan cautelosamente hacia ella. Ni se atrevía a levantar la cabeza para ver cómo estaba Utta; interpretó el silencio que había a su espalda como una buena señal. Tan sólo cruzaba los dedos por que Meggie no eligiera aquel preciso instante para decidir que tenía hambre...

A medida que los hombres se acercaban cada vez más, de vez en cuando era capaz de distinguir lo que decían. Parecían hablar de unos prisioneros fugados; uno de ellos dijo algo sobre un carcelero muerto. Luego —y Joanna miró, aterrorizada— uno de ellos miró directamente a las ramas del tejo.

Ella lo miró también. Era un hombre guapo, no pudo evitar advertirlo, aunque se reprochó tal irreverencia cuando aquel mismo hombre quizá estuviera a punto de hacer algo que podía llevarla a la muerte. Si detectaba el refugio, si lograba encaramarse por el tronco del tejo y subía a investigar...

Y entonces el hombre dijo con una voz benditamente normal:

—Qué árbol tan magnífico y anciano, ¿no Robert? Dicen que lleva aquí tres mil años. Debe de haber visto a los romanos desfilando por estos caminos.

Uno de los otros le respondió con un comentario alegre sobre la necesidad de las legiones de pasar por caminos bastante más anchos que aquéllos. El tercer hombre fue a colocarse justo debajo del árbol.

De pronto, el primero de los hombres gritó, dándole a Joanna un susto de muerte:

—¡Basta ya! —gruñó—. ¡Un poco de respeto, maldito seas, y ve a mearte a otro sitio!

El hombre de debajo del árbol, mascullando una protesta, se volvió, se alejó unos pasos hasta los helechos y entonces se levantó la túnica para expulsar un ruidoso caudal de orina encima del denso follaje.

Aunque el hombre que encabezara el grupo fuera su enemigo, pensó Joanna, tenía un punto a su favor.

Seguía mirando las ramas, pero Joanna ya no temía que hubiera descubierto su refugio secreto; su interés parecía estar puramente centrado en el viejo árbol. Dijo algo en voz baja —ella no fue capaz de distinguir las palabras—, y luego dio media vuelta, llevó a sus hombres en dirección contraria y regresaron al camino más ancho.

Aguardaron en silencio durante un rato que pareció eterno. De vez en cuando oían a los dos hombres que se habían quedado con los caballos hacer algún comentario. Ahora habían desmontado los dos, y uno de ellos no dejaba de agitar los brazos a su alrededor, dándose palmaditas en la chaqueta como para mantener el calor. Estaban sumidos en la penumbra, abajo en el claro del bosque, pensó Joanna, y no gozaban del calor de los rayos del sol, que ella recibía en la parte abierta de la plataforma. El otro hombre condujo a los caballos hasta un pequeño riachuelo que se desviaba de la corriente que discurría por su propio claro, y esperó a que bebieran.

Al cabo de un rato oyó a los otros tres que regresaban. Volvían por un camino distinto, proveniente de más allá del tejo.

Uno de los hombres que aguardaban en el claro les gritó:

—¿Habéis encontrado algo?

—Caminos de ciervos, caminos de jabalís, un montón de rastros de vida animal —respondió el que encabezaba el grupo de buscadores—. Pero no creo que haya signos de vida humana en cinco millas a la redonda.

Uno de sus compañeros se rió y dijo algo de la abadía de Hawkenlye, y el tipo contestó, riéndose a su vez:

—Ah, sí, Robert, pero lo que nosotros buscamos no son piadosas mujeres cristianas, y desde luego no son monjas.

Joanna se volvió, cerrando los ojos.

De modo que era cierto: buscaban a Utta y a su grupo.

Al cabo de un rato volvió a abrir los ojos y miró a Utta, quien la miró también a ella. Trató de sonreírle con tanta gallardía que el corazón de Joanna comenzó a latir de nuevo con una fuerza debocada.

«No puedo proteger a sus amigos —pensó—. Pero juro que, si está en mis manos, mantendré a Utta alejada del peligro».

Pasaron el resto del día intentando recuperarse del miedo que les había provocado la presencia de los cazadores. Joanna intentó distraer a Utta manteniéndola ocupada. No resultaba fácil, en sus circunstancias —y nada en el mundo podría haber convencido a Utta de que bajara del tejo—, pero hizo todo lo que pudo. Primero estaban sus heridas, que había que vigilar. Estaba recuperándose bien, y Joanna se daba cuenta de que la forzada inactividad en el refugio era una bendición enmascarada. La marca de la frente de Utta seguía rabiosa e inflamada, pero Joanna estaba convencida de que la inflamación a su alrededor estaba disminuyendo. Animaba a Utta con gestos amables y sonrisas, a los que Utta respondía con patética gratitud.

—¿Tengo... marca? —preguntó con timidez, señalándose la frente.

—Sí, Utta; llevas una marca.

—Dejará... —Utta hizo una pausa, obviamente pensando cuál era la mejor forma de preguntar lo que quería saber—. ¿Marca quedará?

«Ah, claro —pensó Joanna—. Me pregunta si le va a quedar cicatriz. ¿Qué mujer

no querría saberlo?».

Sopesó las palabras con cuidado para no parecer demasiado optimista ni demasiado pesimista, y le respondió lentamente:

—Normalmente, la marca de un hierro candente deja señal. Pero tu herida está cicatrizando muy bien, y creo que las hierbas que he utilizado te ayudarán a que, al final, sólo te quede una marca muy leve. —Se inclinó hacia delante, cogió la punta del velo de Utta y le pidió—: ¿Me permites?

Utta asintió, con sus ojos azules llenos de asombro. Joanna recogió el velo de manera que cubriera hasta las cejas de Utta, tapando la marca de la frente.

—Si llevas el velo un poco más bajo —dijo—, así, creo que nadie verá la marca.

Utta pareció aliviada. Tomó las manos de Joanna entre las suyas y las apretó con cariño.

—Tú... mujer buena —dijo—. Salvas vida de Utta, también salvas cara de Utta.

Algo en la manera en que la mujer compuso su frase de gratitud hizo reír a Joanna. Utta se sumó a sus risas y, a medida que el miedo daba paso a las risas, se miraron, ambas conscientes de que algo nuevo empezaba a nacer en su relación.

»Ojalá pudiera preguntarle por qué la han marcado como hereje —pensó Joanna—. ¿Qué fe profesa? ¿En qué creen sus gentes?». Pero dado el dominio limitado de Utta de su idioma, se daba cuenta de que su deseo debería permanecer sin cumplir.

Aquella noche, ambas durmieron más profundamente. Joanna le dio a Utta un poco más de sedante para asegurarle un buen descanso, y ella se sintió libre de relajarse un poco más. Aunque sabía perfectamente que haber recibido una visita de los hombres que buscaban a Utta no significaba necesariamente que no fueran a volver.

El sueño profundo no tardó en aparecer, pero estuvo plagado de pesadillas que Joanna se esforzó por ahuyentar al despertarse.

Llegó a última hora de la tarde del día siguiente.

Joanna no supo nunca cómo había encontrado el camino hasta aquel lugar concreto del Gran Bosque; llegó a la conclusión de que no había sido más que mala suerte.

Acababa de dar de mamar a Meggie y de ponerla en su moisés de pieles. La pequeña se durmió rápidamente, con uno de sus diminutos puños abriéndose bajo el mentón a medida que se relajaba; Joanna le metió la mano debajo de las mantas para que estuviera más calentita.

Utta estaba envuelta en sus propias mantas, apoyada en el tronco esponjoso del tejo. Le dio unas palmaditas al árbol y comentó lo cómodo que era apoyarse en él cuando, de pronto, Joanna oyó un ruido.

Levantó una mano pidiendo silencio y Utta obedeció al instante. A Joanna le dolía ver el terror reflejado en los ojos de la mujer; en aquel instante fugaz había pasado de ser una persona feliz y relajada, que anticipaba pasar una velada agradable con una amiga, a alguien que esperaba morir en un futuro inmediato.

Tratando de serenarla, Joanna acercó los labios al oído de Utta y murmuró:

—Ayer no nos encontraron, así que tampoco lo harán ahora. Y de todos modos, puede que sólo sea un animal del bosque.

Pero Utta no parecía tranquila. Moviéndose con tanta cautela que una polilla hubiera hecho más ruido, reptó lentamente hasta la parte trasera del refugio, se cubrió con sus pieles y las de Joanna y se agachó hasta que no aparentaba más que un bulto indefinido en la penumbra. Joanna no podía ver más que sus ojos aterrorizados.

Sabía que no tenía ninguna necesidad de pedirle que guardara silencio. Le dio la espalda y se tumbó sobre la plataforma para espiar de nuevo por el agujero. Al principio no veía nada. No estaba del todo segura de dónde había procedido el ruido, de modo que esperó, conteniendo el aliento, a ver si volvía a oírlo. Al cabo de un rato lo oyó.

Sonó como si alguien, o algo, estuviera avanzando por el sendero. No por el sendero principal, el que llevaba hasta el claro en que los jinetes habían esperado a los cazadores, sino por el más estrecho, que se desviaba hacia el tejo. Vigilante, con todos los sentidos alerta, Joanna permaneció atenta a cualquier movimiento. Estaba a punto de anochecer y la luz se estaba apagando rápidamente bajo los árboles. «Si lo que nos ha asustado así no es nada más amenazador que un jabalí —pensó Joanna mientras vigilaba el camino— puede que no llegue ni siquiera a ver a esa criatura...».

Pero luego hubo otro ruido, todavía más fuerte, seguido rápidamente por una exclamación. Quienquiera que estuviera allí abajo acababa de tropezar con algo. Y no era un jabalí, sino un hombre.

Joanna se movió ligeramente para tener una mejor visión. El sonido procedía del sendero, del punto en que la pequeña pista salía hacia el punto donde se encontraba el tejo. Se estiró un poco más para ver y miró hacia la penumbra, más abajo.

Mientras observaba, él salió del sotobosque y permaneció inmóvil en el sendero. Parecía probable que hubiera estado avanzando bajo los matorrales que crecían por debajo de los árboles, casi como si supiera que alguien lo vigilaba y hubiera querido asegurarse que permanecía oculto. Pero, como se había hecho daño al tropezar —ahora se agachaba a inspeccionarse el tobillo—, había decidido salir hasta la vía más fácil que le ofrecía el sendero.

Joanna no le veía más que la coronilla —parecía calvo— y los hombros poco prominentes. Iba vestido con alguna prenda oscura que tal vez hubiera elegido deliberadamente para pasar desapercibido en la oscuridad. Mientras lo observaba, el hombre se incorporó y empezó a avanzar sigilosamente camino abajo.

«Mantente en ese camino —lo animó secretamente Joanna—, síguelo allá donde te lleve y no te desvíes nunca».

Parecía que la iba a obedecer, pero de pronto volvió la cabeza de izquierda a derecha y se detuvo para mirar la pista de animales que salía en dirección al tejo —Joanna notó el corazón en la garganta—, pero luego, como si de pronto hubiera perdido el interés, el tipo hizo ademán de seguir adelante.

Justo en ese momento, Meggie se agitó, soltó un pequeño hipo que la hizo regurgitar un poco de leche y emitió un leve suspiro.

«No puede haberlo oído —se dijo Joanna—; está demasiado lejos».

Pero el hombre se había detenido. Se volvió con una lentitud infinita hacia el tejo, levantó la cabeza y miró hacia arriba, hacia la plataforma oculta entre el denso ramaje del árbol. Sólo entonces, cuando el peligro la acechaba realmente, Joanna apreció realmente la sabiduría de su gente, que la había hecho construir el refugio en un árbol de hoja perenne.

¡No te muevas!, se ordenó a sí misma. Y, desobedeciendo al instante su propia orden, alargó una mano hacia Meggie. La pequeña, ignorando el terrible drama que se avecinaba, percibió simplemente el olor particular de su madre. Y, como siempre hacía cuando se acercaba ella, gorjeó de felicidad.

Mientras Joanna observaba al hombre lanzándose por la pista, pensó: Qué ironía, ser delatado por el gemido de felicidad de un bebé.

Todavía había una esperanza. Se volvió para dirigirle a Utta una mirada furiosa de «¡No te muevas!» y volvió a espiar por el agujero.

Ahora el hombre estaba muy cerca, de pie, justo al lado del anillo protector que formaban las ramas externas del tejo. Parecía casi como si se mostrara reacio a penetrar bajo su denso follaje verde. Concentrando toda la energía en su pensamiento, Joanna le ordenó: «¡No te atrevas a entrar!».

Fue casi como si la hubiera oído. Soltó una leve risa —un sonido realmente horrible—, se agachó y, avanzando inclinado, volvió a incorporarse justo al lado del tronco.

Pero no podía subir hasta ellas, pensó Joanna, frenética, ¡no sin una cuerda! Y si iba a buscar una —a buscar más hombres, también, con toda probabilidad—, entonces ella y Utta podrían escapar cuando no estuviera.

Se hizo un silencio tan largo que Joanna pensó que ya se había marchado. Pero entonces, terriblemente cerca, se oyó su voz:

—Sé que estás ahí, mi hermosa doncella —dijo—. Y, por lo que oigo, tienes a alguno de tus malditos cachorros contigo, aunque no me dijeron que habías parido. De todos modos, los fuegos que te consumen aceptarán a tus vástagos, no temas.

Luego se oyó un susurro, repetido una, dos, varias veces; el tipo llevaba una cuerda consigo e intentaba engancharla en la rama más baja y así auparse.

Joanna oyó un sonido sordo detrás de ella: era Utta, que ahogaba su agonía con una esquina de la manta. Por un instante, las dos mujeres se miraron a los ojos. Luego Joanna miró a Meggie, que sonreía tranquilamente desde su cunita.

Aquello era la prueba de Joanna. De pronto lo supo, sin ninguna duda. Oyó las palabras de la Dómina en su cabeza: «Cuando llegue el momento, recuerda que lo que has hecho una vez puedes volver a hacerlo».

Entonces, sintiendo que el miedo la abandonaba al tiempo que tomaba la decisión, descendió de la plataforma en silencio y empezó a bajar por la escalera de

cuerda. Mientras sus pies descalzos iban localizando los toscos peldaños, pensaba en aquella otra vez, en aquella ocasión —que la Dómina debía conocer— en la que ya había actuado movida por el amor al otro. «Lo que has hecho una vez puedes volver a hacerlo».

Sí, la Dómina tenía razón. Y si ésa era la misión, y la Dómina lo sabía y había preparado a Joanna para llevarla a cabo, entonces debía de ser lo más apropiado.

Los últimos resquicios de dudas la abandonaron. De pie sobre la rama de la que solían colgar sus dos cuerdas de más arriba, desenrolló toda su longitud y se dejó caer hasta la rama de abajo. Se deslizó por la cuerda con demasiada rapidez y se quemó las palmas de las manos, pero la velocidad resultaba ahora esencial: él había logrado pasar su propia cuerda por la rama más baja, y ahora ya estaba empezando a atarla.

Entonces empezó a trepar.

Tercera parte:
ABADÍA DE HAWKENLYE
FEBRERO DE 1193



Capítulo 15

Tres días después de la muerte del padre Micah, ni Josse ni ninguna otra persona en la comunidad de Hawkenlye tenían idea de cómo había muerto.

Poco después del mediodía de aquel día, Josse se encontraba en el camino, frente a las puertas de la abadía, mirando a Gervase de Gifford, que se marchaba. Repasaba mentalmente toda la información que De Gifford le había dado sobre el grupo de forasteros. Los que ahora sabía que eran herejes.

Intentaba decidir exactamente cómo se lo iba a contar a la abadesa. Se le ocurrió que podía no revelarle la identidad del grupo; en realidad, ¿le haría algún daño no conocerla? Le había dado su palabra a De Gifford de que respetaría sus confidencias, aunque con la condición de que, así, no comprometería a nadie más. No decírselo a Helewise casi seguro evitaría la certera introducción de fricciones en su relación con ella, puesto que, por mucho que supiera que era una mujer justa y compasiva, también era la abadesa de Hawkenlye. Y, como tal, debía responder ante sus superiores en la jerarquía eclesiástica, quienes determinaban cuál debía ser su actitud ante la herejía y los herejes.

Así era. Suspiró profundamente. A pesar de lo que le dictara su corazón, ella obedecería las normas, como así lo había prometido. Y él se daba cuenta de que tenía que contárselo; por muy tentadora que resultara la opción de dejarla en la ignorancia, podía llegar a ponerla en peligro. Era bastante posible que también hubiera otros curas por ahí, como el difunto padre Micah, a la caza del hereje. Si alguno de ellos llegaba a Hawkenlye y descubría que la abadesa y sus monjas habían atendido a una hereje en la enfermería de la abadía, entonces ella, y probablemente también sor Eufemia y sor Calixta, serían castigadas severamente.

Ocultarle a la abadesa que Aurelia era una hereje seguramente la pondría en un compromiso.

Josse volvió a suspirar, cruzó de nuevo las puertas de la abadía y se dispuso a buscarla.

Metiéndose de lleno en la historia, le contó lo que De Gifford acababa de contarle.

—Son una comunidad de herejes —le dijo sin tapujos—. Algunos provienen de los Países Bajos, otros del sur, de algún lugar del Mediodía francés llamado Toulouse, o tal vez Albi. Por eso, el padre Micah los trató de una manera tan salvaje. Y la letra grabada en la frente de Aurelia no es una «A», sino una «H».

Durante unos instantes, Helewise permaneció sentada, mirándolo. Luego dijo en voz muy baja:

—Es una hereje.

—Así es.

Él había anticipado su sorpresa, hasta su asombro, pero la palidez que ahora le inundaba el rostro lo alarmó.

—Señora —dijo con ansiedad—, ¿puedo ofreceros un poco de agua?

—El agua no me va a hacer ningún bien —le espetó ella. Luego, con indignación en los ojos, exclamó—: ¡Los herejes dicen cosas terribles, *sir* Josse! ¡Afirman que Cristo no es divino! ¡Dicen que no hay un Dios verdadero, sino dos divinidades, una buena y una mala, y que este mundo y todo lo que hay en él es creación de la deidad siniestra! ¡Dios mío, si dicen que nuestra propia existencia aquí en la tierra no es más que un exilio hasta que nuestro cuerpo material muera y nos reunamos con nuestra alma!

—Pero... —Josse trató de interrumpirla, pero ella estaba en plena explosión, enojada por la terrible e hiriente difamación hereje del amado Hijo de Dios, a quien ella adoraba.

—¡Rechazan el matrimonio y el bautizo, ridiculizan al clero y dicen que cualquier hombre o mujer puede hablar a la divinidad sin necesidad de intermediarios! —siguió tronando—. ¿Cómo se supone que debe reaccionar un hombre de la Iglesia ante todo esto?

—Tal vez deberíamos...

De nuevo, Helewise lo atropelló:

—¡Pensad en la gente, *sir* Josse! ¿Qué será de ellos sin la protección constante del clero, que mantiene sus almas a salvo de la tentación? ¡Si cayeran en el pecado y no tuvieran el recurso de la confesión y el perdón de Dios, entonces, al morir estarían condenados a la maldición eterna! —Hizo una pausa, tratando de recuperar el aliento invertido en el esfuerzo, y luego, al cabo de un momento, dijo en un tono más calmado—. Es por eso por lo que no debe permitirse que la herejía se extienda. Porque llevaría directamente a que los hombres y las mujeres murieran en un estado de pecado, y no puedo creer que vos deseéis que un ser humano se presente ante el terrible juez sin haber podido reconciliarse mediante la penitencia, ni haberse reforzado a través de la Sagrada Comunión. —Resopló, desafiándolo con la mirada—. Aunque vos fuerais capaz de aceptar esa amenaza, desde luego, yo no.

—¿Qué pensáis hacer, mi señora? —preguntó él con frialdad—. Sabéis que hay una mujer hereje descansando en vuestra enfermería, donde vos misma contemplasteis sus heridas con ojos piadosos. ¿Iréis ahora a buscar al primer cura que tenga vela en este entierro en lugar del padre Micah y se lo contaréis? ¿Dejaréis que se lleven a Aurelia, la encarcelen y tal vez la condenen a la hoguera, sencillamente porque enfoca el controvertido tema de la fe de una manera distinta de la que vos y la Iglesia cristiana lo hacéis?

—¡No va a ir a la hoguera! —gritó la abadesa con furia—. Será... La van a... —sus palabras se agotaron—. Bueno, probablemente se limitarán a soltarla.

—Ya, y ¿cuánto tiempo creéis que resistirá? —le exigió él—. Está gravemente herida, tiene llagas infectadas, y está debilitada por la fiebre. Estamos en febrero, mi señora, por si lo habíais olvidado, y no encontrará comida ni nada de beber, ahora que los estanques y las corrientes están helados. ¡Y si se acerca a cualquier aldea e intenta

buscar refugio en cualquier cabaña, sus habitantes la denunciarán por miedo a que les quemem las moradas como castigo por acoger a una hereje!

La abadesa escondía ahora su sonrojado rostro entre las manos. Josse, en un acceso de compasión hacia ella, se acercó, dispuesto a ofrecerle su ayuda para idear una solución al dilema ante el que se encontraba.

Pero mientras lo pensaba, ella apartó las manos y le gritó:

—¡No puedo arriesgar la seguridad y la integridad de Hawkenlye! Si tuviera a cien herejes aquí, tendría que denunciarlos, ¡aunque eso supusiera enviarlos directamente a la hoguera por su traición!

—No me lo creo —dijo él de manera inexpresiva—. Os conozco lo bastante como para creerlos incapaz de tamaña crueldad.

—¡Niegan a Cristo! —vociferó—. ¡Escupen en la Cruz y profanan su sagrado nombre, del que se sacrificó por todos nosotros!

—¿Quién dice que hacen eso? —le respondió él a gritos. Advirtió que tenía los ojos llenos de lágrimas, pero estaba demasiado enojado como para que eso lo afectara.

—Los sacerdotes nos lo dicen —respondió ella muy seria—. Ellos saben estas cosas, las descubren, y su deber es informarnos de ellas.

Josse sabía que su argumento cojeaba, algo que ver con el hecho de que los sacerdotes transmiten su propia versión de lo que oyen o ven, pero justo entonces oyó un leve sonido que provenía del claustro, al otro lado de la puerta. Estaba a punto de salir a investigar cuando ella declaró:

—*Sir Josse*, no tengo alternativa. ¿Lo entendéis?

Él se volvió para mirarla de nuevo.

—Dadle a Aurelia unos días más —le imploró—. Dejad que reciba durante algunos días más la bondad y los cuidados de sor Eufemia y sor Calixta, hasta que esté lo bastante fuerte para salir de aquí y ya no corra un peligro tan inmediato. Nadie es consciente de que vos sabéis que es hereje... No le contaré a nadie que os lo he dicho.

—Pero lo sé —dijo ella con sentido del deber—. Y no está bien que os permita mentir.

—Dejad que yo me preocupe por mi propia alma —dijo Josse, brusco—. Y si os remuerde la conciencia, podéis hacer la penitencia más grande que se os ocurra cuando ella ya no esté.

Helewise lo miraba y, por una vez, él no era capaz de descifrar su expresión. Con el presentimiento —la esperanza— de que se estaba ablandando, le dijo a media voz:

—¿Qué creéis que hubiera hecho Jesucristo? ¿Habría echado él a una mujer enferma para que se las arreglara sola y cayera en manos de sus enemigos, o tal vez le hubiera dado amor y le hubiera curado las heridas?

—Se trata de una hereje que niega su divinidad —musitó la abadesa.

—Sigue siendo un ser humano —insistió él. Y con la esperanza de estar

utilizando las palabras indicadas, añadió—: Un nuevo mandamiento que os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado.

—Pero... —Helewise se interrumpió. A Josse le pareció, observándola con atención, que de pronto tal vez se había dado cuenta de que no había «peros».

Decidió que lo mejor sería dejarla sola para que pudiera reflexionar y susurró:

—Os dejaré que os lo penséis, mi señora. —Y salió de la estancia, cerrando la puerta cuidadosamente tras él.

Mientras caminaba por el claustro, sintió que había alguien moviéndose en la sombra.

—¿Quién hay? —llamó.

Una monja ataviada de negro apareció entre la penumbra, de la esquina en que dos brazos del claustro se unían formando un ángulo recto. Le dedicó una graciosa reverencia y, mientras se erguía, se encontró mirando a los ojos brillantes y azules de sor Phillipa:

—¡Hermana! ¿Cómo va el herbario de Hawkenlye?

—Bien, gracias, *sir* Josse. Aunque estos últimos días he tenido otra tarea que me ha impedido avanzar en mi trabajo.

—¿Sí?

—Sí. —De pronto, pareció dubitativa—. Pensé que tal vez lo sabríais.

—Pues no. ¿Qué es lo que estabais haciendo? —le preguntó él, con una sonrisa indulgente.

—Sor Bernardina pensaba que alguien había estado revolviendo los valiosos textos de la abadía —explicó la monja—. Me ordenaron hacer un inventario para ver si faltaba algo.

—¡No tenía ni idea! —Josse se preguntaba por qué la abadesa no se lo había contado; el robo de un manuscrito representaría un golpe nefasto para la abadía—. ¿Y habéis echado de menos algún documento?

—No, eso es lo más raro. —Sus rectas cejas se arquearon en una mueca—. Está todo lo que se supone que debe estar, todo lo que hay en el inventario, y sin daños, al menos por lo que yo he visto. No hay nada que haya sido robado, *sir* Josse, pero, en cambio, hay algo que ha sido añadido.

—¿Y qué es?

De debajo de su escapulario sacó un pequeño paquete, envuelto en tela. Tenía una forma rectangular, y la longitud de una mano grande de hombre, y tal vez unos dos tercios del ancho de la misma. Miró a ambos lados para asegurarse de que nadie los vigilaba, y luego abrió cuidadosamente la tela para que Josse viera lo que escondía.

Era un libro hecho de ocho o diez hojas de papel de vitela de calidad, encuadernadas por el lado izquierdo con una fina cinta de cuero cuidadosamente entretejida. La primera página estaba cubierta de letras, pero a Josse le resultaba imposible descifrar lo que decían, o en qué idioma estaban.

—Contiene algunas ilustraciones maravillosas —le murmuró sor Phillipa al oído,

tan cerca de él que pudo notar el tacto brusco de su toca almidonada rozándole la mejilla—. Mirad.

Con cuidado, tomó el manuscrito de sus manos y volvió una página o dos. De pronto, una vívida imagen saltó ante sus ojos, de unos colores tan vibrantes y un estilo tan dinámico que sus figuritas parecían moverse. Las observó: iban vestidas con túnicas negras y parecían estar formando un círculo, con los brazos levantados en una actitud de reverencia.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Josse, en voz baja.

—No tengo ni idea —musitó sor Phillipa—. No había visto imágenes como éstas en mi vida. Hay una extraña cruz —volvió otra página—, y hay otra ilustración terrible de dos mundos contrapuestos, uno lleno de luz y vida, el otro oscuro y repleto de seres extraños y deformes... ¡aquí!

Josse vio al instante a qué se refería. El mundo oscuro era un paisaje de pesadilla, de caos y miseria, con gente atormentada que parecía gritar y tirarse de los pelos. La naturaleza aparecía deforme y corrupta, enrevesada y cruel. El mundo de la luz, en contraste, estaba inundado de dulces nubes y un sol brillante, y en él predominaban los colores rosa, amarillo y dorado. Todo parecía etéreo y con una cualidad casi irreal, y los grupos de figuras casi humanas estaban pintados de manera vaga y soñadora.

—Son como... como ilustraciones de un cuento que sólo se recuerda a medias —comentó Josse, maravillado—. Yo tampoco había visto nunca nada similar, hermana. —Levantó la vista y la miró—. ¿Tenéis alguna idea?

—Al principio, no —respondió ella, de manera tentativa—. Pensé que tanto la caligrafía como las imágenes eran muy bellas, tal vez la obra más perfecta que haya visto en toda mi vida, aunque me inquietara su rareza. Pero luego recordé algo que mi padre me contó una vez sobre una religión que creía en dos formas distintas de existencia, una buena y otra mala, y me pregunté si esta pintura —señaló la página que Josse estaba todavía mirando— podía tener algo que ver con ella.

«Sí —pensó Josse—. Tenemos a una mujer hereje en la enfermería, a quien trajo el hombre que creemos que trabajaba como guardaespaldas del grupo. Una vez cumplida su misión, el hombre se esfuma. Pero imaginar que este manuscrito herético ha aparecido casualmente al mismo tiempo es, sencillamente, demasiado increíble».

Benedetto debía de haberlo escondido.

—¿Qué pensabais hacer con él, hermana? —preguntó Josse sin mirar a sor Phillipa a los ojos.

—Iba a llevárselo a la abadesa —respondió ella de inmediato—. Pero cuando estaba frente a la puerta los oí discutir. Lamento confesaros que los oí, y comprendí lo que provocaba que la discusión fuera tan acalorada —lo miró, con sus inquietos ojos azules—. *Sir Josse*, me temo que si hago lo que debería y le entrego este manuscrito a la abadesa, ella lo destruirá.

—Y la artista que lleváis dentro, sor Phillipa, se debate en protesta contra el lanzamiento de esta bella obra, que debió de costar a su creador muchísimas horas de

duro trabajo, a las llamas, ¿no es así?

—Sí. Pero ¿qué puedo hacer? No puedo volver a guardarlo donde estaba, ¿no? Prometí informar a sor Bernardina de cualquier cosa que faltara o que estuviera estropeada, pero, aunque no haya sido así, seguramente no estaría bien que volviera a dejar el manuscrito donde lo encontré y dijera que no falta nada.

—No lo sé —admitió él—. Estoy de acuerdo con vos en que no sería estrictamente honesto. Pero también creo que no hay que dejar que lo destruyan.

Permanecieron un rato en silencio. Josse era capaz de percibir su silenciosa llamada de ayuda.

—Me ocuparé de ello —dijo al cabo de un momento.

—Gracias. Dicen que sois un hombre en quien se puede confiar, y tienen razón.

Halagado, pero demasiado modesto como para atreverse a preguntar quien decía eso de él, Josse envolvió el manuscrito de nuevo en su tela de hilo.

—Tal vez podáis limitaros a informar a sor Bernardina de que no echasteis ningún manuscrito en alta y que habéis vuelto a colocar todos los documentos de Hawkenlye cuidadosamente en su sitio —le propuso—. Estaríais diciendo la verdad, sólo que con una pequeña omisión. ¿Puede vuestra conciencia soportar esa carga?

—Creo que sí. —La monja le dedicó una sonrisa radiante—. Y cualquier penitencia que tenga que hacer valdrá la pena con tal de ver a la pobre sor Bernardina aliviada de sus preocupaciones.

Repitió su graciosa reverencia, dio media vuelta y se alejó. Josse, escondiendo distraídamente el paquete entre los pliegues de su túnica, se preguntaba qué diantres iba a hacer con él.

Josse no se había percatado de que, mientras hablaba con sor Phillipa, Helewise había salido de su habitación y había cruzado hasta la iglesia de la abadía.

Ahora, a solas y de rodillas ante el altar, imploraba orientación: «No sé qué debo hacer, Señor —rezaba en silencio—. Ahora sé que la mujer llamada Aurelia es una hereje que ha sido castigada siguiendo los dictados de la Iglesia y que lleva la marca en la frente para advertir a los buenos cristianos que se guarden de ella. He jurado obediencia, y mi claro deber es denunciar su presencia entre nosotros a las autoridades eclesiásticas de inmediato.

»Pero, oh, amado Jesús, ¡está tan herida! Está enferma y sufre, y si hago lo que debo, sufrirá mucho más. Mucho más».

Durante unos momentos terribles, la mente de Helewise se llenó de imágenes de un ser humano quemándose en la hoguera, pero no intentó alejarlas. «Si entrego a Aurelia —se dijo— hay muchas posibilidades de que ése sea su destino. ¿Puedo hacerlo? ¿Condenar a una mujer que no ha hecho otro mal que creer en una imagen distinta de la divinidad?».

De la nada le pareció oír una voz: «Todos los dioses son un mismo Dios, y detrás de ellos está la única y mayor verdad».

Helewise esperó. De rodillas, quieta y en silencio, empezó a sentir cómo su

agitación se disipaba. Aguardó un poco más y una profunda paz se apoderó de ella.

Al cabo de un rato, abrió los ojos. Levantó la mirada al altar y preguntó:

«¿Es ésta tu respuesta, Señor? ¿Es esta paz que siento la respuesta a mi llamada? Aquí, arrodillada, empiezo a pensar que no debo entregar a Aurelia a aquellos que le harían daño, y de vos no oigo más que el silencio».

»¿Significa esto que lo aprobáis?».

Su sensación de paz continuó. Luego Helewise se vio a sí misma cuando De Gifford iba a buscar a Aurelia. Se vio saltando en defensa de la muchacha, gritando: «¡No os la vais a llevar!».

Era la reacción correcta, Helewise se daba cuenta, y la fuerza de su convicción le dijo que estaba en lo cierto. Permaneció algún tiempo así, de rodillas. Acababa de comunicarse con su Dios; él la había escuchado y le había dado lo que le pedía. Sintió que simplemente era justo darle las gracias.

Más tarde, cuando el resto de la comunidad había acudido a la hora nona y después de concluir el oficio, Helewise decidió cuál sería su siguiente paso.

Primero se dirigió a la enfermería. Sor Eufemia le confirmó que podía visitar a Aurelia, y Helewise entró y se situó junto a su cama, mirándola. La mujer estaba dormida; sor Calixta apareció junto a Helewise, le sonrió a modo de saludo y le explicó a media voz que Aurelia tenía todavía mucho dolor, por lo que le administraban un sedante con regularidad.

Helewise extendió la mano con mucho cuidado y sintió la piel caliente y tensa alrededor de la marca en la frente de Aurelia.

—¿Le quedará cicatriz? —le preguntó a sor Calixta a media voz.

—Eso creemos, sí, señora —respondió sor Calixta con el entrecejo fruncido—. La infección ya debía de ser bastante fuerte cuando llegó aquí. Sor Tiphaine le ha preparado un ungüento especial que ayuda a que la piel sana vuelva a crecer, pero tememos que le quedará marca. —De pronto, su rostro sereno se transformó en una mueca de amargura—. Es una salvajada hacerle algo así a una persona, ¿no creéis, abadesa? Fuera cual fuese el crimen que cometió, no creo que justificara provocar una agonía y un mal así.

—Estoy de acuerdo, hermana —asintió Helewise a media voz—. Nada lo justifica.

Luego, con un gesto de saludo a la joven monja, se apartó del lecho de Aurelia y salió de la enfermería.

Lo siguiente que hizo fue recoger a la yegua *Honey* en el establo, y marcharse a visitar de nuevo al padre Gilbert. Ahora que el padre Micah había muerto, sin cura todavía destinado a la comunidad de Hawkenlye, el padre Gilbert tendría que ejercer como tal, aunque yaciera todavía en su lecho de enfermo.

Él era la única persona a la que Helewise podía comentar las dudas que la corroían.

Encontró al padre sentado en su cama, con una taza de alguna bebida humeante

que olía deliciosamente sabrosa. Helewise, que se había saltado el almuerzo porque había estado rezando, sintió que le rugía el estómago. «Sufriré el malestar de contemplar cómo el padre se toma su caldo mientras yo soporto mi hambre —se dijo— en un gesto de penitencia por lo que estoy a punto de hacer. No tengo intención de mentir, pero tampoco de revelar toda la verdad».

Una vez hubo intercambiado algunas bromas con el padre Gilbert, le dijo:

—Padre, recuerdo que el padre Micah hablaba apasionadamente sobre las almas perdidas que deberían ser borradas y quemadas en el fuego eterno. ¿Podía, tal vez, estar refiriéndose a grupos de herejes?

—¿Herejes? —el sacerdote pareció sorprendido—. Supongo, sí, pero no sabía que hubiera alguno en nuestra región. Aunque, ahora que lo pienso, circuló un rumor... Oh, Dios mío, ese golpe en la cabeza me ha provocado cierta confusión. ¿Herejes, decís? ¿Por qué lo preguntáis, mi señora?

—Oh... —Se había preparado para la explicación, pero seguía sintiéndose incómoda y torpe, y estaba segura de que él sospecharía algo—. Bueno, se ha hablado de un grupo de herejes que visitan Inglaterra. Algunos han sido arrestados, creo, por el norte de Tonbridge. Sé algo de la herejía; sé que sus seguidores creen que hay dos mundos, uno bueno y otro malo, y que...

El padre Gilbert la interrumpió:

—Habláis sólo de una herejía, mi señora —explicó— la de los dualistas, cuando en realidad hay muchas, aunque la mayoría estén basadas en falsas ideas de los dualistas. Veamos: los arrianos desafiaban la divinidad de Cristo; los maniqueos decían que el hombre era diabólico pero que poseía una chispa divina que podía encenderse a través de una rigurosa observancia religiosa; los seguidores de Zaratustra creían en Ahura Mazda, la Luz Divina. La Mitra de los romanos era una variante, ya sabéis. —Asintió ligeramente con la cabeza, como confirmando sus propias palabras—. Luego están también los bogomiles, por supuesto. Son dualistas clásicos, que creen a pies juntillas en el credo de un dios bueno y uno malo. —La miró sonriente—. ¿He contestado adecuadamente a vuestras preocupaciones?

Ella le devolvió la sonrisa.

—Bueno, sí; en cierto modo, padre. Pero también me preguntaba qué debe hacer un buen cristiano si...

—¡Olvidé mencionar a los cátaros! —exclamó el sacerdote, interrumpiéndola—. Lo que ha sido un descuido importante, puesto que es una secta que está provocando muchos problemas a la Iglesia en este preciso instante. —Se acomodó en la cama, buscando una postura más adecuada—. La herejía cátara se está extendiendo de una forma más bien alarmante —declaró, en tono más bajo, como si estuvieran rodeados de montones de cristianos fascinados y a punto de apostatar intentando escucharlos—. Se autodenominan «los puros» (la palabra *kataros* en griego significa «puro»), y la suya es una visión especialmente pesimista del mundo dualista. A menudo se los llama maniqueos, pero en mi opinión, ambos términos se utilizan de una manera más

bien indiscriminada. —Parecía ligeramente molesto, como si tal falta de rigor resultara inexcusable—. Hace algún tiempo que la iglesia sabe de su existencia... oh, más de un siglo, me imagino. Y se han tomado medidas contra ellos desde hace prácticamente todo este tiempo. Para empezar, las autoridades luchaban con dureza para tratar de que los descreídos volvieran al redil, amenazándolos con la excomunión si insistían en su vil actitud.

—Pero si eran herejes, seguidores de una fe distinta, no creo que se tomaran esa amenaza muy en serio —comentó Helewise.

—Está claro, no lo hacían. —El padre Gilbert la miró con aprecio—. Se tomaron medidas más duras y algunos de los herejes abjuraron de su fe frente a la amenaza de castigos como el del agua. Luego ocurrió algo extraño: en Colonia, donde se estaba juzgando a un grupo de herejes, el pueblo llano decidió que las autoridades eclesiásticas estaban siendo demasiado permisivas, y cogieron a los herejes y los quemaron en la hoguera.

—¿Cómo reaccionó la Iglesia ante eso?

—Al principio, la violencia extrema fue condenada sin paliativos —dijo el padre Gilbert—. Al fin y al cabo, en aquellos tiempos, y os estoy hablando de hace casi cincuenta años, en Europa la inmensa mayoría del pueblo era fiel a la única Iglesia verdadera. Excepto, claro está, en el sur, en las tierras que creo que llaman del Mediodía. La Provenza y el Languedoc fueron tierra abonada para el catarismo, y al final la Iglesia terminó dándose cuenta.

—El Mediodía —trató de recordar ella—. Padre, ¿hay una ciudad llamada Albi, en el Mediodía? ¿O una llamada Toulouse?

—Sí, sí —dijo, alejando su pregunta con la mano, como si estuviera impaciente por volver a su narración—. Los cátaros también eran llamados albigenses porque Albi es una de sus plazas fuertes. ¿Por dónde iba? Ah, sí; en 1179 la Iglesia celebró un concilio en el que se decidió tomar medidas contra los cátaros. El deber de los fieles era a partir de entonces darles caza, y el tratamiento que éstos habían recibido en lugares como Colonia, Lieja y Estrasburgo empezó a extenderse.

Helewise estaba atónita. Lo que hasta entonces le parecía un problema personal —qué hacer con una mujer hereje que yacía en la enfermería de Hawkenlye—, ahora se revelaba como parte de algo infinitamente mayor.

Algo que, si el padre Gilbert no exageraba, estaba incendiando a Europa entera.

Seguía hablando, ahora de su concilio y del pronunciamiento, de la implicación papal y el posible interés del rey de Francia en una cruzada hacia el sur. Pero ella ya no lo escuchaba.

Al cabo de un rato, se levantó y dijo:

—Disculpadme, padre, si interrumpo vuestra interesantísima explicación, pero es hora de irme.

—Ah, claro, por supuesto. El deber os reclama. —El sacerdote le dedicó una sonrisa cariñosa—. Como siempre.

Pasó un momento comprobando que el padre estuviera cómodo —avivó el fuego y volvió a llenarle la taza con el caldo que se mantenía caliente junto a la chimenea— y luego se despidió.

Montó a *Honey* y cabalgó de vuelta a la abadía.

De Gifford le había contado a Josse —quien, a su vez, se lo había relatado a ella— que dos miembros del grupo de siete provenían del sur. De Toulouse o de Albi. Cada vez parecía más probable que los miembros del grupo fueran albigenses, también conocidos como cátaros. Una de las herejías de mayor expansión y más amenazadora a las que la Iglesia se había enfrentado jamás.

La abadesa azuzó a *Honey* con sus talones y, sintiendo a la yegua acelerarse hasta un alegre trote, Helewise pensó con tristeza que aquel dato alteraba bastante la manera en que debía tratar a la hereje de la enfermería de Hawkenlye.

Capítulo 16

Josse estaba pendiente en todo momento del manuscrito foráneo. Aunque resultaba del todo invisible para los demás, oculto bajo los pliegues de su túnica, tenía la sensación de que todos los miembros de Hawkenlye debían de saber lo que llevaba.

El texto había adquirido el misterioso carisma de lo prohibido.

Intentando pensar razonablemente sobre él, llegó a la conclusión de que el primer paso que debía dar era consultar con alguna persona culta y experta que pudiera decirle exactamente de qué se trataba. Tal vez el documento no fuera tan peligroso como pensaba; sencillamente porque no entendía el texto no era motivo suficiente para asumir automáticamente que era un documento herético.

A pesar de aquellas ilustraciones tan extrañas e inquietantes...

En la comunidad de Hawkenlye había algunas mujeres eruditas. Sor Emmanuel, por ejemplo, cuya misión principal era el cuidado de los monjes y las monjas ancianos que vivían en la casa de retiro de la abadía, tenía aspecto de ser muy competentes. Ayudaba a Helewise con los libros de la abadía, y tenía fama de ser todavía más culta que su superiora. Estaba también sor Bernardina, quien probablemente sabía de manuscritos más que nadie en la comunidad. A Josse le habría encantado enseñarles el manuscrito a alguna de ellas, o todavía mejor, a ambas.

Pero no era lo más indicado. Eran monjas antes que académicas y habían hecho voto de obediencia. Si Josse les consultaba sobre el manuscrito y éste resultaba ser algo incendiario, deberían ir directamente a denunciarlo a la abadesa. Y él sabía que todavía no era el momento de dejar que Helewise lo viera; tal vez jamás lo fuera, reconoció con tristeza. No, si había algún peligro de que ella ordenara su destrucción.

Mientras valoraba las posibilidades que tenía, Josse pensó en su contrincante en el juego de ajedrez en Lewes. Con él había compartido algunas horas de animada conversación, y el padre le había demostrado tener buenos conocimientos tanto de la época contemporánea como de la historia del lugar. Josse estaba convencido de que al menos sería capaz de arrojar un poco de luz sobre el origen de aquel manuscrito.

Pero la misma rigidez de la abadesa Helewise era aplicable al sacerdote, pensó Josse. El padre Edgar era un hombre de la Iglesia, y como tal respondía a una autoridad superior. Resultaba totalmente inconcebible que respondiera algo como: «Ah, sí, un tratado herético, bellamente escrito e ilustrado; ¿por qué no lo exponemos?». No. Él también lo echaría a la hoguera más próxima.

«Necesito a alguien cosmopolita que no deba más pleitesía a las autoridades eclesiásticas que cualquier otro», caviló Josse.

En su mente aparecieron entonces los De Clare.

Eran una familia ciertamente sofisticada; algunos de sus miembros habían tenido en algún momento contactos muy estrechos con la corte. Guillermo el Conquistador le había cedido tierras en Tonbridge a su principal seguidor, Richard Fitzgilbert,

además de las propiedades de Clare en Suffolk, de las que Richard tomó su título. Aunque más tarde se rebelaría contra el hijo de Guillermo, Guillermo Rufus —quien atacó y quemó el castillo de Tonbridge como respuesta—, su propio hijo, Gilbert, se convirtió más tarde en un buen amigo del segundo de Guillermo.

Se decía que había algún lazo de sangre entre los reyes normandos y los De Clare. Richard Fitzgilbert era hijo de Arletta de Falaise, la hija de un curtidor que más tarde se convertiría en amante de Roberto el Diablo, duque de Normandía, de quien tuvo un hijo. Y ese hijo sería después Guillermo el Conquistador.

El actual detentor del título De Clare era Richard FitzRoger, el tataranieta de Arletta. Era un barón poderoso y, como bien sabía Josse, un hombre importante en la corte.

Tal vez demasiado importante.

Pero ¿qué había de su sirviente, Gervase de Gifford?

Hacía algún tiempo que Josse no visitaba a su amiga Goody Anne, que regentaba la taberna de Tonbridge. Josse decidió que al día siguiente cabalgaría hasta allí, se regalaría un buen almuerzo con la excelente comida y cerveza de Anne, y haría unas discretas preguntas sobre De Gifford.

A la mañana siguiente se dirigió a Castle Hill. Hacía un día soleado y bastante cálido, con la promesa ilusoria de que tal vez la primavera ya estuviera de camino. Se dirigió a la taberna y fue recibido con calidez por Goody Anne. Después de sus habituales comentarios coquetos, le plantó una buena jarra de cerveza entre las manos y fue a buscarle un plato de estofado de cordero.

Como de costumbre, entablar conversación allí resultaba de lo más sencillo. Esta vez, Josse se limitó a volverse hacia el hombre que tenía al lado —un tipo fortachón de mediana edad que había estado bromeando con Goody Anne y cuyo rostro todavía reflejaba una radiante sonrisa— y le comentó el día tan bueno que hacía.

Durante unos minutos, tuvo que aguantar oír la opinión del hombre sobre el tiempo, y luego le dijo, mientras el tipo tomaba un buen sorbo de cerveza:

—El otro día conocí a un hombre de por aquí. Se llama De Gifford, y creo que es de los De Clare. Me pregunto si vos...

—Oh, sí, conozco a De Gifford —dijo el fortachón con aire confidencial—. Bueno, es una manera de hablar; de hecho, no lo conozco personalmente, pero sé quién es.

—¿Es nuevo en la zona?

—¿Cómo? ¿Nuevo? Yo no diría eso. Lleva bastante tiempo visitando el castillo con frecuencia. Pero si se alberga o no allí, eso no os lo puedo decir, amigo.

—¿Es una persona querida?

El macizo lo inspeccionó con la mirada.

—Bueno, es la ley, ¿no? No pueden tenerse preferencias con los representantes de la ley, que yo sepa.

—¿Es un tipo respetado?

De nuevo, la mirada desconfiada.

—Como os digo, representa a la ley. Es normal que un hombre respete al que está por encima de él, ¿no opináis así?

Josse empezaba a darse cuenta de que el aspecto cordial del fortachón era engañoso. Parecía que se divertiera con una buena broma y una jarra de cerveza, pero debajo de aquel exterior tan risueño parecía haber un cerebro perspicaz. Inclino la cabeza a modo de saludo y le dijo a Josse, con cortesía:

—Mi almuerzo está casi listo. Voy a aquella mesa a tomármelo.

Era un desaire tan claro como cualquier otro. Josse le deseó un buen día y se volvió hacia su jarra de cerveza.

Justo cuando acababa de saborear su estofado de cordero —exquisito—, una tranquila voz a su lado exclamó:

—He oído que preguntabais por mí, *sir* Josse. ¿Os puedo ayudar en algo?

Se dio la vuelta. Gervase de Gifford, impecablemente vestido con una túnica color Burdeos con ricas cenefas doradas, estaba detrás de él.

—¡Caramba, cómo corren los rumores! —observó Josse.

De Gifford se encogió levemente de hombros.

—Tuve la suerte de que alguien oyó que mencionabais mi nombre —dijo.

Había algo más, Josse estaba convencido. Probablemente había un hombre, o más de uno, pagado por De Gifford para tener los ojos y los oídos bien abiertos e informarle de cualquier cosa que pudiera ser de interés para el *sheriff*. Bueno, aquello tenía sentido; Josse sintió una admiración momentánea por la eficiencia de De Gifford.

—Quería hablar con vos —dijo Josse, con voz tranquila.

—Por supuesto, ¿de qué se trata? —preguntó el otro, escrutándolo con sus ojos verde claro.

—Eh... tiene que ver con la conversación que mantuvimos ayer.

De Gifford asintió con la cabeza, como reconociendo la diplomacia de Josse al no mencionar el tema de la misma.

—Entiendo. ¿Ha habido algo más?

—En cierto modo, sí, pero no en el sentido de que haya ocurrido algo nuevo. — Josse miró a su alrededor; la taberna estaba bastante llena y desde luego no era un lugar adecuado para sacar el manuscrito foráneo—. Traigo algo que quería mostraros —le dijo al *sheriff*, bajando la voz—. ¿Hay algún sitio privado al que podamos ir?

—Sí. Seguidme —respondió De Gifford.

Josse cogió su jarra y lo obedeció.

De Gifford lo condujo fuera de la taberna, camino abajo, y se internó en un estrecho callejón que pasaba por entre unas casas bajas de madera. El callejón estaba infestado de agua pútrida y basura, y Josse se dio cuenta de que De Gifford avanzaba con cuidado para no mancharse sus suaves botas de piel.

Pronto dejaron atrás la última de las viviendas. El aire mejoró rápidamente y

Josse vio que habían llegado a un sendero que bajaba hasta el río. De Gifford se dirigió a un lugar en el que un árbol caído proporcionaba un buen sitio donde sentarse; después de tomar asiento, dio unos golpecitos al tronco nudoso y dijo:

—Poneos cómodo. Hay poca gente que se acerque hasta aquí en esta época del año y, si alguien lo hace, lo veremos acercarse. Y ahora, ¿qué era lo que deseabais mostrarme?

Josse buscó en el interior de su túnica y sacó el paquete de tela. Lo desenvolvió y le ofreció el manuscrito a De Gifford, que lo cogió con las manos enguantadas.

Lo estudió durante un buen rato, volviendo las páginas de pergamino lentamente, observando la graciosa y regular caligrafía y las ilustraciones alegres y de vivos colores. Josse, impaciente por saber su opinión, apenas era capaz de reprimir la curiosidad.

Al cabo de un rato, De Gifford declaró:

—No puedo estar del todo seguro, pero creo que es un tratado cátaro. —Josse abrió la boca para decir algo, pero el otro levantó una mano—. Os lo ruego, *sir Josse*, no digáis nada: no quiero saber cómo ha llegado a vuestras manos. —Lo miró a los ojos—. Además, como os he dicho, no estoy seguro. Pero el texto está en la *langue d'oc*, la lengua del Mediodía. Describe una ceremonia, y esta ilustración —señaló la imagen del grupo de personas colocadas en círculo, con los brazos levantados en reverencia— es un retrato de los ritos ceremoniales. —Miró la ilustración un momento, y luego añadió—: Es exquisita, ¿no os parece?

—Sí.

Josse pensaba con rapidez. Estaba tentado de contarle a De Gifford toda la verdad; por alguna razón, confiaba en él. Y, aunque De Gifford se revelara *a posteriori* como un cristiano demasiado devoto como para guardar y conservar un documento herético, entonces Josse podría decir con toda honestidad que ni él ni nadie sabían con seguridad cómo había llegado a esconderse en la abadía de Hawkenlye. Eso debería garantizar la absolución, tanto suya como de la abadía, de toda culpa. Y, por mucho que lo intentara, sencillamente no era capaz de ver a De Gifford como un cristiano devoto y obediente...

—Fue hallado en el arcón de libros de la abadía de Hawkenlye —dijo entonces—. Una de las monjas creyó que alguien había manipulado los manuscritos que allí se guardan, y aconsejó una revisión. Esto se encontró oculto detrás de los otros manuscritos.

—Sin duda fue introducido clandestinamente en la abadía y ocultado por quien fuera que organizó la entrega de esa mujer, Aurelia, a la enfermería.

—No podemos afirmarlo con seguridad —se apresuró a decir Josse.

—No, desde luego que no —murmuró De Gifford. Luego, volviendo los ojos intencionadamente hacia él, preguntó—: ¿Por qué me lo habéis traído?

—Necesitaba que lo viera alguien culto, pero que no estuviera sujeto a la obediencia ciega hacia la Iglesia —explicó Josse.

De Gifford sonrió.

—Por una parte, me halagáis, pero por la otra me dejáis un poco perplejo. ¿Cómo es, *sir* Josse, que me consideráis un hombre potencialmente desobediente hacia nuestro clero?

—Yo... No quise decir exactamente eso. —Josse intentó pensar una buena manera de explicarse—. Supongo que sencillamente pensé que, como no sois sacerdote, ni monje, ni tenéis ningún vínculo con el clero, no estaríais sujeto a ningún voto o juramento y podríais opinar libremente.

—Muy agudo —dijo De Gifford, en voz baja—. Vuestra percepción de mí me honra. Desde luego, soy un hombre de opiniones propias, a veces en asuntos en los que tal libertad de espíritu resulta absolutamente desaconsejable. —Observaba a Josse mientras hablaba, y cuando hubo terminado, siguió mirándolo en silencio, como si pensara en la mejor manera de proseguir—. Creo que os compensaré la confianza con una de cosecha propia —dijo al cabo de un rato—. ¿Sabéis a quién presto servicio?

—Sí. Richard FitzRoger, de los De Clare.

—¿Y conocéis también los fuertes vínculos de esta familia con la Corona?

—Sí, sé algo de la línea normanda. Las tierras de mi padre están en Francia, y crecí al son de los cuentos del duque Roberto de Normandía y Arletta, su esposa. En mi país lo llamamos *le Diable*.

—El Diablo —asintió De Gifford.

—Arletta se casó con el conde de Brionne y fundaron la dinastía De Clare —prosiguió Josse—. Sé que han tenido sus diferencias con la Corona, pero, tal como yo lo veo, el vínculo de sangre siempre logra imponerse.

—Sí, así es. —Ahora De Gifford se miraba los pies embutidos en las botas, mientras dibujaba formas en el suelo de tierra—. El bisabuelo de Richard FitzRoger salvó una vez a Guillermo Rufus de un intento de asesinato. Y estaba al lado del rey en el New Forest cuando Rufus cayó. —De pronto, sus ojos brillantes e inteligentes volvían a mirar a Josse—. Sin duda, vos, que conocéis la fama del que llaman *le Diable*, sabéis también lo que se dice de sus descendientes que ocuparon el trono inglés...

—¿En qué sentido? —preguntó Josse, cautelosamente.

De Gifford soltó un leve gemido de impaciencia.

—Vamos, *sir* Josse, no me vengáis con remilgos. Estamos hablando con franqueza, sin testigos. Si *a posteriori* yo afirmara que me habéis hablado de temas de los que vale más no hablar, no sería más que mi palabra contra la vuestra. Lo que dicen de la familia del Conquistador es que adoran a los dioses antiguos.

—Conozco los rumores, es cierto —admitió Josse—. Pero nunca les he dado demasiado crédito. La Corona ha sido uno de los principales patronos de la Iglesia, y...

De Gifford suspiró.

—No podéis negar que el clero detestaba y desconfiaba de Guillermo Rufus. ¿Por qué creéis que era así?

—Porque...

Pero antes de que pudiera dar una respuesta, De Gifford ya se le estaba adelantando:

—¡Porque él no se arrodillaba ante sus altares! —respondió, contundente—. Oh, claro, se sometió a las ceremonias para respetar las formas. Pero ellos sabían perfectamente hacia adónde se inclinaba su corazón.

—¿Y vais a decirme que su buen amigo Gilbert de Clare compartía sus creencias? —preguntó hábilmente Josse—. ¿Qué, hasta ahora, la sombra de las viejas creencias planea sobre la familia?

De Gifford lo observó.

—No. Y no os lo diré. —Sonrió—. Sin embargo, sí puedo sembrar la duda en vuestra mente.

Pero Josse acababa de recordar algo y apenas lo escuchaba.

—¡Le dijisteis a la abadesa de Hawkenlye que no habíais ido a buscar a la mujer hereje! —exclamó—. ¡Dijisteis que vos mismo la habríais entregado al cuidado de las monjas si hubierais sabido dónde encontrarla!

—Sí, y así lo hubiera hecho. —La expresión de De Gifford era indulgente.

Josse sacudió la cabeza, asombrado.

—Pero ella ha infringido la ley —dijo—. Todos ellos lo han hecho.

—Han infringido la ley de la Iglesia —lo corrigió De Gifford—. Osan adorar a dios bajo una apariencia distinta de la que ordenan los hombres, hombres que no están mejor cualificados que cualquier otro hombre para decir que la divinidad es esto o es aquello, y no otra cosa distinta. Esos asuntos pertenecen a la conciencia de cada uno, ¿no es cierto?

—Yo... no lo sé. Ningún cura os daría la razón, eso seguro.

De Gifford se encogió de hombros.

—¿Y...? ¿Quién habla por vuestra conciencia, *sir* Josse? ¿Obedecéis sin cuestionarlas las órdenes que os da vuestro párroco? ¿traicionaríais a otro hombre, entregándolo a la Iglesia, para que lo castigaran por profesar una fe distinta de la vuestra?

Al cabo de unos instantes, Josse respondió:

—No, no lo haría. De hecho, no lo he hecho, puesto que sé a ciencia cierta que una mujer hereje descansa ahora en la abadía de Hawkenlye.

—Sí. No es necesario que me demostréis nada. Yo tampoco lo haría. *Sir* Josse, cuando inicié mi investigación de la muerte del padre Micah, ya sabía de la existencia de una banda de herejes, y sospechaba que su muerte podía tener alguna relación con ellos. No creo necesariamente que ellos lo mataran, pero, aunque hubiera sido así, debo mantener una actitud abierta sobre si fue asesinato o defensa propia.

—¿Defensa propia?

—El padre Micah los había amenazado de muerte. Si un hombre quiere mataros, *sir Josse*, ¿vos no trataríais de evitarlo?

—Pero él es... bueno, ¿era cura!

—Un cura fanático que profesaba una fe en la que los herejes no creen.

Josse reflexionó unos instantes.

—Cierto —dijo— lo comprendo. Si lo sacamos del contexto religioso, tan sólo es un hombre que amenaza de muerte a otro, y la víctima se defiende.

Con una sonrisa serena, De Gifford asintió.

—Exactamente.

Josse permaneció pensativo un momento. Estaba descubriendo que una cosa era sospechar que un hombre de ley, urbano y cosmopolita, no tuviera especial compromiso con la fe que se profesaba en su tierra, y otra totalmente distinta era tener esa sospecha confirmada.

Al cabo de un rato, levantó la mirada hacia De Gifford y dijo:

—¿Dónde creéis que se esconden?

—¿Los herejes? —De Gifford se encogió de hombros—. No tengo ni idea. Hay muchos sitios en el bosque donde podrían esconderse, aunque dudo que sobrevivieran al frío si no han encontrado algún tipo de refugio y han podido hacer fuego. Y es improbable que alguien los haya acogido en su hogar, puesto que, en caso de ser descubiertos, la casa podría resultar destruida. Esa cláusula concreta de las leyes del condado de Clarendon es, creo yo, muy conocida.

—¿No podrían haberse marchado de Inglaterra y haber regresado al lugar de donde provienen?

—Eso ya me lo he preguntado. Pero dudo que dejaran atrás a Aurelia. Es evidente que hay alguien que la quiere mucho, tanto como para haberse arriesgado a llevarla a Hawkenlye. Si el hombretón que la llevó hasta allí se hubiera quedado con ella después de entregarla a las monjas, sin duda alguien en la abadía habría insistido en ponerlo bajo custodia hasta que el asunto pudiera haber sido investigado.

—Pues sí, alguien lo hizo —dijo Josse, tristemente. De Gifford le dedicó una mirada compasiva.

—Ya veo —asintió.

Había algo a lo que Josse quería volver, algo que De Gifford había mencionado antes:

—Cuando examinabais el manuscrito, dijisteis que estaba escrito en la *langue d'oc* y que era un... ¿cuál ha sido la palabra que habéis usado?

—Cátaro. Sí, he dicho que creía que era un tratado cátaro.

—¿Y los cátaros son herejes?

—Ah, sí. Son probablemente la mayor espina clavada en el dorso de la Iglesia que todos esos grandes señores espirituales han visto jamás.

—No sé nada de ellos —confesó Josse—. ¿Podéis contarme quiénes son?

—Por supuesto —respondió De Gifford—. El catarismo es un credo dualista, y

sus seguidores creen que estamos aquí, en nuestra existencia terrenal, bajo el sufrimiento, apartados de nuestras entidades espirituales de los cielos contra nuestra voluntad. El deseo más ferviente de un cátaro es reunirse con su propio espíritu, y es por eso por lo que contemplan su vida en la tierra con tanta indiferencia y por lo que están dispuestos a acabar en la hoguera. Es por eso, casualmente, por lo que tampoco reconocen el matrimonio, puesto que procrear significa separar todavía otra alma de su espíritu y llevarla a la tierra para soportar la vida aquí.

—Si no se casan y no tienen hijos —preguntó Josse—, ¿cómo pretende continuar, la secta?

De Gifford sonrió.

—No creo que seguir en la tierra les preocupe demasiado. Pero, de hecho, muchos de ellos se han casado y han tenido hijos antes de convertirse en *parfaits*.

—¿*Parfaits*?

—Perfectos. Puros. En hombres y mujeres que se abstienen de mantener relaciones sexuales, que no comen carne ni alimentos de origen animal, nada de lo que nace a partir de la paternidad o el coito. No matan ni a hombres ni a bestias. Hacen un juramento de honrar todas estas obligaciones que lleva por nombre «*consolamentum*». Una vez hecho el juramento, el hombre o la mujer se convierten en Perfectos.

—Y entonces, ¿es posible creer en la fe sin hacer el juramento?

—Sí. A los que así creen se los llaman adherentes. Son aceptados como tales por los Perfectos y pueden tomar el *Consolamentum* cuando se sienten preparados. Tengo entendido que es bastante habitual que las parejas casadas vivan como adherentes hasta que su fervor religioso supera su pasión física, en cuyo momento superan los placeres de la carne y hacen el juramento.

Josse, intentando asimilar todo lo que De Gifford le estaba contando, se sentó lentamente y sacudió la cabeza.

—¿Son... vos creéis que son buenas personas? —preguntó al cabo de un rato.

—Una pregunta interesante —observó De Gifford—. Sí, lo creo. Y también lo creen, si me permitís añadirlo, algunos de los prelados más poderosos de la Iglesia católica. Los cátaros llevan una existencia pura, exenta de violencia e hipocresía, trabajan duro y se cuidan entre sí con ternura y diligencia, que es más de lo que se puede decir de muchos cristianos —le dirigió una mirada a Josse—. Hasta de buena parte del clero.

—Hum. —Había algo más que Josse quería saber—. ¿Por qué han venido a Inglaterra? ¿Qué lleva a esas siete personas, sean o no cátaros, a viajar a una tierra desconocida, sin saber cómo van a ser recibidos, en mitad del invierno?

—Han venido como evangelistas —dijo De Gifford—. Y creo que, de hecho, podemos asumir que son cátaros. La secta ha estado atrayendo a muchos conversos en los países del otro lado del canal, y supongo que pensaron que podían hacer lo mismo aquí.

—Ahora entiendo que el padre Micah los tratara con tanta dureza —señaló Josse.

—Tenía miedo —explicó De Gifford—. Sin duda había sido informado por sus superiores de la situación en los Países Bajos, en Alemania y en Francia. A pesar de los castigos, puesto que muchos cátaros han muerto ya en la hoguera, la secta gana adeptos día a día.

—¿Vencerán? —Josse se dio cuenta de que acababa de formular la pregunta en términos militares, como si él y De Gifford estuvieran hablando de una guerra.

—No lo sé. —De Gifford parecía preocupado—. No están venciendo, por utilizar vuestra palabra, en el norte de Europa. Pero las cosas son muy distintas en el sur. La cultura relajada y multicolor del Mediodía francés se adapta perfectamente a la fe cátara, y de hecho muchos miembros de la secta están viajando al Languedoc porque es el único lugar en el que pueden estar seguros de que serán bien recibidos.

—Dijisteis que uno de nuestros siete herejes es del Mediodía.

—Sí. Dos, de hecho. Guiscard y Aurelia. Supongo que fueron enviados a los países del norte para extender la palabra entre los cátaros existentes de que se fueran hacia el sur, y para tratar de convencer a otros de que se convirtieran y se marcharan también.

—Su misión aquí no ha sido precisamente un éxito —señaló sobriamente Josse—. Tuvieron la desgracia de toparse con el padre Micah. Dijisteis que no se marcharían sin Aurelia —le recordó a De Gifford—. ¿Estáis pensando en vigilarla y aprehenderlos cuando vayan a buscarla?

De Gifford emitió un suspiro exasperado.

—*Sir Josse*, para un hombre de vuestra categoría, sois excesivamente lento —le dijo cortante—. Lejos de aprehenderlos, como vos decís, los ayudaré a escapar.

—Pero... pero ¿por qué?

—Porque, como tan bien observabais hace un rato, no tengo ningún compromiso con la Iglesia y tengo mis propias ideas. Siento una profunda admiración por la secta cátara y no pienso permitir que ninguno de esos hombres y mujeres vayan a la hoguera por su fe. Si los protejo, puede que no tengan que sufrir esta tortura; no lo sé. Pero siempre que exista alguna posibilidad, no haré nada para propiciarla.

Permaneció unos instantes contemplando a Josse, como si estuviera pensando si hablaba o no. Al final pareció haber tomado la decisión y dijo:

—*Sir Josse*, intentaré hacer todo lo que esté en mis manos para lograr que crucen el canal y se pongan de camino a ese lugar del sur en el que estarán sanos y salvos; ¿puedo contar con vuestra ayuda?

Por la mente de Josse pasó la imagen de otra fidelidad previa. Vio a la abadesa, alterada, con la cara ruborizada por la pasión de sus convicciones.

Hablándole en silencio, dijo: «Helewise, mi querida amiga, en este instante creo que estáis equivocada. Si algún día llegáis a descubrir lo que estoy a punto de hacer, espero que sabréis perdonarme el dolor que os pueda causar».

Entonces, volviéndose hacia De Gifford, dijo:

—Sí, podéis contar con ella.

Capítulo 17

Cuando Josse cabalgaba por el sendero largo e inclinado de la ladera de regreso a Hawkenlye, comenzó a nevar. Al principio, de manera moderada: un remolino de copos ligeros revoloteando por el aire y asentándose apenas. Pero la tarde era muy fría y era probable que aquella nevada inicial presagiara algo peor antes del anochecer. Josse anhelaba llegar al sencillo confort de la residencia de los frailes en el valle, y poder sentarse ante la calidez de una chimenea. No envidiaba en absoluto a cualquier alma perdida que anduviera errando en los bosques al caer la noche.

Almas perdidas. Su mente debía de estar preguntándose inconscientemente por el misterio de la muerte del padre Micah, puesto que aquéllas eran las palabras que el cura había utilizado. Antes de morir andaba preocupado por un noble que se había olvidado de la ley divina —bueno, ahora Josse sabía de quién se trataba; era el señor de High Weald, en su fortaleza de Saxonbury—, y por algunas almas perdidas que iban a ser condenadas al fuego eterno.

Sin duda, el padre Micah se refería a los cátaros. Parecía probable, a la luz de todo lo que Josse sabía ahora de él, que hubiera estado pensando en una versión terrenal del fuego del averno para deshacerse de aquel grupo.

¿Dónde estaban ahora?

Meditando la cuestión mientras, con la cabeza gacha, avanzaba por el sendero, Josse pensó que De Gifford estaba probablemente en lo cierto cuando dijo que debían de seguir en la región. Una de ellos yacía todavía enferma en Hawkenlye, y todo lo que Josse acababa de aprender sobre los cátaros le hacía inclinarse a favor de la suposición de De Gifford, de que los demás no iban simplemente a desaparecer y abandonarla.

—Arnulf, Alexius, Guiscard —dijo Josse en voz alta—. Benedetto, que llevó a Aurelia a la abadía; Frieda, que murió en la mazmorra. ¿Quién más? Ah, sí, y Utta, sobre la que sabemos todavía menos que el resto del grupo.

Si esperan a que Aurelia esté lo bastante recuperada para viajar antes de venir a buscarla, entonces deben de estar relativamente cerca. Tendrán que enterarse de cómo está, de si está recuperando sus fuerzas, de cuándo estará lista para viajar. ¿Cómo lo harán?

Tenía muy presente el Gran Bosque, una presencia silenciosa, oscura e inquietante que se levantaba a su lado mientras cabalgaba. Había lugares dentro de su corazón secreto en los que hombres y mujeres acampaban. Algunos vivían allí permanentemente. Mag Hobson lo había hecho, en su linda cabañita con su jardín de plantas aromáticas y su riachuelo. La gente del bosque también vivía allí, aunque, por lo poco que Josse sabía de su vida y sus costumbres, estaba bastante seguro de que se trasladaban constantemente y evitaban permanecer más de una semana seguida en el mismo lugar.

¿Era allí donde se escondían los cátaros?

«Que Dios los ayude —pensó Josse con emoción— si es así».

Mientras *Horace* se encaramaba por la pendiente, Josse dejó volar la mente. Sentía, como le ocurría a menudo, que había ojos invisibles que lo vigilaban desde el bosque. De pronto recordó estar junto al señor de High Weald en su patio, consciente de alguna manera de que lo vigilaban de cerca.

Sí, Saxonbury era un lugar perturbador. Allí arriba, sobre la loma, había antiguos senderos y terraplenes por todos lados; apenas sorprendía, por tanto, que se hubiera sentido tan turbado. Y eso fue antes de que el lord empezara a cebarlo con cerveza con generosidad y entusiasmo.

Su atención errante se introdujo de pronto en una zona de su mente de la que se había olvidado. Era otro recuerdo de aquella visita a Saxonbury, y era también, se daba cuenta ahora con sensación de triunfo, aquella pequeña inquietud que llevaba tanto tiempo tratando de visualizar sin éxito.

Hasta entonces.

Había recordado las voces. Aquella voz que hablaba en una lengua extranjera, la que presupuso que pertenecía a la esposa turca del lord, aquejada de dolor, hablando a sus sirvientas. Había sabido que había algo que fallaba en su recuerdo, y ahora sabía lo que era.

También había oído una voz masculina que hablaba en aquella lengua foránea.

«Sí —pensó Josse, azuzando a *Horace* para acelerar su ritmo—, debe de ser que uno de los hijos del lord habla el idioma de su madre. Pero también podría no ser eso».

Mientras evaluaba las implicaciones de su revelación, otra le vino a la cabeza con una fuerza igual o superior. Todos habían asumido que el padre Micah había hablado de dos misiones distintas. Pero ¿y si eran una y la misma?

Levantó los ojos al cielo. Parecía que las nubes de nieve anticiparían la oscuridad de la noche, pero, aun así, estaba convencido de disponer de tiempo para pasar por Saxonbury y regresar a Hawkenlye antes del anochecer. Volvió a azuzar a *Horace* al alcanzar la cima de la pendiente, y el caballo emprendió un buen trote. El suelo estaba duro y ahora el sendero discurría recto y llano; si se apresuraban, llegarían bien.

Quienquiera que fuera que estuviera de guardia en Saxonbury debía recordar la orden del lord de dejar entrar a Josse siempre que fuera de visita, puesto que ya cuando *Horace* se acercaba trotando a la puerta, con los flancos palpitantes y sudando copiosamente, ésta se abrió y una voz dijo:

—Buenos días tengáis, *sir* Josse d'Acquin. El señor os espera.

El guarda debía de haber estado vigilando atentamente la pendiente hasta la cima de la colina, pensó Josse. Estaba impresionado por la diligencia con la que el lord había organizado la vigilancia y la protección de sus dominios.

El lord estaba, ciertamente, esperándolo, de pie en medio del patio con una gruesa capa de piel sobre los hombros.

—Habéis tenido una dura cabalgata —observó—. Estoy intrigado respecto al asunto urgente que os ha llevado a regresar con tan mal tiempo. Pero, antes de que entremos y me lo contéis, llamaré a uno de mis hombres para que se ocupe de vuestro caballo.

Extendió una de sus enormes manos y dio unas palmaditas al cuello empapado de *Horace*; el caballo gimoteó una respuesta cariñosa.

—Os lo agradeceré —dijo Josse, mientras bajaba del lomo del animal.

Un joven acababa de salir apresurado de lo que parecía ser un establo y tomó las riendas de manos de Josse con una sonrisa.

—Vuestro caballo estará en buenas manos —murmuró el lord. Al mirarlo, Josse advirtió que estaba sonriendo, como si recordara algo gracioso—. ¡Venid! —dijo, dando una palmada a la espalda de Josse—. Entremos en mi salón; allí os podréis calentar. Pediré un poco de cerveza y...

—¡No! —protestó Josse. Luego, recordando la cortesía, añadió—: Gracias, pero en mi última visita encontré que vuestra cerveza era tan buena que no supe parar a tiempo.

—Ah —dijo el lord, con un brillo claro en los ojos.

El salón estaba vacío. Pero, de nuevo, Josse tenía la intensa sensación de que alguien lo vigilaba. Sin embargo, ahora estaba bastante más seguro de saber por qué y quién lo hacía.

El lord le indicó una butaca junto al fuego, mientras él mismo se acomodaba en otra. Fijó sus brillantes ojos azules en Josse y dijo:

—¿Y bien?

Mientras cabalgaba hasta Saxonbury, Josse había decidido que sólo el enfoque directo tenía opciones de sacar alguna ventaja del lord. Y aun así, las opciones no eran muy buenas.

«De todos modos —se dijo— ya que estoy aquí, haré todo lo que pueda». Miró al lord a los ojos y dijo:

—La última vez que estuve aquí oí voces que hablaban en una lengua extranjera. Asumí que se trataba de vuestra esposa, que hablaba con alguna mujer de su país. También oí el grito de dolor de una mujer y, de nuevo, asumí que se trataba de vuestra esposa, que me dijisteis que se encontraba delicada de salud. Y ahora os pregunto, señor, ¿sufre dolores?

El lord lo miró directamente.

—No más que cualquier otra mujer mayor —respondió—. U otro hombre mayor, para entendernos. —Se acomodó en su butaca y se puso una mano en los riñones—. El frío intensifica el dolor en las articulaciones, ya lo sabéis. Yo sufro molestias de columna cuando sopla el viento del este, un dolor que es como un diablo pinchándome con una hoz. Mi mujer nació y creció en un clima más cálido, de modo que lo que más le afecta es nuestro frío polar. En invierno no sale de casa.

—Ah, entiendo. —¿Se trataba o no de una confirmación? Decidido a escarbar un

poco más, Josse dijo—: Es muy posible, lo sé, que mi primera suposición fuera la correcta y que fuera vuestra esposa a quien oí. Pero también oí una voz masculina que le respondía en la misma lengua extranjera. ¿Habla alguno de vuestros hijos o sirvientes el idioma de vuestra esposa, señor?

—Uno de mis hijos sabe algunas palabras. Rara vez, mi esposa habla su idioma. A veces incluso pienso que se le ha olvidado.

Ahora, el regocijo en los ojos del lord era evidente, y la sonrisa que intentaba reprimir se estaba llevando lo mejor de él.

—Entonces, si me lo permitís —dijo Josse, con más confianza de la que realmente sentía—, os sugeriría otra explicación para esas desconcertantes voces que oí, una explicación que, de ser acertada, también valdría para justificar el motivo por el que siento que unos ojos ocultos vigilan de cerca cada uno de mis movimientos cuando estoy en vuestra casa.

—Adelante, por favor. Será un placer escucharos —el lord hizo un gesto expansivo con la mano.

Josse suspiró profundamente y declaró:

—Sé que hay un grupo de herejes en la región. En un principio eran siete, pero uno de ellos fue encarcelado y ha muerto, y de otro no se sabe nada desde hace algún tiempo. Del resto, una mujer está siendo atendida por las monjas de Hawkenlye de unas heridas severas en la espalda y la frente. Fue marcada con un hierro candente y flagelada, al igual que la mujer que murió en prisión. Ahora, a menos que hayan muerto, los cuatro hombres del grupo deben de haberse procurado un refugio. En algún lugar no muy alejado de Hawkenlye, de modo que puedan tener fácil acceso al estado de salud de Aurelia e ir a buscarla cuando esté lista para viajar. —Hizo una pausa, miró brevemente al rostro impaciente del lord y prosiguió—. En algún lugar en que el amo de la casa no tema a la ley que dice que aquel que albergue a herejes verá su casa incendiada hasta la ruina. En mi opinión, señor, Saxonbury se ajusta en ambos extremos a la imagen que acabo de dibujar.

Se hizo un largo silencio, durante el cual Josse se sintió incómodo ante el intenso escrutinio al que lo sometía su interlocutor. Empezaba a lamentar su sinceridad y a desear haber tomado la precaución de decirle a alguien adónde se dirigía, cuando, finalmente, el lord se decidió a hablar.

—Habéis sido honesto conmigo, *sir* Josse —dijo, mientras se levantaba—. Esperad aquí.

Josse oyó los fuertes pasos del lord cruzando el salón y perdiéndose en algún lugar distante. Miró al fuego, contemplando cómo danzaban las llamas, tratando de no pensar lo peor. «Tengo mi espada —se dijo— y tal vez pueda defenderme si sólo están el lord y uno o dos de sus familiares en casa...».

Entonces, el lord volvió. Ya no venía solo. A su lado había un hombre ataviado con una túnica larga y negra y un cinturón de cuerda. Tenía una herida en la frente y se mantenía muy rígido, como si alguna otra herida le molestara al moverse. Tenía

unos treinta años, tal vez un poco más, el rostro ancho y rechoncho, los ojos pardos y el pelo castaño y canoso. Parecía desconfiado, pensó Josse.

Al tiempo que se levantaba, Josse dijo:

—Soy Josse d'Acquin. Si sois quien creo que sois, por favor, comprended que no os deseo ningún mal y que os ayudaré en todo lo que esté en mis manos.

El hombre se acercó entonces a él, mirándolo a los ojos como si tratara de leer en su corazón si decía la verdad. Al cabo de un momento, con un fuerte acento, declaró:

—Yo soy Arnulf. Me inclino a creerlos y confío en vos, puesto que, como me ha contado el lord, habéis venido aquí a comentar vuestras sospechas, en lugar de acudir a un cura fanático.

—El padre Micah ha muerto —dijo Josse, a media voz.

—Lo sé. El lord me lo dijo. Yo no lo maté.

—Me han dicho que en vuestra secta no matáis.

—Es una gran verdad —respondió Arnulf, cauteloso—. Aunque cualquier hombre sería capaz de matar para salvar la propia vida.

—Un asesinato de esa índole no se contempla como homicidio bajo las leyes de esta tierra. —Josse pensaba en De Gifford—. Cuando se trata de matar o morir, los que tienen autoridad sobre nosotros actúan de manera razonable.

Los ojos marrones de Arnulf contemplaban a Josse con atención:

—No sé quién mató a vuestro cura, *sir* Josse. Ésta es la verdad.

—Os creo —lo tranquilizó Josse—. Pero no es por eso por lo que he venido. He venido a ayudaros.

La mirada intensa de Arnulf se mantuvo durante un momento más. Luego, con un suspiro, dijo:

—Acepto vuestra ayuda, *sir* Josse. En realidad, necesitamos la colaboración de gente buena. —Se volvió y le dirigió una breve sonrisa al lord—. Si no hubiera sido por el lord, Alexius, Guiscard, Benedetto y yo probablemente habríamos muerto, y Aurelia también. Uno de sus hijos nos encontró refugiados en una zanja, debajo de la cima de la colina, Aurelia deliraba y nosotros tratábamos infructuosamente de aliviarla. El propio lord vino a buscarnos, y ha protegido nuestro secreto desde entonces.

Josse asintió:

—Así es, y no os creáis, Arnulf, que me reveló vuestra presencia aquí. Yo... —Se detuvo. Afirmar que lo había descubierto por sí mismo sonaría poco modesto—. Bueno, no lo hizo —concluyó bruscamente.

Arnulf volvió a sonreír rápidamente.

—Me han dicho que sois un hombre que tiene los ojos y los oídos bien abiertos —comentó—. La vez anterior que estuvisteis aquí, oísteis a Aurelia sollozar por la fiebre y el dolor, y a su marido, que trataba de calmarla.

—Pensaba que no creáis en el matrimonio.

Arnulf lo miró con interés.

—¿Sabéis cosas de nosotros?

—Algunas. Si es que en realidad sois cátaros —Arnulf asintió, confirmándose—, entonces me han dicho que estáis aquí en la tierra soportando el sufrimiento, que anheláis la muerte para reuniros con vuestros espíritus, que no os casáis y que os abstenéis de... eh, de los asuntos de la carne.

Ahora la sonrisa de Arnulf se había convertido en un destello radiante.

—Básicamente es así —admitió—, aunque tal vez a ese esqueleto desnudo que presentáis podría sentarle bien un poco de carne. En cuanto al matrimonio, Aurelia y Guiscard eran pareja antes de incorporarse a nuestro grupo. Y, aunque es cierto que nuestra mayor ambición es reunirnos con los espíritus, somos lo bastante humanos como para conservar emociones como el amor y la confianza. —Con sobriedad en los ojos, Arnulf prosiguió—: Guiscard no estaba dispuesto a perder a su amada esposa. Por tanto, hemos hecho todo lo posible por prolongar un poco su vida.

—¿Todos los de aquí, los cuatro hombres? —preguntó Josse.

—Sí. De Benedetto creo que ya habéis oído hablar.

—Así es, sé que llevó a Aurelia hasta Hawkenlye y luego desapareció. Ella se recupera bien, por cierto.

Arnulf sonrió.

—Lo sé, pero gracias por decírmelo.

Dejando de lado la interesante pregunta de cómo lo sabía, Josse siguió con sus pesquisas:

—Vos, junto con Alexius, estuvisteis en prisión y fuisteis rescatados por Benedetto, ¿no es así?

—Sí.

En voz más baja, Josse preguntó:

—¿Fue él quien mató al carcelero?

—Fue él. —Arnulf suspiró—. Fue un caso de esos de los que hemos hablado antes. Alexius y yo íbamos a ir a la hoguera. El *hombre negro*, ese al que vos llamáis padre Micah, había determinado que era un riesgo demasiado alto que nos dejaran con vida, puesto que, como muy bien dedujo, yo no tenía intención de cesar mi misión evangélica. —Miró a Josse con atención—. Entonces yo estaba perfectamente conforme con morir. Pero Alexius es todavía un muchacho y aún no ha recibido el Consolamentum; ¿sabéis lo que es? —Josse asintió—. Yo no quería que muriera tan joven y sin estar preparado. Benedetto vino a rescatarnos y el carcelero intentó luchar contra él. Benedetto no es consciente de su propia fuerza; es un hombre muy simple. En realidad, no comprende nuestra fe; ninguna fe, diría yo, pero se muestra devoto con nuestro grupo. Creo que somos lo más parecido a una familia que jamás ha conocido, pues arrastra a sus espaldas una triste tragedia. Fue un niño gordo, poco agraciado y de pocas luces, a quien su agobiada madre no quería, atormentado sin piedad por los demás niños. Cuando alcanzó la edad adulta se puso a trabajar para un hombre que lo utilizaba como quien usa a un animal. La única mujer a la que amó y

que le dio la esperanza de ser correspondido con los mismos sentimientos lo traicionó. Luego nos conoció a nosotros. —Arnulf hizo una pausa, con una expresión de gran dolor en el rostro—. Sería capaz de defendernos a cualquiera de nosotros con su propia vida. Él sólo quiso someter al carcelero, pero apretó con demasiada fuerza. Creedme, *sir Josse*, Benedetto ha sufrido una agonía inmensa de remordimiento.

—Entiendo. —Todo el remordimiento del mundo no sería capaz de devolverle la vida al carcelero, pensó Josse—. ¿Qué fue de Guiscard?

—Después de ser castigados, Aurelia y él fueron abandonados a su suerte —explicó Arnulf, en un tono de voz neutro—. Imagino que el hombre negro calculaba que no sobrevivirían demasiado tiempo, puesto que ambos estaban muy débiles. Pero, de nuevo, Benedetto los localizó y se encargó de ellos. Se las había arreglado para reunirnos a todos y procurarnos un refugio en las tierras del lord, cuando fuimos descubiertos.

—Había dos mujeres más en el grupo, ¿qué fue de ellas?

—Utta y Frieda eran amigas que se incorporaron juntas a nuestra secta en su ciudad de origen, Lieja. Fue allí donde yo las conocí, y también al joven Alexius. Yo procedo también de los Países Bajos, pero llevaba tiempo viajando por el sur. Conocí a Benedetto en Verona; Aurelia y Guiscard se unieron a nosotros cuando volvíamos hacia el norte. Habían sido enviados en busca de otros cátaros, para intentar convencerlos de que regresaran al Mediodía. Su hogar está en esa región.

—Donde son más tolerantes que en el norte —señaló Josse.

—Sí. Veo que estáis bien informado. Utta y Frieda también fueron flageladas y marcadas, y luego metidas en un carro cargado de criminales que eran mandados a una cárcel distinta de la que estábamos confinados Alexius y yo. De camino hubo algún altercado; no sé muy bien los detalles porque Benedetto estaba confundido, pero parece como si alguien del grupo hubiera intentado aproximarse o intimar durante el recorrido. Fuera como fuese, hubo una pelea, durante la cual echaron a Utta del carro. Mientras los representantes de la ley aporreaban a cualquiera que se interpusiera en su camino, ella tuvo la sangre fría de cubrirse el rostro con el velo y esfumarse. Más tarde, cuando se dio cuenta de que Frieda también había sido echada, intentó buscarla. Pero, para entonces, Benedetto ya la había encontrado y no la abandonaría.

—¿Y dónde está Utta, ahora? —preguntó Josse, impaciente.

Arnulf cerró los ojos, mientras sus labios se movían como si estuviera rezando en silencio.

—Ninguno de nosotros lo sabemos —dijo, apesadumbrado—. Benedetto le encontró un escondite, donde la dejó mientras intentaba averiguar adónde se habían llevado a Frieda. Pero no lo consiguió, y cuando volvió a por Utta, ella había desaparecido. —Y con dolor en los ojos, añadió—: todos lloramos por ella. Benedetto, que se considera culpable tanto de su pérdida como de la muerte de Frieda, casi ha enloquecido de dolor.

—¿Qué pensáis hacer ahora?

—Mi plan, de momento, es esperar aquí, bajo la protección del lord —le dirigió una mirada de agradecimiento al señor de High Weald, que permanecía observándolo y escuchándolo atentamente—, hasta que tengamos la confirmación de que Aurelia está lista para viajar. Entonces nos pondremos en marcha hacia la costa y buscaremos algún medio para cruzar el canal. Luego nos dirigiremos al Mediodía.

—¿Y Utta?

—¿Vos qué proponéis? —El enojo repentino de Arnulf sorprendió a Josse—. El lord ha mandado varios grupos a buscarla, pero es una tarea imposible. Vos debéis de conocer estos parajes mucho mejor que yo, *sir* Josse, ¿no os dais cuenta de mis dificultades?

—Sí, por supuesto —asintió Josse—. También se me ocurre una manera para ayudaros. Dejadme que intente encontrar a Utta. Como vos suponéis, conozco bien estas tierras. Conozco sus escondites, bueno, algunos, y estoy familiarizado con... —se dio cuenta de que era mejor no continuar. No era prudente mostrar familiaridad con la gente del bosque; por un lado, resultaba arrogante; por el otro, estaba convencido de que ellos no apreciarían saber que así lo hacía—. Conozco a gente de por allí —concluyó, lacónico.

—Vos sois una persona bienvenida y respetada en la abadía de Hawkenlye, amigo personal de la abadesa... —observó Arnulf.

«¿Cómo lo sabía? —se preguntó Josse—. Ah, claro; Benedetto. El fortachón debía de haber oído comentarios durante su breve estancia en la abadía. Pero no... había algo que no encajaba».

Con el ceño fruncido, Josse se dio cuenta de que Arnulf esperaba una respuesta.

—No voy a negarlo —dijo Josse—. La abadesa es una buena mujer y también una monja devota. Y está comprometida por un voto de obediencia.

—Naturalmente —murmuró Arnulf—. ¿Y qué pensaría si supiera que su amigo Josse d'Acquin confraterniza con herejes y se ofrece a ayudarlos a encontrar a la oveja descarriada?

—Ella... Me aseguraré de que no lo sepa.

—¿Y cómo pesará esto sobre vuestra conciencia? —le preguntó Arnulf, astuto—. Vos, que afirmáis tan rápido vuestra buena amistad con la dama, ¿no vais a sufrir escondiéndole un secreto de esa magnitud?

Josse lo miró a los ojos:

—Por supuesto que sufriré —dijo a media voz—. Pero sufriría mucho más si pongo esto por delante de la posibilidad de ayudaros a vos y a vuestra gente a escapar sanos y salvos. No llevaré vuestras muertes sobre mi conciencia.

—Entiendo. —Arnulf permaneció en silencio unos instantes y, de nuevo, Josse tuvo la impresión de que rezaba—. En ese caso, acepto vuestra ayuda. Y os la agradezco.

Era ya tarde cuando Josse se marchó de Saxonbury. Mientras cabalgaba hacia

Hawkenlye, deseó poder llegar a su alojamiento del valle, poder tomar algo caliente y acostarse sin tener que pasar antes por la audiencia con la abadesa.

Estaba decidido a hacer lo que se había propuesto e intentar buscar a la mujer desaparecida. No tenía dudas de que era la opción correcta. Encontraría la manera de presentar a De Gifford al grupo y convencerlos de la honestidad del *sheriff*. Entonces, tal vez, él y De Gifford lograrían llevar al grupo de seis hasta el mar y embarcarlo para que cruzara el canal.

Tal vez.

Capítulo 18

Por la mañana, una de las primeras tareas de Helewise fue ir a comprobar cómo se encontraba Aurelia. Cruzó la enfermería poco antes de la hora tercia y descubrió a sor Calixta de cuclillas junto a su cama, dándole cucharadas de sopa.

Las observó en silencio unos instantes. Entonces, cuando la mujer advirtió los ojos que la miraban y, con un pequeño gemido, se volvió a mirarla, se acercó hasta su rincón.

Sor Calixta se había levantado y le estaba dedicando una profunda reverencia a su superiora.

—Buenos días —dijo Helewise, en voz baja—. ¿Cómo está la paciente, hermana?

Se percató de que sor Calixta había tomado una mano de la mujer, como para tranquilizarla.

—Está mucho mejor, abadesa —dijo la monja joven—. Ha descansado bien, su dolor es mucho menos intenso y empieza a recuperar el apetito.

—Bien, bien.

Helewise observaba a la mujer y se dio cuenta, por primera vez, de que, aparte de la cicatriz roja que tenía en la frente, Aurelia era muy bella. Tenía el pelo oscuro, los ojos negros y la tez de un tono dorado muy claro. Pero no era tan joven como Helewise había pensado; calculó que debía de tener unos treinta y cinco años, tal vez más. Recordó que Gervase de Gifford había dicho que algunos de los herejes provenían del sur; Aurelia, a juzgar por el color de su piel, debía de ser uno de ellos.

«Herejes no —se corrigió Helewise—. Ahora puedo ser más precisa: es cátara.

»Y no sé qué debo hacer con ella».

Aurelia la miraba con una expresión desconfiada, como si quisiera sentir que Helewise era amiga pero no estuviera segura de que lo fuera. Era una expresión que a Helewise le partía el corazón.

Le dirigió un breve gesto de saludo a sor Calixta y se excusó.

Arrodillada en la iglesia de la abadía, esperó hasta que el resto de la comunidad hubo salido después de la hora tercia. Un nuevo párroco había sido asignado a Hawkenlye hasta que el padre Gilbert no se hubiera recuperado del todo. El hombre llegaría dentro de unas pocas horas y Helewise debía decidir lo que iba a contarle.

«Es cátara —se dijo con firmeza—. Eso es todo lo que necesito recordar. Los cátaros son herejes de la peor calaña, puesto que su secta parece atraer a los buenos cristianos y seducirlos para que abandonen la Iglesia y adopten su nueva fe. Cada vez que un hombre o una mujer deserta a Nuestro Señor, él sufre la agonía de su pasión de nuevo, y el alma del hombre o la mujer se pierden.

»¡Debo contarle al nuevo cura la verdad y dejar el asunto en sus manos!». Pero luego vio el bello rostro de Aurelia, con su cruel cicatriz. «Es posible que muera si revelo su identidad —pensó—. Tal vez sólo la encarcelen, pero, luego... mira lo que le ocurrió a su amiga cuando estaba en la mazmorra. ¿Y si ese nuevo párroco fuera

otro padre Micah? Supongamos que esté harto de esos herejes y los condene a todos al patíbulo o a la hoguera. Incluso sería capaz de coaccionar a Aurelia para que revele los escondites de sus compañeros, si los conoce.

»¿Qué debo hacer?«.

En medio de un mar de dudas, Helewise dejó caer el rostro entre sus manos calientes e imploró orientación.

Josse no había dormido bien. Sabía que debía haber notificado a la abadesa lo que había estado haciendo y, también, lo que tenía intención de hacer. Pero también sabía que aquella mañana se marcharía del valle sin verla. Todo lo cual explicaba su sueño inquieto y sus pesadillas.

Fue a buscar a *Horace* y salió de buena mañana.

Primero se dirigió a Tonbridge, donde consiguió localizar a Gervase de Gifford con bastante rapidez; le dieron instrucciones para llegar al cuartel general del *sheriff*, cerca del castillo. Le informó de que había localizado a los hombres del grupo cátaros y de que ahora se disponía a buscar a la mujer desaparecida.

—¿Por dónde pensáis empezar? —preguntó De Gifford, después de haber felicitado e incomodado a Josse por haber localizado el escondite de Saxonbury.

—Oh, por ahí —contestó Josse, evasivo. No estaba dispuesto a compartir con nadie sus conocimientos del bosque, ni siquiera con el hombre con el que acababa de formar una alianza.

De Gifford lo miraba de manera especulativa:

—Yo ya lo he intentado, ¿sabéis? —dijo—. Es posible que ya haya visitado los mismos lugares en los que tenéis intención de buscar.

—Bueno, volveré a intentarlo. —Con una sensación creciente de incomodidad, Josse se despidió.

De Gifford lo llamó:

—Mañana por la mañana me iré a Hawkenlye. Encontrémonos allí, si os parece, y así podremos comentar los avances que hemos hecho.

Josse asintió y se puso en marcha.

Al entrar en el bosque, Josse experimentó sensaciones contradictorias. Cabalgar por aquellos senderos que discurrían por debajo de los árboles oscuros y misteriosos provocaba siempre una sensación de sobrecogimiento, y la belleza pura de aquel lugar lo llenaba de una paz serena. Pero allí había vivido demasiados momentos peligrosos como para no sentir cierta aprehensión, por no decir cierto miedo.

Se dirigió primero al campamento abandonado de los carboneros, cerca de la zona limítrofe con Hawkenlye. Había conocido a gente desesperada que había acampado allí alguna vez; las viejas cabañas con el techo de turba eran sólidas y estaban bastante bien aisladas. Pero ahora no había ningún rastro de vida. Desmontó y revisó todas las zonas de suelo quemado para comprobar si había señales de fuego reciente, pero no encontró ninguna. Y las bastas cabañas estaban vacías y llenas de maleza.

Siguió cabalgando bajo los árboles, primero manteniéndose cerca de los límites

del bosque. Le resultaba tranquilizador saber que sólo tenía que cabalgar una corta distancia para volver a estar en el espacio abierto. Pero cuando llevaba varias millas recorridas sin ver rastro de seres humanos, supo que tenía que adentrarse más.

Había un lugar en el que debía mirar. Hacía un año desde la última vez que había estado allí, y no estaba seguro de saber encontrarlo. Intentó visualizar los caminos y los pequeños senderos que llevaban hasta él, y creyó haberlo logrado cuando reconoció un lugar en el que podía recordar claramente haber vadeado un riachuelo. Había que remontarlo, seguir el sendero hacia la derecha y luego debería haber un claro con un huerto de hierbas aromáticas y una cabaña...

Allí estaba el claro. Estaba también lo que podía ser, con un poco de imaginación, un jardín, aunque ahora no era más que tierra desnuda con lo que a Josse, ignorante en la materia, le parecieron cuatro ramitas secas que asomaban por ella.

Fue incapaz de ver la cabaña.

«Debo de estar en el lugar equivocado», se dijo.

Masculló una palabrota, se volvió y regresó hasta el riachuelo. Tal vez se hubiera confundido con el giro a la derecha; tal vez era más arriba. Volvería a intentarlo desde el riachuelo, quizá lo seguiría un rato más hasta ver algo que le resultara familiar.

Descabalgó, llevando a *Horace* con la rienda suelta. La corriente era estrecha y estaba llena de maleza, y era probable que acabara encontrando el paso cortado por ramas bajas si trataba de remontarla a caballo. Estaba dando un largo giro a la izquierda cuando oyó risas.

Rápidamente, ató las riendas de *Horace* a una rama de un árbol. Luego, avanzando sin hacer ruido, reptó hasta que fue capaz de espiar al otro lado de la curva.

Entonces vio, arrodillada sobre el césped verde y acariciada por los rayos del sol que caían sobre un claro junto al agua, a una mujer con un bebé.

No lo había oído acercarse. Estaba totalmente ocupada con el niño, que descansaba sobre una manta de piel y movía las manitas de placer, gimiendo y respondiendo alegre a la voz cálida de la mujer.

Mientras la observaba, ella se puso a cantar una canción, de cálida y dulce melodía. Estaba de espaldas a Josse y él podía ver poco más que su gruesa capa y las botas sólidas con las que iba calzada.

No le habían dicho que la mujer desaparecida tenía un bebé. ¿O tal vez sí? Era imposible estar seguro. Aunque creía que se encontraba ante Utta.

Había una única manera de saberlo. Se acercó a ella y le dijo:

—Supongo que eres Utta.

Ella se sobresaltó y se volvió hacia él, lo miró con ojos aterrorizados y el rostro pálido.

Mientras advertía la marca de su frente —que parecía estar cicatrizando bastante bien—, se apresuró a tranquilizarla.

—Por favor, no temas. Soy un amigo. De veras; he encontrado a Arnulf y a los

demás y he venido a ayudarte.

Ella sacudía la cabeza, sin comprender, tan presa del pánico todavía que seguía temblando. También se había movido, advirtió él, de manera que ocultaba al bebé, con su cuerpo.

—Soy amigo —le repitió, golpeándose el pecho con un puño como para enfatizar sus buenas intenciones y ensayando una sonrisa de complicidad.

Ella no respondió a su sonrisa, pero musitó:

—¿Amigo?

—Amigo, sí —asintió él. Luego, hablando muy lentamente—. Os llevaré a ti y al bebé con Arnulf y los demás, Alexius, Guiscard y Benedetto. Aurelia está en la abadía de Hawkenlye, donde las monjas la están curando, pero iré a buscarla tan pronto como esté lista para viajar. Os llevaré a todos hasta la costa, donde podréis embarcar y marcharos de Inglaterra.

Josse no tenía ni idea de cuánto comprendía ella. Recordó que provenía de los Países Bajos, de modo que trató de recordar algunas palabras en flamenco y volvió a soltarle su discurso.

Esta vez, su rostro desprendió un halo de placer. Le respondió con una frase larga y enrevesada en su propio idioma —de la que él captó sólo una de cada tres palabras—, pero sus gestos y sus sonrisas indicaban que confiaba en él. Estaba a punto de ofrecerse a llevarla hasta Saxonbury de inmediato. Avanzó unos pasos hacia ella y le tendió la mano para ayudarla a ponerse en pie, pero ella retrocedió.

Lentamente y en su propio idioma —parecía haber comprendido el hecho de que Josse lo hablaba sólo con dificultad—, dijo:

—He de recoger mis cosas. Me encontraré contigo aquí más tarde. Vuelve dentro de un rato.

—¡Pero puedo esperarte aquí mientras recoges tus cosas!

Ella negó con la cabeza:

—No —dijo con firmeza—. Haz lo que yo digo o no hay trato.

«¡Intento ayudarte! —quiso gritarle él. Pero luego pensó—: ¿Por qué debería confiar en mí? Es mejor que se tome un tiempo para pensar, para comprobar si soy tan bueno como mi palabra y si soy capaz de dejarla sola para preparar sus cosas. Si vuelvo solo».

—¿Cómo te llamas? —le preguntó la mujer.

Él se lo dijo, y ella lo repitió en voz baja. Luego asintió:

—Vuelve más tarde —le repitió—. Ahora vete.

Bajo la mirada de sus ojos decididos y azules, Josse se percató de que no tenía más opción que obedecerla. Con un breve gesto de saludo, salió del claro y volvió a desatar a *Horace*.

No sabía cuánto tiempo darle. Cabalgó lentamente de regreso por el riachuelo, siguiéndolo distraídamente mientras pensaba en la mujer. Al cabo de un rato se dio cuenta de que los árboles empezaban a clarear: media milla más y habría salido del

bosque.

Siguió cabalgando hasta que tiró de las riendas bajo uno de los últimos grandes robles. Desde allí podía divisar los campos y los setos de la pequeña comunidad de la abadía de Hawkenlye. No había nadie alrededor; no se oía nada, excepto el ladrido lejano de un perro.

Esperó durante largo rato. Luego, cuando empezaba a enfriarse a pesar de las vueltas regulares que iba dando alrededor del árbol para evitar que ni él ni *Horace* empezaran a entumecerse, resolvió que ya le había concedido el tiempo suficiente. Recorrió el camino de vuelta hasta el riachuelo y se disponía a seguirlo de vuelta hasta el claro cuando apareció la mujer, caminando hacia él con un pequeño hatillo al hombro.

—Estoy lista —le dijo—. Por favor, llévame junto a los demás.

—Pero ¿y el bebé? —respondió él sorprendido.

—Sin bebé. —Se lo dijo con firmeza, mirándolo a los ojos con expresión decidida. A él le pareció que tenía restos de lágrimas en las mejillas, y los párpados rojos e hinchados.

—Pero...

—Sin bebé —repitió—. Por favor, llévame.

Anonadado, se quedó mirándola. ¿Lo habría imaginado? ¿Podría ser que no fuera el hijo de Utta, sino alguna criatura angelical, que aparecía ante los mortales y luego se esfumaba otra vez hasta su propio mundo?

Eso era descabellado y él lo sabía. El bebé era real, y por alguna razón Utta lo dejaba atrás.

—¿No era tu hijo? —preguntó.

—No —dijo ella—. Ahora, vamos.

Pero él no era capaz de hacerlo.

—¿Estará bien? —insistió—. Hoy hace mucho frío, y...

—El bebé estará bien —dijo ella, cambiando a su idioma, como para asegurarse de que la comprendía.

¿Sería, entonces, un hijo de la gente del bosque? En ese momento, le pareció que ésa debía ser la explicación. ¡De lo contrario, Utta no dejaría a un bebé solo en el bosque! Ninguna mujer lo haría, y desde luego, no la que había estado jugueteando con él con tan evidente placer. Y si era cierto que Utta había conocido a alguien del bosque, eso explicaría que hubiera sobrevivido.

Había avanzado hacia él y ahora le tendía una mano:

—Cabalgaré contigo —le anunció—. Pero cuidado, cuidado, espalda herida.

—Sí, lo sé. Será mejor que te sientes detrás de mí. —Luego, con mucha delicadeza, Josse le sujetó la mano. Retiró el pie del estribo izquierdo y le indicó que pusiera el suyo en él y, con su ayuda, la levantó y la sentó en el ancho lomo de *Horace*.

Para su sorpresa, ella se rió:

—¡Caballo grande! —comentó—. ¡Muy alto!

—Muy alto —asintió él—. Agárrate a mí; no dejaré que te caigas.

—Confío en ti —respondió ella—. Te conozco, confío en ti.

Él renunció a intentar que le explicara su comentario y azuzó a *Horace* para que iniciara un suave trote rumbo a Saxonbury.

La emoción del reencuentro entre Utta y los demás estuvo a punto de arrancarle unas lágrimas a Josse. Se volvió de espaldas a ellos mientras se demostraban lo mucho que se querían y que se preocupaban por los demás, y la alegría inmensa que sentían al volver a reunirse, y entonces se encontró con la mirada fija del señor de High Weald.

—Lo habéis hecho muy bien, Josse —dijo—. ¿Cómo supisteis dónde encontrarla?

—Fue pura casualidad —contestó—. La encontré en el bosque. Ella estaba... —No, era mejor no mencionar lo del bebé—. Parecía dispuesta a confiar en mí —concluyó—. Todavía sigo sin comprender por qué.

—Tal vez empezara a estar desesperada —le sugirió el lord—. Debió de ser muy duro conseguir mantenerse al abrigo, poder comer y protegerse ahí fuera. Seguramente, cualquier rostro amigo la hubiera convencido para marcharse.

—Creo... —Estuvo a punto de contarle al lord que Utta debía de haber sido acogida y cuidada por la gente del bosque. Pero, de nuevo, decidió no hacerlo—. Creo que se ha recuperado muy bien. La herida que tenía en la frente ya casi ha cicatrizado y, por la manera en que fue capaz de subir a mi caballo, diría que las marcas de la flagelación ya no deben de dolerle demasiado.

—Tal vez la maltrataron menos que a los demás —sugirió el lord—. O eso, o es una mujer muy fuerte. —Se volvió a mirar a Utta, que ahora era abrazada con fuerza por Benedetto, ambos llorando por la emoción. Bajó la voz y preguntó—: ¿Cuándo pensáis que podréis ir a buscar a la mujer que falta?

—De aquí volveré a Hawkenlye. Si los mantenéis a salvo un poco más, os la traeré tan pronto como esté lo bastante fuerte para viajar.

El lord asintió:

—Os esperaremos.

Los miembros del grupo de herejes seguían abrazados los unos a los otros. Como no quería interrumpir aquel momento de felicidad, Josse sacó a *Horace* del patio, montó y se marchó a un buen trote.

A primera hora de la tarde, Josse espió entre las sombras mientras Helewise salía de la iglesia de la abadía y se dirigía a su habitación. Cuando estuvo dentro y con la puerta cerrada, él se encaminó hacia la enfermería.

—*Sir* Josse —lo saludó tibiamente sor Eufemia—. La abadesa estaba muy preocupada por vos.

—Yo, eh... Fui a visitar a Gervase de Gifford a Tonbridge —respondió. Era la verdad, al fin y al cabo, pero igualmente, un creciente complejo de culpa asomaba por

su falta de transparencia.

—Ya. —La expresión en los ojos astutos de sor Eufemia dejaba entrever que la monja veía las cosas con mucha claridad—. Venís a ver a Aurelia, sin duda. Entrad; está sentada y se siente mucho mejor.

El hombre hizo lo que la religiosa le sugería. Aurelia levantó la mirada hacia él con expresión dubitativa; impresionado por su belleza, Josse se arrodilló junto a su cama y le dijo:

—Estoy muy contento de veros tan recuperada.

Ella le contestó en su idioma, aunque con un acento que él no identificó; hacía mucho tiempo desde la última vez que había hablado con alguien del Mediodía. Le escuchó con atención y comprendió que la mujer le estaba dando las gracias. Que, aunque todavía no se lo había dicho, ella ya sabía lo que planeaba hacer.

—¿Cómo lo sabes? —le susurró él.

Ella se llevó un dedo a los labios:

—No puedo decíroslo, es un secreto. Pero sé lo que habéis estado haciendo y sé que vais a llevarme con ellos tan pronto como sea posible. Creo que tal vez nos podamos marchar mañana. Pero muy pronto, ¿sí? Antes de que se levante nadie y nos puedan vigilar.

Pensando que debería ser realmente muy pronto para avanzarse a una abadía llena de monjas que se levantaban para sus primeras plegarias, asintió:

—De acuerdo —dijo—. Vendré a buscarte antes del amanecer.

Ella tendió el brazo y le tomó la mano:

—No puedo moverme con rapidez —le dijo—. Debéis saberlo, y también que tendréis que ayudarme.

—Comprendo. Te subiré a mi viejo caballo. Es noble y tiene el lomo ancho. Te sentirás como si sigieras tumbada en la cama.

Ella le sonrió con ternura.

—Estáis disfrazando la realidad, *sir* Josse, pero sé que lo hacéis para tranquilizarme, así que os perdono —le apretó la mano y luego, dejándolo marchar, se dio la vuelta en la cama con un pequeño estremecimiento—. Ahora debéis iros —lo apremió—. Hay quien podría preguntarse qué hacéis aquí, susurrándome con tanto secretismo.

—De acuerdo —dijo él, levantándose—. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Josse percibió el esbozo de su sonrisa y luego se marchó.

A la mañana siguiente, Helewise volvió a acudir a la enfermería a primera hora, al igual que había hecho el día anterior, después de la hora prima. Se dirigió al rincón en el que, tras una cortina, se escondía la cama de Aurelia, y entró antes incluso de que ni la enfermera ni sor Calixta se hubieran asomado todavía.

Cuando un poco más tarde, se le acercó sor Eufemia, ella le dijo, en voz baja:

—Aurelia se ha marchado.

—Cierto —contestó la enfermera—. Antes del amanecer, creo.

—¿Estaba lo bastante fuerte para desplazarse?

Sor Eufemia chasqueó la lengua un poco preocupada.

—Yo hubiera dicho que no. Habría preferido poder cuidarla unos cuantos días más. Sus heridas estaban cicatrizando bien y ya no tenía fiebre, pero temo que, si no la cuidan, uno de esos cortes podría abrirse y volver a infectarse.

Helewise tocó levemente la manga de la enfermera.

—Ahora ya no está en nuestras manos, sor Eufemia —dijo, con cariño—. Vos y sor Calixta habéis hecho lo mejor que habéis podido por ella.

Sor Eufemia permaneció un rato mirando la cama vacía. Luego, sacudiéndose como si forzara su atención de vuelta a asuntos más prácticos, dijo:

—Sí, tenéis razón, mi señora. Haré que preparen esta cama para quien sea que pueda necesitarla después.

Avanzada la mañana, Helewise recibió la visita de Gervase de Gifford, quien se enfrascó en un elaborado saludo cortés, que ella interrumpió levantando una mano:

—Estoy segura de que no habéis venido corriendo a la abadía para intercambiar comentarios corteses conmigo —le dijo, con tranquilidad—. ¿Os importaría explicarme a qué habéis venido?

—Eh... Sigo intentando averiguar qué le ocurrió al padre Micah —respondió De Gifford—. Me avergüenza confesaros que sigo sin saber otra cosa aparte de que fue encontrado hace seis días en lo alto de Castle Hill con el cuello roto.

—Espero que no hayáis venido con la idea de examinar el cadáver —dijo Helewise, manteniendo un tono deliberadamente neutro—. Lo enterramos hace cuatro días.

—No, no; no creo que se pueda saber nada más examinando al pobre hombre. — De Gifford parecía estar recuperando la compostura.

—¿No habéis sabido nada más de sus últimos movimientos? —preguntó ella—. ¿Aparte de su visita a ese tal lord Saxonbury?

—No. —Ella se dio cuenta de que De Gifford no la miraba a los ojos. Luego dijo —: Mi señora, esperaba encontrar a *sir* Josse aquí esta mañana, pero abajo en el valle, donde entiendo que se alojaba, me han informado de que no está.

—¿No? —Ella abrió los ojos de par en par—. Temo que no puedo ayudaros, *sir* Gervase; no sé dónde está.

Tenía una vaga idea, pero se dijo que era bastante cierto afirmar que en realidad no sabía dónde estaba.

—Oh. —De Gifford parecía desorientado—. Me pregunto, mi señora, si podría hacerle una visita a la mujer que tenéis en la enfermería. ¿La mujer hereje con...?

—Sé a quién os referís —lo interrumpió Helewise—. Estaría encantada de autorizar esa visita, pero me temo que ella tampoco está ya entre nosotros.

Tuvo que reconocer que De Gifford reaccionaba con rapidez. Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando él le estaba haciendo ya una rápida

reverencia y se dirigía hacia la puerta.

—Si me disculpáis, mi señora, acabo de recordar...

—...¿un compromiso importante? —sugirió ella, comprensiva—. Entonces, os lo ruego, no dejéis que os retenga más.

Por unos segundos, el *sheriff* la miró a los ojos. En los suyos, ella vio emoción, la excitación de alguna misión peligrosa que tenía pendiente. Había algo más; ella estaba convencida de que no lo había engañado ni por un instante con su fingida inocencia.

—Gracias, mi señora, y que Dios os bendiga —dijo él en voz muy baja.

Luego se marchó.

Capítulo 19

Josse recordaría durante mucho tiempo aquella cabalgata a Saxonbury antes del amanecer. Y lo recordaría fundamentalmente por el coraje que demostró Aurelia.

Entró de puntillas en la enfermería mientras fuera estaba todavía oscuro, y se guió hasta su cama por la pálida luz de la vela que brillaba en un estante de la pared.

No conocía las rutinas nocturna y diurna de las enfermeras y, en cualquier caso, estaba demasiado preocupado por sacar a Aurelia de allí sin que los viera nadie que por saber si había alguna enfermera ocupándose de los enfermos.

Aurelia lo esperaba sentada en su cama, vestida con una túnica oscura y una gruesa capa de viaje junto a ella. «¿Llevas alguna bolsa?», le susurró él, y ella negó con la cabeza.

Josse la tomó del brazo y la mujer se levantó. Entonces, avanzando a pasos pequeños y apoyándose en su brazo, recorrió junto a él toda la enfermería y ambos salieron juntos por la puerta. Cuando estaba en el umbral, volvió la vista atrás; él la vio mover los labios, pero no pudo entender qué decía.

La apremió a seguir y la ayudó a llegar hasta el lugar en el que había dejado atado a *Horace*. Entonces la sintió estremecerse de dolor y la ayudó a montar en la silla. Deslizó el cerrojo y abrió un poco la puerta, luego guió el caballo hasta afuera y cerró la puerta tras de sí. A continuación, tratando con mucho cuidado de no empujarla, montó delante de ella. Le resultaba extraño, porque habría sido más seguro sostener a la mujer enferma delante de él, pero había que tener en cuenta las heridas de su espalda. Una vez acomodados, Josse llevó a *Horace* a un paso lento y regular.

Al cabo de un buen rato, sintió que la mujer empezaba a relajarse. Animó al caballo a avanzar un poco más de prisa, y ella no pareció quejarse. Y, mientras los primeros rayos del sol aparecían detrás de ellos y a su izquierda, avanzaron lentamente por la cuesta que conducía hasta Saxonbury.

El trayecto, relativamente corto, les llevó bastante tiempo. En algunos momentos, a Josse le costaba frenar su impaciencia; a medida que avanzaba tenía una sensación creciente de apremio, la impresión de que debía llevar pronto a Aurelia a Saxonbury —y al grupo entero hasta la costa— antes de... ¿antes de qué? No lo sabía. Sencillamente presentía, con un sentido de la fatalidad que era impropio de él, que algo malo estaba a punto de ocurrir.

Aurelia no le hablaba más que para contestar a sus escasas preguntas sobre si se encontraba bien. Cada vez ella respondía «sí», y cada vez, Josse estaba bastante convencido de ello, probablemente tenía ganas de responder «no». Aparte de esos breves intercambios de palabras, podía abandonarse a sus propias cavilaciones.

Rebuscó en su mente una y otra vez qué era lo que podía salir mal. Aurelia y él pronto llegarían a Saxonbury, ella se reuniría con sus compañeros y Josse los acompañaría hasta el mar. Conocía la zona lo bastante como para conducirlos a la costa por caminos poco frecuentados, y no dudaba de su capacidad para guiarlos. Y

en el peor de los casos, aunque acabara perdiéndolos a todos, el camino desde Saxonbury hasta la costa era relativamente sencillo: lo único que había que hacer era avanzar hacia el sur, y tarde o temprano, dabas con el mar. Había varios puertos pesqueros a lo largo de la costa sur desde los que debería poder encontrar una nave que llevara al grupo hasta el otro lado del canal.

Tampoco le preocupaba su capacidad por proteger a los seis cátaros. Es cierto que habría preferido tener a Gervase de Gifford a su lado en caso de que surgieran problemas; no se fiaba demasiado de las habilidades de Arnulf, Alexius o Guiscard para ayudarlo en caso de pelea, aunque Benedetto sí podía resultarle útil. Pero ahora parecía que Josse tendría que apañárselas sin la compañía del *sheriff*. Podría haber esperado a que De Gifford acudiera a su cita en la abadía, pero la oportunidad de fugarse con Aurelia antes de que nadie más estuviera despierto le había parecido, sencillamente, demasiado buena como para dejarla escapar. «Sí —reflexionó Josse—, creo que me las arreglaré bien yo solo».

Trató de dilucidar si lo que lo inquietaba era la amenaza de la Iglesia. Era muy probable que a la comunidad de Hawkenlye se le asignara un sustituto del padre Micah, y si ese nuevo cura compartía las convicciones de su predecesor, posiblemente se dispusiera a seguir el rastro de los cátaros.

Eso, obviamente, si llegaba a enterarse de su existencia.

¿Lo haría?

¿Sería la abadesa Helewise tan racional como para seguir lo que le dictaba su cabeza, sometiéndose a su voto de obediencia? Si así lo hacía, entonces ese nuevo sacerdote se vería obligado a actuar. Era posible que la abadesa lo convenciera de que habían cuidado a Aurelia ignorando qué y quién era, para evitar las represalias hacia sus monjas y hacia sí misma. Pero el cura no podría hacer menos que intentar localizar al grupo e imponerles cualquier castigo que considerara necesario.

Sin embargo, si Helewise decidía seguir su corazón, Josse estaba prácticamente seguro de que el grupo no corría ningún riesgo proveniente de la Iglesia.

¿Qué haría la abadesa?

Mientras atacaban la última y larga cuesta hacia Saxonbury, Josse se volvió y le dijo a Aurelia que ya estaban muy cerca de su destino. Ella no le respondió, pero su sonrisa dolorida fue lo bastante expresiva.

Otra vez, el guarda parecía haberlos visto acercarse. Mientras apartaba la puerta hacia un lado, les dio la bienvenida con una expresión de cordialidad inusitada.

—Todos os esperan —le musitó a Josse—. Parecían saber que vendrías con mucha antelación.

Josse bajó de su montura y condujo a *Horace* hasta el patio. Y, como el guarda ya le había anticipado, allí estaban todos, formando una fila en cuyo centro se hallaba Utta, Arnulf y Alexius a la derecha, Guiscard y Benedetto a la izquierda. Detrás de los cátaros estaban el señor de High Weald y su hijo Morcar, con otros dos hombres de aspecto similar a su lado. Cuando Josse acercó a *Horace* y a su amazona para que

los vieran, todos estallaron en una fuerte ovación.

El primero en romper filas fue Guiscard. Corrió hacia *Horace* y, levantando los brazos, abrazó a su esposa con ternura. Observándolos mientras Aurelia desmontaba con cuidado y caía en los brazos de Guiscard, Josse pensó que tal vez habían hecho una promesa de castidad pero, sin embargo, eso no parecía haber reducido el amor que se profesaban, sino más bien al contrario.

Ahora los demás se acercaron a ellos, rodearon a Aurelia, la acariciaron con manos amorosas y la interrogaron con ansiedad. Al quedar frente a Utta, Aurelia soltó una exclamación repentina y le tocó con cuidado la frente. Le preguntó algo rápidamente y Utta, riéndose, le respondió, buscó en un bolsillo de su túnica y sacó un botecito. Se lo mostró a Aurelia y luego lo abrió y le extendió un poco del ungüento por la herida de la frente.

«Estaría dispuesto a apostar —pensó Josse, sonriente— a que Utta tiene algún remedio mágico que le dio la gente del bosque. La habrán tratado con él, y por eso su herida ha cicatrizado tan bien; seguro que ahora lo compartirá con su amiga».

Y así fue. Por muy expertas que fueran las monjas de la abadía, la gente del bosque todavía conservaba unos cuantos secretos antiguos que no conocía nadie más.

Al cabo de unos instantes, el lord llamó la atención de Josse y le hizo un gesto. Josse abandonó al grupo para dejarlos que saborearan la felicidad de su reencuentro y lo siguió al interior de la casa.

Lord Saxonbury se acercó al fuego, se frotó las manos y luego abrió las palmas mientras las acercaba a las llamas.

—El sol brilla, pero todavía no ofrece el calor suficiente como para permanecer quieto en el exterior —observó. Luego añadió—: *Sir Josse*, hemos estado considerando el viaje de los cátaros hasta la costa y creemos que lo mejor es que se vayan de inmediato. ¿Los querréis llevar? Mi hijo Morcar se ha ofrecido a acompañaros, y yo os prestaré mis caballos.

—Sí, por supuesto, y agradeceré mucho la compañía de Morcar. —Josse valoraba al primogénito del lord como a un hombre útil de tener cerca—. Pero hay un problema.

—¿Sí? —Los ojos azules del lord se pusieron alerta.

—Sí; la mujer llamada Aurelia está todavía muy débil y sufre muchos dolores, por mucho que se comporte con valentía y no se queje demasiado.

Para sorpresa de Josse, lord Saxonbury sonreía.

—*Sir Josse*, no malinterpretéis lo que voy a deciros. —Se acercó un poco a Josse y le dio una palmada en el hombro con su enorme mano—. Sé que tenéis una muy buena opinión de la habilidad de la enfermera de Hawkenlye, y que esa mujer ha hecho todo lo que ha podido por curar a Aurelia. Pero Utta tiene una fórmula contra el dolor que creo que es más fuerte que cualquier cosa que tengan en los confines sagrados de la abadía. Le dará un poco a Aurelia y así hará que tolere mejor el viaje.

—Entiendo. —Estaba en lo cierto, pensó Josse, respecto a que Utta había sido

cuidada por la gente del bosque—. Eh... ¿Ha dicho Utta de dónde ha sacado el unguento?

Durante un momento, el lord no le respondió. Luego dijo:

—*Sir Josse*, he vivido toda mi vida pegado al Gran Bosque. Y aprendí que, cuando alguien sale de él y se muestra reticente a hablar de lo que ha vivido allí dentro, lo más sabio es no hacer preguntas.

—Limitémonos a dar gracias, entonces —dijo Josse—, por que Utta encontrara la compañía adecuada.

—Demos las gracias —murmuró el lord. Luego, dirigiéndose a grandes zancadas hacia la puerta, dijo—: Y ahora deberíamos preparar a nuestros huéspedes para el viaje.

Se encontraron monturas para todo el grupo. Guiscard y Aurelia decidieron compartir caballo; ella era una mujer pequeña y la fuerte yegua que el lord les había prestado no sufría por llevar juntos a marido y mujer. Josse la miró y dedujo que ya había tomado el mejunje analgésico, puesto que tenía las pupilas dilatadas y una expresión vaga y soñolienta en la mirada. Guiscard la colocó delante de él sobre la yegua, de modo que podía apoyarse en él; la había abrigado cuidadosamente con una gruesa capa, para que estuviera calentita y para que le sirviera de almohada para la espalda. Esperaban, pensó Josse, que pasara buena parte del trayecto dormida.

Arnulf y Alexius cabalgaban sobre unos fuertes ponis, y Benedetto, en un caballo más grande. Josse se estaba preguntando cómo iría Utta, cuando ella se le acercó y le preguntó tímidamente si podía cabalgar con él. Al parecer, no estaba demasiado familiarizada con los caballos.

Así que, de nuevo, volvió a ayudarla a montar sobre el lomo de *Horace*. Luego, con Morcar en cabeza en su propia cabalgadura de pelo castaño, y el propio Josse cerrando la expedición, el grupo se dispuso a marcharse de Saxonbury. El lord y su familia salieron a despedirlos y, por primera vez, Josse pudo ver fugazmente a la esposa del señor de High Weald. Era muy pequeña y estaba encorvada por la inflamación de los huesos que tantos ancianos sufrían. Pero sus ojos oscuros, tras el velo transparente que llevaba, brillaban con fuerza, y su cara estaba llena de afecto mientras agitaba la mano, despidiendo a sus visitantes.

El grupo bajaba en silencio por el largo sendero que descendía de la colina. Luego Arnulf dijo algo y, al unísono, todos se pusieron a rezar. Josse oyó a Utta, sentada justo detrás de él, incorporarse a la oración y, para su sorpresa, reconoció las palabras del padrenuestro.

Cuando hubieron acabado —pareció durar mucho—, comentó, tentativamente:

—Habéis dicho *Paternoster*.

—¡Claro! —respondió ella. Y entonces, antes de que él pudiera seguir interrogándola, le explicó—. Rezábamos por un viaje seguro.

Con más fervor del que creía tener, Josse exclamó:

—Amén.

Teniendo en cuenta que la mayoría de ellos no estaban acostumbrados a cabalgar muchas horas seguidas, hacían buenos progresos. Morcar parecía conocer el camino con precisión, y los guiaba por senderos secretos con una seguridad silenciosa. Parecía ser consciente de la fragilidad de las mujeres y hacía frecuentes paradas breves. Preguntaba a menudo si todos estaban bien y, cuando le respondían afirmativamente, retomaba la marcha.

En algún momento, a primera hora de la tarde, se detuvieron a comer y a beber un poco. Josse calculó que llevaban recorridas unas nueve o diez millas, lo que consideraba una buena media. Se acercó a Morcar, que se entretenía hincando sus blancos dientes en un pedazo de carne seca, y le preguntó:

—¿Cuánto falta para llegar a la costa?

Morcar entrecerró los ojos, se protegió los ojos y miró el sol brevemente.

—Llegaremos a Pevensey al caer la noche, siempre y cuando no surja ningún imprevisto. Debemos de estar a medio camino, tal vez un poco menos.

—Bien. —Josse contemplaba el grupo, estudiando cada uno de sus rostros con atención. Vio cómo Utta rodeaba a Aurelia con un brazo, sujetándola mientras ella bebía algo de su frasco. Se preguntó si las reservas de Utta le durarían hasta llegar al Mediodía galo y la relativa seguridad del Languedoc—. ¿Creéis que podremos conseguirles un barco? —le preguntó a Morcar.

—Deberíamos poder dijo, mientras se tocaba una bolsita de piel que colgaba de su cinturón. —Si se les paga lo bastante, muchos hombres están dispuestos a llevar a gente de un lado a otro del canal sin hacer demasiadas preguntas.

Descansaron un rato más. Luego, cuando Benedetto y Alexius recogían los restos de comida y de bebida, Morcar les pidió que volvieran a montar sus caballos y se pusieron de nuevo en marcha.

Sucedió mientras cruzaban el valle del Cuckmere.

La corriente del South Downs subía delante de ellos, y Morcar había tomado un sendero que llevaba al sureste, bordeando el final del Downs y hasta el mar. Los cátaros estaban animados; sabían que ya no se hallaban lejos de la costa y que pronto estarían cruzando el canal.

Gracias al buen conocimiento de los atajos de Morcar, no se habían cruzado con nadie durante todo el trayecto. Pero ahora, en el valle largo y verde, estaban mucho más expuestos. Cualquiera que los buscara sería capaz de verlos desde varias millas de distancia.

Josse se sintió otra vez inquieto, pero ahora la sensación era mucho más intensa; puso una mano en la empuñadura de su espada y luego comprobó que llevaba el puñal en el cinturón.

El Downs había crecido muchísimo, y estaba justo delante de ellos. A Josse le pareció que era capaz de distinguir el antiguo faro de encima del Caburn, lejos, a su derecha. «Por favor —rezó para sus adentros—, por favor, cuida de ellos, sólo un poco más...».

Entonces oyó galopar a un caballo.

Todavía se oía de muy lejos, pero, cuando se detuvo a escuchar, el volumen del sonido aumentó rápidamente. Los demás también lo habían advertido. Morcar había tirado de las riendas y ahora se volvía encima de su montura, con una mueca de preocupación en el rostro.

Los cátaros, todos ellos, habían empalidecido de pavor. Benedetto ya se había apeado de su caballo y estaba de pie, con los brazos extendidos, frente a Arnulf, Guiscard y la mareada Aurelia, como dispuesto a defenderlos.

Josse había hecho girar a *Horace* y miraba hacia el final del camino que procedía del norte. De la abadía de Hawkenlye.

¿Habría revelado el secreto? ¿Había ganado en la abadesa el deber religioso a la compasión?

Apretó los ojos y observó al jinete solitario que se les acercaba. Un hombre... pero no iba ataviado de negro como un religioso, sino de color Burdeos. Y se reía, al tiempo que gritaba:

—¡*Sir Josse!* ¡*Sir Josse!* ¡Por fin os he atrapado!

Era Gervase de Gifford.

Josse bajó de su montura y esperó a que De Gifford alcanzara al grupo. Se sentía tan aliviado al verlo que no pensó en cómo reaccionarían los demás. De Gifford, tirando de las riendas de su sudorosa montura —era evidente que había estado cabalgando a un buen ritmo—, se apeó del lomo del animal y corrió hacia Josse.

Éste notó de pronto un movimiento a su espalda, y apenas empezaba a volverse para mirar cuando vio a alguien que pasaba corriendo por su lado. Era Benedetto, que, gritando, se abalanzaba sobre De Gifford antes de que el *sheriff* hubiera tenido siquiera oportunidad de levantar una mano para defenderse.

«¡Cree que ha venido a darnos caza!», pensó Josse, angustiado. Con su pobre dominio del idioma, Benedetto debía de haber entendido sólo la palabra «atrapado», y creía que su grupo acababa de toparse con el desastre. Y, como era tan simple, no había percibido el significado de la sonrisa de De Gifford, ni de la bienvenida que le daba Josse.

Josse se abalanzó sobre la espalda de Benedetto. El hombretón ya había atacado a De Gifford y tenía las manos alrededor de la garganta del *sheriff*. Josse sujetó sus muñecas y tiró de él con todas sus fuerzas. Consiguió apartar la mano derecha de Benedetto con la suya, pero no pudo soltar la izquierda. Y, en una imagen sacada del pasado reciente, vio la garganta del carcelero muerto y la marca que le había dejado la mano de Benedetto. La mano izquierda de Benedetto.

De Gifford, sintiendo de inmediato que se aflojaba la presión en su tráquea, giró la cabeza y subió el hombro izquierdo. Al pillar desprevenido a Benedetto, consiguió desequilibrarlo un poco. Josse intentó sujetar al fortachón, pero fue alejado con la facilidad con la que un campesino lanza una bala de heno, cayó ruidosamente y se golpeó la cabeza contra el suelo. Logró ponerse de rodillas, medio mareado, sacudió

la cabeza para aclararse la vista, y levantó la cabeza hacia los hombres que seguían luchando...

... y entonces vio a Benedetto de rodillas junto a un De Gifford postrado, que lo mantenía a raya con sus fuertes muslos. Benedetto se había sacado un puñal largo y afilado de debajo de la túnica y estaba a punto de clavarlo en el pecho de De Gifford.

Josse gritó «¡¡¡No!!!» y se abalanzó sobre Benedetto. Seguía aturdido, actuaba guiado por sus instintos de lucha, y se sacó el puñal sin pensar. Lanzó el brazo izquierdo alrededor del cuello de Benedetto y lo empujó hacia atrás. Con un gruñido, Benedetto levantó la mano derecha y agarró a Josse por la muñeca, con un puño que parecía tener la fuerza de una grapa de hierro.

En la otra mano de Benedetto, el afilado puñal seguía suspendido sobre el pecho de De Gifford. Bajo la mirada de Josse, su filo se metió en el rico brocado de su túnica Burdeos. El hombre estaba a punto de morir.

Josse se sacó el puñal y lo clavó en el hombro de Benedetto. Con un gruñido de dolor, el gigante cayó de lado, mientras trataba de palpar el punto de su agonía con la mano derecha. Al caer se encogió de tal manera que cayó sobre su propio puñal.

Benedetto cayó al suelo y se quedó inmóvil.

Bajo la mirada de Josse, con los ojos horrorizados abiertos de par en par, vio un gran charco de sangre que empezaba a manar de la espalda del hombre, con el intenso brillo de su color destacando sobre la tierra del camino.

La daga de Benedetto se le había clavado en el pecho y le había alcanzado el corazón. Cuando Josse se agachó para retirar el puñal del hombro de Benedetto y buscarle el pulso, ya sabía que no serviría de nada.

Benedetto estaba muerto.

Lo envolvieron en su capa y lo tumbaron junto al camino. Todos los cátaros, hombres y mujeres, tenían los ojos llenos de lágrimas; Arnulf, hablando por boca de todos, dijo que el hombretón los había amado demasiado y que su amor lo había ennegado.

—No podemos dejarlo aquí, sin enterrar —señaló Alexius, con el rostro humedecido por el llanto.

Josse puso una mano sobre el brazo del joven:

—Nos encargaremos de él a la vuelta —le dijo, con delicadeza—. Te lo prometo. Pero ahora no hay tiempo: pronto oscurecerá, y hemos de llevar a las mujeres a algún refugio antes del anochecer. Es evidente que Aurelia no está lo bastante fuerte como para resistir una noche a la intemperie, sin un fuego y sin comida caliente.

Alexius hizo ademán de protestar, pero luego, con un breve gesto de asentimiento, se dio la vuelta. Josse lo vio reunirse con los demás, que ya habían iniciado sus plegarias por el alma de Benedetto.

Sintió que alguien lo tocaba en el brazo. De Gifford, todavía lívido y con rasguños en la garganta, le dijo, con la voz quebrada:

—*Sir Josse*, os debo la vida. —Le hizo una profunda reverencia—. Acabáis de

ganaros un amigo para toda la vida.

—No habría matado a ese pobre hombre por menos motivo que salvar otra vida —respondió Josse, al tiempo que le devolvía la reverencia—. Él no lo comprendía. Pensó que habíais venido a arrestarlos y creo que no podría haber soportado ver a sus seres queridos sufrir más.

De Gifford inclinó la cabeza.

—Creo que tenéis razón. Si sólo me hubiera dado la oportunidad de explicarme, le habría dicho que venía a ayudar, no a obstaculizar su huida. Pero, tal y como ha sucedido... —concluyó, encogiéndose de hombros.

Morcar se acercó a ellos; Josse se dio cuenta de que parecía no haberse inmutado por el incidente. «El señor de High Weald los cría fuertes», pensó.

—Deberíamos irnos —dijo el chico—. Aunque no es probable, puede que alguien nos haya visto. Cuanto antes los llevemos al mar, mejor.

Con la delicadeza y el respeto debidos ante un incidente tan dramático, Josse y De Gifford convencieron al grupo de que era hora de ponerse de nuevo en marcha. Entonces, en silencio, cabalgaron, alejándose de su compañero muerto en dirección al mar.

Encontraron una nave que se dirigía a Harfleur, cuyo capitán se mostró dispuesto a tomar a cinco pasajeros a cambio de la bolsita de oro del señor de High Weald. Arnulf, que de alguna manera había recuperado su papel de mando después del golpe de la muerte de Benedetto, dijo que Harfleur era un buen destino. Desde allí podrían viajar por Normandía y Aquitania, cruzar el Loira y el Dordoña y, luego, proseguir hasta Albi.

—¿Es ése vuestro destino final? —preguntó Josse.

Arnulf le dedicó una pálida sonrisa.

—Allí es donde nos reunimos —contestó—, Aurelia y Guiscard tienen amigos y familia allí; es su hogar.

—¿Y dónde está tu hogar, Arnulf? —Josse lo miraba con compasión—. ¿El tuyo, el de Alexius y Utta?

Arnulf soltó un pequeño suspiro.

—No creo que ninguno de nosotros pueda volver a ver su hogar —respondió—. Pero nos haremos uno nuevo —dijo, en un esfuerzo obvio por animarse—. Nuestra gente es ahora nuestra familia y permaneceremos juntos, todos los cátaros de todos los lugares. Nos reuniremos en el Languedoc y viviremos en paz.

Josse, que lo dudaba bastante, no dijo nada. En vez de ello, tomó las manos de Arnulf y se limitó a desearle mucha suerte.

Entonces, cuando Arnulf se volvía para despedirse de Morcar y de De Gifford, Josse se dirigió al lugar donde estaba el resto del grupo, esperando a que Arnulf se los llevara al barco.

Puso las manos delicadamente sobre los hombros estrechos de Aurelia y le deseó un buen viaje. Con una sonrisa tierna, ella acercó dulcemente el rostro al suyo y le

dio un cariñoso beso.

—Gracias —le susurró.

Luego, Utta también lo besó, con un poco más de pasión. Mirándolo a los ojos, parecía a punto de decirle algo, pero, sin embargo, sacudiendo la cabeza con una sonrisa, permaneció en silencio. Más tarde, ya a bordo de la nave, se volvió y le dijo adiós con la mano.

Él le dedicó una plegaria. A todos ellos. Luego se dio la vuelta y, caminando detrás de Morcar y De Gifford, abandonó el muelle.

Morcar se marchó a casa tan pronto como hubieron despedido a los cátaros. Parecía tan fresco como cuando habían emprendido el viaje esa mañana, y al parecer no temía volver a hacer el viaje de veinte millas en la oscuridad creciente. Antes de marcharse, se despidió de Josse con solemnidad: le tomó la mano derecha con la suya y se la rodeó hasta que sus antebrazos se tocaron uno con otro.

—Mi padre os aprecia mucho, *sir* Josse d'Acquin, y yo también —declaró—. Siempre seréis bienvenido en Saxonbury.

Luego saludó a De Gifford, montó su cabalgadura y, guiando a los caballos que su padre había puesto a disposición de los cátaros, se marchó.

De Gifford lo observó alejarse. Luego, mientras le daba una palmada en el hombro a Josse, dijo:

—No sé qué pensáis hacer, Josse, pero yo tengo frío, estoy cansado y un poco triste. Os propongo que encontremos la mejor taberna de este puerto y pidamos la mejor cena de la casa y una buena jarra de cerveza, ¿qué os parece?

Josse, que luchaba con sus emociones, demasiado profundas para ser racionalizadas, pensó que era lo mejor que había oído en mucho tiempo.

El pequeño puerto estaba tranquilo, pero había una lucecita que brillaba sobre las ramas de un abeto. Cuando Josse y De Gifford se acercaron, oyeron las voces y las risas de su interior. Abrieron la puerta de un empujón y fueron recibidos con calidez, una chimenea encendida y lo que parecía ser un grupo alegre, aunque escaso, de gente.

De Gifford miró a Josse.

—Creo que esto es lo mejor que vamos a encontrar —comentó.

—Pues a mí me parece perfecto —respondió Josse—. Entremos.

Capítulo 20

Josse y De Gifford regresaron a Hawkenlye por la mañana.

Cuando llegaron al lugar del valle del Cuckmere donde había muerto Benedetto, se detuvieron para localizar su cuerpo y darle sepultura.

Pero allí no había ni rastro de él.

Registraron la zona y, al cabo de un rato, De Gifford gritó:

—Allí. Hay una zona de tierra removida.

Josse se acercó adonde le señalaba. Medio debajo de un seto, donde la tierra se abría bajo la presión de las raíces de matojos y pasto, había una zona alargada de tierra desnuda. Quedaría oculta cuando el seto volviera a brotar en primavera, pero, por ahora, estaba claro lo que era. En un extremo, había una cruz de extraña forma hecha con ramitas calvada en el suelo.

—Debe de haber sido Morcar —comentó De Gifford—. Anoche, oculto por la oscuridad; fue muy astuto por su parte. Es todavía más fuerte de lo que parece. No pudo ser fácil cavar una tumba para un hombre tan grande cuando el suelo está tan duro.

Pero Josse apenas lo escuchaba. La cruz le había recordado algo. Buscó dentro de su túnica y sacó el manuscrito cátar.

—Debería habérselo dado a ellos —se lamentó—. Debe de tener un valor inestimable, y seguramente echarán de menos su tesoro.

De Gifford frunció el ceño.

—No estoy tan seguro, *sir* Josse. Quienquiera que fuera que lo dejó en Hawkenlye debía de tener un buen motivo para hacerlo. Supongo que querían ocultarlo en un lugar en el que tuviera la oportunidad de conservarse.

—¡Pero cualquiera en la abadía que lo encontrara lo llevaría a la abadesa Helewise, y ella lo haría destruir! ¡Hasta Benedetto debía de saberlo!

—No creo que Benedetto fuera quién ocultó el manuscrito —dijo De Gifford, con cautela—. Supongo que fue Arnulf. Como líder del grupo, debía de estar a cargo del precioso documento y debía de ser el responsable de decidir qué hacían con él, cuando se dieron cuenta de que no podían arriesgarse a guardarlo consigo. Creo que debió de colarse en la biblioteca cuando Benedetto llevaba a Aurelia a la enfermería. Ellos suponían una buena distracción: todos los ojos estaban clavados en el hombretón y la mujer herida.

—Cierto —reconoció Josse.

—Y, en lo referente a que el manuscrito iba a ser destruido si jamás lo encontraban, tenéis en vuestras manos la prueba de que no es así. De que Arnulf eligió bien el lugar donde esconderlo.

Poco a poco, Josse fue pasando las páginas coloreadas. De nuevo aparecía en ellas aquella extraña cruz.

—¿Qué vais a hacer con esto? —quiso saber De Gifford.

—No lo sé.

—¿Lo devolveréis al estante de los manuscritos?

—No. Ya ha salido de Hawkenlye una vez, y no me aventuraré a que corra ningún riesgo de nuevo allí.

—Me parece muy prudente —murmuró De Gifford.

—No debo quedármelo.

—¿Teméis por vuestro pellejo si os lo encuentran encima, o en vuestra propiedad?

—No, no es eso. Solamente que, está claro que es un objeto muy valioso, y yo no tengo derecho a apropiármelo.

—Pero ha llegado a vuestras manos —señaló De Gifford. Vaciló un momento y luego añadió—: ¿Queréis que os diga lo que creo que deberíais hacer?

Josse le sonrió.

—Sí, me encantaría.

—Ocultarlo en un buen escondite —dijo el *sheriff*—. No le digáis a nadie dónde está, ni siquiera a mí.

—¿Por qué a vos no?

—Tratad de olvidarlo —lo apremió De Gifford, como si no hubiera oído la pregunta de Josse—. Un día tendrá todavía más valor del que tiene hoy, puesto que será un objeto único. Un día, quién sabe, tal vez alguien aparezca preguntando por él. Puede que se lo deis, o puede que no. —Sus ojos verdes se encontraron con los de Josse—. Vos sabréis lo que debéis hacer.

Antes de que Josse pudiera pedirle más explicaciones, él ya se había marchado. Se quedó con la cabeza agachada frente a la tumba de Benedetto durante unos instantes y luego montó su caballo y encabezó la travesía por el valle.

Cuando se acercaban a la abadía de Hawkenlye, De Gifford tiró de las riendas.

—Aquí es donde nos separamos —dijo—. Me voy a casa, e imagino que vos os dirigís a la abadía.

—Así es. —«Y a ver a la abadesa», pensó Josse. Todavía no había decidido cómo enfocaría la historia con ella, cuánto de los sucesos recientes iba a revelar. Le preocupaba pensar que podía mentirle, y le pesaba el corazón.

De Gifford lo observaba.

—Creo de debéis guiaros por vuestro instinto —le aconsejó.

—¡Pero mi instinto me pide contárselo todo!

De Gifford sonrió.

—Exactamente.

Josse le devolvió la sonrisa.

—Ha sido un placer conoceros, Gervase —declaró—. Hay muchas cosas de vos que me inquietan, pero también sé que merecéis mi confianza.

—Me alegra saberlo —contestó De Gifford. Luego añadió, cauteloso, como si dudara en preguntarlo pero decidiera hacerlo de todos modos—. ¿Qué es lo que os

inquieta?

—Vuestra defensa de los herejes, por un lado. Sí —interrumpió a cuando iba a intervenir—. Recuerdo lo que dijisteis acerca de que hay más de una manera de saber la verdad. Sin embargo, no deja de sorprenderme que un representante de la ley vaya tan lejos en su defensa de un puñado de herejes.

—Un puñado de herejes —repitió en voz baja—. Sí, *sir Josse*, pero como ya sabía incluso antes de conocerlos, no son unos herejes cualesquiera. Son cátaros.

—¿Y eso los hace distintos?

—Sí. —Sus ojos verdes reflejaban una emoción que Josse no pudo leer de inmediato—. Tengo familia en el Mediodía francés, Josse. Por mucho que se casara con un caballero del norte y fundara su hogar aquí en Inglaterra, mi madre jamás olvidó la tierra en la que había nacido. Al poco tiempo de morir mi padre, ella regresó al Languedoc. Y aproximadamente hace tres años se convirtió en *parfaite*.

—¿Vuestra madre es cátara?

De Gifford asintió.

—Sí, muy conocida y, según creo, muy amada. Aurelia y Guiscard la conocen bien y me trajeron sus saludos. —Bajó la cabeza—. Por supuesto, a ella le gustaría que me fuera con ella y adoptara también su fe, pero respeta mi decisión de no hacerlo. —Suspiró—. Ella es... bueno, todos ellos son mucho más tolerantes que sus hermanos cristianos, ¿no lo creéis?

Ahora había vuelto a levantar la cabeza y Josse pudo ver la emoción que lo embargaba.

Era amor.

Los dos hombres se separaron a las puertas de la abadía.

—Recordad lo que os he dicho —exclamó De Gifford.

Y Josse, rebobinando rápidamente y aislando el comentario al que De Gifford debía de estar refiriéndose, asintió.

—Nos volveremos a ver, *sir Josse* —dijo el *sheriff*—. No olvido que me habéis salvado la vida. Tarde o temprano encontraré la manera de recompensaros.

Luego agitó el brazo a modo de despedida, azuzó a su caballo y se marchó trotando por el camino.

Helewise llevaba horas esperando a Josse. Había tratado de calcular cuántas horas le llevaría su periplo, pero tiró la toalla rápidamente. No tenía ni idea de la velocidad a la que serían capaces de avanzar, ni siquiera sabía hacia qué hora habrían emprendido el viaje.

Sabía adónde se dirigían. Sabía, también, que se llevaría con cuidado a Aurelia de la enfermería tan pronto como la mujer pudiera tolerar el traslado. Y finalmente había decidido lo que iba a hacer.

Le había costado un esfuerzo enorme.

Había pasado buena parte de la noche en la que Josse se llevó a Aurelia de rodillas ante el altar. Se había sumido en una especie de trance, probablemente

provocado por la inquietud, la fatiga y el hambre; había estado ayunando, ofreciendo la incomodidad y los espasmos de hambre a Dios, a cambio de un poco de guía. Las dos opciones, denunciar a Aurelia o dejarla marchar, habían luchado dentro de su cabeza como fieros ejércitos enemigos. La obediencia a sus votos de monja y, desde luego, a su fe cristiana, le decían que debía encontrar a un cura, a cualquier cura, y contarle que en la abadía de Hawkenlye estaban refugiando a un cátaro. Pero en su corazón había parte del gran don de Jesucristo, el de la compasión, y por mucho que lo intentó, no pudo llegar a creerse que el Salvador a quien ella amaba le exigiera que entregara a otra de sus hijas al dolor del encarcelamiento y de una muerte agónica.

Al final vio, o creyó ver, el lado tierno de Cristo. Y de madrugada se levantó sabiendo lo que debía hacer.

Por orden expresa de Helewise, ninguna de las monjas permaneció trabajando en el silencio anterior al amanecer de aquella mañana. Fueron órdenes suyas también que las bisagras de las puertas de la abadía fueran engrasadas, para asegurarse de que se abrían con facilidad y sin hacer ruido.

Aquel mismo día, un poco más tarde, cuando Josse y Aurelia ya hacía rato que se habían marchado y Gervase de Gifford fue a buscarlos, algo dentro de ella le dijo que él también era amigo del grupo. Que, al igual que Helewise, estaba dejando de lado el deber que le imponía su cargo y seguía lo que le dictaba el corazón. Que estaba ayudando a escapar a los cátaros.

No sabía por qué lo hacía, solamente se alegró, cuando se despidió de él, de tenerlo a su favor.

Sor Calixta, cumpliendo con sus tareas en silencio y con eficacia, tenía un nuevo paciente en la cama en la que había estado Aurelia. Un hombre anciano había enfermado con una tos convulsiva que le provocaba dolor en los pulmones, y Calixta le estaba administrando uno de los remedios más fuertes de sor Tiphaine. Había puesto también un cuenco de agua caliente junto a su cama, en el que había sumergido un ramillete de hierbas especiales. El vapor que desprendía era oloroso y calmante, y la tos del anciano empezaba ya a suavizarse.

Sentada junto a él, mientras abanicaba el vapor hacia su figura durmiente, Calixta se preguntó de nuevo si había hecho lo que tenía que hacer, o si había desobedecido y debía confesarse y hacer penitencia. Sus acciones habían ayudado a alguien a ponerse a salvo, lo cual debía de ser bueno. Pero, por otro lado, también podía haber infringido la norma eclesiástica al hacerlo.

Sor Tiphaine le explicó lo que había que hacer. Había un santuario que esperaba a la mujer cátara, le dijo, y alguien iría a buscarla cuando estuviera lista para marcharse. Sor Tiphaine había encontrado la oportunidad de hablar tranquilamente y en privado con Aurelia, quien a su vez supo lo que se preparaba para ella. Sor Calixta debía limitarse a informar a sor Tiphaine cuando Aurelia estuviera lista, y sor Tiphaine transmitiría el mensaje a sus amigos, que la esperaban. De modo que Calixta había vigilado con atención, había hablado con Aurelia, y había hecho todo lo

que estaba en sus manos para favorecer la recuperación de la mujer y devolverle las fuerzas. Y entonces, cuando llegó el momento —de hecho, un poco antes, pero sor Tiphaine le había metido prisa y le dijo a Calixta que debían actuar todo lo rápido que fuera posible—, sor Calixta buscó a sor Tiphaine y le comunicó que Aurelia estaba lista.

La cabaña de la monja herbolaria estaba a oscuras, y había en ella un fuerte olor de algo que estaba destilando en su caldero. Calixta le llevó el mensaje, y luego, aliviada, se marchó. Sor Tiphaine, con una pequeña risita, como si hubiera leído la mente de Calixta, le dijo:

—Has hecho lo que debías, muchacha. Ahora déjalo en mis manos. Tengo mi manera de transmitir mensajes a aquellos que viven en el mundo exterior, pero me perdonarás si no la comparto contigo. Pero no temas. He estado informando a los amigos de Aurelia de todo lo que ocurría aquí dentro, y me aseguraré de que estarán esperándola.

«En fin —pensó ahora Calixta—, si les digo lo que he hecho, pondré a sor Tiphaine en un aprieto, de modo que será mejor que no lo haga».

Con serenidad, el que era su mejor don como enfermera, sor Calixta metió un poco más de hierbas en el cuenco de agua caliente y volvió a abanicar el fragante vapor hacia el rostro de su paciente.

Un poco más tarde, Helewise oyó unos discretos golpes en su puerta.

Sonrió. Por muy suavemente que llamara, siempre sabía que era él, y no una tímida novicia que aguardaba ante la puerta. Las novicias tímidas no llevaban botas con espuelas que sonaban al caminar.

Entonces llamó:

—Entrad, *sir* Josse.

Él abrió la puerta, entró y volvió a cerrarla. Se apoyó en ella como si dudara acercarse a Helewise. Por unos instantes se miraron a los ojos.

—Se han escapado —dijo él a continuación—. Los ayudé a hacerlo. Los llevé hasta Pevensey y los ayudé a embarcarse en una nave rumbo a Harfleur. Zarparon anoche, de modo que ahora mismo deben de estar en algún lugar de Normandía.

Ella cerró los ojos con alivio. Había tenido miedo de que no confiara en ella, que, incluso ahora que todo había terminado, temía que no le contara lo que había hecho.

Pensar que Josse, a quien tanto quería, podría haberla considerado capaz de traicionarlo, de hacer algo que probablemente mandara a los cátaros a la muerte, la había atormentado más que todo lo demás. «¿Y por qué no debería creerme capaz de una acción así? —se había preguntado con honestidad—. Yo misma casi me creí capaz».

En sus ojos, sintió la calidez de las lágrimas que empezaban a brotar. Bajó la cabeza y trató de secárselas disimuladamente.

Pero él debió de verlas.

Oyó el tintineo de sus espuelas mientras cruzaba la estancia. Y, de algún lugar

mucho más cercano que antes, su voz, llena de ternura, pidió:

—No lloréis, Helewise. Esta historia ha sido dura para todos nosotros, pero en especial para vos.

—Por favor, Josse, no seáis amable conmigo —sollozó—. No lo merezco, y sólo me hace sentir peor.

—Todos merecemos amabilidad cuando lo hemos dado todo. Vuestra elección no ha sido fácil. Y todavía no ha terminado. No para vos. ¿Deberéis confesar lo que habéis hecho?

Ella asintió silenciosamente. Todavía no había osado pensar en el castigo que recibiría de su confesor, fuera quien fuese.

Josse volvía a hablar:

—Me dijo el señor de High Weald que el padre Gilbert está recuperándose y a punto de retomar sus responsabilidades.

Al principio, Helewise pensó que Josse estaba tratando de cambiar de tema para suavizar la tensión y darle la oportunidad de recuperar la compostura. Luego, a medida que iba asimilando sus palabras, se percató de lo que le decía.

Con el consuelo de saber que iba a confesarse con el comprensivo y abierto padre Gilbert, y no con cualquier zelote belicoso y desconocido, se echó a llorar de nuevo.

—Llegará dentro de un día o dos —dijo Josse, tranquilamente—. Para entonces, los cátaros ya estarán a medio camino del Mediodía.

A través de las manos con las que se cubría el rostro humedecido, exclamó:

—Gracias a Dios.

Un poco más tarde, cuando se hubo recuperado y pudo de nuevo sentarse y mirarlo a los ojos, la abadesa le dijo a Josse:

—Todavía no sabemos cómo murió el padre Micah, ¿no es así?

—No. No puedo pensar que lo matara ninguno de los cátaros. Tal vez Benedetto —antes le había contado lo sucedido de camino al mar—, ahora sabemos que era capaz de una acción así. Protegía a su grupo con fiereza y sin escrúpulos, y habría sido capaz, estoy convencido, de haber matado al padre Micah si lo hubiera percibido como una amenaza.

—¿Pero no creéis que lo hiciera? —lo apremió ella.

—No. —La miró a los ojos—. Supongo que Arnulf me lo hubiera dicho, de ser así.

—Entonces, ¿quién? —insistió—. ¿Quién lo mató, o tal vez lo encontró muerto y lo dejó en el camino de Castle Hill?

—Tenía muchos enemigos —apuntó Josse, cauteloso—. Tal vez alguien se tomara la justicia por su mano cuando las amenazas del padre, a él o a alguno de los suyos, se convirtieron en demasiado temibles.

—¿Habláis del noble que vive en Saxonbury? —preguntó ella.

—No. Él me dijo que no sabía quién había matado al padre Micah y, de nuevo, yo lo creo.

Helewise permaneció contemplándolo durante un rato. Era posible que uno de esos hombres —Arnulf o el lord— hubiera mentido. Pero, de alguna manera, su impulso de creerlos a los dos resultaba convincente.

«Tal vez, no deberíamos recrearnos en un misterio que jamás se resolverá», se dijo.

Y como si él hubiera estado pensando lo mismo, al cabo de un rato declaró:

—Mi señora, debemos aceptar que nunca lo sabremos. —La miró a los ojos y añadió—: Sé que no debería decíroslo, pero no creo que deba lamentarme mucho tiempo por la muerte del padre Micah.

Mientras lo miraba fijamente, meditó unos segundos su respuesta. Pero luego pensó: «Ha sido sincero conmigo. Debo pagarle con la misma cortesía».

Y con una sonrisa, le dijo:

—Ni yo tampoco, *sir* Josse. Ni yo tampoco.

Para su deleite, Josse la acompañó a completas. Era su oficio favorito y hoy, entre todos los días, sentía que la sensación de conclusión que daba siempre a las acciones y las devociones cotidianas era especialmente adecuado. El asunto de los cátaros había terminado, se dijo. En la medida de lo posible. ¿Y no era ése un motivo de satisfacción interior?

Luego, mientras volvían juntos a su estancia, ella, de pronto, le dijo:

—*Sir* Josse, ahora comprendo algo que me confundía. Cuando los dos hablamos con Gervase de Gifford de la pobre mujer que murió en la mazmorra...

—Frieda.

—Sí, Frieda. Bueno, yo le dije a De Gifford que rezaríamos una misa por ella y él comenzó a protestar, aunque rápidamente rectificó y me dijo que le parecía una buena idea. Ahora entiendo su postura. Nuestra misa no significaba nada para una mujer cátera.

A oscuras, la voz de Josse sonaba muy amable, mientras decía:

—Mi señora, la segunda reacción de De Gifford era probablemente la auténtica. Sabía que vuestra sugerencia tenía motivos bondadosos y la aplaudió.

Ella sonrió. Era un regalo tener un amigo como Josse. Era un hombre de una compasión extraordinaria.

—¿Cómo va el trabajo de sor Phillipa con el herbario de Hawkenlye? —preguntó él al cabo de un momento.

—Muy bien. Ya ha acabado unas diez páginas, y esperamos poder mostrárselas pronto a la reina Leonor.

—¿La reina visitará Hawkenlye?

—No puedo afirmarlo con seguridad. —Helewise sintió que su ansiedad por la visita real aparecía de nuevo—. Me han contado que está haciendo todo lo posible por defender el reino de su hijo y que ha exigido una renovación del Juramento de Lealtad a los señores del rey y al clero. Está siendo ayudada con eficacia por Walter de Coutances y Hugo de Puiset, dicen, y, por supuesto, es muy amada y respetada.

Sin embargo... —Decidió que sería desleal referirse a los problemas específicos impuestos por la edad avanzada de la reina, de modo que no lo hizo.

Pero Josse pareció comprender.

—Es un esfuerzo extraordinario para cualquiera —comentó con cautela—. Para una mujer que ya ha superado su primera juventud, debe de ser doblemente cansado. —Entonces, con un tono de emergencia, añadió—: Debe de apreciar como un tesoro el tiempo que pasa aquí, en la paz de Hawkenlye, mi señora. Rezaré para que tengáis la oportunidad de cuidar de ella.

Y Helewise, emocionada, se limitó a decir:

—Amén.

Por la mañana, Josse fue a buscarla y le informó de que se marchaba.

—Llevo fuera de Nuevo Winnowlands desde antes de Navidad —señaló— y ya es hora de que vuelva a casa.

—Espero que no estéis preocupado por vuestra propiedad —le dijo ella.

—No, desde luego que no. Will y Ella son capaces de resolver cualquier problema cotidiano. Para todo lo demás, sabían dónde estaba pasando la estación del Yule. —Le dedicó una sonrisa rápida—. Y sin duda se habrán imaginado adónde iba a ir después.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Aquí sois siempre bienvenido.

Lo acompañó y permaneció junto a la puerta, despidiéndolo con la mano hasta que se perdió en el horizonte. Luego, con un leve suspiro y cierta tristeza, volvió a sus quehaceres.

Josse, rumbo a Nuevo Winnowlands, metió una mano debajo de su túnica para comprobar que el paquete envuelto en tela estaba seguro. Había estado penando en un escondite adecuado en su propiedad, y creía que se le había ocurrido uno bueno.

«No le he dicho nada del manuscrito —pensó mientras cabalgaba—. Ha pasado por demasiadas cosas últimamente, y todos tenemos un límite». La imaginó, con sus enormes ojos grises e inquietos. Luego la vio sollozando, se vio a sí mismo avanzando hacia ella y poniéndole una mano incómoda en el hombro, una mano que deseaba reconfortarla pero no sabía cómo hacerlo.

Helewise.

Alejó deliberadamente sus pensamientos de ella, espoleó a *Horace* y galopó rumbo a casa.

Epílogo

MARZO DE 1193



Meggie se estaba acostumbrando a las personas que ahora la cuidaban. Eran amables y la trataban con manos amorosas. Se aseguraban de que comía cuando tenía hambre y la bañaban cuando estaba sucia. Le encontraron un lugar protegido y caliente para dormir. Cuando lloraba —lo que, por primera vez en su corta vida, hacía a menudo—, siempre había alguien que iba a auparla, la reconfortaba y le canturreaba hasta que las lágrimas cesaban.

Pero no era lo mismo. No estaba bien, porque ni la mujer anciana con el pelo blanco y largo, ni la que era un poco más joven, de pelo castaño y rostro arrugado, ni la joven regordeta que tenía los pechos hinchados de leche, eran la persona con quien Meggie ansiaba estar.

Ninguna de ellas era su madre.

Era demasiado joven para comprenderlo, demasiado joven para hacer preguntas. Con cuatro meses y medio, todo lo que podía hacer era fruncir el ceño porque su tristeza le dolía, sin saber por qué había llegado.

Lora cuidaba del bebé de Joanna con la ayuda de una de las jóvenes madres de la gente del bosque. Algunas veces, Meggie aceptaba la leche del pecho de la joven —que todavía amamantaba a su propio bebé, de cinco meses—, y otras veces torcía la carita con una expresión de dolor y la rechazaba.

—No huelo igual que Joanna —comentó una noche con tristeza la joven, una vez admitida la derrota.

—La leche es leche —dijo Lora lacónicamente; el llanto silencioso y sentido del bebé la afectaba mucho. Contemplando a la pequeña, dijo—: Esta niña debe comer. Pruébalo otra vez, Silva.

Pero Silva negó con la cabeza.

—No, Lora. Quiero tanto como tú que tome alimento, pero ahora mismo no tiene ningún interés. —Cogió a su propio hijo y se lo puso al pecho; al instante, el bebé empezó a succionar ansioso, agarrado a la suave curva de la cálida piel de su madre con una manita.

—Hum. —Lora los observaba distraídamente. Luego, como si de pronto hubiera tomado una decisión, se levantó grácil y rápidamente—. Iré a hablar con la Dómina, si acepta recibirme. Intentaré estar de regreso antes del anochecer.

—Muy bien —dijo Silva, con los ojos fijos en su hijo.

Lora cogió a Meggie y la abrigó bien calentita —el anochecer de marzo era frío, con un cielo despejado que sugería que podía helar después de un día soleado—, y se marchó por los senderos medio ocultos que salían del claro en el que la gente del bosque había levantado un campamento temporal.

Después de andar un buen trecho, llegó a la hondonada en la que la Dómina había establecido su propio refugio privado, un poco apartado de su gente, siempre que visitaba esa parte del Gran Bosque de Wealden. El humo se levantaba de un fuego que quemaba dentro de un círculo de piedras. Procedentes del interior del refugio, Lora percibía unos cánticos muy suaves. Sabía que era mejor no interrumpir, por lo

que se sentó en un tronco caído, comprobó que Meggie estaba bien abrigada y aguardó.

No tuvo que esperar demasiado a que los cantos cesaran. Desde el interior del refugio emergió la figura alta y vestida de gris de la Dómina.

Lora se levantó y se dirigió a ella con reverencia:

—Lamento haberos molestado, Dómina.

—No lo has hecho. —La anciana suspiró—. Era consciente de tu presencia, la tuya y la de la criatura, y mis propios pensamientos han interrumpido mi meditación. —Acercándose a Lora, extendió los brazos para que le diera al bebé y Lora le puso a Meggie en los brazos—. Y bien, mi doncellita —dijo, con voz muy tierna—, ¿qué es lo que te duele? ¿Por qué no aceptas la leche de otra que no sea tu madre, si te la dan con tanto amor?

Meggie levantó los ojos hacia ella, con sus cejas oscuras juntándose en una mueca. Soltó un leve gruñido y la Dómina le tocó la mejilla con uno de sus largos dedos.

Observando todavía los ojos redondos del bebé, la Dómina dijo, en un tono más apremiante:

—Vuelve a Silva, pequeñita. Satisface tu hambre con esa que tan libremente se ofrece a ti, y duerme. No sueñes; no tengas malas visiones de lo que debes superar. Come y luego duerme. Duerme profunda y largamente.

La magia de la Dómina era tan potente que Lora se encontró bostezando sin empacho.

—Os lo agradezco, Dómina —dijo con una sonrisa—. Será mejor que vuelva a llevarme a la niña antes de que yo misma me duerma.

—Verás cómo ahora el bebé succiona. Y mañana...

La Dómina no acabó la frase y Lora supo que debía reprimir su curiosidad por lo que la anciana tenía intención de decir. No era correcto hacerle preguntas a alguien mucho mayor. Con una profunda reverencia, volvió a tomar a Meggie, la envolvió bien en sus pieles y dio media vuelta para emprender el camino de vuelta a casa.

La Dómina permaneció sola frente a su refugio hasta bien entrada la noche. La temperatura cayó en picado mientras avanzaban las horas, y una helada punzante tiñó el suelo de su alrededor de un tono plateado que casi era igual que el de su larga melena. La luna creciente, como de cera, la iluminaba, y su luz brillante hacía palidecer las estrellas de la Vía Láctea, que se extendía arriba, en el cielo, formando un arco.

No se dio cuenta del frío. Su mente había abandonado su cuerpo y el estado actual de su torso y de sus extremidades ahora no le importaba. Volvería a ser ella misma cuando estuviera lista, y entonces entraría en el refugio, ante el fuego y la bebida que se había preparado antes. Una vez le hubiera añadido combustible al fuego, se tomaría su bebida y se envolvería en su gran piel de oso, y pronto estaría tan calentita como quisiera.

Sus ojos profundos miraban fijamente a la oscuridad. Miraba una escena bien distinta, una cuyo escenario era un círculo de piedras levantadas bajo una luna de febrero. Y se veía a sí misma, de pie frente a una mujer joven que llevaba un talismán colgado del cuello, un talismán tan poderoso que su presencia había provocado que el corazón fuerte e indomable de la Dómina se saltara un latido.

Joanna no había percibido la importancia ni del presente ni del donante. Le había dicho a la Dómina que la zarpa se la había dado un hombre de la tribu que se había escabullido de las celebraciones del Yule a las que ella no había podido asistir. Cuando la Dómina le informó de que las festividades del Yule de su tribu se habían celebrado demasiado lejos como para que aquella escapada hubiera sido posible, Joanna se quedó sorprendida. Pero, aunque era joven y muy ignorante con respecto a los usos y las costumbres de la tribu, se las arregló para no hacer preguntas que ardía en deseos de hacer. La identidad de su visitante nunca le fue desvelada. Ni tampoco su visita fue supuesta.

Y en el Imbolc la convocó. Ahora, volviendo la mente hacia aquella noche, la Dómina los vio juntos, la mujer joven y el hombre oso, como antes los había contemplado. No necesitaba espiarlos para saber lo que estaban haciendo; el acto que tuvo lugar entre ellos había estado predestinado desde el momento en que le entregó la garra a Joanna.

Había regresado a su gente después de una larga ausencia. Había desaparecido mil años atrás, en un tiempo en que nadie de los que ahora vivían podía recordar, y sólo era rememorado —con gran reverencia— en las canciones de la tribu. Oh, sí, había estado entre ellos antes, vivió entre ellos, anduvo y respiró como un hombre normal durante la mayor parte de aquellos días mágicos y lejanos. Pero todos lo sabían, toda su gente, lo que era especial en él. Algunos de ellos hasta pensaban que lo habían visto transformarse de hombre a oso y luego otra vez a hombre, sólo que después no eran capaces de asegurarlo por la velocidad en que había ocurrido. Había osos entre ellos en aquellos tiempos, que convivían con los humanos. ¿Quién podía decir a ciencia cierta lo que había ocurrido?

Alguien podía. Alguien lo supo sin ninguna duda, puesto que se le había aparecido a ella de la misma manera que más tarde lo haría con Joanna. Había yacido con ella, varias veces, la había dejado preñada, la había visto gestar y luego parir al niño Urdus, quien creció para llevar el señuelo del Oso escarlata en su escudo. El mismo que dio origen a un fuerte linaje de guerreros cuyas hazañas todavía cantaban los bardos, y quienes ocuparían para siempre un lugar en los corazones de su gente.

Desde las profundidades de su trance, la Dómina se concentró en buscar mentalmente al hombre oso. Al cabo de un largo rato, sintió que su conciencia rozaba la de él. Viendo los ojos brillantes del hombre bestia detrás de sus párpados cerrados, le preguntó lo que tenía que preguntarle. Y, con el tiempo, tuvo la sensación de que había oído su respuesta.

Por la mañana, la Dómina se levantó temprano y emprendió el sendero que

llevaba al campamento temporal. Se acercó al refugio en el que Lora se ocupaba de Meggie y se quedó fuera, sin decir nada. Su simple presencia era una citación; Lora se levantó rápidamente y le hizo una reverencia.

—Es la hora —dijo la Dómina. Extendió los brazos y Lora se inclinó a recoger al bebé, envuelto en sus pieles. Sin mediar más palabra, la Dómina se volvió y abandonó el claro. Mientras la observaba partir, Lora se sorprendió rezando. Por favor, Gran Madre, haz lo correcto. Por favor, cuida de Meggie...

Luego, encogiéndose levemente de hombros, bajó la cabeza y volvió a entrar en la cabaña para vaciar el cuenco de agua caliente con el que había estado lavando al bebé cuando apareció la Dómina. «Ahora está en tus manos, Madre —pensó—. Yo he hecho todo lo que he podido».

La Dómina llevó a Meggie durante muchas horas. Cuando la niña tuvo hambre, la Dómina se sacó del interior de su túnica un frasco plateado que contenía una mezcla de miel, agua y una selección de hierbas que ella misma había preparado. Metió un dedo por el cuello ancho de la botella y le ofreció el líquido a la criatura. Cada vez, Meggie lo tomaba con avidez. Cada vez lograba saciar tanto su hambre como su sed.

Un poco después de mediodía llegaron a un lugar en el que un afloramiento de piedra caliza sobresalía en medio de los árboles. Visto desde la distancia, tenía el aspecto de la coronilla de una cabeza que salía de entre las ramas. A un lado del afloramiento, una fuerza antigua y natural había excavado una cueva.

Medía unos diez o quince pasos de profundidad hacia el interior de la tierra, y su suelo arenoso estaba seco.

La Dómina encontró la entrada de la cueva con facilidad. Fue ella quien la descubrió, hacía muchos años. Sabía que era un lugar de fuerte energía terrenal, y había escondido un recuerdo de ella en su mente, sabiendo que un día resultaría útil.

Permaneció a resguardo de una gran roca que había junto a la entrada de la cueva. Luego, moviéndose en absoluto silencio, espió detrás de la roca. Dos pasos más adentro de la boca de la cueva había una hoguera. Ahora el fuego estaba muy bajo, aunque a poca distancia había un montoncito de troncos preparados. Junto al fuego se veía una liebre sin piel, envuelta en varias hojas distintas, todas ellas reconocibles por la Dómina como comestibles y razonablemente nutritivas.

Bien. El ocupante de la cueva parecía saber cómo sobrevivir en plena naturaleza.

La Dómina entró en la cueva. En su interior había una cama dispuesta sobre un voladizo de roca; aquel lugar permanecería seco en caso de que una tormenta repentina llenara de lluvia el interior de la cueva. Otra lección bien aprendida.

Meggie se agitó entre sus brazos. La Dómina dudó sobre si darle más de la mezcla que llevaba preparada para ella, pero al final decidió no hacerlo.

Encontró una piedra cerca de la hoguera y se sentó en ella, a esperar.

Fue el bebé quien se dio cuenta primero. La Dómina, mirando los ojos tan abiertos de Meggie, sintió la repentina quietud antinatural de la criatura, y entonces lo supo. Con lo vieja que era, ella, que había visto a seres humanos interactuando con la

Tierra y entre sí durante más décadas de lo que era capaz de recordar, su corazón todavía conservaba la capacidad de maravillarse. «Gran Madre —rezó en silencio—, qué gran don nos has otorgado en el vínculo que ata a la madre a su hijo, al hijo a su madre».

Porque había alguien más que ahora sabía y que la esperaba junto a la hoguera. Rompiendo a correr, dejando caer las hierbas que había recogido cuidadosamente de unas manos que de pronto no importaban, Joanna acudió a toda prisa al claro, rodeó el afloramiento y entró en la cueva. Ignorando a la Dómina, con ojos sólo para su bebé, gritó:

—¡Meggie! ¡Oh, mi dulce niña! —Y el dolor y el ansia en su voz llenaron de lágrimas los viejos ojos de la Dómina.

Dio a la madre y al bebé unos instantes para que sencillamente se regocijaran de verse. Luego, observando las manchas húmedas en el frontal de la túnica de Joanna, le dijo:

—¿Te has mantenido lactante?

—Sí —contestó Joanna.

«Bien —pensó de nuevo la Dómina—. Por mucho que no tuviera idea de lo que iba a suceder, había mantenido viva la esperanza. Conservó su flujo de leche, por si su hija le era devuelta».

—Pues entonces —le dijo la Dómina—, será mejor que le des de mamar.

La miró unos instantes y, con una sonrisa rápida, Joanna se abrió la túnica y así lo hizo.

Joanna llevaba un mes viviendo en la cueva. La Dómina había ido a buscarla al bosque y la había llevado hasta allí.

No había sabido por qué le estaba ocurriendo aquello tan terrible. Le habían ordenado que reuniera un pequeño hatillo con lo básico —pieles calientes para dormir, su navaja, su piedra de hoguera, un cántaro ligero— y dejara atrás a Meggie. Con el corazón casi roto, Joanna obedeció. Los ojos oscuros de la Dómina la empujaban, y no era cuestión de rebelarse.

Cuando hubieron recorrido las largas millas hasta la cueva, Joanna tuvo un terrible presentimiento. Al encontrar a Utta, al haber hecho, más tarde, todo lo que había hecho por salvar no sólo a Utta, sino también a Meggie y a sí misma, había creído que aquel acto era lo que la Dómina le había profetizado: «Lo que has hecho una vez puedes volver a hacerlo». Ahora gemía atemorizada, por que no fuera lo que la Dómina había querido decir.

Por que lo que en realidad había querido decir era que renunciara a su hija. Años atrás, Joanna le había pedido a Josse que encontrara un hogar para su hijo Ninian y, una vez lo dejó marchar, supo que jamás volvería a verlo, más que en las oscuras profundidades de su bola mágica.

¿Era ésta, pues, la segunda prueba que debía superar? ¿El abandono de su segunda hija, Meggie, su querido bebé?

Sin atreverse a preguntar, siguió a la Dómina por los caminos del bosque con lágrimas silenciosas rodando por sus mejillas.

Cuando alcanzaron la cueva que había de servir de refugio de Joanna, la Dómina dijo:

—Has tomado vida. A dos almas has mandado al abismo. En cuanto a la primera, sé todo lo que necesito saber, puesto que tú me lo has contado y yo lo he visto. Sé que no me has mentado. En cuanto a la segunda, ahora deseo que me lo expliques.

Así, sentada en el suelo arenoso de la cueva, tan perdida en las profundidades del bosque que sabía que jamás sería capaz de encontrar el camino de regreso, Joanna le contó su historia. Le contó cómo había encontrado a aquella mujer, Utta, y la había llevado a su cabaña del bosque para cuidar de ella. Cómo había descubierto la horrible marca en su frente y había sabido que aquella H significaba «hereje». Cómo se había asustado y se había trasladado con Utta y Meggie al refugio oculto en el tejo.

Cómo el Hombre Negro luego había aparecido, en busca de su presa. Buscando a Utta. Y que el pequeño gemido de Meggie lo había alertado y lo había hecho acercarse a los pies del árbol. Luego Joanna se olvidó de la presencia de la Dómina, olvidó que estaba contando una historia, lo vio trepando por el árbol, vio cada uno de los detalles desplegándose ante sus ojos como si estuvieran sucediendo de nuevo...

Abajo, en las primeras ramas del tejo, el Hombre Negro, suspendido de la cuerda que había colgado y atado, levantó la cabeza y la vio. Al instante puso cara de sorpresa; entonces dijo: «¿Quién demonios eres?».

«No llevo ninguna marca —pensó Joanna—, y él espera encontrar a una mujer hereje». Se preguntaba si, al fin y al cabo, sería capaz de convencerlo de que no debía preocuparse por ella, que no suponía ninguna amenaza, y de que podía marcharse y dejarla en paz, cuando él volvió a soltar su terrible carcajada.

«Eres una de esas asquerosas habitantes paganas del bosque, estoy seguro —dijo, hablando como si no tuviera idea de si ella comprendía, si hablaba su idioma o, en definitiva, cualquier idioma—. Una de esas alimañas que han de ser cazadas como una traidora plaga de ratas y quemadas en la pira de los herejes. —Su cara pálida se transformó en una sonrisa sardónica que era más bien un rictus—. Es una buena obra, lo que voy a hacer esta noche, una zorra del bosque y su cría quemadas en la hoguera».

Luego, extendiendo el brazo derecho y agarrándose bien al siguiente asidero, se aupó hacia arriba con las piernas, se aferró bien con ellas a la cuerda y rodeó la rama con el torso.

Volvió el rostro hacia arriba y miró triunfante a Joanna.

«¿Pensabas que te saldrías con la tuya, no es cierto? —le murmuró a media voz—. ¿Te creías demasiado lista para un hombre de Dios? Pues bien, déjame decirte, muchacha, que yo...».

Pero fuera lo que fuese lo que estuviera a punto de decir, jamás lo sabría nadie. Joanna retiró el pie izquierdo y, con toda la fuerza de la musculatura de sus piernas,

que había adquirido viviendo durante más de un año en las duras condiciones del bosque, tomó impulso y le propinó una patada al Hombre Negro en la barbilla.

Su cabeza salió disparada hacia atrás; el impulso de la patada de Joanna lo hizo deslizarse de la rama y caer de espaldas. Cuando había dado más de media vuelta sobre sí mismo, el hombre cayó de bruces al suelo.

Aun estando encima de la rama, Joanna pudo oír el crujido de su cuello al romperse.

—Luego —dijo, recordando de pronto la presencia de la Dómina—, bajé por el tronco y fui a ver. Estaba muerto, de modo que llamé a Utta y le dije que podía bajar sin peligro, y ella vino también a verlo. Sabíamos que teníamos que deshacernos del cuerpo y yo quería llevarlo lejos y enterrarlo. Pero Utta dijo que eso no era lo correcto, puesto que significaría que lo sepultábamos sin que nadie rezara ninguna plegaria por su alma. Era una mujer buena, ya que, aunque él era su enemigo declarado y la hubiera asesinado sin ningún atisbo de piedad, todavía mostraba compasión por él. Así que puse a Meggie en su mochilita y Utta y yo llevamos entre las dos al Hombre Negro hasta el camino que va de Castle Hill hasta la abadía de Hawkenlye. Lo dejamos allí, en medio del sendero. Sabíamos que no pasaría mucho tiempo hasta que alguien lo encontrara e informara del hallazgo, probablemente a las monjas de la abadía. Entonces era casi seguro que recibiría sepultura según los ritos de su religión.

—¿Conocías, pues, la identidad de ese hombre? —preguntó la Dómina.

—No; sólo sabía que pertenecía a la Iglesia, puesto que él lo había dejado ver con sus palabras.

La Dómina asintió. Estuvieron un buen rato en silencio, y finalmente habló:

—Entre nuestras gentes no es un crimen acabar con la vida de alguien que ha querido matarnos a nosotros, o con la de alguien a quien amamos —dijo—. Esa primera vez mataste a un hombre que había estado a punto de matar al padre de tu hija. La segunda vez el hombre al que mataste tenía la intención de llevarse tres vidas: la tuya, la de tu hija y, si llega a saber que estaba allí con vosotras, también la de la mujer hereje. —Volvió sus ojos profundos hacia Joanna y dijo—: No estás aquí en la cueva como castigo.

—Ah. —Los músculos del cuerpo de Joanna se tensaron. Sentía un terrible impulso de preguntar: «Entonces, ¿por qué?», pero no lo hizo.

—Te has llevado vida —dijo la Dómina, en tono distante, como si sus pensamientos fueran demasiado profundos para ser expresados con palabras—. Son actos que han de ser asimilados, tanto en tu propia alma como en la gran red que es la vida de la tribu. Permanecerás aquí sola y reflexionarás sobre lo que has hecho.

En la mente de Joanna se agolpaban las preguntas, exigiendo respuestas: ¿Cuánto tiempo debo quedarme? ¿Qué será de Meggie? ¿Podré regresar algún día? ¿Cómo se asimila todo esto, como me pedís hacer?

Pero la Dómina ya se estaba levantando y caminaba a su manera, majestuosa,

hacia la entrada de la cueva. Ni siquiera se volvió a decir adiós.

Fin.



ALYS CLARE es el seudónimo de ELIZABETH HARRIS (Nacida en 1944), una escritora inglesa de novelas históricas, las cuáles se centran principalmente en la época medieval.

Fue educada en el campo, cerca de dónde se establecerían sus novelas más famosas. Inició sus estudios en la escuela de Tonbridge, graduándose en Literatura Inglesa y Psicología en la Universidad de Keele, con postgrado en Arqueología en la Universidad de Kent. Comenzó a publicar en 1990, dedicándose desde entonces a la escritura.

Sus novelas más famosas son la serie de libros conocidos como Los Misterios de Hawkenlye, historias de crímenes en la Edad Media, y que son protagonizados por el caballero *Sir Josse d'Acquin* y la Abadesa *Helewise*. Debido a la creación de estas novelas, Alys Clare vive cierta parte del año en el campo, dónde según ella ocurren los hechos narrados en Los Misterios de Hawkenlye. El lugar es conocido principalmente por ser un lugar dónde sus antiguos habitantes fueron dejando sus huellas, tales como círculos de piedra y dólmenes en el Neolítico, además de encontrarse los antiguos caminos y capillas de los caballeros templarios.

Notas

[1] Si una doncella carece de amante, carece de todas las alegrías; guarda en su corazón una oscura noche oculta. <<

[2] En español (o italiano) en el original. (*N. de la T.*). <<

[3] Entre los paganos de origen germánico, festividad del solsticio de invierno. (*N. de la T.*). <<

[4] Según algunas leyendas inglesas, la reina Mab era un hada. *(N. de la T.)*. <<